

"Me encantó; estoy ya leyendo el siguiente"
THE ITINERANT WARBLER

HISPANIA

LIBRO DOS

Letitia Coney
Autora de BRITANIA



Créditos

Hispania

(versión gratuita en español. Prohibida su venta)

Copyright © 2021 de **Letitia Coney**. (Algunos derechos reservados. CC-BY-NC-SA)

Publicada en [Artifacs Libros](#)

Traducción y Edición: Artifacs, enero 2021.

Diseño de Portada: Artifacs, derivada de “Summer Flowers” (1900) de JW Godwardn.

__oOo__

Obra Original: **Hispania**

Copyright © 2013 de **Letitia Coney**. (Algunos derechos reservados. CC-BY-NC-SA) letitiacoynebacklit.blogspot.com

ISBN: 978 0 99 228551 7

Publicada gratuitamente en [Smashwords](#)

Licencia Creative Commons

Hispania se publica bajo Licencia CC-BY-NC-SA 4.0 <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

Si quieres hacer una obra derivada, por favor, incluye el texto de la sección de Créditos de este eBook.

Licencia CC-BY-NC-SA

Esto es un resumen inteligible para humanos (y no un sustituto) de la licencia, disponible en Castellano. Advertencia. Usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y crear a partir del material.
- El licenciador no puede revocar estas libertades mientras cumpla con los términos de la licencia.
- **Bajo las condiciones siguientes:**
- **Reconocimiento:** Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.
- **No Comercial:** No puede utilizar el material para una finalidad comercial.
- **Compartir Igual:** Si remezcla, transforma o crea a partir del material, deberá difundir sus contribuciones bajo la misma licencia que el original.
- **No hay restricciones adicionales:** No puede aplicar términos legales o medidas tecnológicas que legalmente restrinjan realizar aquello que la licencia permite.

Sobre la Autora

Letitia Coney es australiana, madre, jardinera, ebanista, amante de los animales y ha sido publicada por 1889 Labs.

Puedes saber sobre ella en:

- [Web \(medialetitiacoyne.blogspot.com.au\)](http://medialetitiacoyne.blogspot.com.au)
- [Smashwords \(smashwords.com/profile/view/LetitiaCoyne\)](https://smashwords.com/profile/view/LetitiaCoyne)
- [Twitter \(@LetitiaCoyne\)](https://twitter.com/LetitiaCoyne)
- [Facebook](#)
- [Wattpad \(LCoyne999\)](#)
- [LinkedIn](#)

Otras Obras

Todas estas obras son gratuitas y puedes encontrarlas en inglés en Smashwords o en castellano en Artifacts Libros.

__oOo__

- [Piedra de Toque](#) (Touchstone, 2012)
 - Serie de Roma 1: [Britania](#) (Britannia, 2013)
 - Serie de Roma 2: [Hispania](#) (2013)
 - Serie de Roma 3: [Caledonia](#) (2013)
 - Serie de Roma 4: [Petra](#) (2013)
-

HISPANIA

por

Letitia Coney

Capítulo 1

Hispania Tarraconensis, octubre, 82 d.C.

Marella se debatía contra sus ataduras. Si tenían la intención de enviarla al inframundo, haría al menos todo lo posible para enviar el nombre de él por delante. "No he hecho nada malo," gritó de nuevo luchando por evitar doblar las piernas. "Leucetius tiene que responder por esto."

Incluso a pesar de su desesperación, su nombre hacía subir la bilis. Esta ardía contra el apretado ahogo de cuerdas trenzadas allí donde inútiles gritos le tenían irritada la garganta. El terror le congelaba la carne desnuda, dejando a Marella insensible a todo menos a la desesperada necesidad de respirar.

Tambaleándose, reptando sobre guijarros y esquisto, luchó por levantarse. Manteniéndose erguida contra todo pronóstico, logró girar, logró fijar su feroz odio sobre la sombreada forma de él. Otro empujón y ella no tendría fuerzas para volver a levantarse. Un golpe más y podría rendirse a la oscuridad. "Perro vil," siseó ella. No podía escupir. Su boca estaba tan seca como una cripta.

A su lado, una novicia apretó un fuerte puño y la golpeó en el estómago.

Ella se derrumbó de rodillas, con la boca abierta ante un aire que no quería entrar o salir, y él la echó al agua de una patada. En el silencioso mundo de la asfixia, ella casi sonrió.

Su visión era una nube sepia donde el lodo arenoso de la orilla del río le inundaba los ojos y la boca, esperando.

Su cuerpo se debatía y se sacudía en su esfuerzo por arrastrar el aire hacia el vacío dejado por el último golpe. Cuando este llegara, su propio aliento empujaría muerte y agua en los pulmones y su esfuerzo sería inútil. Cuanto más luchara su cuerpo por la vida, antes terminaría esta.

Ojalá hubiera agarrado la túnica de Leucetius, podría haberlo arrastrado para encontrar la muerte con ella. Pero nada importaba demasiado ahora.

Bendito era el niño que nunca vería el sol en ningún mundo donde él tomara aliento.

Bendito era el niño.

Inocente y bendito.

Tomando finos mechones de cabello como hubiera hecho con vellón, Marcus los rodaba por la cera entre las palmas de las manos para formar una fina trenza. Incluso bajo la influencia de ámbar de las abejas, el mechón del cabello de ella brillaba en oro, captaba la luz y retenía el sol en sus profundidades.

Debajo de él, sobre las laderas del río Iberus, una docena de ovejas pastaba en pacífico olvido, sin apenas necesitar su atención. La vaca lechera se movía con lenta precisión, su mandíbula golpeaba el latón hueco al cuello para marcar su progreso. A su lado estaba su cría, y el novillo de la tienda de Marc estaba parado devolviéndole la mirada.

"Serás carne pronto, amigo mío," dijo él casi para sí mismo.

Había poca causa para hablar desde la muerte de su esposa, y los animales no le hacían preguntas difíciles. Por encima de él, la larga espina de la montaña se alejaba del debilitado sol, brillando en oro a través de su habitual capa de polvo de plata y escaso follaje gris. Tras él, Max, el gran perro de montaña, yacía junto a su hijo, babeando mientras observaba al niño comer pastel de maíz.

Mientras enrollaba el precioso mechón del cabello de ella en un fino hilo trenzado, Marc sonreía por la expresión idiota en la cara del perro. Su áspero pelaje color crema ondeaba con la brisa de finales de otoño, temblando como si el mismo viento le animara a perseguir una galleta.

Marc dio un corto silbido que llevó al perro desde el trance hasta su rodilla. Desde la orilla del río, la perra, también, se acercó a un trote constante para sentarse a los pies de su amo. El niño levantó la vista de su bocado, recogió su caballo de madera tallada y corrió tras el perro al lado de su padre.

El cielo se estaba coloreando hacia la noche. Era hora de llevar el ganado a los corrales y al chico a comer.

La vida seguía.

"Es hora de entrar las lanitas, zagal. ¿Quieres enviar a los perros tras ellas? Miró al chico, esperando mientras el de cuatro años consideraba la dificultad de su trabajo.

Frunciendo los labios, él chico intentó silbar, señalando abajo hacia la verde ribera del río.

Ambos perros aguzaron los oídos ante el siseo. Max inclinó cómicamente su gran cabeza, esperando a que alguien tradujese el sonido en algo que él pudiera seguir.

Sonriendo, Marc dijo: "Y otra vez. Quieren que les digas lo que hacer." Él lanzó un estridente silbido por el labio y el niño movió la mano con determinación hacia la oveja. Esto, los perros pudieron entenderlo. Separándose en silencio, avanzaron a lo largo del río, juntando al rebaño, moviendo la vaca y el ternero y el lacónico novillo en medio de las ovejas.

Las manos trabajaban en el hilo por sí solas, enrollando y retorciendo el cabello y la cera y, por fin, bajó la vista hacia su obra. Tan pequeña. Nada quedaba de toda su luz y alegría más que una fina línea encerada de hilo. Cuidadosamente, él lo midió alrededor del cuello y marcó el lugar donde haría los nudos, asegurándose de haberlo tensado lo suficiente.

"¿Qué es eso, papá?" El niño puso su manita sobre el muslo de Marc.

Los ojos del chico eran oscuros, profundamente marrones y serios. Su pelo era oscuro, suave y liso. No tenía nada de la luz dorada de su madre, excepto cuando sonreía. A veces, cuando el niño sonreía,

había una alegría ingenua en sus ojos y rollizas mejillas que portaban en su fulgor la memoria de ella.

"Es el pelo de mamá." Marc volvió a envolverse el cuello con el hilo, demostrando su intención de atarlo allí. "Hice una trenza para poder tenerla conmigo."

"Mamá se ha ido ahora, ¿verdad?"

"Sí, zagal."

"Ella no vuelve a casa más, ¿verdad, papa?"

"No," dijo él en voz baja. "Ella no puede volver a casa con nosotros ahora."

Habían tenido esta conversación antes. Más a menudo de lo que le gustaría recordar. Unas veces era más difícil que otras. "Venga. Sigamos a los perros adentro."

Recogió al niño mientras se levantaba, se enderezó la pesada lana marrón de la falda y asió el cayado.

La casa aún era demasiado nueva. Esta no había tenido tiempo de asentarse. Ninguno de sus bordes se había suavizado hacia la familiaridad. Solo el techo de paja estaba encanecido para igualar el entorno de piedra caliza, polvoriento y áspero.

Las toscas picas de madera formaban un círculo, embadurnadas y selladas con arcilla y hierba cortada y cubiertas por un techo de paja en bóveda. Detrás de él, un cobertizo de madera servía como granero y unos rieles de tosca madera recorrían en círculo el corral. A esto, los perros empujaron a sus pocos animales y, con el niño en los brazos, Marc levantó y deslizó rieles delante y detrás de ellos.

"Puedes traer la leña, ahora." Dejó al niño en el suelo. "Y yo traeré agua. Anda, ahora, llévala dentro y apílala junto a la chimenea."

Una orden brusca trajo a los perros a su lado. Señaló obviamente al suelo, ordenando a la perra que se pusiera al lado del niño, mientras él se daba golpecitos en el muslo y caminaba hacia el balde y se alejaba con Max a su lado.

Mientras bajaban por el largo camino rocoso, entre arbustos de ramas finas hacia el río Gallego, fue el repentino trance en la carrera de Max lo que llamó su atención primero. El perro se detuvo en seco, levantó su gran cabeza a la luz tenue y movió las orejas hacia lo desconocido que se avecinaba. Un suave gruñido se elevaba desde su pecho y Marc se puso en cuclillas por acto reflejo, pasando a un lado de la senda y buscando al tacto y sin pensar los cuchillos en su cinturón.

Voces elevadas sugirieron un pequeño grupo, cinco hombres, tal vez seis, más adelante en la orilla del río. Y el grito de una mujer.

Este idioma aún le confundía los oídos. Siempre al borde de la familiaridad, pero claramente diferente de la lengua celta que él conocía, repetidamente se descubría esperando entender palabras conocidas, en lugar de escuchar para traducirlas.

Avanzó en silencio, ordenando al perro que se pusiera a su lado. Más allá de los últimos endeble árboles, distinguió las formas adelante.

Druidas.

A pesar de su herencia celta, Marcus había sido criado lo bastante romano como para odiar el sacerdocio. Él había cabalgado con la caballería auxiliar de Agrícola, uno de los primeros en cruzar el Eatrecho de Menai hacia la Isla de Mona. Había visto más derramamiento de sangre en la campaña de Cambria contra los druidas que en sus doce largos años de servicio romano.

Y aquí, ante él, iba a haber sangre de nuevo.

La mujer estaba desnuda, con las muñecas detrás de ella y atadas con una cuerda de cuero que subía retorcida hasta rodearle el cuello. Con túnicas, como para ocultar su culpa a sus dioses, se movían como uno solo contra una inútil resistencia. Ella se giró de nuevo, sola pero gritando su desafío. Sin esperanza, ella proclamaba su inocencia.

Su juicio, al parecer, había terminado; no tenían ningún interés en los argumentos de la mujer. La figura a su lado le estrelló un puño

en su suave carne y ella se derrumbó en el agua fría del río. Una patada final pareció satisfacer a su atacante. Este dio un paso atrás, dejando paso a otro para que entrara. El segundo hombre tenía una larga pica levantada y le pisó el cuerpo a la mujer para despejarle la espalda.

En un momento, hundiría el arma y la clavaría al lecho del río.

En un momento, Marc llegaría demasiado tarde.

Las viejas habilidades yacían profundamente en los músculos del brazo de Marc. Su ojo calculó la distancia sin pensarlo dos veces y el cuchillo estuvo en el aire antes de que él considerara las opciones que tenía ante sí.

Para cuando avanzó un paso para juzgar la oposición que encontró, la hoja se había hundido profundamente en la garganta del agresor y él había caído de rodillas al lado de ella, con una dolorosa sorpresa abriéndole la boca.

Para cuando hubo él contado a los hombres de la orilla inferior, los consideró en su mayoría desarmados y él saltó desde las piedras a sus pies dentro del agua, otra hoja había encontrado las costillas del segundo atacante de la mujer.

Max no necesitó más incentivos para atacar. Lanzando sus setenta kilos en la balanza, saltó al agua corriendo junto a su amo. Mientras Marc se afanaba por mantener el equilibrio al cruzar las resbaladizas rocas y cascadas, el gigante perro agarró de un mordisco un brazo sacerdotal y llevó el peso de este contra el trío de pie en la orilla de arriba. Su víctima cayó gritando mientras los demás se liberaban de su sorpresa y giraban para correr río abajo hacia la cobertura del crepúsculo.

Marc ignoró los gritos del hombre caído y se adentró en las aguas más profundas para agarrar el fantasmal brazo de la víctima. La corriente había movido esa forma sin vida, llevándola casi fuera de su alcance. Cuando la atrapó, las ataduras que le recorrían a la mujer desde las manos hasta detrás de los hombros y alrededor del cuello se tensaron más, estrangulándola.

Buscando a ciegas en las oscurecidas aguas la empuñadura en su pantorrilla, apresuró otra afilada hoja por el cuero de las ataduras.

"¡Max!" El perro retrocedió, sacudiéndose mientras el lobo en su sangre rogaba que le permitieran volver a la garganta. Una carnicería le manchaba el espeso blanco en el pecho y el can se lamió la mejilla babeante, con ásperas respiraciones sobre la lengua.

Moviéndose tan rápido como lo permitía el peso de la mujer, Marcus se renqueó hacia el lecho rocoso del río. Saber que los druidas estaban huyendo no hacía nada para reducir el ardor de vulnerabilidad que se le erizaba en la piel entre los omoplatos. La alerta de un soldado ante la exposición le picaba en la columna mientras él luchaba hacia una distancia segura.

En la áspera hierba alejada del agua él se detuvo y se tomó un momento para explorar el río antes de volver su atención a la mujer que tenía a sus rodillas. Temblando, cabalgó la largo tiempo reprimida ola de adrenalina mientras movía la hoja de su cuchillo hacia la cuerda trenzada que tiraba de la garganta de la mujer.

Los ojos de ella apenas estaban abiertos, contemplaban visiones de un más allá menos doloroso que el que ella había abandonado.

Él había llegado demasiado tarde.

Mirando la deslustrada plata de esa piel, él se ahogó con la creciente furia. La futilidad le apretó los puños por todos los fracasos de su vida. No quería dejarla marchar. No tenía modo de hacerla volver.

Salvaje de dolor y frustración, la agarró por los hombros. Levantando el frágil peso con facilidad, zarandeándola, le gritó a la cara: "¡Respira!"

Esa cabeza cayó hacia atrás, ignorante de su angustia, y él gruñó al dejarla hundirse lentamente sobre la piedra. Pero ese cuerpo resistió sus abusos. Bajo las suaves curvas del abdomen, contracciones irregulares forzaban la vida invisible dentro. Aun cuando él se movió para ponerse en cuclillas sobre los talones, el cuerpo de la mujer se elevaba contra sí mismo, vomitando agua y sollozando por

aire.

El primer aliento ronco que ella tomó fue aplastado de por un grito de agonía. Luego, un segundo, un tercero, un cuarto, ella gruñía mientras su sangre encontraba aire y con este llegaba dolor.

Atrapado entre la sorpresa y el alivio, Marcus se irguió rápidamente. Obligó a sus brazos a moverse bajo los hombros y rodillas de la mujer, y confiando sus pies sobre la irregular senda, corrió con ella por la trocha hacia el santuario de la cabaña.

El Sumo Sacerdote paseaba en círculos por la sala con las manos entrelazadas a la espalda.

La chica estaba muerta, eso era casi cierto. Casi cierto. Él no podía estar seguro.

Todos los dioses deberían derramar su malevolencia sobre el infinito renacimiento de esa mujer.

Era la frustración lo que alimentaba su interminable paso. Miedo y frustración. Lo que necesitaba era una mente clara, una oportunidad para pensarlo todo de principio a fin. Lo que necesitaba era una forma de convertir esta debacle en su ventaja.

"¿Sabes quién es él?"

La pregunta sobresaltó a su acompañante novicio. "No, señor. Nunca antes había visto ni oído hablar de él."

Eso era imposible. Ningún hombre podía destacar tan obviamente y no ser conocido. Alguien en *Caesaraugusta* debía conocerlo. "Quiero que peines la ciudad. Quiero información de cualquiera que pueda reconocer la descripción." Volvió el ardor de su ira hacia el joven. "Tú lo viste. Encuentre a alguien que conozca a un hombre rubio, cabeza y hombros más altos que la mayoría, que viva en esta área. Debe de ser agricultor: pastor o ganadero. Como poco, esos tatuajes en el brazo deben de haber llamado la atención."

El chico miró atrás, su propia conmoción por los eventos de la noche estaba claramente escrita en el resplandor blanco de sus ojos. "¿Esta noche? ¿Ahora, señor?"

"¡Sí, idiota, ahora! Ve ahora y no regreses hasta que tengas la información que necesito."

El extraño tenía que vivir cerca en las laderas de las colinas. En el lado de la ciudad del río Iberus, el valle era ancho y llano. Las buenas tierras de cultivo y pastoreo eran propiedad de familias notables. Pero en el lado opuesto, donde el Gallego se precipitaba hacia una confluencia, las laderas secas daban menos al ganado. Los hombres más pobres podrían tomar posesión allí. Cuanto más pobres o más débiles eran, más atrás los llevaban hacia el regazo de las grandes Montañas Pirineos.

Este hombre no era débil. Tres de los novicios estaban muertos a sus manos y en la obra de un momento.

Eso era una luz en su noche, al menos. Se había silenciado a tres hombres que podrían llevar los reclamos de la mujer al extranjero. El cuarto, este último idiota, se había asustado hasta perder el juicio. Ese quedaría en silencio por un tiempo. Tiempo suficiente para poner algo de orden en el lío que esta maldita mujer había creado.

Maldita sea. Maldito su rostro. Maldita las plenas curvas de su carne. Maldita la pretensión que fluía en su sangre. ¡Maldito todo!

Primero tenía que ocultar los eventos de la noche al hermano. Eso era lo primero que él tenía que asegurar.

O no.

Él se había tomado demasiadas molestias para mostrarle que tenía un hijo de un romano, la idea de un pobre granjero extranjero nunca se le había pasado a él por la cabeza. Si la familia odiaba la idea de un amante romano, ¿cuánto más odiarían a un extranjero de baja alcurnia? ¿Un esclavo fugitivo?

Marella era la hermana de Taran di Lusone, dux del clan Lusone.

Solo los Arevaci tenían un estatus más alto, y para una familia noble cualquier escándalo de este tipo le aseguraba a ella la muerte. Esto era insostenible, y ahora él no solo tenía el embarazo, no solo el rumor de un amante, sino un chivo expiatorio de la vida real.

Oh, si. Sí. Todo esto podría salir bien.

Si podía encontrar al extraño, tanto si la chica había sobrevivido como si no, su familia se apresuraría a vengarse del hombre con quien creían que ella se había prostituido.

Por primera vez desde que la oscuridad se había asentado, él respiró hondo. Mientras sus pensamientos recorrían las complicaciones, enderezando y suavizando cualquier problema en su ficción, él incluso se permitió una pequeña sonrisa.

Taran la quería muerta y la ficción que iba con ello era irrelevante, pero estas cosas siempre eran mucho mejores si todos los cabos sueltos podían quedar bien atados. Especialmente los cabos sueltos que amenazaban con enredar al mismo Leucetius.

Si él hubiera tenido una opción, habría mantenido viva a la dulce perrilla para él, pero su embarazo tenía que ser explicado y no había un buen modo de explicar cómo una sacerdotisa de Diana había quedado de pronto embarazada. Era un desperdicio. Pero ella era un problema.

Cualquier otra mujer habría ocultado el problema. Un aborto discreto y nadie habría peligrado, nadie habría quedado avergonzado. Leucetius podría haberla tenido, junto con un poderoso secreto para asegurar su obediencia. Si ella hubiera cerrado la boca.

Tomando una taza de madera de su mesa, se allegó a la jarra y se preparó para servirse un poco de vino. Se detuvo, volvió a sonreír y se dirigió al cáliz de Diana. Mientras llenaba su copa hasta el borde con libación rojo sangre, evaluó la imagen de la diosa labrada en la plata.

"Quédese con sus bellezas para usted, ¿quiere, buena señora?"
Leucetius se rió como una cuba de burbujeante azufre y se acarició

los finos cabellos del bigote. "No mientras yo tenga algo que decir al respecto." Rió de nuevo y se llevó el vino a la seca garganta. No mientras el mundo les diera a los sacerdotes más poder que a otros hombres. Él tenía ese poder. Y mientras lo tuviera, tendría que asegurarse de conservarlo.

Pero el poder en sí era un concepto cambiante en esto.

Iberia, Hispania Tarraconensis, como llamaban los invasores romanos al norte del país, era, en el mejor de los casos, volátil. Los Lusone, entre a quienes él defendía, compartían fronteras con los estados ibéricos y de *Euskaldunak*, así como con los celtíberos tribales. La alianza y la lealtad eran como la arena y el agua, se movían con el viento.

Excepto cuando se trataba de la familia. La lealtad a la familia nunca era cuestionada y un pacto con la *gens nobilis* solo podía romperse con la muerte. Para los nobles, no había crimen más grande que el desrespeto por el honor familiar.

Y Roma. El odio a Roma nunca fallaba. Aunque los hombres pudieran luchar junto a los romanos como dedicados guerreros o mercenarios, nunca podían hacer menos que odiar a los romanos. Pobre Marella. Lucetius sonrió. Solo el ultraje la mataría. Si es que aún estaba viva.

Por ahora, si podía encontrar a este extraño y convencer a la familia de que él era su amante, Leucetius podría volver a las comodidades de su templo en *Okilis* y dejar a estos provincianos nobles celtíberos que mataran a sus amigos y enemigos en paz.

Algunas mujeres eran más problemáticas de lo que valían.

Taran apretó el puño alrededor del asa de la jarra de cerveza. Ya estaría hecho a estas alturas y lo único que hacía soportable todo el asqueroso desastre era que su padre no estaba vivo para escuchar lo peor.

Una ramera. Condena y maldiciones para la mujer de alta alcurnia.

"Bueno," la voz de su esposa surcó la oscuridad que él había ignorado, apuñalando sus oídos como una acusación. "Ya estará hecho, y te vas a sentar y a emborracharte hasta el olvido, ¿verdad?"

Los criados se apresuraron a pasar junto a ella, trayendo consigo luz y calor. Aunque él frunció el ceño para apartar la intrusión del fuego en su agitación, ella se acercó más.

"Tres muertes, Taran. Estrangulado. Apuñalado. Ahogado. Tu hermana estará tres veces muerta a estas alturas y toda la cerveza en tu cuba no va a cambiar ese hecho." Ella le rodeó hasta quedar detrás de él. "Muerta. Y silenciosa. Tal como la quería el sacerdote.."

"Eso fue elección suya." Quiso que sus palabras fuesen claras, seguras y definitivas, pero salieron ásperas de su garganta como si se arrastraran sobre grava.

"¿Elección suya? ¿Morir así?"

"Elección suya. En todos los sentidos, elección suya." Su volumen aumentó para cubrir el dolor que subía con este. Era un dolor nacido de la vergüenza. "Elección suya de negarse a casarse con el pariente Arevaci. Eso estuvo cerca, es mi vida lo que ella arriesgó al ofender así a Sarnicio."

"Elección de consagrarse a la diosa como virgen perpetua. Ella eligió eso para escapar de sus responsabilidades, tú lo sabes tan bien como yo. "

Él levantó los ojos para encontrarse con el frío desdén de su esposa. "Y elección suya prostituirse con escoria romana." Él había dicho suficiente. "En todos los sentidos, esta fue elección suya. Déjame en paz a mí con eso."

Suelta se acercó más a su esposo, le puso las manos sobre los anchos hombros y dio su apoyo a la fuerza de su dolor. Sus palabras fueron más suaves. "Aún no he visto ninguna señal de este romano."

"No querrás que me crea la historia que ella se inventó, ¿verdad?"

"Ella es tu hermana. Tú la conoces mejor que nadie. Sabes que

moriría antes de rehusar decir la verdad. Te dijo que fue el sacerdote el padre de su hijo."

"También sé que ella moriría antes que nombrar al romano si amara al hombre. Ella sabe que le destriparía a él y a ella a su lado." Él puso una mano sobre la de ella, presionando su toque contra la tensión en su cuello y espalda. "Hemos hablado de todo esto antes. Si hubiera sido el sacerdote, si hubiera sido contra la voluntad de ella, nunca habría esperado cuatro meses completos antes de revelar el crimen del rufián."

"Bueno, mi queridísimo esposo," apoyó los labios en su cabello. "Esperemos que ambos estéis en lo cierto. Esto se acabará y ella estará muerta. Si era inocente, su diosa estará buscando venganza."

"Esperemos no saber nunca si estoy equivocado, o colgaré por los cojones a Leucetius de las murallas de la ciudad. Que rece para que la diosa lo pille antes que yo."

Ella asintió. No había nada que ganar repasándolo todo de nuevo, pero la frustración de no poder detener esta pérdida sin sentido era demasiado para soportarlo en silencio.

Marella había sido su mejor amiga. Sí, ella era testaruda. Sí, era una bocazas listilla y era demasiado ruidosa. Pero también era valiente y tenía principios. Había evitado un matrimonio político y sus razones para ello eran suyos propios. Él había sido un buen hombre. Buena familia. Rico. Y solo los dioses sabían si Taran la perdonaría alguna vez por esa humillación.

Pero al evitar ese matrimonio concertado, ella había optado por renunciar al matrimonio por completo. Había votos que ella podría haber hecho no tan extremos como la virginidad perpetua.

Entonces, ¿tomar a un romano como amante? Nunca.

Y ella era inteligente. Ella sabía que era mejor no quedarse embarazada en primer lugar. Si hubiera tomado un amante, cualquier amante, un romano, ni los dioses lo quisieran, ella habría tenido el sentido común de mantener esa semilla fuera del vientre. Si todo lo demás había fallado, si ella hubiera querido un hijo

sabiendo lo que le costaría a ella y a su familia, habría huido. Se habría llevado a su amante y a su bastardo y habría huido. El mundo era un lugar grande y se hacía más grande con cada día romano. Ella no tenía ninguna razón para morir por un hombre.

Y Marella no era mentirosa. No obstante, aquello podía haber sucedido, aunque pareciera demasiado exagerado para las palabras, el sacerdote era responsable si Marella decía que él lo era.

Mientras los hombres tuvieran poder sobre la vida de sus mujeres, él sería creído y ella sería condenada. El conocimiento se amontonó en su mano y ella se golpeó con ella la pierna con irritación.

Capítulo 2

Mientras su mente luchaba por encontrar un lugar más liviano, una serie de dolores asaltaron a Marella, cada uno con la intención de llamar primero su atención. Cada respiración tiraba de los músculos desgarrados sobre su estómago y costillas. Ella tragó entre magulladuras afiladas como piedras que tenía alojadas en la garganta, y los hombros le dolían profundamente en la articulación, como si se hubieran torcido hasta dislocarse.

Calambres ardían en la parte del bajo vientre, calientes y constantes. Mordiendo al sentir el dolor en el brazo, se pasó una mano por la piel desnuda del estómago, buscando certeza. No había ninguna mancha de sangre en las yemas de los dedos que levantó ante sus ojos, por lo que no fue certeza lo que encontró, solo una confusa sensación de alivio.

La luz del fuego proyectaba suaves sombras que danzaban alrededor de una habitación desconocida. Más cerca del fuego, en una especie de sofá, un extraño estaba sentado con un niño dormido en el regazo. Su cabello era largo y rubio, recogido hacia atrás desde las sienes. La miraba fijamente, buscando en silencio señales de vida. Cuando notó que estaba despierta, sonrió gentilmente.

Poniéndose de pie, levantó al niño, susurrando suavemente en esos oídos dormidos mientras lo descansaba en un pequeño jergón junto a la chimenea. Bajó la tetera y vertió agua caliente en una taza de barro, añadió una gran cucharada de miel y caminó hacia donde ella yacía.

"Amapola," dijo. Su voz era profunda, con un fuerte acento, su lengua estaba más acostumbrada al latín, el idioma del ejército imperial. Se puso en cuclillas, acercó el rostro al nivel de ella y la miró entre sombras de oscura preocupación.

"Para el dolor," dijo él. Había más en su acento. Él no era romano. Por su colorido no era local de ninguna manera. Sus ojos eran claros, de un azul intenso y había tintes rojizos en el vello de su barbilla. Su brazo derecho estaba tatuado en azul profundo desde la

muñeca hasta el hombro.

Dejó la taza en el suelo a su lado y deslizó con cuidado un brazo por debajo de sus hombros para ayudarla a sentarse. Ella gimió cuando sus hombros se flexionaron, y él se congeló. "Espacio," susurró él. "Te pondré algunas alfombras detrás para que te apoyes. ¿Estás bien?"

Mirando fijamente su preocupación, ella esperó, buscando amenazas en palabras que no podía entender. Cuando él amontonó alfombras y pieles, la animó a que se recostara y le entregó la taza empapada de opiáceo.

Ella no vio ninguna razón inmediata para temer a este hombre, pero se aferró con fuerza a las mantas para tapar su desnudez. Su cercanía la hacía demasiado consciente del deslizamiento del lino sobre su piel desnuda, y los latidos de su corazón se saltaron breves respiraciones. Sus movimientos eran deliberadamente lentos. Su rostro solo mostraba compasión. Y simpatía. La oscuridad alrededor de sus ojos tenía recuerdos de pérdida, como si él compartiera su dolor.

"¿Dónde estoy?" Le dolió la garganta con las palabras mientras ella intentaba su propio latín vacilante, confiando en que él lo entendiera.

El alivio iluminó los ojos de él y miró a su alrededor para indicar la habitación. "Mi casa. Estamos cerca del río Gallego, poco más arriba del cruce con el Iberus."

"Espacio." Ella sacudió su cabeza. "Hablo poco latín." Le mostró las yemas de los dedos en un pellizco para mostrar cuán poco.

El asintió. "Yo hablo un poco de celtíbero. Muy poco. Un poco de griego. Latín o celta."

Ella tiró de la tapa con fuerza bajo los brazos y se llevó la taza a los labios. Estaba caliente y amargo, pero él había sido generoso con las vainas secas y pronto aquello borraría lo peor del dolor de su mente.

"Te arrastré desde el río. Al anochecer. Había druidas. Sacerdotes." Tropezaba con las palabras, buscando la forma más clara de explicar. "Te golpearon bastante."

La expresión de ella se tensó hacia las lágrimas, pero no hubo ninguna. Estaba agotada por el dolor y solo pudo asentir para demostrar que recordaba. "¿Por qué sigo viva?"

Él se encogió de hombros y retrocedió, elevándose sobre ella como las montañas. "Maté a un par de sacerdotes. Dos de ellos huyeron. No tuvieron la oportunidad de terminar su sacrificio." El era muy alto. Más alto que su propio hermano. Llevaba una larga falda de lana tejida marrón oscuro con un ancho cinturón de cuero en las caderas y una túnica de lino sin mangas.

Mirándolo en cauteloso silencio, ella dio un sorbo de té. El movimiento del hombre era fácil y equilibrado; se sentía cómodo con el volumen del pecho y hombros. Pero se movía demasiado lento. O bien parecía tener un peso o un dolor que le endurecían las articulaciones o no tenía motivos para moverse más de lo necesario.

Las manos que colgaban de sus caderas no eran las palas callosas de un granjero. Sus dedos eran largos, bronceados por el sol, y viejas cicatrices le cruzaban el antebrazo.

"Aquellos que mataste..." Ella hizo una pausa, buscando las palabras. "¿Era el Sumo Sacerdote uno de ellos?" Se tocó el cabello y los dedos describieron una cadena de cuentas mientras agregaba: "Un hombre mayor, que usa cuentas. Su túnica era negra."

Marc negó con la cabeza. "Sus túnicas eran todas oscuras. Llevaban las cabezas tapadas. No busqué joyas." Cuando regresó al río a por sus cuchillos y el agua del día, no prestó atención a los cadáveres. No con druidas.

El té fuerte de amapola ya se estaba filtrando en su cabeza. Ella envolvió los calambres en su vientre con cálidos dedos, aliviando las contracciones y empañando sus pensamientos. Había cosas demasiado importantes para ignorarlas, cosas que necesitaba preguntar. Quería moverse, pero su cuerpo se negaba a sostenerla. La necesidad de descansar era un peso sólido, tan real y tan crucial

como el aire que respiraba. Se relajó de nuevo en el montón de ropa de cama y cerró los ojos por un momento. Necesitaba dormir.

Cuando se alejó, Marc levantó de su mano y con cuidado la taza medio vacía. Los dedos de ella se movieron y esos párpados se agitaron ante el movimiento, pero su necesidad de descansar superó sus temores, se acomodó de nuevo en las pieles y durmió.

En la débil luz en sombras, su piel estaba oscura en contraste con el blanco de su lino. Su cabello era oscuro, su verdadero color estaba oculto en nudos y coágulos de sangre seca, y se rizaba en ondas sobre sus hombros.

Debajo de las sábanas, sabía él, su cuerpo era todo líneas largas y suaves y piel perfecta. Sus curvas eran redondeadas, maduras y llenas, y ella yacía en su cama como Venus. Un pequeño ceño le fruncía la frente mientras dormía, y las sombras oscurecían las medias lunas bajo las espesas pestañas. Parecía sacada de un sueño o una leyenda. Irreal. Total y dolorosamente indefensa.

Su mano fue a la fina trenza dorada en el cuello. Durante la noche había trabajado en esta, atándola y abrochándola con una pequeña horquilla de oro que había aplanado.

Ella no estaba tan indefensa. Él le había dado una oportunidad, al menos. Si sus heridas no eran demasiado graves, podría moverse mañana. Luego ella volvería al lugar de donde provenía y la vida continuaría.

Para aquellos que siguen vivos.

Rodando los hombros para deshacerse de la persistente tensión, regresó al sofá y se acomodó para dormir.

Olores a cocina le despejaron las nieblas narcóticas de la cabeza y Marella abrió los ojos. Pequeños movimientos rodaban por su cuerpo como una ola. Ella sintió la extensión de sus heridas. Cada parte de ella dolía, pero la amapola residual le quitaba el filo a lo peor y ella no juzgó que algo de ello fuese fatal.

Su carne ya estaba considerando su curación y los olores le recordaron cuánto tiempo había pasado desde que había comido. A su lado, una carita miraba con ojos como platos desde un palmo de distancia.

Los ojos del niño eran de un marrón oscuro, su piel aceitunada estaba bronceada y su fino cabello lacio era tan negro como el hollín. Podría haber sido su propio pariente. Cuando eran pequeños, sus sobrinos tenían la misma salud oscura y robusta en sus mejillas y la misma curiosidad chispeante en los ojos.

Él no formaba parte del extraño. Aunque tenía el color de su madre, no tenía parte del hombre que estaba junto al fuego.

"Papá," llamó él. "La dama está despierta."

Así que él llamaba al niño como suyo. Quizá le habían engañado. No sería la primera vez. Debió de haber sido un día interesante cuando este pequeño vino al mundo.

Con cuidado, ella movió la cabeza, mirando la habitación a su alrededor. Había otra puerta oscura junto a la chimenea, una mesa y algunos taburetes. A los pies de la cama, había un cofrecito cuadrado con la tapa abierta, pero no había ninguna mujer a la vista.

El extraño se acercó a su cama llevando un cuenco por delante como un votivo. Sonrió otra vez y pareció que la expresión encajaba con su rostro, como si alguna vez hubiera sido su estado natural. Cordero y romero humeante hicieron responder a su estómago vacío con un gruñido.

"Te traeré pan," dijo él simplemente, aún sin saber qué idioma se adaptaba mejor a la comunicación. "¿Quieres té de amapola?"

Haciendo una mueca de dolor por el esfuerzo por alcanzar el cuenco, ella asintió. "Sí."

El guiso era de cordero, cebolla y aceitunas espesado hasta obtener una papilla con tomate y grano. Ella apenas logró mostrar dignidad mientras se lo echaba al vacío. El hambre la debilitaba y la cuchara

temblaba mientras esta le metía la comida en la boca.

Él se sentó a la mesa con el niño, comiendo mientras la taza de té se empapaba de yerbas. Cuando ella mojó pan en el fondo del cuenco, él se levantó y le llevó el té hasta su alcance.

"Hay ropa," le señaló el cofre. "Mi esposa era más pequeña." Sus manos habían simulado los senos antes de cerrarlos y arrebatarlos del aire, avergonzado, y se apresuró a seguir hablando, mirando rápidamente a sus pies. "Calenté agua. Si necesitas ayuda, envía al chico a buscarme." Giró sobre los talones y salió de las sombras hacia el brillante sol de la mañana. Un estridente silbido llamó a dos perros a su lado mientras él se movía para liberar el ganado.

El dolor la mareó cuando ella giró para poner los pies en el suelo, y respiró durante lo peor, esperando hasta sentir que podía encontrar la fuerza para levantarse. Se puso la manta bajo los brazos, se arrastró dolorosamente hasta el final de la cama y se inclinó para ordenar los artículos cuidadosamente doblados en el cofre.

La ropa era adecuada para un noble. Varias túnicas largas y suaves de lino pálido y franela coronaban la pila, pero debajo estaban las mejores telas que había visto en su vida: sedas y chales translúcidos; telas de colores brillantes con flecos de cuentas e hilos dorados.

Quienquiera que las había tenido era pequeña. Las túnicas largas y estrechas no servían de nada, nunca cabrían con su pecho y caderas. Pero varias de las sedas más finas se reunían debajo del busto y los broches se ceñían al hombro y el codo al estilo romano.

Ella eligió una en el azul más oscuro con una fina franja dorada en cada borde, y pasó junto al niño hacia la entrada oscura del baño. Cuando se hubo lavado y vestido, el opio había vuelto a hacer su magia, y ella cojeó lentamente, pero con menos dolor, hacia el sol en busca de su salvador.

Desde la puerta, entornó los ojos ante el blanco resplandor y preguntó: "¿Dónde está tu papá?"

El niño usó su caballo tallado en madera como puntero, girando mientras se metía lo último del pan en la boca. "Está cortando más

madera."

No había ni rastro de él en el patio despejado, ningún sonido alrededor de la cabaña.

"¿Dónde está tu mamá?"

"Se fue," respondió sin rodeos.

Ella volvió a mirar a su alrededor, hacia el intenso sol de la mañana, y volvió a sentarse despacio en un taburete cerca del niño. "¿Adónde se fue?"

El rostro del niño se tensó como si la pregunta lo hubiera confundido, pero respondió: "Ella se fue con la diosa."

Manos hábiles habían tallado ese caballo. Los golpes de una hoja dejaban las curvas facetadas y los rasgos eran contundentes y carecían de detalles, pero la fuerza y el movimiento de la bestia estaban congelados en la madera blanda. "¿Qué diosa?" preguntó ella. "¿Epona?" ¿La diosa de los Alae? ¿La diosa de un jinete?"

"Luperca."

La respuesta desde atrás la sobresaltó y ella torció el torso demasiado bruscamente, inhalando un fuerte suspiro de dolor.

La tensa ceja del extraño hablaba de molestia y ella se volvió para mirarlo directamente. "Te estaba buscando," dijo ella en respuesta a sus silenciosas acusaciones.

Él asintió, descartando el tema, y caminó hacia la chimenea para apilar un montón de leña.

Había demasiada preocupación en sus ojos. Las arrugas de reír se habían bronceado en su rostro, pero él parecía reacio a sonreír. Había un peso sobre sus anchos hombros que no le sentaba bien. Su fuerza estaba tan erosionada como las montañas, lavada y destruida, dejando solo músculos y tendones.

Su mirada pálida cortaba las sombras. Él la estaba estudiando, podía sentirlo sopesando las preguntas que tenía que hacer y

buscando un lugar seguro para comenzar. Pero ella tenía sus propias preguntas. Revisando en su memoria en busca del latín que había aprendido de niña, comenzó: "Gracias por tu ayuda."

Su ceja se relajó y ella continuó. "Si tu esposa se ha ido, ¿quién me cuidó mientras dormía?"

"Yo," dijo en voz baja. Sus palabras eran tan tranquilas y seguras como la piedra, y no había nada que decir en respuesta. Él había sido su único ayudante cuando estaba indefensa y sola. Contra su mejor juicio, ella sintió que una ardiente frustración le subía a la garganta.

Aquello estaba más allá de la razón. El dolor brotaba de la vergüenza y la humillación. Esto no necesitaba lógica. El niño en su vientre había sido plantado allí por un hombre sin su consentimiento. Luego se había sentido indefensa, vulnerable. Ahora este extraño había manipulado su desnudez. Su necesidad era incidental a su sensación de ultraje. Se sentía frustrada y violada.

La ira subió para disfrazar emociones compuestas. "¿No había ninguna mujer aquí?"

El extraño negó con la cabeza levemente, encontrando su mirada con la misma compasión tranquila y distante mientras él se retrocedía para rodear la mesa.

"Soy una Virgen, consagrada a perpetuidad a la diosa." Las lágrimas asomaron por los ojos y sangraron en su voz. "No tenías derecho a ponerme tus ojos o las manos encima."

Él se sentó. Volviéndose hacia ella, indiferente o no sorprendido por su enojo, dijo: "Necesitabas ayuda y te di toda la ayuda que pude." Su voz tenía la misma resonancia constante. Calma. Irrefutable. "No fue mucho, pero estabas casi muerta y ahora no lo estás. Eso es lo mejor que pude ofrecer."

Le picaban las yemas de los dedos. Toda la frustración de su situación ansiaba convertirse en puños. Todo en su circunstancia era injusto, era insoportable. Ella estaba indefensa y desesperada. Estaba enojada con el mundo entero, incluso con los dioses, y con

razón. Transformó sus palabras en armas y las arrojó contra él.

"Mi hermano es Taran, dux de los Lusones. Y ese Sumo Sacerdote que viste me ha acusado de tener un amante romano." Ella aspiró un aliento que aulló por el daño seco en su garganta, esperando verle reaccionar a la magnitud de ese insulto.

Él parecía aceptar eso sin alarma.

Forzó su columna a quedar más recta y continuó: "Él mintió. Me violó y mintió. Ahora estoy condenada a muerte por esas mentiras. Hasta mi familia me ha rechazado." Su voz se quebró. "Y ahora, no tengo ningún lugar seguro al que ir." No había ningún lugar seguro en un mundo gobernado por hombres, para hombres. Por causas ajenas a ella, había causado una terrible vergüenza a toda la familia. No tenía ningún lugar seguro y el hombre que la había hecho daño caminaba libre. "¿Entiendes lo que te estoy diciendo? ¿Lo que eso significa para alguien en mi posición?"

Inclinándose hacia adelante con las palmas de las manos, apoyó los codos en las rodillas y se frotó la barbilla. Nuevas preocupaciones aparecieron en sus ojos. "El Druida, ¿cuántos hombres responden ante él?"

La confusión estimuló su corazón a un ritmo desordenado. "¿Qué quieres decir con responderle? Él es magistrado. Mi hermano enviará hombres a por él, y romanos también. Pero no hay amenaza del propio sacerdote. Los novicios son sirvientes de los dioses, no naves de venganza."

"Quizá es que solo he conocido a los malos, entonces," dijo. "¿Cuántos novicios?"

"El templo está en *Okilis*. Aquí, no hay más de media docena de jóvenes."

Levantó una ceja y mostró una sonrisa enigmática. "Menos tres." Se enderezó. "¿Qué clase de hombre es tu hermano? ¿Atenderá a razón? ¿Le has hablado de esto?"

¿Había hablado con su hermano? ¿Pensaba él que había una

solución simple que podría haberle salvado la vida y que ella no se había molestado en buscarla? Nuevamente la confusión nubló la mejor manera de responder. Ella le había arrojado la absoluta desesperanza de su caso, desafiando su distanciamiento. Cualquiera con corazón vería la respuesta en su miedo. No había soluciones, solo muerte.

Quizá ella lo había entendido mal. "¿Si he hablado con mi hermano?" Ella lo miró, considerando quién era en realidad. Solo un pastor, un granjero extranjero, en el peor de los casos, un soldado romano. ¿Qué sabría él de su vergüenza o de la enormidad de este insulto?

"Así es." Él se puso de pie abruptamente y se volvió hacia el niño a su lado. "Nico, recoge tu ropa, zagal."

A Marella le dijo: "Si tu hermano es el que tiene todo el poder aquí, él es quien tienes que tener a tu lado. ¿No es así? El druida no puede hacerte daño si tienes protección ducal."

El niño corrió a su camastro, envolviendo en un fardo sus escasas posesiones mientras el extraño desaparecía en el baño y emergía con un odre de agua y un zurrón de cuero.

"¿Adónde vamos, papá?" El niño alzó la vista con los ojos muy abiertos por la emoción.

"A casa de Bastien. Quiero que te quedes allí con su familia durante un tiempo."

El niño dio un brinco, complacido por la noticia, luego corrió a meter su caballo en el fardo..

Su salvador eligió una colección de viandas del estante junto a la chimenea y las metió el zurrón. Moviéndose a la cama y enrollando una manta en un fajo apretado, metió eso también en la bolsa. Marella lo miró en silenciosa confusión hasta que él estuvo satisfecho con sus selecciones y volvió a sentarse cerca de ella.

"¿Y bien?" preguntó él. "¿Puedes acercarte a él? ¿Te has explicado a él?"

"Por supuesto." La molestia que él había provocado antes se apresuró a asentarse en sus labios.

"¿Y él no te sirve de ayuda? ¿No atenderá una apelación o es demasiado preocupado?"

"Él cree en el Sumo Sacerdote. Todos creen en el Sumo Sacerdote. ¿Por qué no iban a hacerlo? Él es el magistrado. Y..." Se detuvo en seco. Tratar de explicar lo sucedido era una pérdida de tiempo y esfuerzo. Nadie creía la verdad. Ella luchaba con sus propias conclusiones.

Taran no había sido de ayuda, pero había una persona que podría haberla escuchado, que podría haberla creído y argumentar su caso.

"Su esposa es mi amiga más querida. Ella podría haberme creído. Posiblemente ella podría convencer a mi hermano en mi nombre, si supiera que estoy viva." De nuevo frunció los labios con amarga frustración. "Pero hay tanta vergüenza involucrada para nuestra familia. Nuestro linaje se remonta a quinientos años de una Élite de Guerreros. Taran nunca podría perdonar este tipo de escándalo. No en asociación con un romano o algún otro campesino humilde."

Él sonrió sin humor. "Ya veo."

"Oh." Ella intentó demasiado tarde retirar las insultantes implicaciones. "Lo siento, no he querido..."

Sin hablar, él se dirigió al cofre y cavó en sus profundidades para sacar un par de sandalias de mujer. Arrodillándose en la apisonada tierra ante ella, tomó uno de sus pies y, con una ternura extraña para su tamaño, se la deslizó en el pie y comenzó a atarla.

"No lo entiendo." Las palabras se le escaparon en su lengua materna y ella sacó el pie de sus cálidos dedos, lejos de donde descansaba sobre el muslo. "No puedo viajar. Ya te lo he dicho, no tengo ningún lugar seguro al que ir. Si me envías ahí fuera sola ahora, sería mejor que hubiera muerto en el río."

"No te estoy pidiendo que viajes, no muy lejos al menos." Movié una mano por la habitación, señalando todo y nada. "Esto es todo lo que

tengo. Mis pocas ovejas, mis perros y mi hijo. Tú tienes a un druida furioso detrás de ti. Tu hermano es un noble. Él tendrá cien hombres a su disposición y el honor de una familia que defender. ¿Puedo?" Volvió a cogerle el pie y siguió atándole la sandalia. "Pronto vendrán a por mí. Tienes razón. No puedes viajar. Y por el momento, no tienes ningún lugar al que puedas ir. Yo puedo defenderme cuando vengan, pero no dejaré a mi hijo aquí mientras espero."

Marella miró largo y tendido a este pastor que había arriesgado por accidente todo lo que tenía por su seguridad. Era un hombre de honor, o al menos parecía serlo. Nunca hubiera creído que hubiera hombres de caballería entre la chusma extranjera de las tribus ibéricas. Y lo que era peor, había demasiado de romano en él.

Y, sin embargo, se arrodillaba ante ella, sus suaves dedos le rozaban la piel del tobillo. No por deferencia a su familia o posición, sino como si su sola necesidad la hiciera digna del servicio.

"¿Quién eres tú?" preguntó ella inclinando la cabeza ante los confusos opuestos que él presentaba.

"Ya no tengo un nombre," dijo tomando un segundo pie y enhebrando suavemente los cordones alrededor de este.

"Tienes un nombre, debes. ¿Cómo te llama la gente?"

"La gente me llama Marcus. Solo Marc. Nada mas."

Ella frunció el ceño y asintió levemente. "Se necesita mucho para que un hombre deje su nombre atrás, y un hogar con este, supongo. ¿Está muy lejos tu tierra natal?"

"Muy lejos. El fin de la tierra. Caledonia."

"¿No eres romano? ¿No por nacimiento o por servicio?"

Terminó su trabajo a sus pies y se leantó, cerca, por lo que ella miraba más allá de la extensión de su pecho hacia su rostro. "Ya te lo he dicho, no tengo nombre ni historia. Ciertamente, nada que necesites saber una vez que estés lo bastante bien para marcharte. Pero algo puedes decirme. ¿Por qué nadie se cree tu historia? No

serías la primera hija de un templo en ser utilizada por un sacerdote."

Ella se apartó de la penetrante intensidad de su mirada. Este hombre tenía una forma de mirar más allá de sus rasgos, como si pudiera ver a través de ella y leer sus secretos y su vergüenza. Él podía ver que había más en su historia y tenía la intención de oírlo. De saberlo todo, para que él también pudiera juzgarla. Una vez más. Ella contaría la historia una vez más y escucharía su juicio. Él había cambiado su propia seguridad por la de ella. Ella le debía eso al menos.

"No fui consagrada al servicio cuando era niña. Me dediqué a Diana hace un año, cuando mi familia concertó un matrimonio. Mi servicio no tenía nada que ver con el Sumo Sacerdote, ni el suyo conmigo. Excepto por un muy ocasional ritual o clausura. No a menudo en absoluto. Pero él empezó a acudir a mí en sueños. Yo los resistí, de verdad, lo hice. Incluso intenté no dormir en absoluto, pero los sueños persistieron. Venía a mi cama y yo no podía moverme. No podía hablar."

Apretó las uñas en las palmas de las manos, recordando el rostro de pesadilla sobre ella. Recordando la estasis y los gritos silenciosos en su cabeza. Recordando el pavor helado el día en que supo que estaba embarazada.

Sus afiladas palabras le arrastraban por la boca el sabor de la sangre y su voz se volvió ronca y granulada, como si todos esos gritos ahogados aún se agruparan en su garganta. "Fue horrible, no lo podía creer. Pero cuando al final lo desafié, se dirigió a mi familia con la historia de que me habían pillado con un soldado romano." Ella lo miró, buscando una mueca de incredulidad o burla en sus ojos.

"Solo en las epopeyas los dioses vienen en sueños," dijo ella. "En el mundo real, mi familia está avergonzada y el hombre es considerado inocente. Esa es la historia. Y puedes ver por qué nadie me cree."

Él miró al niño. "¿Estás listo, zagal?" Nico estaba al lado de su padre, agarrando su fardo de posesiones. A Marella, Marc le dijo:

"Voy a llevar al chico valle arriba un buen camino. Hay una familia allí con la que puede quedarse." No había nada en su rostro que mostrara que la había escuchado. Su expresión no había cambiado, no había burla y no había señales de que albergara un juicio en su contra.

"Está demasiado lejos para caminar, pero a lo largo del camino hay un antiguo cubil, solo es una covacha entre las rocas. Quiero que me esperes allí por si alguien viene a buscarme a mí, o a ti, mientras estoy fuera. Volveré mucho antes de la puesta del sol. Estarás a salvo allí por el momento y te dará tiempo para decidir cómo puedes combatir contra esta cosa."

Cogió al niño del brazo y le tendió la mano libre para ayudar a Marella a levantarse. Se colgó el zurrón de comida al hombro y la acompañó hasta la puerta. Cuando salieron al sol, se volvió para mirar la casa y dijo: "Dile a tu diosa... No. Pensándolo bien, no le digas nada. Si es así como mantiene a salvo a sus siervas, no hará nada por mí."

Capítulo 3

Leucetius descruzó los tobillos y los levantó del sofá. Había posibilidades en todo esto que iban más allá de resolver este único problema.

No había dormido, pero eso al final no suponía ninguna diferencia. Él pensaba mejor bajo presión. La luz gris antes del amanecer a menudo llevaba consigo soluciones que no eran visibles a la luz más dura del día. Durante el día había ruidos, caras, preguntas. Sin ellos, podría considerar mejor sus propios deseos.

La deferente llamada a la puerta había llegado antes de lo que esperaba, pero no demasiado pronto. Con cuidado de permitir un digno período de silencio, se acercó a la puerta y apartó las cortinas.

No perdió tiempo con cortesías. "¿Y bien?"

El joven se estremeció. La malignidad flotaba en el aire alrededor de su superior. El hombre le llenaba de terror visceral. El joven tenía pesadas las entrañas e hirviendo, la garganta bloqueada. "No hay mucho que contar, señor. Nadie lo conoce con certeza, aunque mucha gente lo conoce. Parece que vive solo a orillas del río Gallego, a poca distancia del valle. Pastorea ovejas. Algunos dicen que tiene esposa, otros que es un místico. Otros dicen que es un fugitivo de Roma y otros un héroe de Germania. Todo el mundo está de acuerdo en que se muestra reservado y no molesta a nadie."

Leucetius contuvo la mano. Era la estupidez ciega de la gente lo que las hacía tan fáciles de controlar. Este chico solo estaba expresando las opiniones de los tontos locales.

"¿Todo el mundo coincide? ¿Aunque nadie lo conoce?" Abrió más la cortina y arrastró al chico dentro con la mirada. "Es evidente que causa problemas. Mató a tres de tus hermanos sacerdotes a plena vista."

"Pero," el chico tartamudeó y se congeló.

"¿Tenía intención de salvar a la muchacha?" El veterano lo sujetó inmóvil. "¿Y qué razón tenía él hacer eso? ¿Por qué estaba él ahí? ¿Quién salva a un prisionero condenado? ¿Un místico, crees? Ningún místico viola los juramentos de otro. Este, mi joven... hombre." Su lengua convirtió en desprecio la última palabra. El nombre del joven se le escapaba. Incluso el rostro era una suave colección de rasgos adolescentes. "Este es el misterioso amante que estábamos buscando. Él es de quien yo sospechaba."

Los ojos del novicio delataron su confusión, pero él logró sofocar dudas tontas.

"¿Hay un nombre?" Leucetius hizo la pregunta en voz baja. El chico estaba a punto de desmayarse por la fatiga y los sobresaltos de la noche. Tenía miedo, y ese tipo de miedo podría ser útil. Y peligroso.

"Sin nombre. Los que creen que está huyendo dicen que es británico. Si es teutón, nadie sabe cuáles fueron sus hazañas, ni cuándo ni dónde."

El sacerdote asintió, hurgando en la escasez de hechos, tratando de hacer un todo factible. "Vive en el valle. ¿Alguien sabe dónde?"

El joven asintió.

"Bien. Ve." Dio una palmada en el hombro del chico, haciéndole estremecerse. "Necesitas descansar. Yo iré a la casa ducal y le diré al noble Taran que hemos encontrado al hombre que causó esta vergüenza."

Se pausó. "Antes de que te vayas, asegúrate de que mi caballo esté listo."

Había muy pocos para acompañarlo. Los tres muertos habían sido su escolta, y el hombre que perseguía los había matado a todos en cuestión de un instante. "Luego ve a la plaza y paga a una guardia mercenaria para mí. Quiero dos o tres hombres armados. Necesitaré apoyo si quiero encontrar a este hombre y llevarlo a la familia. Allí puede responder a sus preguntas. Si sobrevive. Eso es todo."

Marella descansaba en el nido de su manta a la sombra del afloramiento rocoso y esperaba su regreso.

Este era un rompecabezas. Todo ojos azules y cabello rubio. Un extranjero. Un pastor, con la diosa de un pastor. Luperca, un lobo prevenir el daño a sus ovejas. Pero el zurrón de cuero con comida que estaba a sus pies y el odre de agua que sujetaba eran romanos. Ejército romano. Si él no era ciudadano, había sido auxiliar. O un mercenario.

En cualquier caso, había sido soldado.

La forma en que se comportaba era como la de un lince: moderación contra tensión, la tensa constricción de los músculos bajo un habla tranquila y manos suaves. Incluso el recuerdo dibujaba una sutil calidez en su piel. Era fuerte, capaz, confiado. Pero ¿qué soldado querría esconderse en estas agrestes colinas? ¿Qué británico estaría tan lejos de casa como para dejar atrás su nombre y su pasado? ¿Y por qué?

Quienquiera que fuera, por el momento, era todo lo que ella tenía.

Estar en deuda con un hombre le dolía, pero a medida que su cuerpo se instalaba entre sus dolores y magulladuras, la posibilidad de dejar que otra persona tomara el mando era persuasiva. Y él parecía competente para hacer precisamente eso. Durante un ratito. Por ahora, no había necesidad de contarle lo de su embarazo. Eso era una humillación que no tenía que compartir con nadie más.

El dolor y la fatiga amplificaban su sensación de impotencia y agravio.

Ya estaba bastante mal que otros supieran de su violación. Si la hubieran creído, Leucetius estaría muerto y todo el asunto, incluido el feto, se habría despachado con discreción.

Tal como estaban las cosas, su nombre no valía nada, su reputación era aire y el hijo era una evidente acusación de culpabilidad. Nadie necesita saberlo. Si sobrevivía, podría deshacerse del problema en privado. Si sobrevivía, tendría que hacerlo.

Había seguido las instrucciones del pastor con cuidado, permaneciendo a la sombra, descansando y bebiendo a menudo del odre de agua. Y ahora podía dormir. Podía cerrar los ojos y dejar que el día se prolongara para darse fin a sí mismo.

Marc se frotó la yema del pulgar en la palma ahuecada mientras caminaba, apartando el sudor de la aprensión. Había un bote ambiguo en su paso, ni emoción ni pavor, sino algo intermedio. Con su zagal a salvo, por fin podía reconocer el tenso nudo del estómago. Se avecinaban crisis y estaba ansioso por enfrentarlas, cualquiera que fuera la forma que estas adoptaran.

La muchacha era incidental. Lo que ella eligiera hacer con su situación era su problema. Pero al salvarle la vida, había llevado inadvertidamente a sus enemigos a su propia puerta. No podía fingir estar enteramente decepcionado.

Durante demasiado tiempo había escondido su rostro en la pálida piedra y el agreste matorral de estas laderas. Mientras había tenido responsabilidades, aparte de consigo mismo, con su esposa y con su hijo, se había contentado con vivir en una pacífica contemplación. Pero con la marcha de Neria...

Apretó un puño con frustración. No había un enemigo vivo del que huir. Se enfrentaría a cualquiera en competición abierta. Pero la vida tenía una forma de lanzar batallas que ningún hombre podía esperar ganar. Demasiadas veces había soportado la cruel carga de la impotencia. Esa frustración ardía como un grito de guerra en su pecho.

El anhelo de acción, de éxito, incluso de retribución o venganza, le ardía en el estómago. Cada paso hacía funcionar su necesidad como un fuelle en un horno de ira no dirigida. Fuego le ardía bajo las costillas, retorciendo el estómago por tantos años de ineficacia.

Había habido demasiadas víctimas en el mundo. Demasiados vencedores negligentes. Y por fin, desde el cielo azul claro y las aguas marrones del río, la vida le había dado la oportunidad de defenderse. No tenía intención de desperdiciar esa oportunidad.

Marella despertó de un sueño inquieto, sobresaltada, entre un irritado murmullo hacia el duro suelo por su repentina aparición. Tenía las piernas rígidas y los moretones del estómago se habían acumulado como tormentas bajo la piel. "Me has asustado," espetó ella agarrando un puñado de seda para ocultar el temblor en los dedos. "Es tarde. Dijiste que regresarías antes de la puesta del sol."

"El sol no se ha puesto," dijo. La diversión le brillaba en los ojos, una risita a costa de ella. "Aún no, al menos. Pero lo hará pronto. ¿Cómo estás? ¿Puedes conseguir volver andando a la cabaña?"

"Puedo conseguirlo." La indignación en su tono pareció alimentar el sentido del humor del hombre, y ella se mordió la lengua ante las puñaladas y tensiones de su cuerpo herido mientras se forzaba por levantarse. No estaba del todo segura de poder arreglárselas, pero se caería sobre las piedras antes de decir eso en voz alta. "¿Crees que es seguro ahora? ¿Que podemos volver?"

Había ligereza en el paso del hombre. Una tensión le recorría que no había sido evidente a primera hora de la mañana. Una nueva luz le brillaba en los ojos y algo se estiraba en su boca que era diferente a una sonrisa.

"No lo sé. No lo sabré hasta que nos acerquemos." Su voz era tranquila, su respiración no se veía afectada. "Si alguien viene a por ti, ya habrá venido. Lo que no sabemos aún es si siguen allí. Ni si van a volver." De cualquier forma, ella sabía que tendría dificultades para sobrellevar la situación y su pulso se aceleró por el miedo.

"Me preocupa más lo fuerte que te sientes en este momento." Él avanzó un paso, deslizando una mano fuerte bajo su codo mientras ella trataba de enderezarse. Calambres y moretones se contraían en su abdomen y un quejido se escapó de su boca mientras ella se encorbaba sobre el dolor.

"No intentes ir deprisa." La compasión fue un visto y no visto para su sonrisa. "Lo que sea que hayan hecho, unos minutos más, sea a la luz del sol o en la oscuridad, no supondrá la menor diferencia."

La mano de Marella se cerró en una demostración de autonomía,

pero no había fuerza real en la resistencia. Y no había condescendencia en esa ayuda. Los ojos de él le acariciaron gentilmente la mejilla con preocupación, sin juzgar ni ridiculizar. Y esa preocupación se centraba en ella. Marella podía sentir su estudio aunque mirarlo a los ojos. "Puedo dejarte aquí," sugirió él. "Bajar para comprobar la situación y luego volver por ti."

Ella negó con la cabeza, cerrando los ojos mientras enderezaba el cuerpo. "No me dejes aquí otra vez. Estaré bien. Necesito un momento para estirarme, eso es todo."

"Podemos esperar."

Mientras él se alejaba para recoger las pocas pertenencias que cubrían el suelo del cubil, Marella se preguntó de nuevo con qué tipo de hombre se había encontrado.

Marc enrolló la manta sobre el brazo y levantó el odre de agua, juzgando por su peso cuánto había podido ella beber. No suficiente. Sombras grises se arrastraban por las mejillas de la mujer y sus ojos estaban apretados por el dolor. Lo sostuvo hacia ella. "Bebe," dijo con rigidez.

Él había esperado más aflicción, aunque esta podía llegar aún. Por el momento, la ira y el resentimiento, la frustración y algo que se parecía un poco al desprecio, se estaban acercando a la superficie. Eso también era incidental. Él no le guardaba deuda. La ira y el dolor en ella estaban bien fundamentados, aunque fuera de lugar. Una vez que estuviera lo bastante bien como para seguir adelante, ella podría apuntar a objetivos elegidos con más cuidado.

Se movió para encararla directamente, observando sus reacciones, tratando de juzgar cuánto sufrimiento estaba tratando de ocultar. "¿Has pensado en dónde puedes ir o qué quieres hacer sobre este lío?"

"Sí." Sus ojos esquivaron los de él, destellando incertidumbres pasadas que no quería compartir. "Necesito llegar al templo de Diana. La hermandad me mantendrá a salvo allí."

"¿Estás segura?"

Sus fosas nasales se ensancharon y su barbilla formó hoyuelos por las tensiones. "¿Por qué no iban a hacerlo?"

"¿Por qué no lo hicieron? Estás sola aquí." Él había tocado el corazón del miedo, los ojos en ella se lo decían llanamente. Nadie la había creído. No importaba lo que se estuviera diciendo a sí misma, ella no tenía verdadera confianza en ningún santuario. "Si los hombres del mundo ignoraron tus acusaciones, ¿por qué no estuvieron a tu lado tus hermanas sacerdotisas?"

"Porque aún viven en un mundo de hombres," espetó Marella, y él se retiró del debate, apartando la mirada de sus justificaciones. Lamentó la pregunta tan pronto como fue pronunciada. Podía adivinar la respuesta.

Las muchachas que servían a las diosas eran materia de fantasía en muchas y largas campañas. En sueños, se parecían a Marella, sacerdotisa de Diana, virgen perpetua. La verdad estaba tristemente alejada de la leyenda. La mayoría de las mujeres dedicadas al servicio eran las más llanas de lo llano. Hijas de campesinos sin dote ni esperanza de encontrar marido.

O aquellas que no tenían deseos de un hombre o un matrimonio. Todos los soldados, tal vez todos los hombres del imperio, conocían las historias de las varitas y los cálices, las dagas y las vegigas, las hermosas intocables que despreciaban el toque de los hombres; que reducían la masculinidad a un falo y luego hacían el suyo propio.

Esta sacerdotisa no era joven, había pasado la edad para contraer matrimonio, tenía poco más de veinte años. Bajo el daño y los escombros de su ordalía yacía una rara belleza. Era noble de nacimiento, pero había evitado el matrimonio forzado hasta hace un año.

Así, con la riqueza suficiente para soportar el tipo de opciones que la mayoría de las muchachas nunca habían tenido, ella había rechazado esa vida rica y cómoda. Luego había elegido tomar votos que la colocaban por encima de quienes elegían uniones lésbicas también. Todo sumado, era posible que ella hubiera ofendido a todo el mundo, dentro y fuera del templo, incluida su propia familia.

Eso la dejaba como una diana obvia y sin muchas esperanzas de rescate.

"Está bien." Asintió de nuevo al odre de agua en su mano, animándola a beber. "Que sea el templo entonces. En cuanto puedas viajar, haré que llegues allí."

Ella estaba más frágil de lo que iba a admitir. Dejarla aquí mientras caía la oscuridad no era una idea que le gustara. Por su parte, él no tenía miedo de los lobos en el área, pero mientras ella estuviera sola y herida, estos serían una seria amenaza para esta muchacha.

Un ceño fruncido se acentuó sobre su frente mientras consideraba cuánta fuerza tenía la mujer. Bajo esa debilidad física, ella había encontrado la suficiente resolución para ir derecha sin caerse. Era demasiado difícil evaluar cuán lejos esa resolución la iba a llevar.

La miró por otro largo instante. "Y qué hay de tu hermano. O de su esposa. ¿Es posible que te ayuden si puedes llevarles un aviso?"

Ella bebió. Pero el esfuerzo de mantenerse derecha estaba empezando a pasar factura. Cuando respondió, había un tono en su voz que sugería un precipicio demasiado cerca dar confort. "No lo sé." Hizo una pausa y volvió a beber. "Eso espero. Pero no lo sé. Él no me cree."

"Dices que es un soldado. ¿Él lucha? ¿O reclama las victorias de sus hombres desde la seguridad de su villa?"

El insulto al honor de su familia le envió una sacudida de justa indignación por la columna que casi zarandó el odre de agua fuera de las manos. "¿Por qué?" ella le sonrió con burla. "¿De repente tienes miedo de enfrentarle?"

"No." Trató de reprimir una sonrisa. La emoción de la vieja batalla y la urgencia le subían a la sangre al pensarlo, pero no era por eso que él preguntaba. "Creo que todo comandante que haya estado en el frente podría imaginar cómo un sacerdote te habría hecho esto."

Esta vez el odre de agua se le cayó de la mano y él la encaró directamente, dejándole tomar la fuerza que ella necesitaba de las

palabras. "No hay ningún campesino o granjero en ningún lugar del imperio que no sepa remojar vainas de amapola para el dolor y el sueño. No hay ningún soldado que haya estado en el frente que no sepa que se mezcla amapola y beleño con vinagre y hiel para poner a un hombre a dormir para una cirujía. Y no hay un celta vivo que no sepa que los druidas saben otro tanto sobre la tradición de las hierbas como los cirujanos."

La conmoción y la repulsión se extendieron por el rostro de la mujer. Ella estaba débil, cansada y enojada, y él se preguntó cuánto tiempo tardaría en resolver todas las implicaciones de ese conocimiento. Él estaba contanto con que la esperanza y la ira fueran primero. Cuando ella tuviera el lujo del tiempo para considerarlo todo, la angustia de la traición ocuparía su lugar. Por ahora, era la esperanza lo que la ayudaría a superar lo que fuese que les esperara en la casa.

"Bueno." Él le llevó los pensamientos hacia la dirección necesaria. "Cuando vuelvas a hablar con tu hermano, puedes decirle cómo podría aquello haber sido posible. Y luego el druida será quien no tendrá ningún lugar seguro al que ir."

Cuando ella le miró a la cara, él vio esos ojos como si fuera por primera vez.

Ella estaba cerca, y estos eran tan oscuros y suaves como los del chico. Había profundidades en ellos donde un hombre podría vagar, perdido, durante años. Lo mantuvieron fijo, buscando en el lecho de su dolor y de anhelos pasados. Durante ese largo momento, esos ojos tocaron una profunda necesidad en el mismo corazón.

"Yo no estuve soñando," dijo ella en voz alta para confirmar esa verdad a sí misma, extendiendo la mano para sujetarle el antebrazo como una piedra de toque.

Él sacudió la cabeza, apartando reluciente la mirada de la suya. Ella estaba temblando. Inclínándose para levantar la bolsa de agua, él descubrió que sus ojos buscaban de nuevo los de ella mientras se enderezaba. "No," dijo él. "No estuviste soñando."

Los labios de ella eran gruesos, temblaban entre lágrimas de alivio,

oscuros en la decadente luz. Su respiración llegaba en afilados jadeos y la lengua le tocaba la boca para lamer la humedad que atrapaba el suave resplandor del atardecer. Las yemas de sus dedos eran cálidos en su brazo.

Marc dio un paso atrás. Ella era suave. Sus ojos. Su boca. Las curvas completas y redondeadas de su cuerpo. Todo en ella contrastaba con el agreste e incómodo mundo que le rodeaba. En sus adentros algo anhelaba ir hacia ella, languidecía por quedar envuelto en esta ternura.

Su rostro cayó y él le dio la espalda para bajar la mirada hacia la senda, súbitamente ansioso por moverse. "Vamos." Sus palabras fueron ásperas y él se aclaró la garganta. "Si necesitas parar, dímelo. Cuando nos acerquemos a la casa, entraré solo y veré qué está ocurriendo." La volvió miró a los ojos antes de apartar la mirada.

La fuerza que ella aún tenía se estaba reafirmando, Marella estaba tan preparada para moverse como nunca iba a estarlo. Vigilando los pies de él, ella escogía la ruta más blanda entre los árboles.

Marella lo seguía, tropezando a ciegas con obstáculos inexistentes. Ninguno de sus sentidos estaba aplicado al mundo mientras centraba su atención hacia la revelación que él había mencionado.

Ella podría explicarse. Podría ser vindicada.

Una sonrisa que insinuaba venganza tocó su boca y huyó hacia las líneas de una tensa mueca alegre. Ahora, Leucetius. Tu presa no será tan fácil de atormentar, ni tan indefensa y vulnerable. El rostro del hombre venía a la mente con demasiada facilidad, afilado y altivo. No era fácil encajar el miedo en esos rasgos, pero ella viviría para verlo. Viviría para oírle suplicar por su vida.

Ninguno de sus males y molestias la reclamaba. Su paso desigual se agitaba, pero ella estaba adormecida, ansiosa por llegar a la ciudad, enteramente concentrada en la venganza. Cuando Marc se detuvo de pronto delante, ella chocó con su espalda, disparando la cara arriba hacia la de él.

Él estaba inclinado cerca en la densa oscuridad, le colocó un dedo en los labios deliberadamente y levantó el agua para que ella bebiera. Sin ella notarlo, su respiración se había vuelto laboriosa, raspando la inflamación en la garganta y tirando de las rígidas magulladuras mientras ella exhalaba. El agua ayudó.

En silencio, Marc apiló la manta sobre la senda y le indicó a Marella que se sentara, señalando de nuevo con un dedo en su propia boca, luego se movió en silencio hacia las sombras.

En la oscuridad entre la puesta del sol y la salida de la luna, él se aferraba a la sombra más profunda de los árboles mientras avanzaba agachado hacia la elevación por encima de la casa.

Se oyó un prolongado movimiento y el hueco sonido metálico del cencerro de la lechera. La oveja hacía un confuso balido ocasional mientras los perros se movían inquietos, siguiendo su rutina aun sin la llamada de su amo.

Había humo en el aire, pero la casa seguía en pie. Si hubiese sido arrasada, lo habrían sabido bien antes ahora. El viento soplaba desde el río. Quienquiera que hacía un fuego, había elegido acampar cerca del agua. No hacían gran esfuerzo por esconderse. O bien estaban seguros de que él había abandonado la casa o no tenían motivos para temer que volviera.

Eso implicaba habilidad o número. O bravuconería. Él sonrió y se atravesó silenciosamente la enmarañada maleza, circulando la cabaña y abrazando las sombras más profundas.

Mientras se acercaba a la parte de atrás del edificio, donde los corrales de ganado se inclinaban hacia los arbustos circundantes, silbó, bajo y grave, y trajo a los perros a su lado en una algarabía de bienvenida. Un chasquido de dedos y un áspero señalar al suelo los hizo sentarse en silencio y él continuó avanzando por la oscuridad, siguiendo la brisa hasta el fuego.

Tres caballos piafaban en la orilla del río, dos hombres estaban sentados en el borde de un círculo de luz de fuego. Uno menos de la cuenta. Maldición. En cuclillas en las sombras, los observó, esperando.

Como el tercer hombre estuviera vigilando el campamento... Marc distinguió el lugar más obvio para un centinela, explorando la oscuridad en busca de movimiento. Si la guardia estaba instalada en la casa, el mejor plan de acción sería eliminar a estos dos, rápida y silenciosamente.

Dejando que la adrenalina latiera por sus venas con nueva vida, Marc sonrió en silencio a los perros a su lado. Los latidos de su corazón eran más constantes de lo que deberían, elevándose por encima de la emoción y posándose en una calma antinatural, mientras su respiración se hacía lenta y profunda. Le picaba el oído como una erupción de sudor en la piel, elevando sus sentidos para satisfacer la necesidad. Sus ojos reunían la luz, tallando claridad de la oscuridad que lo rodeaba. Distraídamente, su pulgar probó el borde del filo de un cuchillo.

Marella estaba sola y en riesgo. Él no quería esperar aquí, no podía dejarla más de lo debido, pero tenía que estar seguro.

Su grito apuñaló la noche y él se movió por instinto. Agachándose hacia una carrera, ordenó a los perros que avanzaran. Los hombres junto al fuego se pusieron de pie, volviéndose como uno solo hacia el grito. Antes de que pudieran llegar hasta las armas que tenían a sus pies, la perra había roto el círculo de luz y saltado sobre la espalda del hombre más cercano.

El segundo desenvainó un *gladius*, la espada corta y plana de un soldado de infantería romano, y giró en ayuda de su amigo caído. No tuvo tiempo de levantar la hoja antes de que la daga de Marc se le hundiera profundo entre las desprotegidas costillas.

De nuevo, la muchacha gritó, el sonido apagó fácilmente la escaramuza y los confusos gritos de los hombres junto al fuego.

Max había entrado en la refriega.

Marc se quedó helado, dividido por un instante entre asegurar sus muertes y la desesperada súplica en el grito ronco de Marella. Dejándolos a los perros, se volvió y corrió a través de la oscuridad, por la orilla del río hacia la casa. Le suplicó a la noche en silencio: «lucha muchacha, déjame oír dónde estás.»

Gritos ahogados y gruñidos de esfuerzo turbaban al ganado y surgían nerviosos; disparados, en pánico; desde los arbustos cercanos.

Allí. Las sombras de un hombre, retorcidas y girando cerca de la puerta de la casa. Marella aún estaba en pie.

Los otros dos eran veteranos, soldados de infantería retirados, armados con armas romanas, no las espadas o dagas preferidas por los celtas. Él iba a asumir lo mismo para este oponente. De la correa de la pantorrilla sacó la más larga de sus facas. Solo tenía treinta centímetros de punta a empuñadura, pequeña contra el alcance de un *gladius*, pero bastaría. Lanzó una daga más pequeña hacia su mano izquierda, girándola para sujetarla por la hoja, y se deslizó entre las barandas del corral.

Cuando la pared de la casa oscureció lo que él podía ver de su meta, aguzó el oído para oír los sonidos de la lucha de Marella. Ella se estaba debilitando rápido. Los entrecortados sollozos de impotencia habían reemplazado a la determinación, y el hombre ya no tenía que luchar para sujetarla.

Furia rabió en el pecho de Marc y ardió subiendo por la garganta, anhelando algún grito de liberación.

Mordiéndose el labio hasta que la sangre fluyó ante los dientes y la barbilla, Marc se acercó silenciosamente hasta la baja barandilla y salió para enfrentar la amenaza.

En la oscuridad solo pudo encontrar un contorno, borroso por el movimiento y distorsionado por la carga que este sostenía. Los cuchillos estaban firmes en el agarre de Marc, entumeciéndole las yemas de los dedos por la presión, y él giró la hoja más pequeña, obligando a sus manos a flexionarse.

Su oponente estaba quieto uzgando su propio peligro, sopesando el beneficio de sujetar a la muchacha como cobertura contra la libertad de moverse en defensa.

"Solo tú y yo, ahora," siseó Marc saboreando la sangre que salía de su labio en cada palabra. Se mantuvo quieto, con las rodillas

dobladas para disfrazar su ventaja de altura.

Mientras el veterano sujetara a Marella, no podía alejarse y Marc no podía arriesgarse a atacar en la oscuridad. Si él la dejaba caer, Marc tendría que moverse rápido. Estaba preparado.

"Corre," dijo incitando al veterano hacia un movimiento decisivo.

El veterano rió entre dientes en la oscuridad. "He venido aquí a buscarte, amigo mío," dijo. Ni siquiera había una pizca de sudor en su voz. "¿Por qué iba a correr?" Silbó tan alto y claro que Marc se apartó del sonido involuntariamente.

Pero era su turno para reír. "No van a venir." Sonrió con burla. "Ya están muertos."

El veterano no necesitó más para evaluar su posición. Tirando a Marella a un lado, se lanzó a combate cuerpo a cuerpo. La hoja ancha de su espada silbó en el aire, atrapando la tela de la camisa de Marc, dibujando una línea de hielo sobre la piel de su estómago.

Avanzando un paso antes del ataque de revés, Marc tiró del largo puñal hacia arriba, deliberadamente más bajo de donde debería haber estado su oponente, lo cual le permitió evitarlo y dar un paso lateral.

Un gruñido, ahogado en dolor y sangre, explotó junto a su oreja y él se retorció dejando caer la pequeña hoja para atrapar la muñeca del veterano mientras la espada continuaba el arco del revés. Enderezando las rodillas contra la resistencia, Marc levantó el brazo de la espada, convirtiéndose en su enemigo y clavando el cuchillo con cada gramo de peso corporal.

Un bramido brotó de esos labios, desgarrándose desde lo más profundo de su interior. Rugiendo a la noche negra, él liberó el cuerpo hacia la oscuridad. El aire tartamudeaba y se tambaleaba en sus pulmones con una risa o sollozos que insinuaban histeria, y la adrenalina corría a través de él como fuego. Temblando, apretado como un puño, se volvió para explorar el suelo en busca de la figura de la muchacha.

Marella estaba tendida a sus pies, agarrándose débilmente a la áspera grava bajo las manos. Él la levantó, tirando de su frágil suavidad hacia su propia piel, empujando el rostro hacia la enredada confusión de ese cabello, y entró en la oscura casa.

Sangre manaba en silencio de un corte debajo de las costillas, oscura y húmeda y sin dolor. Colocando a la mujer en el suave santuario de la cama, él giró y siguió el torrente de su sangre hasta el fuego junto al río. Una risa más allá de todo pensamiento le golpeó el pecho y se tensó en la garganta.

Max yacía junto a su presa como un león, la fiebre brillaba en su rostro ennegrecido por la sangre. La perra se agachó más cerca del fuego. Tenía la cabeza gacha, con una corta empuñadura metida en un lado del cuello y ella no hizo ningún esfuerzo por volverse hacia su amo cuando él se acercó. La sangre había manchado las pálidas piedras bajo las patas, y el animal contemplaba con una seca e interminable vigilia al lado del fuego. Los caballos pastaban cerca como si nada fuera de lo común hubiera pasado.

Marc se puso de pie, mirando el guantelete rojo de su propio antebrazo y se concentró en respirar. Flexionó los dedos, los codos, aflojó la mandíbula. Otro bramido le ardió bajo el corazón, y luchó contra él, haciendo una mueca ante el dolor de la negación. Parpadeó y se sacudió la niebla roja de la vista. Tenía que pensar.

Las armas que podría necesitar. Las reunió en una pila sobre una ajada manta del ejército y examinó de nuevo el área alrededor del campamento. Los caballos los llevaría consigo. También podrían ser necesarios por la mañana.

Los cuerpos los atendería a la luz del día. Ahora tenía que ver que Marella estuviera ilesa. Reuniendo las riendas para guiar a los caballos, balanceando el cargamento de armas sobre la espalda, eligió una vara ardiendo del fuego y ordenó al perro que regresara a la cabaña.

Capítulo 4

Marella se desplomó sobre la ropa de cama, su garganta se movía sobre un nudo que no quería ceder. La cabeza estaba llena de un vacío tan amplio y profundo que sus rugientes ecos ahogaban el pensamiento. El miedo, el dolor y el agotamiento se apoderaron de ella y estos temblaban en su entendimiento. La conmoción le drenaba la sangre del rostro.

Cuando Marc cruzó la entrada, ella jadeó. Su aliento se encendió en su lengua y ella gimió arrastrándose contra la pared.

La oscuridad huyó de él.

Él llenaba la habitación, elevándose por encima de donde ella estaba acurrucada. El fuego en las yemas de sus dedos hacía brillar sus brazos y su rostro. Él olía a sangre y sudor. La manía relucía en sus ojos pálidos y su aliento serraba el aire como amenazas de violencia.

Pequeños sollozos se ahogaron desde la nariz mientras ella se agarraba a las mantas y se hacía más pequeña, rodando en una bola cerrada. Cerró los ojos y hundió el rostro en las rodillas mientras la debilidad y la desesperación destellaban por su visión. Un plañido estridente le llenó el pecho, elevándose hasta un grito dentro de la cabeza. Un entrecortado gemido escapó mientras los momentos se prolongaban hacia una fría eternidad.

El roce de los pasos de él sobre el áspero suelo llegaba como una alarma, y la piel desnuda del hombro de Marella le dolió ante la expectativa de su toque. El era hombre. Los hombres eran fuerza. Los hombres eran violencia. Eran violación.

Torbellinos se arremolinaban por su piel cuando él pasó, mientras el terror, crudo y gélido, aumentaba sus sentidos hacia lo febril. Temblando contra las rodillas, ella oyó el crepitar y el chasquido de una leña que prendía en la chimenea. Detrás de párpados cerrados, la habitación se iluminaba con sombras de sangre, y el aire que ella había reprimido en su pecho se filtró lentamente hacia la noche.

"Marella." La palabra fue queda, no más que un ronco susurro, pero la conmocionó de nuevo y ella tartamudeó un sollozó.

Él aún estaba junto al fuego. Los oídos siguieron sus pasos hasta el sofá y estudiaron sus crujidos mientras él se sentaba.

"Estás a salvo ahora." Hizo una pausa, la dejó escuchar las palabras, la dejó escuchar lo que había dicho.

Aunque ella empezaba a dar sentido a los sonidos, su cuerpo no tenía fe en ellos. El aplastamiento de un fuerte brazo aún le palpitaba en las magulladuras de la garganta. El roce del pelo áspero. Aliento fétido e impotencia. Su cuerpo gritó de horror. La pérdida y el dolor desesperados desgarraban su corazón. Este hombre no era diferente. La violencia y la lujuria se retorcían juntas en su intenso olor masculino. Sangre, muerte y dolor.

Ella no estaba a salvo. Nunca podría sentirse segura de nuevo.

El dolor subió a su pecho como una marea, robando el aire que ella ansiaba y oscureciendo el mundo que la rodeaba. Envuelta en una bolita, oculta, frágil e infantil, sollozó para eliminar las tensiones que tiraban y se retorcían en sus entrañas. Lágrimas se abrieron paso entre párpados apretados, bañaron sus mejillas y empaparon la seda de sus muslos. Sin esperanza, se rindió a las olas de la oscuridad.

Cuando por fin los sollozos se agotaron, aún le entraban por el pecho nudos de aire.

El hedor a sangre estaba más cerca. El calor y el peso de un cuerpo posado torpemente a su lado en la cama. Una mano pesada descansaba entre sus hombros y dedos suaves se movían en círculos lentos sobre su nuca.

Ella tenía los ojos estaban densos y pesados y se sintió tan rígida como un cadáver cuando levantó la cabeza y volvió la cara hacia él. El hombre no había hecho ningún movimiento para hacerle daño.

"No pasa nada," dijo él. "No tienes que moverte."

Él deslizó suavemente los dedos por su espalda, cuando levantó la

mano, un escalofrío se apoderó de su piel allí donde había descansado su calor. Los ojos del hombre brillaban con preocupación de nuevo, más oscuros que antes, pero con igual intensidad, enfocados en los de ella. "Te prepararé un poco de té."

Cuando él se levantó, ella sintió el aire estaba más frío en el lado.

Le había salvado la vida. Dos veces. Se merecía algo mejor que el asco. Era un hombre, impulsado como todos los hombres por el poder, la lujuria y la violencia, pero ella sintió su ausencia como una pérdida. Cuando él se alejaba, otras amenazas más oscuras se reunían contra ella.

Cuando él volvió a sentarse, sujetando la taza de madera con el asa hacia ella, ella se esforzó por encontrar algunas palabras, pero no pudo conseguir más que un triste movimiento de cabeza. A pesar de todas las lágrimas que habían caído, otras ardían justo detrás de los ojos, y ella se llenó la boca con el amargo calor del té y tragó un poco del dolor del corazón.

Él pareció comprender. "Solo bebe. Vas a necesitar eso cuando intentes enderezarte."

Ella lo miró de nuevo. Había una pequeña sonrisa de consuelo y ánimo justo detrás de la compasión en sus ojos.

Ella asintió, notando por primera vez los estrechos sudores que pegaban la tela sedosa de su vestido a la piel de su vientre y muslos. Estaba tan encogida que le dolía la espalda en su propio canto fúnebre y el brazo le ardía por el esfuerzo.

"Los hombres," él hizo una pausa para notar su reacción a la materia, luego continuó con cuidado, "eran mercenarios. Veteranos del ejército pagados para llevarnos a la ciudad. El druida no estaba allí."

"¿Vendrán otros ahora?" Forzó las palabras a salir de la garganta por encima del vaso, tragando té para facilitar su paso. El dolor y el peligro no tenían fin, y su cuerpo respondía con adrenalina. El rigor la atravesaba hasta los dientes y le hundía los hombros, ardiendo como si los músculos se hubieran desgarrado. Pero este hombre no

había hecho ningún movimiento para hacerle daño.

"No esta noche. Esta noche puedes dormir sin miedo. Necesitas descansar." Un ceño fruncido le surcó la frente, sus ojos se afilaron y se movieron hacia la taza en sus labios. "No necesitas tenerme miedo. Yo no voy a lastimarte."

"Eres un hombre." Las palabras estallaron antes de que ella pudiera detenerlas, frías y crueles. Era difícil encontrar confianza. La sangre y la violencia aún manchaban el aire alrededor de él.

Él asintió, la piel suave alrededor de sus ojos se hizo un nudo de profundos pensamientos mientras le estudiaba la mano en la taza. Él arqueó ambas cejas e inclinó la cabeza hacia un lado, buscando sus ojos, y dijo: "Así que, odias a los hombres. No puedo discutir en contra de eso, yo mismo he conocido a algunos que no me agradaban. Puedo suponer algunas de tus razones, pero necesito saber cuál es mi posición. No quiero despertarme con un cuchillo entre mis propias costillas."

Marella encontró su mirada fija con toda la fuerza que pudo reunir. "Entonces dime por qué has hecho todo esto." Las lágrimas y la debilidad vacilaron en las palabras. Ella estaba cansada. Si el mundo hubiera sido un lugar más amable, podría haber tenido el coraje de creerle, pero tal como era, él era un hombre. Un extraño. Un soldado romano. "Nadie lo arriesga todo por un extraño y luego no pide nada a cambio."

"¿Preferirías que te dejara con los druidas?"

"Esa no es una respuesta." Estaba demasiado cansada para los juegos, demasiado rota y vacía para las mentiras y la desconfianza.

"Lo es." La sonrisa brilló profundamente en sus ojos y ella lo miró con más dureza. Estaba loco. "No podía dejar que te mataran. Así que, una vez que estuviste aquí, necesitabas ayuda. Yo hice de eso mi responsabilidad al decidir intervenir y salvarte la vida."

Bebió un sorbo lento y profundo de té y sintió que su calor se hundía en los tensos músculos y tendones, lo sintió engrosarle la lengua y ralentizarle la mente. "Me parece que te deleitas mucho

con esa responsabilidad. Mi padre y toda su familia son guerreros y están orgullosos de ello. Pero nunca vi a ninguno de ellos..." hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas en la creciente calma de su cabeza, "¿exaltar?... el derramamiento de sangre."

La expresión en él calificaba ese juicio de duro, pero él no apartó la mirada. "Yo no lo llamaría exaltar el derramamiento de sangre. Ni la muerte. Ni siquiera la violencia. Yo diría que este imperio enseña a los niños a matar si quieren seguir con vida. Cuanto más tiempo permaneces con vida, mejor te vuelves en evitar que otros hombres te maten."

"Yo habría dicho," dijo ella arrastrando las palabras, "que estabas buscando pelea cuando regresábamos. Y cuando la encontraste, te complació. Me parece que fuiste soldado o mercenario en tu secreto pasado. Y que lo echas de menos."

Él se miró las manos. No hubo negación en su respuesta. "¿Solo es a los soldados a quien odias?"

"Mi hermano es soldado."

"Tu hermano es un hombre."

"Un buen hombre. Un hombre de honor."

La mirada que él le lanzó sugirió que él tenía dudas al respecto, pero si las había, se las guardó para sí mismo. "No hay muchos de esos."

"No." Marella ahuyentó el rostro que le venía a la mente cuando pensaba en hombres deshonorables. "Pero algunos, como el sacerdote, no fingen lo contrario. Los hombres peligrosos son los que parecen decentes y resultan lobos."

"Y ahí es donde yo fallo, ¿verdad? Te he rescatado y te he asegurado que estás a salvo. ¿Me convierte eso en una amenaza?"

"Me sentiría mejor si supiera más sobre ti." No sobre su pasado, él solo era un soldado, sino sobre el dolor que cargaba. Ella suspiró. "No tienes sentido para mí. Nunca vi a un soldado que se preocupara por una mujer. Por el dolor. O la aflicción. Los soldados

que conozco se preocupan por la fuerza y la violencia. Se preocupan por otros hombres y por el poder. Las mujeres las poseen o usan o desprecian."

"Ah." Él sonrió más gentilmente. Entonces deberías ver Britania. Nuestras mujeres luchan a nuestro lado. Si alguien pensara que podría poseer o usar a mi madre, se encontraría a sí mismo sosteniendo su propio hígado. Por todo el imperio hay lugares donde las mujeres se consideran iguales a sus hombres."

"El imperio." Consiguió en ello una buena dosis de desprecio y lo escupió en el suelo. "Romanos. Ladrones y asesinos."

"Un montón de asesinos en lugar de otro. Durante doscientos años han controlado esta parte de Hispania. Tal vez sea hora de que des las gracias por las carreteras y la infraestructura que usas y te unas al resto de la colonia. En el Sur y en el centro del país, nadie desperdicia energía en resistir lo inevitable."

Ella sintió los párpados volverse más pesados y que la boca se entumecía, pero logró sonreír. "¡Romano!"

"No." La sonrisa que él había intentado reprimir se estaba extendiendo por el rostro de nuevo. "Incluso mientras hablamos, la gente de mi padre está luchando contra ellos," dijo. Pero el resto de esa historia pertenecía al pasado que él rehusaba contar.

Mientras ella apuraba hacia atrás los restos de la taza, él extendió una mano para quitársela. "Ahora. Tienes que intentar enderezarte." Se apartó de la cama y la miró con su extraña combinación de preocupación y humor. Todo lo divertía, excepto el dolor en ella. Eso, al parecer, lo compartía.

Extendió una mano y ella se acercó para tomarla, gimiendo mientras él la obligaba a enderezar la espalda y tratar de torcer las piernas debajo de ella. Su tacto extendía calidez desde las yemas de los dedos que se movía para temblar en las articulaciones de ella. Había tranquilidad en su fuerza, no amenaza, y esta susurró para recordarle sueños largo tiempo muertos.

"No intentes ponerse de pie. Solo derecha. Túmbate bocarriba o de

lado y deja que los músculos se estiren lentamente o sufrirán calambres."

Cuando ella abrió los ojos, miró entre un borrón de lágrimas la mancha negra de sangre que había empapado la camisa y la lana de la falda de Marc. Tratando de respirar con lo peor del dolor, apartó la mano de la de él, se tumbó boca arriba y levantó las rodillas. Entrelazando los dedos sobre el abdomen dolorido, cerró los ojos y cabalgó las seductoras olas de la morfina. Cada parte dolorida de ella anhelaba rendirse al gentil baño de la amapola, pero ella se obligó a abrir los ojos y a despejarse la cabeza.

"Estás herido," dijo.

Marc bajó la mirada, tirando para abrir el corte en la tela, asintiendo y mirando la herida como si no la hubiera notado antes. "Necesito un poco de agua caliente. Y tú también."

Llevó la tetera a la oscura sala de baño, dejándola a Marella sola con su dolor y, cuando eventualmente regresó, tenía el pecho desnudo. La herida limpia se mostraba como un corte lívido que subía desde una cadera, le cruzaba el vientre bronceado por el sol y llegaba hasta las costillas inferiores.

Marc llevó un cuenco de vinagre y un tarro de miel al sofá. Luego, del cofre a los pies de la cama, eligió una larga túnica de lino, hizo una muesca en el dobladillo y rasgó una recta tira de tela. Y otra. Cuando hubo destrozado la prenda, volvió al sofá, se sentó frente a la luz del fuego y comenzó a atender la herida.

Marella observó cómo mojaba un paño en vinagre y lo pasaba por la carne viva de la herida. Los músculos de su ancha espalda se tensaron y él se enderezó, siseando maldiciones. Se quedó sentado durante largos momentos, en silencio y quieto, luego, respirando profundamente, mojó otro paño y repitió la tortura.

Ella salió de su niebla y sufrimiento propios, se incorporó con dificultad y renqueó hacia el sofá junto a él. "Para. Espera un minuto. Puedo ayudarte." Moviéndose lentamente, sacudiendo la cabeza para intentar quitarse un poco del opiáceo de detrás de los ojos, se arrodilló frente al fuego y se concentró en la línea de dolor

en la piel de Marc.

La mayor parte de la longitud estaba apenas a profundidad de piel, pero donde le rozaba las costillas, el sustrato azul de hueso asomaba entre los labios limpios de la herida. "¿Quieres tumbarte?" preguntó ella mojado un paño limpio de tela en el fuerte *acetum*.

"No," dijo él con demasiada brusquedad. "Solo asegúrate de que esté limpia y la envolveré con miel."

Cada vez que ella limpiaba, el firme músculo abdominal se contraía y la respiración de Marc se afilaba por encima de ella. Ella esperaba hasta que él se relajaba y los ojos de Marella vagaban por la masa plana de ese pecho.

Oscuras líneas azules le cubrían el músculo pectoral, se elevaban por encima del hombro y le recorrían el brazo. Cerca de su cara saltaba un ciervo con las astas curvadas a lo largo del lomo, las patas subidas bajo el vientre. Las retorcidas líneas formaban un ángulo y se curvaban alrededor y seguían la forma del pecho y brazo, dando la impresión de que toda el área estaba pintada de azul.

Mientras ella limpiaba por última vez, preguntó: "¿Es esto parte del pasado que no te pertenece?"

La garganta de Marc estaba tensa cuando respondió. "Esto no es algo fácil de ignorar. O de negar. Esa es la idea." Respiró hondo y se frotó el azul del antebrazo con la mano izquierda. "No hay nada aquí de qué avergonzarse."

Ella tocó con los dedos el contorno del ciervo, pasándolos suavemente sobre la línea ligeramente elevada.

"Te sorprendería saber cuántas personas hacen eso." Él sonrió y ella retiró la mano, mirándolo a los ojos con vergüenza. La sempiterna risa brillaba allí, tan nítida y clara como el cristal. Una hermosa barba incipiente le cubría la barbilla y la mandíbula, y, donde le cruzaba la mejilla, se formaba con profundos pliegues un hueco que quería ser un hoyuelo. Sus labios eran gruesos, su nariz era recta, con una pequeña cicatriz en el puente cerca de un ojo.

"Mantén el vendaje en su sitio," dijo ella arrastrando las palabras, sacudiendo la cabeza de nuevo como si la niebla hubiera confundido su sentido del decoro. "Voy a envolver el vendaje." Ocupó sus dedos entumecidos y esponjosos echando miel sobre una tira de lino doblada mientras el calor y el color caían de esas mejillas y pecho. Le temblaban los dedos mientras ella sujetaba el vendaje sobre la herida, esperando mientras él alisaba su longitud y lo mantenía inmóvil.

Cuando estuvo envuelto, la tela quedó completamente blanca en contraste con el marrón de su piel. La tira servía para enfatizar su cintura y estrechas caderas, y la profundidad y anchura de su pecho y hombros. Él se inclinó con cuidado y, tomándola de las manos, tiró de ella suavemente para ponerla en pie.

"Gracias," dijo Marc.

De pie cerca, la calidez de esa piel portaba el olor de él hacia su pacífica neblina de la morfina. No había más amenazas aquí.

La memoria de otro hombre persistía justo detrás de la niebla. Una familiar sensación de abandono despertó y se deslizó a través de ella, arrastrándose sobre su piel como un escalofrío. Lágrimas que ella no había sentido acumularse se derramaron inesperadamente por sus mejillas y ella apartó de Marc la cara para volver renqueando a la cama.

Cuando se sentó, se sorprendió al encontrarlo arrodillado a sus pies. Una vez más, la tomó del pie y lentamente desató las ataduras de su sandalia. "Te mezclaré un poco de agua tibia antes de que te nubles más." Él sonrió y ella asintió, sin estar completamente segura de lo que estaba hablando.

Atrapada en la niebla de la memoria, ella le ignoró mientras Marc se movía por la cabaña.

Por dentro ella estaba suplicando al hombre que había amado. Rogando. Una vez más ella negaba las palabras de este. Aferrada a su mano. Le rogaba que dijera que él había cambiado de opinión. Ese había sido el día en que ella aprendió que ningún sueño se hacía realidad. Una mujer podía esperar que su amor fuese

correspondido, pero los hombres nunca amaban.

Sus ojos se habían cerrado y ella los forzó a abrirse, respiró hondo dentro del dolorido cuerpo y trató de concentrarse de nuevo en la habitación que la rodeaba. Marc le ofreció una mano a sus pies y ella se miró su propia mano, deseando que esta se levantara hacia la de Marc. Ya no tenía ninguna fuerte conexión con sus extremidades.

"Marella." Su voz siempre era tranquila. Suave y profunda. A ella le gustó el acento, así que sonrió.

"Levántate. Quiero que vengas y te laves antes de dormir. Ven conmigo."

Sí. Ella quería llegar a la sala de baño. Sosteniendo la gentil fuerza de esa mano, se levantó a su lado y dejó que él la condujera a la oscura sala detrás de la lumbre.

"¿Estás bien? ¿Puedo dejarte aquí?"

Ella le sonrió de nuevo y suspiró. Él estaba sonriendo. "Sí," dijo ella. "Estoy bien. Necesito un vestido limpio."

Él salió de la sala y volvió a exclamar: "Te traeré una manta. Puedes elegir mañana algo que te quede bien."

Marc se rió entre dientes al encontrar una pequeña alfombra en la que ella podía envolverse para pasar la noche. Pasándose una mano por la cara, trató de aclarar la sonrisa y se reprendió sin ganas por divertirse a costa de ella.

En el fondo del cofre encontró unos *brecks* de cuero. Se los subió por las piernas, se desabrochó la falda y la dejó caer. Su sangre se había coagulado, espesa y dura, en la áspera tela, pero ya la lavaría. Si tenían tiempo.

Descoloridas áreas en los lazos cruzados de los pantalones mostraban una o dos dedos más de cintura desde la última vez que había usado esta parte de su uniforme y arqueó las cejas. La vida más allá de la Legión lo había dejado más blando.

La vida había sido más blanda. Más gentil. Cada día con Neria

había sido soleado. Ella era luz, amor y risa. Marc tocó con los dedos el hilo dorado de su cabello.

Cuando habían vivido en la villa de su hermano en *Toletum*, habían vivido como nobleza. Lujos que nunca había soñado posibles habían sido parte de su rutina diaria, pero, al final, él no los había necesitado. No había estado más contento allí que aquí, en las rocosas y secas laderas. Mientras ella llenara su mundo con su amor.

Hacía siete meses que ella se había ido y el mundo estaba vacío, tan privado de propósito como un cuenco roto.

En realidad, la vida con la Legión no había sido emoción infinita. La mayoría de las veces era una vida de trabajos forzados. Había más años de construcción: carreteras, fortalezas, edificios civiles, murallas y trincheras; que de lucha. Lo uno tonificaba a los hombres para lo otro.

Él se había olvidado del dolor ya. Se había encorvado involuntariamente hacia adelante, manteniendo la presión fuera de su herida, puso una mano sobre los vendajes limpios e hizo una mueca. Mañana dolería aún más.

Al día siguiente tendrían que lidiar con algo más que una herida superficial en el vientre.

Rápidamente preparó una comida de pan y queso y se sirvió una jarra de vino. Masticando entre la dolorida hinchazón en su labio, pensó en posibilidades y aspectos prácticos. Estaba absorto en sus pensamientos cuando Marella emergió de la oscura arcada y avanzó despacio hasta un taburete cerca de donde él estaba sentado.

Él le acercó la bandeja con comida y ella se apretó los bordes de la alfombra hasta el cuello. La luz del fuego le besaba los hombros desnudos y los ojos de Marc trazaron las suaves curvas que bajaban por ese largo cuello.

Donde los rizos de aquel cabello caían en las sombras detrás de ella, flotaban vagas amenazas y él apretó los dientes con irritación. El té de amapola había aliviado el estrés de los rasgos de Marella y su

rostro estaba tranquilo. Las comisuras de sus labios carnosos se curvaban en la más leve de las sonrisas. Cejas oscuras, arqueadas y finamente dibujadas, enmarcaban las oscuras profundidades de los ojos, y su nariz era larga y recta. Las finas fosas nasales se ensanchaban levemente y un pequeño lunar en su labio atrapó su mirada.

Al día siguiente la ayudaría a regresar a *Caesaraugusta*, de regreso a las personas en las que confiaba, y ella ya no sería su responsabilidad. Se obligó a apartar la mirada de sus labios. Entonces habría hecho todo lo posible por ella.

Eso no era cierto. Estaba lejos de ser cierto y él lo sabía. Pero nada de esto era elección suya. No tenía poder para alterar el resultado por ella.

Sentada frente a él en el suave foco de la luz del fuego, su vulnerabilidad le arañaba el estómago, exigiéndole que hiciera algo. Había partes del rompecabezas que él aún no había completado. Incluso lo poco que ella le había dicho dejaba claro que la gente en la que ella confiaba la había vendido río arriba.

Ese no era problema suyo. Pero no podía quedarse parado, de nuevo, y ver impotente cómo el mundo aplastaba la vida de otra alma inocente.

"¿Puedes pensar con claridad?" preguntó seguro de la respuesta, pero impulsado a intentarlo.

"Sí," dijo ella extendiendo una mano para untar queso blando en un trocito de pan. "¿Me sirves una copa de vino?"

"Eso no es buena idea," dijo él, luego cambió de opinión y tomó una taza, sirviéndole una pequeña cantidad de vino. "No tendrás ningún problema para dormir, al menos."

Mientras ella bebía y mordisqueaba distraídamente la comida, él trató de poner sus pensamientos en una línea que ella pudiera seguir. "Puedo llevarte a la ciudad mañana. Tengo que irme de aquí, al menos por un tiempo, así que no me importa adónde quieras llegar. Yo voy a dejar el país, ya sea al Norte cruzando hasta

la *Galia* o al Oeste hacia la costa." Hizo una pausa, tratando de juzgar si sus palabras tenían sentido.

"Así que, ya ves que no me importa adónde quieras ir. Puedo llevarte al templo o a la casa de tu hermano."

El asentimiento complicó su expresión. Le molestó, como si ella hubiera saltado a una conclusión sin preocuparse lo suficiente de oír todos los hechos. Él abrió los dedos, presionando la mesa con la palma de la mano, y preguntó: "¿Estás segura de que estarás a salvo?"

Su mirada tenía una vehemencia extrañamente desenfocada. "Por supuesto. Cuando le cuente a Taran cómo hizo esto el Sumo Sacerdote, cómo mintió..." Su voz se fue apagando entre pensamientos introspectivos.

"¿Estás segura?"

Ella cerró y volvió a abrir los ojos lentamente, forzando tanta claridad en sus palabras como pudo encontrar. "¿Por qué lo dudas?"

Todos los movimientos de Marella eran imprecisos. Cuando parpadeaba, se requería fuerza para subir los párpados. Sentía espesa lengua por la fuerza de la droga. Y aún así tenía una agudeza de pensamiento que la mantenía derecha.

Ella podría tomar sus propias decisiones. Conocía sus circunstancias y a su hermano mejor que él. Apartando los ojos de los suyos, Marc se pasó los dedos por la aspereza de la barbilla y sacudió la cabeza ante su propia confusión. Sin saber si continuar, dijo: "Come. Necesitas comer más."

No era decisión suya. Las elecciones de Marella no eran problema suyo. Él no tenía más asuntos en su vida. Tenía miedos y motivos propios que no quería reconocer ni afrontar. La interferencia no haría más que complicar su ya precaria situación. Y condenarle en el trato.

Los fracasos del pasado y la ineficacia rabiaron en su pecho y le hicieron decir: "¿Por qué tu hermano no supo que fuiste drogada?"

Ella abrió la boca para responder, luego la cerró de golpe y él vertió sus propios pensamientos sobre el asunto sobre la mesa. “Es un comandante de tropas. Debe saber tanto como yo sobre las drogas para dormir. Si yo pude ver lo que había sucedido tan pronto como me contaste la historia, ¿por qué no lo hizo él? ¿O sí lo hizo? ¿Tiene él acaso alguna razón para quererte muerta?”

Eso había ido demasiado lejos. Marc vio que las palabras la alcanzaban como un golpe y que esos ojos se abrían como platos y se llenaban de lágrimas. Llevándose la temblorosa jarra de vino a los labios, ella bañó un bocado de comida y se apretó la boca con los dedos.

Agarrando su alfombra, retrocedió mirando, no a Marc, sino a la mesa. Ella le lanzó una última mirada horrorizada, luego se subió a la cama y enterró su silencioso dolor bajo las sábanas.

Pensativo, Marc dio golpecitos en la mesa con el puño. Eso era un nervio en carne viva. Había más en esto que el honor familiar y un sacerdote depravado. Pero era decisión suya, no de él.

Vertiendo más vino en el cuenco, él empapó el pan con miel distraídamente y masticó con frustración. Su hijo estaba a salvo. A partir de este momento, podría moverse en cualquier dirección que quisiera.

En suma, él se estaba enfrentando al sacerdocio local y a cualesquiera fuerzas que este pudieran reunir, a un insultado duque celtíbero y sus soldados y, si llamaba su atención, a todo el ejército romano. Ya estaba condenado. La fatiga hizo que su mano fuese áspera cuando la usó para quitarse la sonrisa de la cara.

No funcionó.

Una risa queda retumbó profundamente en su pecho. No suponía mucha diferencia que ella quisiera su protección o no. No era probable que él viviera lo suficiente como para que importara. Eso dolía más cuando se reía. Con una mano sobre el vientre, se rió de todos modos y se trasladó al sofá para dormir.

Capítulo 5

Suelta flotaba, silenciosa y rígida, junto a la cortina. Apretada contra la pared, se aseguró de que su sombra no pudiera oscurecer la puerta mientras escuchaba al sacerdote girar su veneno. La furia le hervía en el vientre y presionó una mano con garras en su propia carne para evitar maldecir en voz alta. Bastardo mentiroso. Monstruoso rastrero cobarde.

"Pensé que estarían aquí a estas alturas," ronroneó Leucetius, llenando las palabras de pesar y consuelo. "Aún así, si el campesino no ha regresado a su casa, se puede esperar que tarden más en encontrarlo. Uno de mis hombres le traerá un informe directamente esta noche. Los mercenarios creen que ese se ha ido para siempre."

"¿Y si no regresa? ¿Si huyera con mi hermana? ¿Entonces que?" Taran masticó grandes cantidades de indignación. Suelta podía oír la violencia en sus pasos mientras su esposo caminaba por la habitación. Las amenazas de represalia resonaban en las frías paredes de piedra.

"Los rumores le convierten en un desertor romano o un héroe teutónico. En cualquier caso, deje que Roma se ocupe de él." La voz era tan densa de almíbar que a ella le dieron ganas de vomitar con solo oírlas. "Le daré la descripción al comandante de aquí en el cuartel. No será difícil de localizar. Roma tiene formas de lidiar con los suyos."

"¿Y mi hermana?" Las palabras fueron murmuradas, poco más que un suspiro forzado a superar la apoplejía.

Leucetius suspiró. Su pausa fue demasiado larga y Suelta se tensó en el silencio, deseando que él le diera algún tipo de esperanza. "No veo cómo podría estar viva." Él no tenía certeza. Hablaba demasiado suave y demasiado lento. Aún estaba luchando contra las posibilidades y su desgana se aglutinaba con fuerza en su lengua.

"Su cuerpo no estaba allí en ninguna parte, lo vi por mí mismo. Pero la corriente en ambos ríos es fuerte. Y hay manadas de lobos por

todas las colinas. Si él la sacó del agua y ella aún respiraba, estaría demasiado débil para viajar, demasiado débil para correr. No había ni rastro de ella en la cabaña. Y cuando esta fue abandonada, él se fue tan aprisa que dejó comida y armas." Hizo una pausa demasiado larga otra vez, y agregó largamente: "Creo que se ha expuesto él mismo, a pesar de que poder salvarla, y ahora está corriendo por su vida."

"Pero no lo sabes. No lo sabes seguro." La congestión coloreó de negro las palabras de Taran y Suelta ya no pudo mantenerse fuera de la habitación por más tiempo.

"¿Por qué estás escuchando esto, Taran?" exigió ella. "No tienes modo de saber quién es este hombre ni por qué estaba allí. Tal vez no sea más que un extraño que objetó a un asesinato."

El aliento de Leucetius siseó entre los dientes y su boca se torció, pero no dijo nada más. Su acerada mirada estaba fija en Taran, ignoraba deliberadamente a una mujer que no sabía cuándo guardar silencio.

Ella lo ignoró con la misma determinación, vertiendo el calor desesperado de su súplica en los ojos de su esposo. "Hace dos días él estaba seguro de que ella tenía un amante romano. Lo bastante seguro como para demandar su muerte."

Sin dirigirse a ella directamente, Leucetius hizo un gesto de desdén con la mano. "Para mí no tiene importancia para quién se prostituye. El hecho es que rompió el voto más solemne que puede hacer una mujer. Ella se consagró a la virginidad perpetua. Esa ley no es elección mía, la misma Diosa Diana lo decreta. Y Taran," él bajó la mirada con respeto, "es tu familia la que tiene que soportar la posibilidad, la probabilidad, de que él sea romano. Esa es tu vergüenza, no la mía."

Taran devolvió la mirada furiosa de su esposa, con los ojos hinchados por la indignación. "No me levantes la voz cuando estoy en una conferencia, mujer." Saliva salpicó en sus labios, y él aspiró salvajemente, pero su voz se redujo a un siseo peligroso. "Quédate en silencio."

El corazón en ella se estremeció. No había ninguna amenaza vana en su esposo. Tomar esta posición lo había avergonzado. Otra vez. Con las manos enredadas inútilmente en la tela de su vestido, sacudió levemente la cabeza y se obligó a continuar. "Ella lo acusó a él, Taran." Lanzó una mirada nerviosa al sacerdote y se llevó la lengua a los labios. Su garganta se secó de repente, pero había pasado el punto en el que podía esperar retirarse. "Si la Diosa le ha perdonado la vida, queridísima mía, podría ser porque ha sido agraviada. Mírale." El terror le movió la cara hacia el inmóvil y silencioso depredador sentado frente a ella. "Me pone la piel de gallina. Si Marella insiste en que fue él, Taran, dale otra audiencia."

"Si es que está viva." Las palabras eran una amenaza. Leucetius se negó resueltamente a mirar a la mujer mientras siseaba: "Si es que aún está en el campo, y no en medio de las montañas con su amante." Se puso de pie para enfrentar a Taran, usando su altura para ganar un aire de superioridad moral. "Y si ella vuelve a hablar en mi contra, o si otra persona cuenta sus calumnias por ella, me veré obligado a lidiar con sus insultos yo mismo."

Nadie podía dudar de su intención. Él no tenía miedo al *dux* ni a su poder, ni a su ejército ni al honor de su familia.

Suelta dio un paso atrás. Él debería tener miedo. Después de todo, solo era un hombre; no tenía un gran número de hombres a su disposición si Taran o cualquier otro laico quisiera silenciarlo. Ella giró su confusión a su esposo. La ira aún humeaba alrededor de este, sus manos se movían a los lados, pero su mirada estaba fija en consecuencias que ella no podía ver.

¿Qué le daba al cura el abierto descaro de amenazarla delante de su esposo, en su propia casa? ¿Y qué impedía que su esposo le abriese el pecho para que los buitres se alimentaran de su negro corazón?

Un invierno antinatural amenazaba el aire cuando ella salió corriendo de la habitación. El frío aliento de este invierno le puso la piel de gallina de los hombros y los brazos cuando una erupción de calor se apoderó de sus mejillas. El invierno no tenía consideración.

Ni los fuegos podían apartar la oscuridad de su habitación ni el frío de su piel. Frotándose los brazos, Suelta se sentó encorvada sobre

el borde de una silla frente a la chimenea, ansiosa por enrollarse con fuerza alrededor del hielo en su vientre.

Cuando llegó a la habitación de Suelta, Taran no había renunciado a nada de su contenida furia. Mientras caminaba para plantarse frente a ella, sacudía la cabeza, mordiendo las palabras que no podía sacar de la boca.

"Él volverá a *Okilis* por la mañana para prepararse para el Samhain," espetó, como si fuese una acusación.

Bien. Pero Suelta no tuvo el valor para pronunciar la palabra en voz alta. Ella estudió su rabia, observó cómo apretaba la mandíbula mientras se esforzaba por tragar bilis.

"Nunca me humilles así. Jamás. Nunca delante de él."

"Taran." Ella intentó nivelar el tono de su voz, forzar la calma sobre su temperamento y calmarlo. "¿Qué sabe él? ¿Qué te hace inclinarte ante él?"

"Eso no es asunto tuyo. No metas las narices en cosas que no puedes entender."

"¿Qué cosas?" Ella se puso en pie, deslizando una mano sobre su antebrazo, tratando de que él la encarara.

Ese brazo se movió rápidamente bajo su toque, retrocediendo, y ella cerró los ojos, girándose para evitar lo peor del golpe.

Cuando este no llegó, ella se estremeció y abrió los ojos para ver la mano de su esposo congelada en la parte superior del arco. Él temblaba, la boca se torcía en silenciosa ira. La mano cayó en el hombro de Suelta, su agarre hizo rechinar los huesos. Ella reprimió un gemido, girándose bajo la presión mientras él la empujaba más cerca de la cama.

Marella despertó con una sacudida de pánico, como si hubiera caído lanzada de las alturas por la tormenta, y jadeó sobre su corazón

palpitante y su agitada respiración. Agarró las mantas y se las subió al cuello mientras observaba la habitación en busca de peligro.

Desde el sofá, Marc la vigilaba en silencio, sus ojos azul claro brillaban en las sombras de la madrugada. Él yacía de lado, ligeramente acurrucado por el dolor de estómago, con los brazos cruzados contra el frío en el pecho desnudo. Por unos momentos la vio observarlo, luego sonrió y se rascó la coronilla, usando los dedos para peinar hacia atrás la espesa masa de cabello.

Tentativos dedos fueron al propio cabello de Marella. Le picaba el cráneo y los dedos se atascaron en los nudos donde el pelo se había anudado por la sangre seca. Necesitaba un baño. En la sala de baño había visto una palangana, de un metro de ancho, más o menos, y hasta las rodillas. "Marc," susurró en la tranquilidad de la mañana.

"Buenos días." Él no se había movido, solo contemplaba con las manos entrelazadas detrás de la cabeza.

"¿Lo son?" Ella no pudo igualar su sonrisa. "¿Es posible tomar un baño? ¿Podemos calentar un poco de agua?"

Él asintió y levantó un dedo para tocarse una hinchazón en el labio inferior. "Podemos calentar un poco de agua." Gimió al poner los pies en el suelo e incorporarse sentado. "Iré a buscar un poco. Mientras te bañas, tengo que ir a enterrar a los hombres de allí fuera."

Su labio se curvó con asco. "¿Por qué?" Parecía una pérdida de energía dedicada a unos hombres que les hubieran matado a ambos por unas pocas monedas.

"Respeto. Son soldados. Yo nunca dejaría a un hombre sin enterrar si se puede evitar."

Antes de que ella pudiera plantear más objeciones, él preguntó: "¿Aún quieres volver a *Caesaraugusta* hoy?"

No era una pregunta que ella quisiera responder. No quería pensar en ello, pero no había forma de evitar el asunto. Y no tenía idea de cuánto tiempo tenían para tomar la decisión. Sus preguntas se

habían abierto camino a través de sus sueños y pesadillas. Y sus respuestas eran pesadillas en sí mismas. "¿Cuánto tiempo tengo para pensar en esto?" preguntó con tanta calma como pudo.

Incluso pensar en sus opciones hacía que el corazón de Marella se acelerara de nuevo. Durante un tiempo había tenido la esperanza de poder sobrevivir, de conseguir justicia. Revelaciones durante la noche habían hecho que ella ya no pudiera creer en ello. Había demasiados hombres con demasiado que perder si ella vivía. "Saragosa," ella corrompió deliberadamente la pronunciación del latín, como hacían todos los celtas locales, "podría ser más peligrosa de lo que yo pensaba."

Observó ese rostro en busca de signos de burla, pero la mirada de Marc era tan tranquila y firme como siempre. Con más confianza, ella aventuró: "No estoy segura de saber adónde puedo ir."

"Bueno." Él se puso en pie, se estiró cautelosamente y soltó una maldición sobre la mortalidad. "Primero, agua. Luego, mientras esta se calienta, puedes comer algo. Luego, mientras yo bajo y hago esto, "señaló a la pared, hacia la orilla del río, "puedes pensar todo eso."

Mientras mojaba pan y miel en un cuenco de fuerte vino agrio, Marella observó a su campesino comer. Nada en su movimiento sugería algún grado de timidez. De hecho, en todos los sentidos, él irradiaba una tranquila confianza. Pero eso tenía un límite también.

Su hermano, y su padre antes que él, tenían una confianza que devenía fácilmente en arrogancia e indignación. La vida había activado sus sentidos para responder al destello de un ojo o al apretarse un puño. Los reflejos rápidos significaban la diferencia entre abuso y lesión. Los hombres de su vida eran dioses de sus propios reinos. Nobles, autocráticos. Nadie, ciertamente ninguna mujer, se atrevía a desafiar su mano. Ninguna mujer importaba tanto.

Sin intención consciente, ella giró para mirar el cofre de ropa cerrado. Si su esposa había sido una mujer noble, eso explicaba las galas. No explicaba la casa ni las ovejas. Si ella había renunciado a la riqueza y la posición, ¿a qué había renunciado él por ella?" ¿Donde esta tu esposa?"

La sorpresa sangró en tristeza y pérdida en el tiempo que él tardó en encontrar su mirada y mirar a otro lado. Antes de que pudiera disculparse, él respondió: "Murió."

Muerta, y el niño solo tenía tres o cuatro años. "¿Recientemente?"

Él alzó la cara hacia ella. El dolor se reflejaba en sus rasgos, pero no había indicios de ira o rechazo. "Hace poco más de siete meses."

Marella abrazó la manta con más fuerza debajo de los brazos mientras trataba de elegir un camino entre las preguntas que necesitaba respuesta. "Su ropa," hizo una pausa, sacudiendo ligeramente la cabeza y asintiendo hacia el cofre, "no es la ropa de una pastora."

Las preguntas se suspendían entre ellos, no pronunciadas, y ella esperaba que él encontrara la manera de quitárselas. No ofreció nada. "No."

"Solo alguien muy rico tendría ropa así. Solo una mujer noble tendría alguna razón para vestirse de manera tan extravagante. Eso no encaja con la vida de aquí."

Él revolvió distraídamente la papilla durante un momento, pareciendo evaluar cuánto podía permitirse compartir. "No siempre vivimos aquí." No se apresuró a contar su historia, pero tampoco le advirtió que ella se apartara del tema.

Manteniéndose firme en el borde de la mesa, lo presionó más. "No has vivido aquí mucho tiempo, eso puedo verlo. Pero ¿de dónde vienes y por qué? ¿Hubo algún escándalo?"

Una sonrisa se movió a un lado de esa boca. "No. Nada de escándalo. Mi pasado nos alcanzó, eso es todo. Necesitábamos un lugar un poco apartado."

"Hispania no es «un poco apartado», no desde Britania."

"No. Vivimos en una finca al sur de aquí durante unos años, con mi hermano y su esposa."

"¿Tu hermano es rico? ¿Noble?"

Él giró para ponerse de pie, se llevó a la boca una taza de vino caliente con miel y dijo: "Entiendo por qué sientes que necesitas saber más sobre mi pasado. Pero la verdad es que no hay nada que pueda suponerte ninguna diferencia. Me alegra poder ayudarte si puedo, pero en unos días volverá con las personas que conoces y en las que confías. Y nada de mí importará."

Bajando la tetera, él entró en la sala de baño, emergiendo con la tetera vacía y regresando para terminar los posos de vino. "Mi esposa murió al dar a luz. Sí, yo era soldado. No, nadie de mi familia tiene sangre noble, que yo sepa. Sí, mi hermano es rico. Muy rico."

Extendió las manos y se encogió de hombros. "Su esposa es romana, si es que eso te importa. Ella es..." movió la mano para sugerir una balanza y sonrió, "un poco noble. Su familia lo es."

Él tenía razón. Nada en todo eso suponía alguna diferencia. Explicaba algo del peso en su porte. Explicaba algo de por qué él estaba aquí y por qué parecía inquieto y dolido. Explicaba su habilidad con un cuchillo. Nada del pasado que él quisiera compartir respondía a qué clase de hombre era. Parecía honorable y amable, pero las apariencias eran engañosas. Los hombres honorables no necesitaban huir de su pasado.

Ella lo intentó con su futuro. "¿Qué harás ahora?" Él no podía volver a asentarse en las laderas con sus ovejas. Toda la zona se había vuelto peligrosa y él era demasiado llamativo para esconderse en las colinas durante mucho tiempo. "Una vez que yo me haya ido, tú y el chico tendréis que marcharos de aquí."

Se encogió de hombros de nuevo, pero esta vez no había humor en ello. Las montañas volvieron a apoyarse en sus hombros. Puñaladas de culpa hicieron que Marella se girara hacia otro lado. Al rescatarla él había perdido el lugar seguro que había labrado para su familia. ¿Y para qué? Había cambiado su seguridad por la de ella, y ahora parecía que ella no tenía nada para sí misma.

"Siempre hay trabajo para un brazo con una espada. En seguridad. O ejércitos mercenarios en las fronteras. A favor o en contra de Roma, hay poca diferencia al final."

"¿Al final?" repitió.

La miró de nuevo y sonrió. Había una pizca de arrepentimiento en esos ojos, pero él giró y entró en la sala de baño. Con las manos llenas de herramientas de excavación, arqueó una ceja y esa sonrisa se despejó y se ensanchó mientras él regresaba hacia la luz del sol. "No me gusta mucho esconderme, y algunas muertes son mejores que otras."

Sola en la casa, se frotó las manos como si necesitara el calor. Aquello era demasiado para asimilar. En realidad él no tenía intención de hacerle demandas. Si lo había perdido todo, parecía contento con ello. Quizá incluso feliz. Quizá salvarle la vida le había dado la oportunidad de deshacerse del peso de una vida que había devenido demasiado pesada.

El olor se él llenaba la cabaña. La manta con la que ella se tapaba, las almohadas sobre las que había dormido, todo estaba perfumado y cada respiración era un bálsamo que pintaba imágenes en su mente. Cuando cerraba los ojos, podía recordar las yemas de los dedos acariciando los trazos azules de aquellos músculos duros y bronceados. Le ardían los dedos con el recuerdo, como si aún presionaran el calor de esa piel.

Se incorporó de golpe. Era insensato vagar por esa senda. Esos ojos eran demasiado azules, demasiado claros, demasiado brillantes. Se iluminaban con risa con demasiada facilidad y se oscurecían con una compasión demasiado intensa. Él era soldado, con un pasado del que tenía que huir. Al final era un campesino y no tenía sentido demorarse en la amabilidad que le había mostrado o la ternura de sus manos.

Al final, como él había dicho, nada sobre él importaría. El futuro de ella era tan sombrío como el de él, a menos que ella pudiera encontrar una forma de superar amenazas que ni siquiera podía ver.

Arrodillándose junto al cofre, rebuscó y sostuvo un *peplos* griego. Blanco y recogido con un lazo debajo del busto, lo sostuvo delante y lo consideró adecuado. La tela corría como el agua por su mano. Por cada lado había una estrecha banda de bordado púrpura y dorado que presionaba las líneas doradas dejando la tela doblada.

Hilo de oro.

Ni siquiera Suelta vestía nada que se comparara con estos tesoros guardados en una cabaña de pastores. Estos costarían más de lo que ella podía esperar ganar en un año y, aun así, a él no le preocupaba si ella los usaba o no. ¿Cuán rico tenía que ser un hombre para perder interés en el valor de las cosas que poseía?

En la sala de baño, el agua de la tina estaba tan caliente que tuvo que entrar despacio, agachándose contra el picor. Junto a ella había un áspero paño de lino y un bloque del jabón más dulce que jamás había olido. Estaba acostumbrada a las tortas de sebo, espesas, grasientas y sin aroma. Esto era translúcido y olía a lavanda.

Él había vivido una vida más gentil que la de ella en esta cabaña con su esposa y el bastardo de otra persona. Se llevó la mano al abdomen y frunció el ceño ante su insensible suposición. Había circunstancias e hijos fuera de las explicaciones cotidianas, ella misma lo sabía bastante bien.

No había comienzo para entender a este hombre. Era extraño. Ningún hombre que ella conocía tomaría las decisiones que él había tomado. Ningún hombre que ella hubiera conocido había hecho concesiones tan extravagantes por un extraño. Especialmente una mujer.

Los hombres que conocía, su propio hermano. Taran sabía que el sacerdote la había drogado. La había entregado al juicio de los druidas sabiendo que ella no había hecho nada malo.

Ella no había esto visto antes. Pero ahora que lo hacía, no era ninguna sorpresa. Le cortaba profundamente el corazón. Le apuñalaba y le sangraba el alma, pero no era un impacto. Ella le había avergonzado al rehusar casarse con el sobrino de Sarnicio. Eso ella lo sabía tan bien como todos los demás, y sabía que había corrido un grave riesgo al tomar sus votos para escapar del matrimonio.

Pero parecía que él lo había aceptado. Parecía haber encontrado suficiente equilibrio para aceptar su elección y dejarla en paz.

Entonces, ¿y si él había averiguado más sobre las elecciones que ella había hecho? ¿Y si se hubiera enterado de la razón por la que ella había escapado hacia el templo de la diosa del matrimonio que habían concertado? Esa sería una vergüenza que él nunca podría pasar por alto. Sería algo por lo que él mismo la mataría. O por lo que la entregaría al druida para que este hiciera el trabajo sucio por él.

Si ella iba al Templo de Diana, las sacerdotisas la entregarían a Leucetius. Mientras él estuviera vivo, ella estaría tan bien como muerta.

Taran ya la había entregado al sacerdote una vez. Si acudía a él de nuevo, y si él sabía más sobre sus elecciones de lo que ella pensaba, estaría de nuevo tan bien como muerta.

Eso le dejaba una opción. Podría acudir a Sarnicio en *Numancia*. Si él la rechazaba, serían entregada de vuelta a Taran. Pero si él la escuchaba, si ella podía convencerlo de que la escuchara, él sería el único hombre que podría mantenerla con vida. Él era el jefe del pueblo Arevaci, *princep* de toda la comunidad autónoma, incluso Taran tenía que ceder ante él. Y ella había vivido en su casa durante cinco años.

Marc trabajó contra la dura tierra, haciendo un agujero lo bastante profundo para colocar a los caídos. Tendrían que compartir lecho, pero él los encaró hacia el sol naciente y puso una piedra a los pies. No les perdonó las armas, pero si llegaban al *Elysium* no necesitarían luchar más.

El perro lo puso en su propia tumba menos profunda, apilada con piedras para mantener alejada a los carroñeros. Se tomó el tiempo para deshacer el campamento y esparcir cualquier piedra que mostrara signos de sangre.

Los esfuerzos le abrieron la herida y la sangre se filtraba por las vendas en el vientre, pero él no le prestó atención. Mirando a su alrededor, a los densos chaparros y los arbustos jóvenes a lo largo de la orilla, no tuvo sensación de pérdida o añoranza. Nunca se habían sentido como en casa en las colinas y su amor se había ido demasiado pronto para grabar su rostro en alguna parte de los

anodinos gris y verde.

Al chico le echaría de menos. Si hubiera tenido la opción, habría llevado a su hijo al Sur, de regreso a la villa y lo habría dejado con su familia. Pero Bastien y su esposa harían bastante bien al chico. Mejor de lo que él podía por ahora.

Cuando estuvo seguro de que había hecho suficiente por los soldados muertos, regresó con esfuerzo por la orilla por última vez. No tenía ganas de mirar atrás.

Fuera de la puerta, Marc palmeó la pared y llamó, dando justa advertencia antes de entrar. Cuando pasó hacia la sombra, el corazón le subió a la garganta y un sonido demasiado parecido a un sollozo le dejó sin aliento.

El olor lo golpeó como un puño, abriendo suaves cicatrices apenas formadas. Se agarró a la jamba de la puerta a la altura de los hombros, apretó la mandíbula y bloqueó las rodillas. De pie en silencio, se tomó un momento para dejar que le volviera la respiración. Jabón perfumado le susurraba el recuerdo de la piel de Neria, y su corazón aún luchaba por distinguir la diferencia entre la esperanza y la memoria.

Marella estaba sentada a la mesa, las sombras la cubrían como un velo de confusión. Estaba asustada. Otra vez. Observándolo como si pudiera tener que agacharse a cubierto en cualquier momento.

El rostro de Marc se compuso en líneas sombrías, pero él consiguió pasar del blanco resplandor hacia la luz más suave cerca del hogar, manteniendo la espalda hacia ella. Dejando que la aflicción reposara dentro de sus familiares surcos, metió leña para elevar el fuego y bajó la tetera en la cadena.

Cuando pudo, se giró. "¿Cómo te sientes? ¿Crees que puedes viajar?"

"Eso creo," respondió ella con un simple susurro. "Yo..." Se detuvo, se levantó y se sentó a la mesa de nuevo. "¿He hecho algo mal?"

"No." Sin mirarla a los ojos, el giró y entró en la sala de baño.

Junto a la palangana, la pastilla de jabón estaba donde él la había

dejado, se la llevó al labio y respiró en silencio el dulce perfume de lavanda.

Suspirando, engulló la amarga hiel de la frustración por cosas que no podía cambiar. Volvió a colocar el bloque sobre la tela húmeda doblada, levantó la palangana para verter el agua usada y se desentendió de los obstinados hados.

Tan pronto como la tetera hirviera, él mismo tomaría un baño. Puede que esta fuese la última vez que tuviera una oportunidad en mucho tiempo.

Capítulo 6

Había algo vagamente incómodo sobre tocar la suave piel de ese vientre y eso le mantuvo a ella los ojos bajos, estudiando sus propios dedos mientras alisaba las limpias tiras de lino blanco. Mientras ella trabajaba, su escrutinio concentrado ardía en sus mejillas. Aceleraba los latidos de su corazón. Le hacía respirar entrecortadamente y le temblaban los dedos como un secreto culpable a punto de quedar expuesto.

"Todo arreglado," dijo ella retrocediendo para mirarle a los ojos.

La tensión que vibraba como entusiasmo brilló allí y él le sonrió. "Llévate todo lo que puedas usar," dijo él señalando el cofre, pero luego movió la mano para abarcar todo lo que había en la casa.

"Todo lo que se pueda empacar en el caballo, nos lo llevaremos. Aunque tenga que esforzarse, una vez que tengamos la carreta, todo se equilibrará." Él caminaba intencionalmente por la habitación, echando cosas en pequeñas pilas de ropa, utensilios de cocina y ropa de cama. "Numancia es un largo camino. Siete días de buen viaje. Cualquier problema por el camino llevará aún más tiempo, así que créeme, agradecerás el más mínimo lujo que puedas tener."

Estaba ansioso por irse. A lo largo de la mañana había visto sus elecciones instalarse en certezas. Como él había explicado, un vecino era dueño de una pequeña *carra* abierta. Él iba a dejar el ganado, el perro y dos de los tres caballos de silla a cambio de la carreta y sus caballos. Con suerte, se unirían a una caravana comercial que se movía entre las ciudades y el viaje sería más seguro.

"Come. Y bebe más vino," dijo, y ella se apresuró a obedecer. "Las últimas vainas de amapola que teníamos las he usado para remojar un poco el vino. Eso hará que cabalgar te sea un poco más fácil."

"Gracias." No pareció suficiente decirlo. Ella podría haber hecho una lista de razones por las que agradecer a este extraño. "¿Viajar tan lejos cambia los planes que has hecho para ti?" Eso fue casi un «lo

siento». Cuando ella le había pedido que la llevara a la capital celtíbera, él apenas pestañeó.

"No. Los aclara, eso es todo." Se arrodilló para envolver una pila de pertenencias en ropa de cama y comenzó a atar el fardo con una cuerda. "Iré al Norte desde *Numancia*, hasta la costa. Creo que necesito irme a casa por un tiempo." Soltó una risita medio entre dientes. "Estoy cansado de todo este calor y este sol."

Marella observó el modo en que se movía. Su corta túnica de lino no tenía mangas y se tensaba ceñida a la espalda cuando estiraba los brazos. Grandes músculos se sobresalían y se tensaban en los brazos, sus muslos apretaban la gamuza de los pantalones.

Caballería, se aseguró a sí misma. En todas partes, al parecer, los jinetes llevaban leotardos debajo o en lugar de túnicas o faldas. Cuando él se dirigió a la sala de baño y regresó, ella no tenía más dudas.

Él llevaba un *cingulum* de latón y cuero. La vaina más pequeña de sus bandas cruzadas estaba vacía, pero arrastrando la segunda correa había una pesada espada de hoja ancha. Él sacó la hoja y comprobó el filo, negando con la cabeza en señal de autorreprimenda, luego la envainó en su sitio y dejó caer el cinturón en la pila sobre la cama.

En la mesa junto a ella había una selección de pequeños cuchillos y él revisó cada uno mientras los enfundaba en aparentemente interminables nichos en las caderas y piernas. Ella daba sorbos de vino mientras estos desaparecían.

"¿Estás anticipando problemas?" Ella misma sonrió al escuchar la pregunta y él rió a carcajadas.

"Lo estoy," respondió. "Por un lado, finales de octubre es un buen momento para viajar. No hace demasiado calor. Mucha gente se está moviendo. La temporada de campaña ha terminado y los soldados de todo el imperio están viajando, buscando un lugar cálido para pasar el invierno emborrachándose. Por otro lado, tu druida se estará preguntando a estas alturas dónde está su informe. Tu hermano estará reuniendo un comité de bienvenida en algún

lugar de *Caesaraugusta*. Y, si superamos a esos dos, esos soldados de todo el imperio estarán viajando. Me gusta mantener cierta distancia entre ellos y yo."

Arqueó las cejas como si estuviera poniendo la apuesta inicial, luego agregó: "Hay uno en particular que no quiero ver. Y tiene todas las razones habidas bajo el sol para estar deambulando por *Hispania* ahora mismo."

Ella apoyó el rostro entre las manos. Él tenía razón. Puede que *Numancia* estuviera a solo unos días de viaje, pero bien podría estar al otro lado del mundo.

Cuando él se apartó de la mesa, ella se levantó para mirarlo. De pie cerca, alzó la vista hacia su cara. Él se había afeitado y la piel suave de su mejilla olía a limpio. Los dedos que se movían nerviosamente a su lado se elevaron para tocar la suavidad cerca de su oreja. "Eres un buen hombre," dijo ella luchando por encontrar significados precisos en palabras desconocidas. "Encontraré la manera de pagar todo lo que has hecho por mí. No sé cómo," ni si sobreviviría, "pero si puedo, encontraré la manera."

"Hay una manera fácil de que puedas hacer eso." Él arqueó una ceja y sonrió, así que ella dio un paso atrás y levantó las manos a la defensiva. Su sonrisa pasó por encima de su repentina aprensión y se iluminó cuando dijo: "Deja de estremecerte cada vez que me muevo. Y deja de agacharte como si creyeras que te voy a golpear. Si quieres darme las gracias, créeme cuando te digo que no te haré daño."

La risa brilló en sus ojos de un modo que ella quiso reír con él, a pesar de los miedos que clamaban en su pecho. Los latidos de su corazón se aceleraban por la vergüenza y el alivio que quedaron a raíz de esas tácitas suposiciones, y emociones confusas se tensaron en su frente, pero las comisuras de su boca temblaron hacia una sonrisa.

"¿De dónde eres?" Ella no había tenido intención de decir las palabras en voz alta y negó con la cabeza, tratando de rehusarlas. Quizá había un lugar en el mundo que era seguro. Un lugar donde los hombres tenían manos tiernas y ojos risueños. Donde tenían el

coraje de seguir el amor o encontrarse con la muerte con ecuanimidad.

"De otro mundo," dijo él. "Y ahora voy a volver a él." Se llevó al hombro uno de los fardos de pertenencias, recogió un puñado de otras cosas y se volvió hacia la puerta. "¿Vienes?"

Su sonrisa subrayó la ambigüedad de sus palabras y ella sintió que le temblaban las rodillas de manera poco confiable al recoger el zurrón de comida y seguirlo a la luz del sol.

Los caballos estaban ensillados y él se tomó su tiempo, sopesando cuidadosamente cada fardo mientras cargaba uno pesadamente. Todo lo que pudiera ir sobre uno de los caballos de montar, lo dejaba a un lado, silbando sin melodía para sí mismo mientras trabajaba.

Mientras iba y venía de la casa a los caballos, su mirada se centraba en cosas que Marella no podía ver. Estaba absorto en sus pensamientos, calculando o evaluando alternativas y ella se guardó sus pensamientos para sí misma, no quería molestarlo.

Cuando se acercó a ella con un odre de agua lleno de vino y se lo tendió, parecía que estaba planeando un viaje de vacaciones a la costa. "Sé que esto va a ser incómodo," dijo él. Un pequeño ceño fruncido se le anudó encima de los ojos, pero parecía confiar en que ella soportaría con buena gracia su parte de incomodidad. "Nos lo tomaremos muy despacio y con calma. No llevará más de media hora llegar allí, luego podrás sentarte dentro de la carreta. Puedo abrir la ropa de cama si necesitas acostarte, pero este viaje es inevitable." Miró hacia el sol. "Y no quiero estar aquí más tiempo del absolutamente necesario. Alguien volverá aquí a mirar al mediodía, así que si crees que estás lista, movámonos."

Ella caminó hasta la puerta y miró hacia la fría sombra de la casa. Estaba desnuda, sin alma, como una taza vacía de ambrosía. Arrastrando la resolución en su pecho con un suspiro, caminó hacia el caballo y esperó a que la ayudaran a montar. "Estoy lista, creo," dijo. "Se lo dejo todo a la diosa. Ella verá que se haga justicia. Aunque no lo logremos, ella llevará la cuenta."

Marc esperó mientras ella meneaba las caderas y trataba de encontrar una manera cómoda de sentarse en el asiento de duro cuero. "Aunque eso no nos servirá de mucho si estamos muertos, ¿verdad?"

Marella gruñó. Los caballos eran el amor de su hermano, no de ella. Solo sus magulladuras eran suficientes para agotar sus reservas de fuerza, pero este animal ancho y desgarrado, con sus pasos discordantes y tropiezos ocasionales, la sacudía y empujaba hasta el punto de ruptura. Le dolía el trasero. Tenía los muslos acalambrados y la espalda ardía por la tensión.

Como si hubiera escuchado su desplacer hablar en voz alta o leerlo en su silencio, Marc exclamó desde atrás, "No está lejos ya."

Ella no quería mirarlo a la cara. Cada vez que él la miraba, parecía leer sus secretos y ella podía oír su silenciosa risa.

El perro mantenía reunido al pequeño rebaño de ovejas por el accidentado camino que tenía delante, y Marc cabalgaba el caballo de carga detrás de ella. Ella se sentía como la esposa de un granjero, amargada y erosionada por la pobreza. O al menos, como se sentiría la esposa de un granjero si estuviera pegada a un caballo en mitad del día.

Su humor se aligeró un poco una vez que estuvo en el comparativo lujo de la carreta, sentada en el asiento acolchado con Marc a su lado, conduciendo. El blanco brillante de su vestido ya parecía una mala elección, con pequeñas marcas que se veían claramente en la fina tela. El chal de cuentas con el que se había envuelto el pelo y los hombros arrojaba gotitas de luz arco iris sobre la cansada madera de la *carra*, y ella se tragó las quejas mientras alcanzaba el odre. Bebió y se lo entregó.

Más adelante, el puente sobre el *Iberus* se erguía firme ante el pálido torrente del río, y él se secó la boca mientras devolvía el vino, diciendo: "Quiero que te quites el chal y te envuelvas en una manta vieja. Puedes sentarse aquí o echarte detrás del asiento, pero no vestida así."

Marella miró el bonito tejido con sus brillantes abalorios y sus finos bordados. "¿Te resulta difícil ver esta ropa en otra persona?" preguntó tímidamente mientras se quitaba el chal de los hombros y lo doblaba sobre el regazo.

"Sí. Así es," dijo él. "Pero ese no es el problema. Vamos a cruzar el puente y pasar por *Saragosa*." Sonrió ante la inflexión. "Nadie va a pestañear siquiera a menos que parezcas la misma Reina del Nilo."

Ella le lanzó una mirada que comentó suficiente y él rió. "De hecho," se inclinó hacia adelante y tocó el suelo a los pies. Antes de que ella pudiera esquivarlo, él le manchó la mejilla y la barbilla, "tienes que parecer menos como una reina y más como una campesina."

"Eso," respondió ella con malicia, "no es posible."

Detrás de ella, en la *carra* abierta, se había abierto un fajo de la ropa de cama y ella levantó una alfombrita de la pila. Era la misma en la que ella había dormido y su olor se le quedó a Marella brevemente en la punta de lengua. Mientras se la ajustaba sobre la cabeza, volvió su rostro hacia la suavidad de esta e inhaló. Era una pequeña seguridad, como un infante que se aferra a un edredón, pero olía a seguro. A pesar de todas las amenazas que se avecinaban, había seguridad en las imágenes que esta estimulaba.

Marc se había drapeado una capa color tierra sobre los hombros, tapando el deslumbrante y escandaloso color del glasto. Sin esfuerzo, ambos se transformaron en parte del invisible flujo de humanidad que se movía por la ciudad. Ni romano ni lusano prestaban la mínima atención mientras la carreta se encaminaba por el centro mercante y cruzaba el municipio hacia las puertas del muro occidental.

"Abre bien los oídos." Marc se inclinó más cerca, susurrando en su mejilla mientras pasaban por el área del mercado. "Necesitamos una caravana, cualquier comercio mercante. Y estate atenta a movimientos de tropas. Cualquier hombre de esta guarnición que planea moverse por las carreteras podría estar buscándonos."

"No los voy a entender." Marella encontró una sonrisa y resopló ella

misma con una pequeña victoria. "Solo son romanos."

Él le devolvió la sonrisa. "No lo son, damisela mía, y tú deberías saberlo. La Decimocuarta y la Séptima son ambas legiones hispánicas. Está claro que la hija de un Guerrero de Élite no necesita una lección sobre pedigrí." Se tocó la frente en deferencia y ella rió.

"Si llevan ese uniforme, defienden a Roma."

"Si llevan ese uniforme, también te defienden a ti. Y a tus tierras y tus cosechas. Y cuando no luchan por ti," él levantó las cejas, "o contra ti, construyen las carreteras y los puentes sobre los millones de ríos de este valle."

Ella se giró para observar pasar la ciudad. Él podía quedarse con sus propias creencias al respecto. A ella no le interesaban las justificaciones y él parecía estar entusiasmado con el tema.

Mirando de reojo por la carretera hacia el templo, ella engulló un suspiro congelado en la garganta y le apretó el antebrazo. "Marc." Arrastró la manta hacia adelante sobre el rostro y se encorvó a su lado. "Leucetius," siseó. "El Sumo Sacerdote. Allí, a caballo."

Tres hombres cabalgaban a un trote suave por la adoquinada calle lateral hacia ellos, el líder vestía una pesada túnica negra con su ancha capucha calada sobre el rostro. Mientras se acercaban a la carreta, Marc redujo la velocidad de las mulas. Colocándolas al lado de la vía, forzando a los jinetes a quedarse atrás o moverse por su longitud en una sola fila.

Marella se miró a los pies y contuvo la respiración mientras los jinetes pasaban murmurando insultos. Demasiado asustada para mirarlos, volvió la cara para mirar a Marc. Podía sentir la tensión en su costado donde se acurrucaba contra él, pero las manos en las riendas estaban abiertas y relajadas. Él los miró ceñudo, mordiéndose en silencio el labio inferior.

Bajo la brillante luz del sol, la concentración llevaba sus pupilas hasta puntos y sus ojos pálidos iluminaron a los jinetes como un presagio. La suave piel bajo estas se tensó, agudizando su mirada

aún más y, por primera vez desde que ella lo conocía, pareció peligroso.

La sensación que esto le dio reptó por su piel y ella se giró para seguir esa mirada. Al ver a los jinetes alejarse, su miedo se derritió y se calentó en su estómago cuando la revelación se asentó en ella. Ella estaba a su lado, a salvo, y esa mirada de fría malicia concentrada estaba dirigida a los hombres que quisieran lastimarla.

Leucetius y su escolta se movieron resueltamente a través de la multitud hacia las murallas de la ciudad. Dondequiera que se dirigían, ellos viajaban por el mismo camino. Cuando Marc la miró, esa mirada aguda se centraba detrás de ella y su voz fue tranquila, como si estuviera hablando para sí mismo. "¿Alguna idea de adónde van?"

"Su templo está en *Okilis*. Él estará por delante de nosotros hasta que nuestro camino gire hacia el Norte en *Bilbilis*."

"Los hombres con él no eran veteranos y no eran druidas. ¿Reconociste algo sobre ellos?"

"Sí." La palabra le sangró de la boca. Ya no había motivos para albergar la esperanza de que Taran reconsiderara su sentencia de muerte. "Son *equites*. Dos de la élite de caballería de mi hermano. No son soldados." Ella luchó por encontrar una explicación precisa. "Esos torques de oro en el cuello muestran el rango. Son comandantes, generales."

Marc dejó escapar un largo suspiro entre dientes. Entonces, su hermano no quería correr riesgos con el viaje del sacerdote. Tres hombres, montados. Si tenían prisa, podrían despejar la distancia hasta *Bilbilis* en dos días. Ciertamente, podrían moverse más rápido cada día si lo necesitaran. Pero las carreteras aquí o en *Britania* o en la propia Italia se diseñaban de la misma manera en todos los casos. Cada seis o siete leguas se construían estaciones de paso, pueblos o fortalezas, al menos casas de carretera con establos y comida caliente. Un día de viaje fácil para carretas cargadas o para hombres a pie.

Si los jinetes partían de *Caesaraugusta* antes que ellos hoy, estarían

en cada ciudad antes que ellos todas las noches.

Marc formó un puño y se golpeó ligeramente el muslo, sopesando malas decisiones con las más malas. Juntos, él y Marella eran demasiado distintivos para desaparecer. Si viajaban con comerciantes, todas las noches serían un tema candente en las tabernas. Sin una caravana, no tenían protección contra la amenaza de los bandidos o el reconocimiento de un centurión entrometido, aburrido o borracho.

“¿Hay algún lugar en esta ciudad donde podamos pasar la noche? Si podemos darles un día, estarán lo bastante adelantados como para que sea un riesgo seguirlos.”

Los ojos de Marella registraron un terror absoluto. Sus labios oscuros se separaron, como si el aire que respiraba fuese demasiado denso, pero parpadeó rápidamente, tratando de pensar. Ella le miraba al pecho, sacudiendo la cabeza mientras sus pensamientos corrían de una posibilidad a la siguiente.

"En ninguna parte. Me reconocerían cada dos personas que vivan aquí." Alzó la vista con disculpas en los ojos. "Y es posible que Taran ya tenga hombres buscándote. Posible no, lo hará." Cálidas yemas de los dedos aún le presionaban el antebrazo, y ella apartó la mirada de su rostro. "Aunque fuéramos a una posada en el recinto del mercado, es probable que nos reconozcan."

"Entonces intentemos la boca del lobo. ¿Cuánto confías en tu cuñada?"

La respiración de Marella resollaba por el miedo, lo bastante cerca como para estallar en cálidas ráfagas sobre la mejilla, y sus ojos marrones eran oscuros y suplicantes. "No mucho. No confío tanto en nadie."

Oportunidades desesperadas burbujearon en su pecho, forzando una sonrisa en su boca y una risa en sus ojos. La adrenalina era su droga preferida y amaba las oportunidades. "¿Cómo la encontraríamos si ella fuera la única opción?"

"Ella no lo es. Seguramente hay otra cosa que podemos hacer." Ella

se agarró a un clavo ardiendo y las uñas le mordieron la carne. "Podemos dejar la ciudad y acampar junto a la carretera."

"¿Fuera de una ciudad de este tamaño? Atrae a gente desesperada de toda la provincia. Y los que son demasiado peligrosos o demasiado desesperados para que los dejen entrar en la ciudad, ¿dónde crees que terminan? Viven en la periferia, picando de los perdidos y los aislados."

Él sacudió la cabeza y trató de parecer tranquilizador. "Necesito saber, honestamente, ¿hay alguna posibilidad de que ella te escuche? Porque si salimos de aquí esta noche, estaremos muertos por la mañana. Quiero saber si estamos muertos definitivamente o si tenemos una oportunidad de luchar."

Los ojos de Marella se centraron en su pecho de nuevo y su miedo se suavizó despacio hacia la resignación. Cuando ella se encogió de hombros y alzo la mirada hacia su cara, él casi la abrazó. "Sigue el siguiente carretera hacia el río." Sus manos estaban blancas en el regazo, agrupando todos sus miedos en un puñado manejable.

Mientras él sacaba las mulas de vuelta al camino, el coraje de ella había comenzado a marcar las posibilidades. "Taran estará en el salón de conferencias a partir del mediodía," hizo una pausa y una luz como la esperanza le llenó los ojos, "o está al otro lado del río buscándote. Nunca va a creer que volveríamos por este camino. Perseguiré fantasmas hacia las montañas, al menos durante un tiempo. Y se llevará el resto de sus *equites* con él. ¿Qué camino habrías tomado tú si hubieras huido?"

Marc dejó que el retumbar en su pecho se convirtiera en una risa ronca. "Buena chica. Ahora captas la idea." Le envolvió los hombros con el brazo y la atrajo hacia sí, besándola suavemente en la sien. "Yo habría seguido el valle hacia el Norte, hasta el pie de las montañas, luego al Oeste hasta *Pompaelo* y hasta la costa."

Ella estaba rígida en su agarre y él miró hacia donde ella se miraba las manos en silencio. La conmoción le quitó de golpe el brazo de esos hombros y él se volvió para mirarla. La expresión en ella detuvo las disculpas. Si ella sabía que él estaba allí acaso, él no podría ver tal reconocimiento. "Si podemos llegar a la parte trasera

de la casa, aunque sea cerca, tal vez pueda subir de los establos hasta las habitaciones de tu cuñada. No podemos quedarnos allí, pero ella puede llevarnos a su villa urbana."

Ella alzó la vista con brusquedad. "Tú sabes, ¿no?, que si ella se mantiene leal a Taran, seremos blancos fáciles. No habrá ninguna esperanza."

El se encogió de hombros. "No hay ninguna ahora. ¿Es ella lo bastante inteligente como para seguir viva? Si él se entera de que ella te ha ayudado, su cuello también está en juego."

La desesperación se convirtió en risa en su garganta. "¿La quieres rescatar a ella también?"

En algún lugar bajo el miedo y la herida, ella tenía un espinazo hecho de acero. La vida le había enseñado una lección que todo soldado aprendía de joven: si tienes que saltar desde un acantilado, salta con ambos pies y disfruta de la caída.

"Espera aquí." Ella se apretó más la alfombra alrededor de los hombros y miró desde la acera, sus ojos brillaban por el riesgo que estaba corriendo. "Si no vuelvo en una hora, corre." Empezó a darse la vuelta y luego se acercó a la rueda. "Gracias. Si esto sale mal, gracias por todo."

"No saldrá mal." Le guiñó un ojo. "Y no tardes una hora."

Al verla desaparecer hacia las sombras dentro del callejón junto a la residencia ducal, Marc se pasó la mano por la tierna línea del estómago. La carne dañada estaba aumentando el nivel de incomodidad. No era profunda, ciertamente las había tenido peores, pero le cruzaba la anchura del cuerpo y, sentado encorvado conduciendo el carro, mantenía una presión constante en toda su longitud. Quería enderezarse, pero cada vez que lo hacía, la sensación de desgarrar en la carne le volvía a agachar. Y quería beber más vino impregnado de amapolas, pero no tenía más fe en la cuñada que la que tenía Marella. Probablemente menos. Si tenía que luchar, necesitaba agudo el ingenio.

Una noche más supondría bastante diferencia. El druida no tendría

motivos para sembrar el camino de vigías. Llegar de esta manera era lo último que hubiera hecho una persona cuerda, lo cual la convertía en la elección ideal. Pero *Numancia* estaba muy lejos de las carreteras concurridas. Y cuanto más se acercaba él hacia la ruta desde la costa al interior del sur, más se acercaba a cruzarse con los romanos que se trasladaban desde *Britania* hacia el sol del Mediterráneo.

Sosteniendo una mano contra el dolor, de nuevo, se permitió reírse de ese peligro. Una posibilidad entre un millón. Por todos los dioses, había menos posibilidades de que sobreviviera esta noche que de encontrarse con Cilo.

Estaba contemplando el encuentro, como había hecho muchas veces, cuando un ornamentado *carpentum* tallado, llevado calle abajo por seis jóvenes, pasó cerca del carro. A medida que se acercaba, la cortina se abrió lo suficiente como para ver una figura en el interior que le indicó que la siguiera. Podría haber sido Marella. Si no era así, volvería a tener problemas. No tenía más remedio que seguirlo.

La pequeña litera cubierta lo condujo por las calles pulcramente trazadas de la ciudad, saliendo por la puerta de la orilla del río y por el camino del río hacia las orillas del Huerva. Cuando por fin llegaron a las puertas de hierro torneado de una villa amurallada, el *carpentum* se detuvo brevemente mientras las puertas se desbloqueaban y se abrían para que entraran ambos vehículos.

Caras cautelosas lo miraron de arriba abajo mientras el personal se apresuraba a ocupar su lugar para saludar a su señora. Hubo menos entusiasmo en animarlo a bajar de su asiento. Parecía que incluso los sirvientes de los nobles de *Saragosa* tenían ideas definidas sobre la clase y la posición. Sin embargo, cuando lo llevaron al atrio, los sirvientes retrocedieron y dejaron a los invitados en su reunión privada con la dueña de la casa.

Era una mujer alta, de complexión sólida pero no blanda. Colocaba un brazo protector alrededor de los hombros de Marella, como si temiera que la chica pudiera desaparecer de su costado si rompía el contacto. Cuando se volvió para estudiar a Marc, él dio un paso atrás.

El lado de su boca estaba partido e hinchado. Aún se estaban formando moretones oscuros bajo la piel pálida de su mejilla. Las sombras entintaban el hueco debajo de un ojo, y las marcas, que solo podían ser las hendiduras de dedos fuertes, moteaban la suave carne de la parte superior de su brazo. Un fuego tan caliente como el odio ardía en sus ojos y ella lo miró.

"Tú puedes irte," dijo ella con sonrisa de burla, escupiendo las palabras en latín como si le dejaran un mal sabor de boca. "Si no puedes salir de la ciudad esta noche, puedes cuidar a tus animales y dormir en los establos. Enviaré un bolso con el criado."

Marc respondió a su desdén en silencio por un momento, luego volvió su atención a Marella. "Bueno. Eso simplifica las cosas."

Ella estaba ojiplática, su boca se había abierto mientras miraba de uno a otro. "No, Suelta." Dirigió su apelación a la mirada de fuego de su cuñada. "No puedo quedarme aquí. Tengo que llegar a *Numancia* y Marc puede llevarme allí."

"¿Vas a acudir a los hombres que rechazaste? ¿Tu propio hermano apenas puede tolerar la vergüenza y quieres lanzarte a los pies de los hombres a los que insultaste?"

Redondeó su furia en Marc. "¿Y quieres hacer eso viajando con un granjero?" Señalando con un dedo afilado su pecho en acusación, como si él encarnara su vergüenza, ella le preguntó a Marella: "¿Cuánta vergüenza esperas que ignoremos en tu nombre?"

Marc se apartó del dedo y se volvió hacia la puerta. Lo que se perdía en las palabras, lo entendía en el tono. "Tiene razón, Marella. Es mejor muerta que en vergüenza. Esta buena dama podrá explicárselo todo a tu hermano cuando vuelva la partida de caza. Ponte cómoda mientras esperas."

"Marc, no. Espera." Ella se aferró a la tela de su camisa, siguiéndolo a través del suelo de mármol pulido, corriendo para igualar su paso. Mientras él retiraba la puerta, ella se agachó bajo su brazo para pasar junto a él, presionando el peso contra su pecho con ambas manos. "Ella no lo entiende. No he tenido tiempo de explicarme. ¡Detente!"

Apoyándose contra él con tanta fuerza como pudo, cerró los ojos y levantó la voz. "Esta fue idea tuya. Si querías saber cómo iba a ir, deberías haberme preguntado cómo pensaba yo que ella iba a reaccionar."

Él se detuvo. Eso era cierto; ella se había mostrado reacia a probar esta solución. Y, de hecho, esta había salido mejor de lo esperado. Estaban a cubierto por el momento, al menos.

Todas las suaves curvas de ella estaban presionadas contra él, como si fuera a poner todo su cuerpo en la balanza si eso significaba que él escucharía su súplica. La respiración en ella era irregular, cálida en la sonrojada piel del cuello. Sus ojos brillaban de dolor y miedo.

Estaba débil y dañada. Lo que más necesitaba era esperanza y él le había ofrecido las pocas muestras que tenía para ella. Deslizándose el aire duro y apretado en su pecho con un suspiro, forzó una sonrisa. "De acuerdo. Habla con ella." Sintiendo el silencioso acercamiento de la arpía en su hombro, agregó: "Iré a los establos. Toma tus propias decisiones para lo mejor. Si puedes quedarte aquí, yo volveré por mi chico y me dirigiré a la costa." Le puso unas gentiles manos sobre los brazos, alejando lentamente el peso de su pecho. "Hazme saber qué has decidido." Y se apartó de lado y bajó los anchos escalones de mármol hasta la entrada.

La molestia en Marc crujía la grava al duro ritmo de sus pasos y él se frotó las palmas. Las ruedas del carro habían dejado un rastro fácil de seguir por el lateral del edificio. Más allá de su masa rechoncha y de techo plano, un palaciego complejo de establos se extendía hacia el río.

No tenía sentido reconsiderar sus palabras ahora, pero debería haber dicho "Te llevaré a *Numancia*." Debería haberlo dejado más claro: eso era lo que él quería hacer.

Capítulo 7

Marella se apretó los ojos con dedos temblorosos y se dejó caer ante la firme presencia de Suelta. Necesitaba descansar. Su abdomen sufría espasmos de dolor regulares debajo de las magulladuras en el estómago. Tenía las rodillas débiles y los nervios a flor de piel por el miedo.

Unos días de recuperación, sentarse tranquilamente al sol mientras su cuerpo se reparaba y su mente se calmaba, eso era lo que necesitaba. Una ocasión para pensar en todo lo que había sucedido y formular un plan de acción que no se basara en un peligro inminente.

Y a Marc para ayudarla a explicarlo. Su tranquila certeza, su capacidad de ver más allá del miedo hacia la solución.

"Él merece algo mejor, Suelta." No levantó la cabeza ni la voz. Las palabras de Marella fueron tan planas y desesperadas como ella misma se sentía. Hueca de agotamiento. "Me salvó la vida, dos veces."

"Es romano," espetó. "Incluso le hablas latín. A un campesino, Marella." Las palabras resonaban con decepción. Los reproches resonaban detrás de estas. "Deberías haberlo sabido. ¿Cómo pudiste? Oh, qué vergüenza."

"No es romano." Conducida a través del atrio hacia el comedor con paredes brillantes, Marella se sentó con cuidado en un sofá y se recostó. Se le encogió el cuerpo y ella gimió al enderezarse, pero poco a poco fue capaz de relajarse en los blandos contornos. "Y él no es un campesino. Mira esto." Movié un dedo desdeñoso a las ataduras bordadas de su vestido. "La ropa de su esposa. ¿Qué tienes tú que lo iguale?"

No esperó a ver la valoración de la tela por parte de Suelta, sino que volvió a levantar ambas manos para taparse los ojos y las mejillas. Las yemas de sus dedos apartaron las lágrimas que querían caer y ella estabilizó la respiración, frotando suavemente el rubor

del dolor en sus mejillas. "Necesito medicinas para el dolor. ¿Qué tienes?"

Suelta asintió. "El hijo, querida. ¿Lo quitaron del útero?"

Abriendo los ojos para ver la oscura preocupación de su amiga, susurró: "No."

"Entonces tienes que abortar. Y pronto, ya ha pasado demasiado tiempo. Tengo lo que necesitas." Puso una mano cálida sobre el estómago de Marella. "Es lo mejor. Ningún hijo debería nacer con tanta vergüenza. Y tú no debes hacerlo ni pedirle a la familia que lo haga."

Ella tenía razón. Descansando su propia mano contra la ternura, sus dedos trazaron el duro montículo debajo de su piel. Un hijo inocente y su dolor la llenaban de vergüenza. Mientras Suelta caminaba hacia el pasillo y llamaba a sus sirvientes, las palabras de Marc resonaron en el corazón de Marella. «Mejor muerto que en vergüenza.»

Suelta llamó a sus instrucciones, ordenando decocciones para el dolor y los calambres, un tónico y algo para los moretones. Hubo una familiaridad fácil con esas medicinas y sus usos. Su cuñada necesitaba una amplia gama de curativos para las abrasiones, el dolor y los hematomas. Su matrimonio los había hecho necesarios.

"¿Tuvo eso...," Marella movió una mano vaga hacia el último mosaico de moretones de su amiga, "algo que ver conmigo?"

Suelta se llevó las frías yemas de los dedos a la costra negra del labio y se encontró con la mirada de Marella sin vacilar. "Indirectamente. Hablé en contra de Leucetius y no debí hacerlo. Hay algo sobre Tarancque el sacerdote retiene. Se sintió humillado y luego..." Se encogió de hombros.

"Esta mañana lo lamentaba. Pero para entonces él tenía algo real que poder hacer. Siempre está de mal humor si tiene que sentarse por la ciudad sin hacer nada importante." Sonrió con tristeza. "Hoy está cazando a tu granjero. Yo tenía la esperanza, por mi bien, de que lo encontrara."

"Lo hará si viene aquí."

"Él nunca hace eso. Pero yo volveré a la ciudad esta noche para esperarle." Mientras un sirviente se adelantaba con una bandeja de frasquitos y una jarra de vino, Suelta se sentó en el borde del sofá frente a su amiga. "Tienes que volver conmigo y enfrentarte a él. Cualquiera que sea tu explicación, seguramente la aceptará. Si no la cree, contrataré una guardia para que lo lleve al Templo de Diana en *Valentia*. Debes reanudar tus votos; es el único camino de honor que te queda abierto."

"¿Y dejar que Leucecio escape del castigo por esto?" Marella se atragantó. "¿Y esperar con miedo el día en que venga y exija mi muerte? Otra vez. Nunca." La ira la había levantado del sofá y, con cuidado, Suelta le empujó los hombros hacia atrás sobre el asiento.

"Toma." Le ofrecieron una copa de vino adulterado con unas gotas de medicina y Marella la tomó agradecida. "Tu única esperanza contra Leucetius es el mismo Taran. Regresa conmigo a la ciudad. Deja que tu granjero huya hacia las colinas y que tu familia se encargue del insulto a tu nombre."

"Taran no me cree. No lo hizo antes y no lo hará esta vez." Respiró hondo. "Y puedo saber qué es lo que el sacerdote retiene sobre él. Aunque me equivoque, él favoreció al sacerdote antes que a mí la última vez y lo volverá a hacer."

"No puedes saber eso. ¿Qué sabes de lo que pondría a Taran en contra de su propia carne y sangre? Él se habría puesto de tu lado, pero ¿cómo podía él creer que fuiste violada si no te presentaste durante cuatro meses? Yo quiero creerte. Quiero estar de tu lado, pero no puedo entender cómo pudo haber sucedido eso."

"¿De dónde sacas tu medicina?" Marella dio un largo trago de vino y se relajó, cerró los ojos e intentó ordenar sus pensamientos.

"Del galeno, por supuesto. Menuda pregunta."

"¿Y de dónde saca él sus plantas y sus remedios? ¿Quién cuida los jardines y las reservas de hierbas que necesita?"

"Marella, por favor. Necesitamos resolver tus problemas, no abastecemos de medicinas."

"Los sacerdotes, Suelta. Los druidas saben más sobre la tradición de las hierbas que los galenos. Incluso los romanos lo saben. Todo comandante lo sabe." Abrió los ojos y miró a su hermana con la misma certeza franca que Marc le había ofrecido. "Todo soldado lo sabe, y sabe cómo hacer brebajes para dormir y cuáles son sus efectos. Taran sabe que mi historia es posible. Él sabe lo que me pasó y sabe cómo, y él no hizo nada para detener al sacerdote. Nada."

La tensión le dolía en el estómago y se recostó de nuevo, bebiendo un poco más del vino medicinal. "Y cuando mi bebé lo convirtió en un escándalo que no pudo ocultar, me entregó a esa vil inmundicia para no tener que ensuciarse las manos con mi sangre."

Suelta la miró fijamente. El temblor en su cuello y hombros era tan pronunciado que parecía asentir en un asentimiento interminable a los hechos. "¿Fuiste drogada?"

"Sí."

"Tal vez Taran no pensó en eso." Sus palabras eran demasiado quedas, demasiado desesperadas para transmitir convicción. "Estaba tan enojado. El sacerdote le había contado una historia que podía creer. Quizá simplemente no lo pensó."

"Tú mismo dijiste que el druida tenía algo sobre Taran."

Suelta asintió, un movimiento claro que dejó su cara caída, demasiado débil para levantarse.

"Creo que sé lo que es eso. Creo que saben por qué hice mis votos en primer lugar, y Taran preferiría que estuviese muerta antes de que alguien descubriera esa verdad."

El rostro de su hermana estaba pálido como el alabastro, frío e inmóvil como una piedra. "¿Qué? Dime." Parecía prepararse para la muerte o algo peor.

Marella mantuvo los ojos cerrados, la cabeza hacia atrás,

pronunciando palabras que había prometido no pronunciar nunca. Sonando como si estuviera recitando una letanía, vertió las palabras en una corriente sin rasgos distintivos. "Durante cinco años, Sarnicio di Arevaci fue mi amante. Todo ese tiempo viví en *Numancia*, desde los quince hasta los veinte. Luego me dijo que había decidido que debería casarme con su sobrino, Kares. Me negué y dije que me consagraría a la Virgen antes de dejar que otro hombre me tocara. Él pareció complacido con eso." Una mueca de desprecio se apoderó de la suave cadencia, pero la dejó pasar y terminó la historia lo más tranquilamente que pudo.

"Ahora tiene otro hijo allí con él. Sé que me podría haber ido peor que con Kares. Lo conozco, no es un mal hombre, pero yo no estaba en mi sano juicio. ¿Por qué crees que todos dejaron pasar el insulto tan fácilmente? ¿Por qué pensaste que hice un sacrificio tan extremo?" Hizo una pausa mientras Suelta consideraba las implicaciones.

"Aunque no mi hermano. Nunca lo dejaría pasar si se enterara. Taran no podía ir tras Sarnicio, es el príncipe de toda la provincia; tiene cohortes romanas a su mando, así como sus propios hombres. Así, cuando el sacerdote le entregó una forma de asegurar mi silencio, él la aceptó. Y probablemente Leucetius fue quien habló a Taran del gusto de Sarnicio por las mujeres jóvenes en primer lugar." El druida habría sabido entonces que no tendría un hombre que la defendiera. Ella fue la víctima perfecta.

Abrió los ojos. La fatiga le costaba demasiado para que sintiera más vergüenza por su pasado. Seguramente había pagado más que suficiente por las malas decisiones de una niña.

El rostro de Suelta estaba aún más pálido. Se había movido del blanco a la translucidez como si no tuviera más que voluntad para mantenerla en su lugar. "¿Como pudiste? ¿Por qué nunca me lo dijiste?"

"Yo era una niña." La ira se arrastró hasta llenar el vacío de su confesión. "Y te lo habría dicho una vez que estuviéramos casados. Pensé que sería la dueña de toda la provincia." Ella se rió, un sonido agudo lleno de dolor y pesar. "Pensé que él me amaba."

"Los hombres no aman." respiró Suelta salvajemente. "No son como nosotras. Son impulsados por demonios mucho más duros que los que conocemos. Nosotras amamos. Ellos no. Nosotras tenemos hijos y amistades. Ellos deben tener derramamiento de sangre, hermandad y virilidad. Mira a Taran. Está muy orgulloso de sus hijos, son buenos y fuertes, pero soy yo quien los ama y los cuida. Él no. Los hombres no aman de la misma forma que nosotras."

Obligó a su yo fantasmal a ponerse de pie y presionó con su argumento. "Tienes razón. Taran nunca perdonará esto. Nunca. Si lo sabe; si lo supiera... Y yo tenía razón. Debes volver a tus votos a la diosa."

"No puedo volver a su templo. Las sacerdotisas no me protegieron de Leucetius. Tengo que acudir a Sarnicio. Si aún me considera su mascota enamorada, si me postro ante él, él es el único que puede desafiar a Leucetius y ganar."

"¿Qué esperanza hay de que ese plan tenga éxito, Marella. Es ridículo." Se apretó la frente con los puños mientras caminaba por el piso del *cenarium*. "No llegarás a *Numancia*. Aunque yo te pagara una guardia real, Taran te encontrará antes de que llegues a mitad de camino. Hubiera sido mejor para ti que hubieras muerto. Ningún hombre te aceptará jamás ahora. El templo es tu lugar más seguro, tu único lugar."

¿Mejor muerta que en vergüenza? ¿Mejor no intentarlo que fracasar?

"No todos los hombres son animales, Suelta." Marella se incorporó, tomó la jarra y se sirvió otra copa de vino. Decir las palabras en voz alta las hacía parecer un poco más reales. Ella quería creer que eran verdad, a pesar de la experiencia de su vida.

Suelta encontró otro río de mortificación en el que hundirse impotente. "No, Marella. No me digas que te refieres a él." La palabra se espetó con tanta fuerza que le roció el labio partido, y ella se secó la barbilla con rabia.

Marella no tenía respuesta y no tenía ya ganas de discutir. Si no hubiera estado tan completamente agotada, podría haber llorado

por todo lo que una vez había creído, y todo lo que nunca podría esperar saber. Era cierto, ella era inaceptable. Ya no podía fingir ninguna virtud y no tenía nada para sostener ningún tipo de orgullo. El templo y sus votos eran el mejor futuro que podía esperar. Necesitaba descansar.

Y necesitaba ayudar a Suelta a sentirse justificada antes de morir de vergüenza. Ella asintió con calma, resignada a romper los sueños. "Necesito que contrates una guardia para mí. Tomará unos días, lo sé, pero puedo quedarme escondida aquí y curarme. Necesito que me ayudes a llegar a *Numancia*. Si Sarnicio se hace cargo de mi caso, entonces Leucetius estará muerto y el escándalo será sofocado. Taran no tendrá por qué temerme y yo podré ir al aislamiento del templo principal de *Valentia*. Es la única forma en que puedo sobrevivir a esto. ¿Harás eso por mí? ¿Dejarme esconderme aquí por unos días mientras tú regresas a la ciudad y organizas una caravana secreta para mí?"

Suelta tropezó entre un desmayo de alivio y el terror de desafiar a su esposo. "¿Seguirá él por su camino solo?" Asintió con la cabeza hacia la pared trasera.

"Sí." Marella esbozó una pequeña sonrisa de tranquilidad. "Él irá a buscar a su hijo al granjero que lo cuida y luego irá a *Britania*. No tienes que preocuparte por ningún otro escándalo en eso."

Suelta se relajó visiblemente. La tensión en su forma incolora se desvaneció, dejando aun menos para sostenerla. "Y te mezclaré silfio y genciana. También un pesario *alkanet*. Mientras descansas aquí con un galeno cerca, debes usarlos para deshacerte del bebé."

"Sí. Debo." Marella reflejó la depresión de su amiga. "Ahora necesito descansar. Necesitaré ropa y medicinas. Cuando vuelvas a la ciudad esta noche, ¿me traerás todas las cosas que necesitaré para el viaje?" Hizo una pausa, buscando listas de necesidades que presentar. "Tendrás que mantenerte alejada de aquí mientras haces esos arreglos. Si comienzas a desaparecer en esta villa, Taran sospechará. Especialmente cuando no encuentre ningún rastro de Marc ni de mí en las colinas."

Marella se obligó a ponerse de pie y dijo: "¿Dónde puedo dormir

hoy?"

En los vastos establos, Marc llenaba el día deambulando entre los puestos de finos caballos. Todos los animales compartían un linaje, eso era evidente. Su forma era musculosa, con pechos profundos y huesos pesados. Sus rostros estaban bien, con el gran ojo brillante de los árabes.

Los sonidos y olores de un establo relajaron las tensiones de sus hombros. Se sentía cómodo entre los caballos y, después de unas horas de cuidadosa insinuación, entre los hombres que los cuidaban. Ninguno de los empleados de la villa era abiertamente acogedor. Hielo y acero describían más acertadamente su hospitalidad, pero al anochecer se las había arreglado para sentirse menos amenazado cuando se sentó junto a la chimenea.

Los caballos eran el gran amor del esposo de Suelta, pero estos animales eran sus regalos para ella. Ella no montaba en ellos ni se interesaba, por lo que los vendían o enviaban a la gran villa familiar de *Contrebia Belaisca*. El dux proporcionaba caballos para todo su ejército permanente, y Marc dejó que el orgullo guiara a los viejos jinetes para darle números y posiciones para unos doscientos hombres. En caballos como estos, eso sería más que suficiente para detener a una chica herida. Un hombre en uno de estos caballos podía montar a pleno trecho durante días.

Eso hacía de su hermano un formidable enemigo.

Por la noche habían ampliado su hospitalidad para permitirle un cuartito de pertrechos para los caballos. Este tenía un pequeño brasero y una cama limpia. Era mejor que la paja debajo del carro y lo aceptó con agradecimiento.

Se recostó a escuchar los sonidos de los caballos que se acomodaban para la noche, bebió un sorbo de una gran jarra de vino con miel tibio y trabajó en diferentes escenarios en su cabeza. No confiaba en la cuñada, ni un ápice. Cualquiera mujer que llevara moratones como esos pidiendo a su esposo más, tenía fallos en su visión de sí misma y en su visión del mundo.

Hasta que supiera lo que Marella pretendía, no podía hacer más que

especular.

Bebió un sorbo largo y lento de vino, dejando que los dulces aromáticos le inundaran la boca. Estaba familiarizada con el mismo tipo de violencia que aceptaba su hermana. Y aún tenía espíritu. La forma en que sus labios se curvaron, profundamente en las comisuras, sugería una burla en cada sonrisa. Sus cejas se arqueaban fácilmente y sus finas fosas nasales se ensanchaban como si compartiera el orgullo de su familia y la sangre de guerrera.

Esos grandes ojos oscuros escondían secretos. Lo desafiaban a permanecer de pie un momento más, a escudriñar sus profundidades hasta que sus veladas verdades se volvieran más claras. No había forma de saber cuánto daño le habían hecho. Todos sus oráculos, al parecer, estaban modelados para el miedo y las magulladuras. Pero ella, rió Marc en voz baja, estaba modelada para la adoración.

Se pasó los dedos cansados por los ojos y se tocó la trenza encerada al cuello.

Las brumas de la fatiga suavizaron las líneas de su rostro como un toque tierno y se acomodó más cómodamente en un cojín. Habría dormido si no hubiera sido por la repentina conmoción en el pasillo central: llamadas bruscas y el sonido de pies corriendo.

Estaba de pie junto al alijo de cuchillos cuando Marella entró en el cuartito.

Su sonrisa era tentativa, de disculpa, y se acercó a la puerta para ahorrar tiempo si él le decía que se fuera. Retorcía con los dedos la amplia falda de su túnica, levantándola y aplastándola por el muslo antes de dejarla caer y volver a juntarla. Lo miró, se encogió de hombros y desvió la mirada. "Tengo un día." Su voz era tan fina como una caña. "Quizá dos. ¿Será suficiente?" No había alivio en su rostro, solo el resplandor de esperanza que se había desvanecido cuando el druida había pasado a caballo.

Debería haberse sentido aliviada. Debería haber reconocido cuántas esperanzas les había hecho ganar. Él sonrió. "Mas que suficiente. ¿Quieres contarme cómo lo hiciste? ¿Ella te cree?"

"Sí, me cree. Cree que estaría mejor muerta." La tristeza se quedó en sus ojos cuando sonrió. "Ella vuelve a la casa esta noche y organizará una guardia de la milicia para escoltarme a *Numancia* en el próximo día o dos. Siempre que se mantenga alejada de aquí, no sabrá que nos hemos marchado hasta que sea demasiado tarde."

Ella había descansado. Algo del gris de la fatiga había desaparecido de sus mejillas y sus ojos estaban más claros, pero mucho más que dolor físico la atormentaba. "¿No pudiste decirle la verdad?" Él no había pretendido que eso sonara como una crítica, pero Marella bajó la cara y tiró de la tela suave de su falda hasta formar un fajo apretado.

"No. La vergüenza. El honor familiar. Son un gran problema para nosotros. Le dije toda la verdad que ella podía soportar."

"No lo entiendo," dijo en voz baja. "¿Cómo es que lo que te ocurrió se convierte en culpa tuya? ¿Por qué deberías cargar tú con la vergüenza por el crimen de otra persona?"

Dejó caer su vestido y levantó las manos en un exasperado encogimiento de hombros. "Tú no entiendes el honor." Una vez más, intentó, demasiado tarde, contener las palabras. "Lo siento," dijo irritada. "No quise decir eso."

"No. No te disculpes." Hizo un gesto con la mano y le dio la espalda para echar yesca partida al brasero. Su actitud tosca y campesina se estaba agotando. "Tienes razón. No entiendo nada sobre el tipo de hombre que puede mostrar su rostro en público mientras su esposa usa sus golpes como insignia de honor."

"No insultes a mi hermano." Sus ojos y fosas nasales se ensancharon, ella se puso rígida y echó la cabeza hacia atrás, pero él la interrumpió.

"No lo haré. Me pone demasiado enfermo oírte defenderle."

Esos labios se tensaron y las manos reanudaron el fruncimiento inquietante. "No quiero discutir contigo. He venido a contarte lo que había convenido."

El silencio en su pausa exigió que él se volviera y colgara los pulgares en las caderas para mantener su indignación. "Bueno. ¿Qué más?" No había victoria en la angustia que oscureció esos rasgos. Deslizó las manos por los muslos y él se acercó otro paso.

"Nada más. Eso es todo. Pero significa que puedes irte ahora, si quieres. Esta noche, si quieres hacerlo."

Él la miró fijamente durante un largo momento, frunciendo el ceño mientras esos nudillos se blanqueaban contra el suave azul cielo del vestido que ella llevaba.

"Taran y sus hombres ya estarán de vuelta a la ciudad, no pensaban estar fuera durante toda la noche. Aunque hayan dejado una emboscada en la casa, puedes subir al valle por tu chico. Tienes un caballo." Había reunido razones para él y se las presentaba como un regalo. "También hay dinero. Suelta quiere pagarte para que desaparezcas, pero a mí me gustaría que lo aceptaras porque podrías necesitarlo."

A la luz brillante del fuego, había secretos en esos ojos que él no podía leer. Había tensión a su alrededor que sugería táticas súplicas, pero él no sabía si ella le estaba pidiendo que se marchara o se quedara.

"Ya tengo dinero." Se acercó otro paso y unas arruguitas se deslizaron por la frente. "No entiendo lo que quieres hacer."

No había miedo en el rostro de Marella, pero su respiración era demasiado cortante. Ella abrió la boca y se mordió suavemente el labio inferior. "Quiero ir a *Numancia*. Eso es lo único que puedo hacer." Dejó caer el rostro, estudió el suelo por un momento. "Puedo hacer eso ahora, aunque quieras marcharte."

"¿Quieres que me vaya? ¿Preferirías viajar con una guardia completa?"

Su rostro se acercó bruscamente al de él y ella tembló a su sombra. "No."

"Entonces, ¿por qué estás aquí tratando de convencerme de que

debería irme?"

"Porque deberías tener esa opción. Tú tienes tu vida y yo la interrumpí. No puedo devolverte lo que perdiste, pero debes tener la opción de mantener con lo que aún te queda. Entiendo lo peligroso que es esto para ti. Puedes irte ahora sabiendo que yo estaré bien. Si quieres hacerlo."

"Pero ¿preferirías que no lo hiciera?" Se pasó los dedos por la cabeza y se rió, girando lentamente en círculo completo para mirarla de nuevo. "¿Por qué?"

Se apretó con fuerza los muslos con las palmas planas y obligó a su cuello a enderezarse como si ella osara demasiado. "Porque tú no crees que estaría mejor muerta."

"Entonces esa es razón suficiente. Creo que yo tendría dudas de viajar con un grupo de hombres pagados por alguien que me preferiría muerto."

Ella quedó en silencio un momento, deteniéndose para escuchar su significado. "Tú haces eso bien."

Marc levantó las manos, interrogante, y ella continuó. "Yo la habría creído. Me habría ido con ellos creyendo que llegaría a *Numancia*."

La sonrisa que él intentó pareció forzada y la dejó caer. "Podría estar equivocado. Pero yo sigo vivo. Es difícil saber en quién confiar."

La luz dorada se reflejaba en los ojos de Marella mientras ella se acercaba, levantando una mano para pasarle un dedo desde el cuello abierto de la túnica de Marc hacia abajo a lo largo de la línea media del pecho. "Yo confío en ti."

El fuego a la espalda le pareció a Marc más frío de repente. Los rizos sedosos del cabello de Marella habían sido recogidos en un nudo suelto en la nuca y finos mechones caían sobre sus perfumados hombros. La tela azul cielo se tensaba sobre los senos en cada respiración nerviosa y ella mantenía la mirada clavada en el dedo en su pecho.

Él le tomó la mano y la levantó hasta que sus ojos siguieron los suyos.

Parte del color de ese rostro estaba teñido, y sus ojos parecían más claros y más amplios con una fina línea de *kohl* a lo largo de las pestañas. Cuando la atrajo hacia sí, ella jadeó, el perfume en ella latió en el aire caliente que los rodeaba.

El cuerpo de Marella era dolorosamente suave, presionando lo suficiente como para despertar en Marc viejos anhelos que le brotaron del pecho y se desvanecieron por todos los miembros.

"¿No es esa razón suficiente?" susurró él, cálido al oído.

Ella levantó la cara, inclinó una suave mejilla para apoyarla en la de Marc y giró los labios para tocar el hueco debajo de la mandíbula. Con los dedos libres, ella deslizó el más mínimo tacto por el suave lino que yacía sobre el pecho y él sintió se le erizaba la piel, tratando de seguir su tacto mientras la calidez en el vientre se acercaba a la ira.

Tomando su rostro entre las yemas de los dedos, sostuvo sus ojos de ella ante los suyos. Las sombras de su cabello se mezclaban con las sombras moteadas de los moretones en el cuello y él preguntó de nuevo, un poco más fuerte: "¿No es esa razón suficiente?"

Los ojos de ella se apartaron, pero él le sostuvo el rostro para que estos tuvieran que regresar, encontrarse con los suyos y responder. Ella le presionó más fuerte el pecho con la palma, empujó las promesas de sus dedos e inclinó las caderas lejos de las de él.

"¿Hay incentivos que quieras ofrecer? ¿Debo intentar hacer un mejor trato antes de aceptar?"

Su agarre en su rostro se tensó mientras ella se retorció para poner distancia entre ambos, pero las manos de Marc no podían dañarla y su esfuerzo por escapar carecía de fuerza. Sus labios estaban cerca y el anhelo que se elevaba en un pulso ardiente se atoró en el pecho de Marc antes de correr por la garganta.

Él bajó la cara, tocó esos labios con la húmeda suavidad de los

suyos. Por un instante él la abrazó, ansioso por acercar su anhelo en esa boca, por mover los labios sobre la suave piel de esa mejilla y enterrar el rostro en su cabello.

Tragando ella dio un paso atrás, se encontró con la tristeza en unos ojos con dolor apretado y caliente, y dejó caer las manos. "¿Alguna vez te di motivos para pensar que quería algún tipo de pago tuyo en carne?" preguntó él con voz tensa mientras su pecho comprimía el aire desde los pulmones.

Ella estaba sumamente quieta, con el rostro en blanco e inmóvil mientras lágrimas silenciosas corrían por las mejillas. Sólo sus ojos se movieron, pasando rápidamente sobre los de él, de uno a otro, y hacia abajo para fijarse en su boca.

Cuando él ya no pudo soportarlo más, se giró y obligó a las palmas de las manos a frotarle los ojos hasta que nubes de dolor empañaron la oscuridad. Con una mano presionada en la herida, él se enderezó arqueando su espalda tanto como pudo y arrastrando profundas respiraciones en el estrecho espacio detrás del corazón.

Marc dio media vuelta y se acercó lo suficiente como para susurrar: "Tienes razón. No tengo esperanzas de comprender esta clase de honor." Le apoyó una mano en el hombro, le pasó el pulgar por la mejilla. "Pero entiendo la lógica de conseguir ayuda del único hombre que tiene el poder de detener al druida. Y entiendo los riesgos de llegar allí. ¿Es eso lo que quieres hacer?"

Desde lo más profundo de su humillación, ella logró asentir.

"Bien. Pues prepárate al amanecer con todo lo que quieras llevar y haremos lo mejor que podamos. Sin garantías, solo lo mejor."

Ella alzó una mano para borrar las lágrimas de la mejilla y se aclaró la garganta con un graznido ahogado. "Te vi en mi sueño hoy," dijo débilmente. "Tu diosa está contigo."

"Mi diosa," repitió él y ella asintió sin dejar de mirarle la boca. "¿Qué estaba haciendo ella?"

"Ella era una loba y yacía al lado de donde tú estabas, mirándome."

Él sonrió y ella lo miró a los ojos, sorprendida.

"Conozco a esa loba." Él rió. "¿Qué te dijo?"

"Ella no dijo nada. No se movió. Simplemente yacía con el hocico entre las patas, mirándome."

Él la rodeó con un brazo y la hizo girar hacia la puerta. "Ella está reservando juicio entonces. Por ahora. Avísame si la vuelves a ver. Me gustaría saber qué piensa."

Mientras caminaba tranquilamente por el largo pasillo entre establos, Marc acarició la trenza en el cuello. El latido de su corazón impulsó demasiado fuerte por la carne y revivió viejos dolores. Una imagen de la boca de Marella, oscura y suave, con una sonrisa burlona en las comisuras, le hizo rozarse los labios con los dedos. Había secretos y promesas allí, tan oscuros y hermosos como los de aquellos ojos, y su respiración se fortaleció al pensarlo.

Se sirvió otra taza de vino y se recostó en la cama, golpeando los cojines. De pronto, dormir y la mañana parecieron muy lejanos.

Capítulo 8

Marella usó la misma estola de seda azul cielo sobre una túnica blanca, pero agregó una palla de lino burdeos para cubrir los hombros y cabeza. Apoyándose contra el cabeceo y el balanceo de la carrera con una mano, usó la otra para taparse el rostro con el suave lino y el silencio.

Marc había elegido un lugar justo en mitad de la longitud de la caravana de viaje. Más adelante, un carro de comida para el ganado y provisiones para la caravana rodaba con los resortes en voladizo bajos. Detrás de ellos, una familia de artesanos se dirigía a trabajar en los grandes edificios públicos de *Bilbilis*.

Ellos eran tan discretos como cualquier otro vehículo, pero el calor persistente de la vergüenza rozaba las mejillas de Marella y la hacía sentirse expuesta. El espacio entre ellos era frío, con una tensión incómoda y evite de contacto visual. Este era un daño que ella no había pretendido ni había previsto, y desde su silencio firmemente atado, buscaba una manera de salvar tal hueco.

Había viajado lo suficiente como para conocer la rutina de una caravana. Algo cerca de cinco horas de viaje, interrumpidas durante tres horas mientras los viajeros almorzaban y las monturas de tiro descansaban y bebían, y luego seguían adelante hasta el siguiente municipio o estación de paso. Y el silencio había llenado la mayor parte del viaje hasta el almuerzo.

Su mirada vagó por la longitud de las piernas de Marc, relajadas y cruzadas en los tobillos donde giraba hacia arriba el estribo del carro. Él parecía completamente a gusto, si no fuese por su reticencia y la pálida y aguda concentración en esos ojos, ella le habría juzgado indiferente.

Para ella, el problema de la plaga era doble.

Primero, ella le había juzgado mal. Otra vez. Agarrando más fuerte el chal en el cuello, maldijo en silencio y se prometió a sí misma, y a él, que no volvería a cometer el mismo error. Al creer que todos

los hombres respondían a los mismos demonios, que todos los hombres comerciaban en carne, ella lo había insultado y estaba comenzando a conocerlo lo bastante bien como para entender eso. Las palabras de Suelta aún sostenían que eso era cierto. Marella quería desesperadamente creer que ella estaba equivocada. Equivocada, al menos, sobre Marc.

Así él había rechazado su avance. Pero las palabras de Suelta insistían en más. El único lugar donde ella podía esperar vivir ahora era en el gran Templo de Diana, en *Valentia*. Ella había dicho que Taran nunca la perdonaría y que ningún hombre la aceptaría. Sus votos eran la única justificación que tenía para vivir. ¿Mejor muerta que en vergüenza?

Sí, él la había rechazado, pero el tacto de sus labios insinuaba algo parecido a la esperanza.

Ella lo miró por el rabillo del ojo y, cuando estuvo segura de que su atención estaba firmemente fija en la carretera delante, giró con cuidado para estudiarle el perfil. Sus facciones no eran tan afiladas como las de su gente en general, y su constitución no era tan rechoncha y pesada. Él era más alto, más ancho y no tan profundo en el pecho.

Pero eran su cabello rubio y sus ojos azules lo que realmente le distinguían. Él era dorado, bronceado, brillaba como los mismos dioses. Se había echado hacia atrás ese cabello decolorado por el sol y lo había atado para minimizar el impacto, pero en un mundo donde la mayoría de la gente tenía ojos marrones o verdes, el azul claro de los suyos era inconfundible. Cada vez que lo miraba, parecía verlos por primera vez, y su atención era atraída y retenida por su luz excepcional. En ninguna parte de su mundo había visto semejanza a él.

Llevada más allá de sus inhibiciones por la intensidad de su estudio, ella dijo: "Cuéntame de dónde vienes." El sonido de sus propias palabras la sorprendió por un momento y Marella bajó la mirada a los pies.

Él pareció indiferente, haciendo pucheros y llevando una palma hacia abajo por el muslo mientras buscaba un lugar para comenzar.

"Mi madre es picta. Viene de las Tierras Altas, en el extremo norte más lejano de *Caledonia*. Mi padre también es de *Caledonia*, pero de las tierras más al Sur. Yo nací en su ciudad natal, pero mis padres eran mercenarios y con niños pequeños querían algo de estabilidad." La miró con una advertencia. "De modo que él se unió a la Infantería Romana. *Legio XX Valeria Victrix*. Ahora está retirado, es romano. Incluso le dieron nombre vespasiano cuando recibió la ciudadanía."

Ella desvió la mirada brevemente atrás, en silencio para asegurarse de que ninguna palabra despectiva pudiera escapar involuntariamente. "¿Tu madre era una de las mujeres guerreras de las que hablaste?"

"Absolutamente. Y lo seguiría siendo si alguien le diera una espada y un enemigo." El estaba sonriendo. "Pero no los he visto en seis años."

"¿Fue tu madre quien dijo que tenías que respetar a las mujeres?"

Él arqueó las cejas y enfocó esa mirada azul claro en ella con una seriedad mortal. "No. Ella se respetaba a sí misma, y mis hermanos y yo habríamos desafiado esa creencia bajo un extremo peligro."

Él tenía una forma de abofetearla sin siquiera levantar la mano, pero sonrió y continuó. "Ella te gustaría. Treinta años ha vivido en ciudades romanas, pero ella no habla latín." Ahora estaba sonriendo como un niño. "Y podía. Nos entiende a todos perfectamente. Pero se niega a hablar como un romano."

"¿Cuántos de vosotros hay allí?"

"Tengo cuatro hermanos."

"¿Cuántos viven en Hispania?"

"Solo uno. Es dueño de la mayor parte del país."

Los ojos de Marella destellaron con una mezcla de negación patriótica y noble avaricia. "Estás exagerando. ¿Quién es? Si él es todo lo que dices, todos sabrán de él."

"No, él es como yo. Le gusta esconderse y mantenerse reservado." Sonriendo, cedió. "Estoy exagerando. Él posee dos grandes propiedades a lo largo del *Tagum*. Vive cerca de *Toletum*."

"Eso no está tan lejos," dijo ella. "Si es tan rico y sus propiedades son tan grandes, hay mucho espacio para esconderse." Puso los ojos en blanco y frunció el ceño. "Para vivir tranquilamente, fuera de la vista, quiero decir. Para ti." Parecía que solo abría la boca para meter la pata.

Él rió ante sus tambaleantes intentos de sonar menos excéntrica. "Hay un problema de orgullo familiar," respondió. "Es exactamente el tipo de problema que tú entenderías por completo."

"No hay nada acerca de ti," dijo seriamente, frunciendo ligeramente el ceño ante el esfuerzo de mirarlo a los ojos, "que yo entienda por completo. Ni siquiera entiendo por qué me estás contando todo esto ahora, cuando dijiste que no le habías hablado a nadie sobre tu pasado. Dijiste que eso no suponía ninguna diferencia."

"Eso fue cuando te iba a dejar con tu familia en *Caesaraugusta*. Ahora mereces saber en quién has confiado tu vida, ¿no crees?" Su sonrisa había desaparecido y las palabras sonaron como una pequeña disculpa.

Su ceño se profundizó. "Me he equivocado. No entiendo nada de ti, en absoluto. Nada en absoluto."

Reservándose un momento para pensar, se inclinó detrás del asiento y levantó el odre. El baúl de medicinas entero de Suelta estaba detrás de ella bajo el estante y Marella había pasado la mañana felizmente inconsciente de todo dolor. Cuando empezó a sentir pequeños calambres, se remedicó rápidamente.

También había empacado la mayor parte del guardarropa de su cuñada. "Ya no necesitaré usar la ropa de tu esposa," dijo entregándole el abrigo de piel.

La forma en que él la miró y se apartó rápidamente le dijo a Marella que él reconocía el cambio de dirección de sus preguntas, y él observó por un momento las tierras de cultivo pasar lentamente.

Al poco rato respondió: "Ya veo." Fue suficiente permiso.

"¿Cómo se llamaba?" De entre todos sus secretos, era el elegante fantasma el que más despertaba su curiosidad.

"Su nombre es Neria," respondió.

¿Qué podía decir?: ¿cómo era? ¿era noble? ¿quién era?...

"¿Cómo os conocisteis?." decidió ella.

Fue la pregunta equivocada. Él quedó en silencio durante largo rato, sin ninguna señal de haberla oído hablar. Observaba el horizonte y el tirón del carro de delante, luego se rascó la palma distraídamente y finalmente dijo: "Ella era una sacerdotisa."

Ninguna sacerdotisa vestida así. Ninguna sacerdotisa casada. No en ningún panteón que ella conociera. Quizá había dioses en tierras extranjeras, en Egipto o en la India. "¿A quién servía?"

"No sé cómo te vas a tomar estas respuestas, Marella," dijo él. "Yo ya soy grosero y deslenguado. Tú Juzgas con dureza todas mis elecciones. Si te digo la verdad, es posible que decidas bajar del carro y volver caminando a *Caesaraugusta*. Él le mostró su mirada de absoluta certeza. "Y si la juzgas a ella, te sacaré yo del carro y podrás caminar hasta donde quieras."

"No tienes que hablar de ella en absoluto si no quieres," dijo.

"Lo que quiero decir es que no me importa decírtelo. ¿Estás segura de que quieres saberlo?"

Ella miró directamente a su condescendencia, sus fosas nasales se dilataron levemente por la molestia. ¿La pensaba tan protegida, tan ingenua y reservada del escándalo? ¿Una sacerdotisa de alta cuna había abandonado sus votos por un soldado? ¿Sería ella la primera? Su propia vida había probado la corruptibilidad de los sirvientes del templo.

Hombres. ¿Estaban todos tan impresionados por sí mismos?"¿Qué hay tan impactante? ¿Tienes un escándalo mucho mayor que el mío?"

"No, ya te dije que no hay escándalo."

"¿Entonces qué? Dime." Ella se dignó a conocer esa piedra inamovible con una sonrisa. "¿A quién servía?"

"A Luperca." Él estudió su rostro. Marella podía sentir esos ojos fijos en ella mientras consideraba la palabra. Luperca no tenía sacerdotisas. Ella era la loba que había cuidado a los fundadores de Roma, inmortalizada. Tenía un pequeño sacerdocio en la Colina Palatina de Roma y sus devotos eran pastores. No mujeres nobles. La esposa de Marc no era pastora.

Ella negó lentamente con la cabeza. "Hay más en esa respuesta. La diosa loba es la tuya, ¿no es así? La vi contigo."

"Yo no tengo ninguna diosa. No tengo ninguna fe en los dioses en absoluto."

"Pero, mi sueño, te lo dije y dijiste que la conocías."

Marc suspiró y sonrió con tristeza. "No sé con qué sueñas. Ni lo que significa. Tu sueño me pareció divertido, eso es todo. Cuando la conocí, mi esposa vivía en las propiedades que ahora posee mi hermano, y estaba viajando por *Britania*. En aquel entonces, una ramera que se hacía llamar Suma Sacerdotisa de Luperca las poseía. Y todas sus chicas eran sacerdotisas."

"¿Todas sus chicas?" Marella frunció el ceño con más fuerza. Sus pensamientos la llevaban en una dirección que no estaba dispuesta a seguir. Cerró la mandíbula, temiendo que se abriera sola. Su mano se enredó en la tela de su palla, lista para atascarla en la boca si hacía alguno de sus habituales pronunciamientos bruscos.

"No hables," le advirtió él en voz baja. "Veo lo que te pasa por la mente."

Cuando ella lo miró, él estaba sonriendo, pero la sorpresa en ella no le permitía compartir ese humor. Él estaba en lo cierto; el silencio era su mejor opción, al menos por el momento. Su recordaba comprensión del latín estaba tentando explicaciones. Había un vínculo claro entre las prostitutas y las lobas. Las chicas que se

llamaban *Lupae*; cuyas habilidades eran comparables con el lobo; que incluso se decía que eran lobos por la noche.

Junto a ella, Marc reía para sí mismo, complacido de que al menos hubiera podido impactarla hasta el silencio.

Dos veces se volvió ella hacia él y abrió la boca para hablar, luego lo pensó mejor. No importaba qué giro le diera, los mismos hechos acudían a la mente. Era una prostituta. Él se había casado con una prostituta.

Y el hijo. Quiso preguntar cuándo había llegado él a la familia, pero no había forma de preguntar eso sin cuestionar la paternidad.

El silencio se estaba volviendo más condenatorio que sus preguntas, y ella se obligó a hablar. "Vestía una ropa preciosa."

Su expresión se suavizó y él le rodeó los hombros con un brazo para reconocer el esfuerzo que ella estaba haciendo, envolviéndola en una cálida seguridad y burlona aceptación. "Aaí es." Demasiado pronto se rió y echó el brazo hacia atrás. "¿Hay algo mas?"

"Lo habrá." Una vez tuviera la oportunidad de considerar las implicaciones de todo ello y de decidir qué sentía al respecto. "No dejo de preguntarme de qué mundo vienes, y siempre que respondes por mí, me resulta más difícil averiguar dónde encajas tú."

"Yo no encajo. No en tu mundo, y no lo lamento demasiado."

"Pero..." Ella estaba suplicando por cada sólida verdad que antaño había sostenido. Él no se reía; llevaba su manto de tranquila ecuanimidad y ella habló desde el corazón. "Hay aciertos y errores, buenos y malos, estándares, posiciones y expectativas. Solo los hay. Hay reglas por las que todos vivimos y tú las rompes todas. No entiendo cómo lo haces."

"Hay dinero y poder, estatus y prejuicios," respondió él. "Y hay todas las reglas que hacen que las personas con abundancia se sientan mejor al permitir que todos los demás no tengan nada. Cuando comienzas a decidir quién es honorable en función de lo

que poseen o de dónde viven o en qué familia nacen, estás muy desviado del buen camino."

Marc alzó una mano para decir «suficiente». "Deberías sentarte bajo un árbol un día con mi padre. De hecho, una vez que hayas hablado con el gran hombre de *Numancia*, te llevaré a conocerlo. Ahora que está jubilado, nada le encantaría más que sermonear a algún alma desprevenida durante horas sobre sus filosofías de vida favoritas."

Marella dejó caer la cabeza entre las manos y respiró hondo. ¿Después de *Numancia*? Él estaba demasiado adelantado. Mirando más allá del miedo de nuevo. Ella no podía ver más allá de la casa de Sarnicio. Después de eso, todo se volvía negro y desesperado, y solo la idea de que Leucetius pudiera acabar muerto le daba el valor suficiente para seguir la visión de Marc.

"¿Después de *Numancia*? Yo no quiero mirar tan lejos." Hablando entre sus palmas, ella dejó que los dedos le taparan el rostro como una máscara. "No creo que mis opciones sean tan brillantes como para hacer un peregrinaje y escuchar la sabiduría de tu padre. Sarnicio puede rehusar escucharme. Puede que me escuche y luego me devuelva a Taran y al sacerdote. O puede que haga todo lo que le pido." Levantó la cara y se limpió el polvo de la túnica con las manos como si hubiera suciedad manchada allí que todos pudieran verla. "Luego me enviará al Templo de la Diosa en *Valentia* para reanudar mis votos."

Sombrío más allá de toda consideración. Aunque ella pudiera mirar más allá del miedo, no tenía mucho sentido. Más allá del miedo estaba la desesperanza. Al menos Marc reconocía la gravedad de su situación. Se le arrugó la frente por las crueldades del destino mientras ella lo miraba en busca de palabras de aliento.

Él estaba sonriendo. Cuando vio su consternación, se encogió de hombros y desvió la mirada. "Lo siento," murmuró. "No tengo claras las demandas de vuestros dioses y diosas."

"¿Qué se supone que significa eso?"

"No quiero decir nada con eso." Trató de mostrar una respetuosa penitencia, pero la risa brillaba en sus ojos, y cuando la miró,

estalló en su boca. "Excepto, ¿para quiénes son los votos?"

Ella lo fulminó con la mirada. ¡Ateo! "Los votos son un compromiso. No puedes optar por ignorarlos si cambias de opinión. No son una regla que puedas romper si no te convienen." Con enojo, ella se reunió detrás de la única pizca de esperanza que aún podía albergar. Pero si era para protegerse a sí misma o para proteger la única verdad que aún tenía, no podía decirlo.

"No." Él había dominado su diversión. Forzó un ceño fruncido que tiró inestablemente una ceja y desvió la mirada.

"Son una dedicación de pureza. A Diana. Para siempre."

"Bien. Vale." Frunció el ceño y le lanzó una mirada de seria consideración. "Así que se trata de la promesa que le hiciste a tu diosa y no de que tu familia busque un lugar fuera de la vista para esconderte." Luego una mirada de genuina preocupación. "Se trata solo de la promesa. ¿El estado de pureza no le importa a la diosa o al oráculo?"

La furia creció como hielo a lo largo de su columna, se deslizó por su cuello, apretó sus labios y afiló su lengua. "¿Qué sabes tú sobre el cumplimiento de un compromiso? ¿O sobre la pureza?" El fuego en su sangre se encontró con el hielo y su respiración se ahogó en palabras duras. "Eres un soldado que huye de Roma, y tu esposa..." En algún lugar entre el hielo y el fuego, las llamas fueron apagadas abruptamente por una oleada de intuitiva precaución.

La expresión en él no había cambiado, ella esperaba su respuesta con profundo interés, pero esos ojos mostraban indicios de hielo que ella nunca podría esperar igualar. Cuando el silencio de ella se cernió entre ellos, él arqueó las cejas. "¿Vas a terminar esa frase?"

Él estaba demasiado cerca. Ella podía sentir el calor de su hombro a su lado. En la brisa seca del mediodía, ella podía olerlo y él olía a seguridad y alivio. Había una quietud ominosa en esas manos y un enfoque frío en esos ojos que amenazaba esa seguridad. Pero no había violencia a su alrededor.

"Tú me insultaste," dijo ella luchando por encontrar suficiente

terreno elevado para tomar una posición. Él la había amenazado con lo único sólido que le quedaba.

"Te hice una pregunta. No tenía intención de insultarte."

"No estés tan indignado, Marc, te reíste de mí." Se encontró con esa fría mirada hasta que se suavizó. Él incluso podía haber concedido. Un poco. "A veces digo lo primero que me viene a la mente y sale antes de que piense, pero me insultaste a mí y a mis creencias, y te reíste de mí."

"No creo que digas cosas así sin pensar. Creo que, comentarios como ese, se perfeccionan con la mayor nitidez posible." Él giró hacia la carretera, prestando especial atención a desenroscar una sección de las riendas. "Tú no puedes pegar con los puños como hace tu hermano, de modo que lo haces con los labios."

Negaciones emergieron en tropel. Había momentos en que ella elegía las palabras con cuidado, cuando las pinchaba y las retorció específicamente para causar dolor. Eso era cierto. Siempre había tenido una lengua afilada y un temperamento rápido. Y en este mundo de hombres, eso le había causado problemas la mayoría de las veces. Ella había ganado todas las grescas hasta hoy.

Pero no había sentido la oleada de pánico que acompañaba el incitar a un adversario violento. Y no había sentido la fría alegría de la púa alcanzando su objetivo. No con él. Él se merecía algo mejor.

"Bueno, lo pensé lo mejor que pude," dijo ella. "Pero también digo cosas sin pensar." Hizo una pausa, preparándose en torno al temor de saber que tendría que seguir si empezaba, y agregó: "Y hay mucho dolor en el tema de estos votos."

Las mulas podrían haber caminado hasta Roma misma sin otra orden de él, pero él estudiaba la tensión en los bocados y la posición de las riendas sobre las grupas como si eso fuese vital para todos ellos. La presión para llenar el espacio que él le dejaba se concentró en el pecho de Marella, forzando los latidos de su corazón mientras su cabeza se mareaba de temor.

Había mucho que ella podía decir, pero el sello de su silencio se había roto con Suelta, y Marc representaba menos peligro que su mejor amiga. “Decidí tomar mis votos en un mal momento. Estaba herida y enojada y tratando de lograr algo desesperado al amenazar con hacer algo extremo.”

“Extremo lo resume bien,” dijo él. “Incluso para un fanático religioso, para siempre es mucho tiempo. ¿O el voto de virginidad perpetua es solo una de esas cosas que dices sin pensar?”

Su mirada fulminante descartó la pregunta y él hizo un esfuerzo obvio para bloquear una sonrisa mientras ella encontraba el camino de regreso a la historia. “Como puedes ver, nadie me rescató. De hecho,” hizo una pausa para mirarlo a los ojos, “el hombre involucrado se aseguró de que mi consagración fuese sin problemas. Pagó muy bien para asegurarse de que la cuestión de la virginidad nunca se planteara formalmente.”

Esta vez Marc no pudo contener su diversión. “Tienes que darles a nuestros guardianes morales lo que les corresponde. Siempre se puede confiar en el sacerdocio para encontrar un camino fácil a cualquier dilema ético, si se le da suficiente oro.”

Su situación era ridícula, y si no fuera tan dolorosa, ella podría haber compartido su sentido del humor. “Sí, así que, como has señalado antes, no tengo motivos para respetarme a mí misma. Y todo esto es una farsa, excepto por mi compromiso y mi honor con la diosa. Ella es más anciana y más sabia que las personas que controlan su templo. Ella conoce mis circunstancias, conoce mis razones y conoce mi corazón.”

“Está bien.” Él cedió. “Así que esto es solo entre tú y tu diosa. No se trata del honor ni de la vergüenza familiar ni de los hombres en tu vida que encubren su reputación al silenciarte.”

“¿Responde eso tu pregunta?”

“Es una respuesta. No estoy convencido de que sea cierto. Creo que estás justificando tus elecciones ante mí y ante ti misma. Pero es una respuesta.”

Ella levantó las manos. "¿Cuánto más abierta quieres que sea? Te abro mi corazón y tú solo sonríes y me llamas mentirosa. ¿Por qué no das crédito a mi confianza en la diosa?" Las palabras de él se acercaban demasiado a las propias dudas silenciosas de Marella y ella tragó.

"Porque anoche dijiste que confiabas en mí, y la forma en que lo dijiste sugirió que no estabas demasiado preocupada por tus votos. Y, " su sonrisa era exasperante, "dijiste que el mejor resultado que podías esperar no hacía que tu futuro fuese muy brillante. Eso no sonó como si tuvieras prisa por volver con las damas del Templo."

Qué hombre tan exasperante. Y siempre dos pasos por delante. Pero él entendía menos de lo que se creía. Él no tenía ni idea del hijo de ella ni de las implicaciones que había para el bebé regresar al templo. "Anoche..." Ella miraba hacia el regazo, viendo cómo sus dedos enderezaban el flequillo de su túnica. No podía permitir que él viera su pánico o su frenética búsqueda de justificaciones. "No sabía hasta qué punto podía confiar en ti. No sabía si estaría segura viajando contigo."

"¿Y me estabas poniendo a prueba? Bueno, eso explicaría tu desprecio por los veinte empleados del establo que habrían sido testigos de la indiscreción."

Los ojos de ella brillaron con repentino horror y un grito ahogado se detuvo en su garganta.

"Pero tú ya habías pensado en eso, ¿verdad?" Él sonrió. "Ellos eran tu seguro contra daños, ¿no es así?"

"Sí." Ella se esforzó por desafiar. "Y de todos modos, ¿quién iba a creer a un grupo de sirvientes?"

"Tu hermano lo hará en cuanto se entere de lo que ha hecho su esposa."

Marella tartamudeaba cada vez que respiraba mientras una repentina oleada de calor la asaltaba, golpeándole el estómago y martillando su pecho. Su boca se secó instantáneamente, ojos muy abiertos y oscuros. Suelta y su familia corrían un terrible peligro;

eso era cierto. Pero no era saber su destino por lo que se apresuró a sentir calor en las mejillas cuando ella se volvió para mirarlo. Agarrando una mano lo bastante fuerte con la otra como para lastimar las ocultas magulladuras en las articulaciones, preguntó: "¿Y si no hubiera habido testigos?"

"¿Sin testigos?" Él arqueó las cejas y se volvió hacia ella. "¿Nadie quien sepa ni le importe quién eres o qué haces?"

Respiraciones ásperas se arrastraron demasiado rápido por su garganta dolorida, calambres en sus moretones y ardor en sus ojos mientras se fijaba en él como si él fuera la esperanza. "Si no hubiera habido testigos," sus palabras se habían raspado y secado, pero logró obligarlas a salir, "¿aún me habrías echado?"

La transición de la diversión a la calidez fue instantánea, y ella se inclinó más cerca de él, colocando un brazo sobre su hombro. Él se giró y reanudó su estudio de las bestias de tiro, pensando en silencio durante largo rato. Cuando respondió, su voz era suave con tranquilidad o pesar. "Sí."

Una palabra y le había atravesado el corazón. Si había alguna luz en su futuro, dependía de su respuesta. Necesitaba verle el rostro, dejarle ver su esperanza, y extendió la mano para tocarle el muslo, acercando su rostro tanto como se lo permitían el estrecho asiento y su dolor de estómago. "¿Por qué?"

Volvió su mirada tranquila y uniforme hacia ella y estudió su desesperación. "Porque estás dolida." Sus ojos se mantuvieron enfocados en los de ella y sus dedos se deslizaron sobre su mano. "Quizá hay una parte de ti que quería demostrar que lo peor es cierto, porque eso es todo lo que sabes. O tal vez te sientes impotente y crees que tu cuerpo es la única moneda que tienes. Pero ahora que sé más sobre tu pasado, diría que aún estás tratando de encontrar una solución desesperada a tu desesperanza."

Un dolor oscuro latía desde su corazón, llenando su pecho. Todo lo que había conocido le pedía a gritos que negara esas palabras y reclamara algo de coraje y autosuficiencia. Pero no pudo encontrar la fuerza para hacer que la mentira fuera persuasiva.

Él no solo desafiaba sus defensas, las denunciaba con decisión. Él no suponía, tenía razón y ella lo sabía. Pero él no la denunciaba.

Tragando en un esfuerzo por despejar el nudo de dolor de la garganta, ella buscó a ciegas cualquier respuesta que pudiera dar. Intuitivamente, buscó el único tema al que él se resistía. "Confío en mi diosa. Aunque todas las personas que me rodean tengan su propios planes, sus propias necesidades y sus propias creencias, yo confío en ella." Dejó que esas palabras reposaran por un momento, luego agregó: "Te reíste de su capacidad para mantenerme a salvo. Pero ella te trajo hasta mí y me dio esperanza, así que, ¿cómo puedes dudar de su sabiduría? ¿A menos que dudes de ti mismo?"

Por un instante, tuvo la leve satisfacción de verle desconcertado. Fue poco, una pizca, pero cuando él se rió, le había dado suficiente valor para sonreír con él.

Capítulo 9

Dirigiendo a las mulas por el camino de donde habían venido, Marc miró hacia el pequeño grupo de mujeres que permanecían junto al fuego. Había pasado la pausa del almuerzo identificando al principal de la caravana: el comerciante que poseía la mayor parte de la carga en tránsito. A partir de ahí, había adivinado cuáles de los viajeros eran guardias armados. Algunos de los conductores eran independientes, viajando como él con la cobertura de una caravana más grande y, por tanto, con la seguridad de una escolta pagada. Y algunos eran milicia.

La mayoría de las mujeres pertenecían a grupos familiares y estaban ocupadas ayudando a sus hombres a recargar sus carretas. Pero el grupo que Marella había encontrado eran mujeres de ocio. Ninguna de ellos se había movido de su glorieta lujosamente tapizada hasta que se pidió a los sirvientes que empacaran y guardaran la lona y los sofás. Aun entonces permanecieron en un estrecho círculo junto al fuego, riendo y bebiendo mientras el trabajo continuaba a su alrededor.

Marc sonría entre broches y cierres, mirando de nuevo al grupo tras el lomo de una mula. Las damas habían pedido un buen número de botellas de vino durante el almuerzo y algunas habían adoptado un estilo bastante lánguido. Sin sus sofás sobre los que reclinarse, drapeaban de pie su esbelta elegancia mutuamente.

Marella estaba un poco apartada.

El grupo podría haber sido una familia, ciertamente compartían colorido y delgada complejión. Todos tenían una edad similar y disfrutaban de una pretensión que Marella no podía igualar. Reían demasiado alto; su postura estaba diseñada para atraer las miradas. Eran mujeres acostumbradas a ser el centro de atención.

Su figura estaba más ricamente curvada, sus ojos más oscuros y su boca más llena. Cuando ella se reía, era comedida, mostrada, más que oída, en el brillo de los ojos y en el giro de los labios.

Cuando el carro estuvo listo para moverse, él apoyó la espalda en las tablas, hurgándose los dedos con una pequeña cuchilla, esperando. Marc no había notado la atención de Marella en nada de lo que él estaba haciendo, pero cuando alzó la vista hacia ellas, ella estaba caminando hacia él. Una de las chicas la seguía y otras tres observaban desde el fuego.

Ella alzó la vista con una sonrisita, que se desvaneció cuando la chica habló inesperadamente desde atrás. "Marella, ¿por qué no has traído a tu conductor a almorzar?"

Ella encontró brevemente esa mirada y luego se volvió. "Estoy segura de que tenía mejores cosas que hacer." Su voz no delataba irritación, pero ella se colocó directamente frente a él. "Y no estoy segura de que a tu padre le guste que un extraño coma contigo, sin acompañante."

"Siempre pienso que lo que papá no sabe no le molesta demasiado." La joven esquivó a Marella y se colocó al lado de Marc. "Especialmente cuando se trata de extraños que nunca volveremos a ver."

"Sí, supongo que tienes razón." Marella extendió el brazo para poner una mano en la de él y subió al carro. Sus ojos tenían el tierno enfoque de demasiado vino sobre una generosa selección de medicinas. "El problema con los extraños es que nunca puedes estar segura de quiénes son ni cuándo podrías volver a verlos."

Si había una advertencia en sus palabras, la joven visitante la ignoró. "Creo que yo me aseguraría de verte de nuevo," le susurró a Marc. "De aquí a *Nertobriga* se me ocurren algunos lugares donde podría verte, tan cerca como ahora."

Ella era guapa. Su cabello se ondeaba de la misma manera que lo hacía el de Marella, pero su piel estaba blanqueada como el polvo, fantasmal, sus labios estaban teñidos de escarlata con *alkanet* y sus ojos y cejas llevaban mucho *kohl*. Él la había creído mayor, pero estando tan cerca era obvio que ella rondaba la mitad de la adolescencia. La mitad de su edad.

Él sonrió y dijo: "Si entendiera una palabra de eso, probablemente

sería una oferta que no podría rechazar." Riéndose para sí mismo, se volvió para subir a la *carra*. "Como están las cosas, tengo garantizados muchos menos problemas."

La joven lo miró sin comprender, y Marella se apartó cabellos sueltos de la cara y habló en beneficio de él. "No pusiste negarte, ¿eh?"

Mientras las mulas entraban en la fila y la caravana reanudaba su lento avance, él vio a Marella llevarse un dedo a los labios y equilibrarse con ambas manos encima el asiento. Antes de que él encontrara las palabras para divertirse, ella dijo: "Puede que haya bebido demasiado vino."

El suave calor de ese hombro en el de Marc provocó una erupción de sensibilidad en la piel del costado. "¿Demasiado para qué? ¿Tenías algo planeado, aparte de sentarte o dormir durante las próximas cuatro horas?"

"No." Cuando acercó el rostro hacia él, la sonrisa burlona se dibujaba en esa boca y la desenfocada mirada brillaba. "Pero tú me confundes. Tengo que recordar el latín y mantener en orden mis pensamientos. Debería haber tenido más cuidado, pero era bueno reír con un grupo de chicas y chismorrear y beber demasiado. No lo he hecho desde hace mucho tiempo."

"Me alegro que te hayas divertido." Dijo Marc. Ella relucía bajo el daño que le habían hecho, y una sensación de diversión infantil chispeó en contrapunto a las femeninas curvas de su cuerpo. "¿No les gusta beber a las sacerdotisas? ¿O están prohibidos los chismes en los pasillos sagrados?"

"No, sí beben. Y chismirrean. Pero yo estaba bastante excluidq. No quiero hablar de eso, no importa." Ella juntaba palabras arrastradas al pronunciarlas. "Quiero hablarte de esas señoritas."

"Buena idea. Dime lo que dijo esa."

"Te hizo una oferta que es mejor que rechaces y no dejes de rechazar."

"Eso no es muy complaciente de tu parte, Marella. ¿Por qué? La joven parecía muy segura de su propia elección." Él rió y Marella hizo una mueca de desprecio.

El pequeño lunar sobre el labio le llamó la atención y vio cómo su boca suave y llena se movía mientras hablaba. "¿Por qué? ¿Tengo que decírtelo?" Marella negó con la cabeza, pero su sonrisa se dibujó en la piel cremosa de su mejilla. "Esas no son mejores que comerciantes; tú podrás ver eso, seguramente. Tienen dinero, pero es burdo dinero de comerciante. Eso debería ser suficiente." Ella giró su frío desdén hacia él por un momento, pero su diversión la distrajo de su aire de superioridad.

"Aunque es peor que eso. Su padre es Marcellus di Sicoris, ¿lo conoces?"

Él negó con la cabeza, aún sonriéndole.

"Apuesto a que tu hermano lo conoce. Vive en *Ilerda*. Es el mercante de dinero de todo el municipio de *Ilerda*." Hizo una pausa y arqueó las cejas como si eso fuese todo lo que él necesitaba saber para sacar la conclusión correcta.

Él abrió la palma por más.

"Controla el comercio hacia y desde *Tarraco*."

"Ya, ¿y?"

"Esclavos, Marc. Es un esclavista y comercia a través del puerto de *Tarraco*. ¿Es que no has oído hablar del lugar?"

Él había oído. "Y, ¿no me recomiendas que aliente a sus hijas?"

La indignación se Marella fue incalculable; el vino dejaba su repulsión tan abierta y obvia como si se estuviera formando limo en su piel. "No lo recomiendo, no. A menos que no puedas rechazar una joven freganchina pintada." Observó pasar el río *Jalon*. "O cuatro."

Él rió, disfrutando del claro sol otoñal y de la brisa de la tarde. Agitar el fuego de esos ojos hasta convertirlo en un incendio parecía

una buena forma de completar el viaje. "¿Todas las cuatro?" Él silbó en voz baja, considerando las posibilidades que ella le ofrecía. "Aún así, un esclavista por padre, eso es arriesgado. Pero ¿qué es una vida sin algunos riesgos?"

Marella volvió los ojos hacia él, mirándolo por debajo de párpados pesados, espesas pestañas lo ocultaban todo menos una oscura amenaza. La sonrisa permanecía en la boca. "Hay más de un tipo de riesgo."

Inclinándose más cerca de modo que sus hombros se tocaran más fuerte, él hizo que sus palabras le rozaran la suave piel de la mejilla. "Una mujer peligrosa. Ese coste podría ser más de lo que yo podría cubrir."

"Especialmente," dijo ella con desdén, "si estás exhausto."

La risa atrapó sus músculos abdominales y tiró de la línea de dolor en el vientre. Marc se enderezó, apretó el antebrazo en su longitud e inclinó la cabeza hacia un lado. "Había dejado de preocuparme por acabar apuñalado mientras dormía. Ahora, pensar en eso me mantendrá despierto toda la noche."

"Bien." Marella luchó por mantener controlada la sonrisa.

Las líneas oscuras en el cuello de Marella tenían una definición más clara a medida que los moretones subían a la piel. Cada vez que ella dejaba suelta la palla, estos relucían en la piel pálida, evidencia de un crimen contra la inocencia. Marc estudió los largos hilos de oro que le pendían de las orejas, reflejando destellos de luz solar en las profundas sombras burdeos alrededor del cabello. El suave perfume de las flores de los cítricos besaba el aire a su alrededor.

La piel de la mejilla era clara y pálida bajo el sol de la tarde, suave e impecable, y el deseo de tocarle el labio con la punta del dedo se elevó impulsivamente hasta arder en la boca del estómago. Con un codo en la rodilla, apoyó la barbilla en la palma de la mano y presionó la sonrisa con los nudillos. Tener en cuenta a las chicas de di Sicoris había llevado su imaginación por caminos abandonados y había agudizado su sensación de soledad y aislamiento.

Respiró hondo para llenar el vacío y se volvió hacia Marella. Para bien o para mal, la vida estana siguiendo adelante y él tenía que agradecerle eso. "¿Qué más aprendiste de las señoritas?"

Su expresión se suavizó. "Que tienen muy, muy buen vino."

"No puede haber sido demasiado bueno. Hay vino que beber lo bastante bueno para emborracharse. Y luego está el vino muy bueno. Eso debe tomarse y saborearse."

Esta vez, cuando ella sonrió, se le iluminó todo el rostro, y Marc vislumbró la alegría que alguna vez pudo haber sido común. Esta permanecía justo detrás del miedo y los moretones, brillando en los ojos como un fuego de victoria. "Solo lo mejor es apto para beber. Y esa es el único modo de emborracharse. Cualquier cosa menos que eso no es digna para afrontar las consecuencias. Encuentra lo mejor y bételo hasta los posos."

Él buscó en esa alegría. "¿Tan bueno vino tienen estas chicas?"

Ella se pausó para fruncir el ceño al oír la insinuación en su pregunta, pero su sonrisa permaneció y se iluminó. "Tienes razón. Los hay mejores."

Marella sofocó una risita. Quería reír con él y relajarse por completo. El cálido resplandor del vino le hacía querer olvidar todos los mañanas que pudieran venir. Quería olvidar todos sus ayeres, desterrarlos todos y empezar de nuevo.

Eso nunca podría suceder.

Marc brillaba como oro viajando hacia el sol de la tarde. Sus dientes eran blancos e igualados bajo su bronceado, por lo que su sonrisa devolvía la luz del sol. Ella se frotó los labios entumecidos y dejó escapar un suspiro por la nariz. Él era asombroso. Y ella se estaba acostumbrando más a la extrañeza de su color. Y era lo bastante inteligente, ella lo habría creído educado, pero eso parecía poco probable.

Y era irritante. Se divertía pinchándola, eso era obvio. Le gustaba empujarla fuera de su pedestal, demasiado seguro de sí mismo para

ver sus propios prejuicios. Su propia sonrisa era más triste, impensable. Si él era amable, fuerte, valiente e incluso honorable de una forma que ella no había creído posible, eso solo empeoraba las cosas por ser un campesino extranjero. Y medio romano. Eso era demasiado injusto.

Ella le dio su determinación. Si la diosa lo había traído para mantenerla a salvo, al menos podría ella saber lo peor desde el principio. "¿Me vas a contar el resto de tu pasado secreto ahora?" Tal vez la diosa le había dado secretos que marcaban la diferencia. "Háblame del tema del honor familiar entre tú y tu hermano rico."

"No tengo ningún problema con él. El problema es con sus suegros. O mejor dicho, con uno de ellos, y ese tiene un serio agravio contra mí. Tampoco es un hombre que renuncie al rencor." Sonrió como si la idea de una *vindicta* fuese espuma o una molestia, como un insecto persistente.

Él es Oppius Pompeius Bassus, llamado Cilo. Era el Tribuno Laticlavus de la Vigésima Legión de Agricola. Mi hermano Lucius quería la baja del ejército y llevarse a la hermana de Cilo con él. En resumen, Cilo se negó y yo me puse del lado de Luc en una discusión con cuchillos."

Le brillaban los ojos con el recuerdo. Si se arrepintía de ese día, había dejado eso de lado hacía mucho tiempo. Se rió entre dientes mientras aclaraba: "La insubordinación es el menor de mis crímenes, en opinión de Cilo. De la forma en que lo había planeado, Luc permanecería en servicio y su hermana se quedaría con él. No consiguió hacer las cosas a su manera y no puede quemar a mi hermano en la hoguera porque su hermana nunca volvería a hablarle. Al final, Luc consiguió su baja. Pero yo soy el chivo expiatorio." Sonrió de nuevo. "De modo que me vi obligado a concederme un prolongado permiso del ejército romano."

Marella compartió su sentido de divertida indiferencia. La elección tenía sentido para ella. "Pues hiciste bien." Asintió rápidamente y sonrió. "Te pusiste del lado de la familia contra un romano. Y uno noble, enviado por su papi para jugar a los soldados antes de su momento de gobernar el imperio. Bien por ti."

"Ese es un error que nunca debes cometer cuando se trata de Cilo. Él está en el ejército porque eso es lo que ama y eso es lo que hace mejor. Te lo prometo, prefiero mantenerme fuera de su camino que tener que enfrentarme a él a corto plazo."

"Bueno, no lo harás. No por aquí."

"Aunque podría. Él habrá terminado sus cinco años como tribuno ahora mismo, y se le concederá que se dirija a la finca para ver a su hermanita. Y a Luc. Y a mí, si es que puede encontrarme. Él es la razón por la que abandonamos la villa cuando lo hicimos."

"Irás a la Capital. Todos los romanos viven para el día en que puedan ir a la capital para vivir en el lujo."

"¿Cuántos romanos conoces?" Él estaba presionando de nuevo. Sus ojos chispeaban con un desafío que la dejaba a ella como fanática intolerante.

Ella se retiró el lino sobre la cabeza y dejó que la brisa acariciara los mechones sueltos de cabello. "He conocido a algunos. No bien, afortunadamente. Y ese Cilo tuyo no parece ser una gran recomendación para la raza de los señores."

"Personalmente preferiría tenerlo de mi lado, que en mi contra. De hecho," se rió de nuevo ante algo oscuro, "lo llamaría amigo mañana si él no quisiera matarme tanto. Aquello fue solo un mal momento en una asociación por lo demás perfectamente satisfactoria."

"¿Así que nunca quisiste dejar el ejército?" Demasiado era esperar que sus secretos fuesen a dar algún estímulo. "¿Te habrías quedado y luchado por Roma y habrías ganado la ciudadanía?"

"No sé qué pudo haber pasado. Podría haberme cansado y seguir adelante, pero no quería ver que nadie impedía a mi hermano marcharse. Así que, la elección la hice yo." Se movió de modo que su rostro se volvió hacia el de ella, así tocando frente con frente y dijo en voz baja: "Tal vez tu diosa estaba planeando en aquel entonces traerme aquí."

Marella lo miró a los ojos, deslizó la mirada sobre los planos dorados de la mejilla y la detuvo en esos labios. ¿Lo llevaría su diosa tan lejos, para estar tan cerca y tan lejos aún?"Y la diosa de tu esposa, ¿cuál fue su lugar en el plan?"

El agudo dolor de la pérdida oscureció los ojos de Marc y le pellizcó los rasgos, por lo que ella se acercó a él, tratando de encontrar su tristeza con un toque.

"Su diosa solo tuvo la intención de prestarme tal belleza. Ningún corazón podría aferrarse a tanto amor para siempre."

Toda la risa había escapado de él. Su dolor era demasiado grande para contenerlo en el espacio del pecho de un hombre, y se filtró hasta el aire que ella respiraba. El vino se elevó en lágrimas por él, y todos los propios sufrimientos de Marella clamaban por ofrecer comprensión y empatía. "No podéis haber pasado mucho tiempo juntos. No si su tribuno acaba de terminar su plazo."

Sacudió la cabeza y se volvió para ver pasar el día brillante. "No. No mucho."

"Las cosas buenas de la vida nunca parecen durar, ¿verdad? Pero el dolor no tiene fin. Puedes despertarte todos los días y esperar que todo haya sido una pesadilla y que por fin haya terminado, pero sigue y sigue. ¿Crees que hay alguna razón para eso?"

De alguna parte encontró él una sonrisa y el corazón de Marella dio un vuelco por el coraje que eso necesitaba. El se encogió de hombros. "Es como la suerte, buena y mala. ¿Está Fortuna repartiendo favores a ciegas, o solo es el pago por las decisiones que tomamos?" Hablando al aire, como si lo hubiera discutido con el universo muchas veces, dijo: "Cada elección que hacemos, cada minuto de cada día, eventualmente se paga, para bien o para mal. No siempre puedes saber en ese momento por qué camino irá."

Se culpaba a sí mismo, pensó ella. O a las elecciones que había tomado. "Antes de que los romanos cambiaran el nombre de todos nuestros dioses," dijo, "Fortuna era un aspecto de Dhanoa, y ella bendecía a las madres y recompensaba con abundancia el arduo trabajo de sus devotos. Parece que deberías recurrir a ella."

Esta vez él se echó a reír, aunque no había mucho humor en el sonido. "Un día encontraré a un dios que no tumbe a la gente a patadas solo para poder reírse de sus esfuerzos por volver a levantarse. Cuando encuentre a ese dios, lo adoraré. Hasta entonces, me haré responsable a mí de mi propia vida."

Ella le sonrió y le puso una mano en el hombro. "Hasta entonces, tienes a tu loba contigo." Hizo una pausa y se peinó el pelo hacia atrás, luego se subió el lino para dar sombra al rostro. "Me pregunto si ella ha tomado una decisión sobre mí."

"Yo no me preocuparía demasiado por eso. A ella le gustaba todo el mundo." Él asintió y la alegría de su recuerdo iluminó algo de la oscuridad en sus ojos. "En realidad, era muy pobre al juzgar el carácter. Encontraba algo bueno en todos. Excepto en Cilo." Sonó como un pronunciamiento o una grave advertencia. "Ese a ella nunca le gustó. Le tenía miedo."

"¿Y qué te gustaba a ti de él que ella no podía ver?" Marella se frotó la cara con ambas manos. El entumecimiento en la boca había retrocedido, pero le florecía en las mejillas y le pesaba en los párpados. Sentía el cerebro desconectado y sus magulladuras se elevaban a través de los velos para darse a conocer.

"Él es un soldado de soldados. Es muy bueno en las maniobras tácticas, casi como si pudiera predecir resultados. Es absolutamente tenaz; tiene un valor más allá de lo que pueda describir; haría cualquier cosa por sus hombres. Cosas en esa línea. Es el tipo de hombre por el que vas a luchar sabiendo que él planea ganar. Odia perder. Yo confío en su juicio. Pero, fuera de una batalla, no muestra ninguna emoción. Ninguna. Está completamente cerrado a todos excepto a una o dos personas que lo conocen de manera diferente. Y odia a las mujeres."

"Suena a un soldado."

"¿No dices: «suena a un romano»?"

"No." Ella se encogió de hombros. "A todos los soldados, a la mayoría de los hombres. Hace unos días habría dicho todos los hombres." Le sonrió. "¿Qué tipo de soldado eras tú?"

"Caballería. Auxiliaria de Alae. Adjunto a la Vigésima todo el tiempo que estuve alistado."

"No me refería a eso. Quiero decir, ¿eras un soldado de soldados? Sé que lo echas de menos. En ese sentido al menos, eres como mi hermano. No puede quedarse sentado sin hacer nada. Prefiere tener una guerra en marcha que no tenerla." Su lengua se estaba volviendo menos articulada y sus pensamientos más lentos. Ella miró alrededor en busca de agua y echó mano a la caja de frascos de medicinas.

Él frunció el ceño y se frotó pensativamente las palmas. "No sé si prefiero una guerra. No tengo ningún problema en luchar o matar. Yo sigo órdenes, no estoy inclinado a darlas. Prefiero luchar contra hombres que se defienden, cuando alguien gana y alguien pierde. Y odio lidiar con batallas que no puedo esperar ganar, cuando no puedo hacer nada más que mirar y sentirme impotente. Cambiaría una maldita guerra por eso en cualquier momento."

"Entonces no eres tan diferente después de todo." Toda la euforia del almuerzo se había convertido en fatiga y en sordas y dolorosas brumas. Marc era un soldado romano. Hijo de un soldado, de los confines más lejanos de *Britania*. No era un noble exiliado. Aunque fuese el único hombre que pudiera aceptarla, nadie de la familia de Marella lo aceptaría.

Ni la perdonarla.

Sus secretos no podían cambiar el futuro, este era tan sombrío como lo había sido esa mañana. "Necesito descansar. ¿Puedo tumbarme sobre esto de aquí?" Girándose, señaló detrás del asiento hacia el fardo abierto de ropa de cama.

Él le tomó la mano mientras ella pasaba por encima del asiento y se metía en la caja abierta del carro. La mano era cálida, fuerte y firme, pero eso no importaba. Y no importaba si él se parecía al sol y olía a seguridad. Marella apoyó la mano de manera protectora sobre la dureza de su abdomen mientras se arrodillaba. Nada de eso suponía la menor diferencia.

La ropa de cama era lo bastante suave para el empuje del carro, y el

asiento de arriba la protegía del sol mientras se ponía cómoda. Los poetas escribieron sobre hombres que amaban así, hombres que amaban a una mujer más de lo que amaban sus propias vidas. Pero ella había aprendido a no creer en esas dulces historias.

Las mujeres amaban. Los hombres luchaban. Y el futuro era sombrío y vacío.

Cuando volvió a abrir los ojos, el cielo pasaba el plata y ella se quedó mirando hacia la alta y rayada cúpula de luz tenue. Sus sueños no habían ofrecido nuevas esperanzas. Si es que había soñaba siquiera. Le dolía la vejiga y se puso de cuclillas para poder arrodillarse detrás y al lado de donde estaba sentado Marc.

"Ah, bien," dijo él. "¿Cuánta comodidad quieres esta noche? Podemos acampar con la caravana o quedarnos en una venta. La elección es tuya."

Ella se pasó los dedos por el pelo hasta que este pareció más ordenado y respondió: "La venta. O una posada. Necesito agua caliente y una cama. Hay una bonita posada limpia justo después del fuerte cuando nos acerquemos al municipio."

Él echó una mano hacia atrás para ayudarla a ponerse en pie. "¿Conoces esta carretera?"

"Sí. Viví en *Numancia* unos años. Viajaba de un lado a otro todos los meses."

"Eso está bien. Por esta noche al menos. A partir de mañana, tendremos que evitar los lugares donde normalmente te hubieras alojado. Si vienen a buscarnos, empezarán por ahí."

La posada era un bajo complejo en forma de U alrededor de un patio abierto lleno de árboles frutales, con establos a lo largo de la pared exterior. Las habitaciones se unían por una pasarela cubierta que se abría en el centro, donde mesas de caballete se agrupaban bajo los árboles. Marc llevó las posesiones que Marella había elegido a su habitación y regresó a los establos. Cuando había atendido las mulas y su caballo de silla, se dirigió tranquilamente a una mesa y se sentó con la cabeza apoyada en brazos cruzados.

Marella se bañó y comprobó el progreso de sus heridas. Los moretones en su estómago y muslos eran de color púrpura oscuro y los bordes estaban deshilachados en un gris verdoso enfermizo. Los pechos los sentía pesados y doloridos al tocarlos. Se puso una túnica limpia sobre las manchas oscuras de la piel y eligió una palla de seda clara para cubrir las marcas en los brazos y cuello, luego salió a buscar a Marc.

"He pedido más agua caliente," dijo mientras ella se sentaba en un taburete de madera. "Puedes lavarte y haré que el mozo traiga comida caliente a esta mesa, o podemos comer en el comedor de allí." Señaló la sala principal del frente de la posada.

"Quiero comer, eso es todo. Iré al campamento y hablaré con algunos de los guardias de la caravana." Preocupaciones que Marella no podía reconocer ensombrecían el rostro de Marc y su pulso se aceleró ante peligros desconocidos. "¿Por qué?"

"No sabemos cuánto tiempo le tomará a tu cuñada descubrir que le mentiste. Quizá un día, quizá dos. Y no sabemos cómo se va a tomar esa noticia, pero mañana tendremos que empezar a preocuparnos por quién vendrá a por nosotros. Mañana por la noche llegaremos a *Nertobriga*. El siguiente, a *Bilbilis*. No sé mucho sobre esos lugares, pero son ciudades más grandes, por lo que es más fácil desaparecer en ellos, y son romanas. Los carretas estarán tasadas con tarifas, pero si entramos por separado no deberíamos llamar la atención de nadie."

El cansancio tiznaba los rasgos de Marc y Marella juntó las manos en el regazo para ocultar su temblor. "¿Debería estar preocupada?"

"¿Lo estás?"

Ella asintió, esperando a que él sonriera e hiciera que sus temores parecieran tontos.

"Quiero encontrar una manera de deshacer nuestra descripción. Si los jinetes pasan a buscarnos, tendrán mi descripción y estarán buscando una pareja. Iré esta noche a ver quién acepta efectivo para darnos algo de cobertura."

Fuera lo que fuese lo que él había planeado, no tenía sentido para ella. Pero saber que él la estaba dejando sola en la posada, incluso con sus habitaciones llenas de viajeros, la hacía sentirse aislada y expuesta.

"¿Sabes lo lejos que viajaban esas chicas o dónde se quedaban?" preguntó él.

Su respiración se acortó y un sarpullido caliente le picó en la piel de la nuca, arrastrándose hasta calentar sus mejillas. Esbozó una sonrisa que se negó a quedarse en su boca. "A *Okilis*, para el festival Samhain. No sé dónde se quedan. ¿Por qué?"

"Solo intento juntar las piezas en la cabeza. Vamos a comer fuera de aquí, está lleno de gente. Demasiados extraños."

Al volverse para captar la atención de uno de los mozos preparado en el pórtico de la entrada principal, Marella levantó una mano. En cuanto el chico se acercó a ellos, ella la colocó bajo la mesa, retorciendo la suave seda de su abrigo en nudos. "¿Volverás aquí esta noche?"

Marc frunció el ceño, sumido en sus pensamientos y empezó a responder. "Sí." Cuando se detuvo para mirarla claramente, una sonrisa apareció en esos ojos. ¿Estás preocupada por mi moral? ¿O crees que aún necesito una tentación para quedarme?"

"No, ninguno de ambos." Se miró las manos, tratando de enderezar las arrugas que había hecho en la seda. "Tengo miedo de quedarme aquí sola. Tú no has pedido una habitación y no me siento segura a menos que sepa que estás cerca."

"Bueno, eso es un cambio. ¿Cuándo he pasado de peligroso a protector?"

Ella se encogió de hombros y siguió alisando la tela del muslo. "¿Cómo sabré cuando has vuelto? No te burles de mí. Estoy haciendo lo que puedo."

"Sí, lo haces." Él sonrió. "Dormiré en el carro con las mulas. Si quieres, vendré y te diré que he vuelto."

Una bandeja de carne asada y verduras se colocó frente a ellos y ella dijo en voz baja: "Sí. Hazlo." Una moza apiló comida en dos platos, colocó uno para cada uno, y Marella alzó la mirada, suplicante. "Puedo tener agua caliente lista, si quieres. Puedo arreglarte la herida. Suelta tiene mirra."

Durante largos momentos, él le examinó el rostro, tal pálido escrutinio le ardía a ella como un toque en su mejilla. No había rastro de humor en la intensidad de su mirada y ella sintió que su pecho se contraía y los latidos de su corazón se aceleraban y dudaban.

Temores oscuros se apoderaron de sus pulmones y le detuvieron la respiración, empujando la ternura de sus pechos contra las suaves ataduras. Una vez más veía en él su tranquila certeza. Lo veía desafiar y descartar todo razonamiento que ella le diera.

"De acuerdo."

La simple respuesta fue como una campana, activando respuestas que le recorrieron todo el cuerpo. Temblores se apoderaron de sus codos y su nuca, convirtiendo la cena en una tarea imposible. Los latidos de su corazón le daban un pulso en el estómago y en la ingle que le urgían a llevar las rodillas hasta el pecho. Había cosas que quería decir, explicaciones, pero cada vez que se encontraba con la pétrea claridad de sus ojos, las palabras se le secaban en la lengua.

Cuando él fue a ensillar el caballo, ella caminó rápidamente hasta su habitación, atrancó la puerta y se acostó en el duro camastro. La tensión nerviosa estaba girando en un nudo de náuseas lo que había comido, y su piel pasaba de caliente a fría por la anticipación.

Estaba más allá de la razón. Ella no le había ofrecido más que agua para bañarse y un apósito para la herida y, sin embargo, esos ojos habían dicho que ella intentaba más. Ella no lo intentaba. Ya había cometido ese error antes.

Y él no había aceptado más. Había dejado claro sus sentimientos sobre el tema. Pero el cuerpo de Marella le temblaba con las posibilidades. Su carne estaba llena de promesas, la piel de gallina se erizó como la emoción del pánico cuando la suave tela de su

abrigo resbaló sobre la piel.

No había razón en ello ni esperanza.

No importaba si él era el hombre con el que alguna vez ella pudo haber soñado. Ya no era una niña y la vida la había llevado demasiado lejos de los sueños de una niña. No estaba segura de poder recordar quién había sido ese niña, antes de que todos sus sueños se convirtieran en pesadillas de las que nunca podría despertar.

A su lado, la reja de hierro torneada de la ventana abierta se difuminaba entre las estrellas brillantes. La luna oscura no ofrecía competencia, habría luna nueva para Samhain. Nueva esperanza, comienzos, nacimiento y abundancia. En las horas que había contemplado su lenta marcha, las estrellas y los dioses habían guardado silencio. La diosa misma podía haber estado durmiendo, porque no había forma de que hubiera una nueva esperanza en este Año Nuevo.

Un tamborileo la sobresaltó de la ensoñación insomne de la fatiga. Había recortado la lámpara y las sombras se alzaban grandes contra las paredes, haciéndola sentir pequeña y asustada. Infantil. Una segunda llamada, más fuerte, llegó a su pecho como un golpe, empujando su pulso hacia la garganta.

Ella no podía hablar.

"Marella." La palabra la hizo saltar, con calor y frío en junta conmoción bajo la piel, y ella empujó las manos temblorosas hacia abajo sobre las caderas mientras se levantaba para abrir la puerta. Sus tres pasos lentos fueron indecisos y la mano que se levantó para levantar la barra estaba temblando.

Cuando la puerta se abrió, esta llevó el cálido olor de él en una marea de aire fresco. Apoyado en la jamba, la noche oscura enmarcaba sus hombros mientras la pobre luz de la lámpara recogía el oro de su piel. "¿Te he despertado?" Echó él su peso atrás y levantó una mano para abrir la puerta. Las piernas de Marella se habían congelado y él se giró de lado, manos en los brazos de ella mientras pasaba a su lado y entraba en la habitación.

"No."

La espalda de él daba a la lámpara, pero desde las sombras, el pálido calor de sus ojos atrapaba los de ella y los retenía. Él empujó la puerta para cerrarla y se movió para apoyarse en ella, manos apoyadas en la madera detrás de las caderas de ella.

"Es demasiado tarde para el agua," dijo ella. Las palabras estaban secas en su boca y se llevó la lengua a los labios. "Está ahí, y un cuenco, pero ya está fría." Su mano se movió vagamente hacia la tina, pero sus ojos permanecieron fijos en los de él.

"No importa. Me he bañado."

Lentamente, su mirada se deslizó por ese cuerpo. Una túnica corta atrapada en ese pecho, sin mangas, con un profundo hueco vertical para los lazos que iba desde el cuello hasta el vientre. El aire parecía tenue, el pecho de Marella trabajaba con cada respiración mientras los ojos viajaban hacia abajo. Un ancho cinturón de cuero ceñía la lana áspera tejida de una falda oscura, con sus masas de pliegues amarrados en una cadera.

Arrastró los ojos hacia arriba y sintió los tiernos pechos tensarse contra la seda de la túnica. "Entonces, ¿por qué has venido?"

"Para mi unción, sacerdotisa." Se estaba burlando de ella de nuevo. La risa brillaba en las profundidades de aquellos ojos. ¿Se había bañado? Olía limpio, masculino. ¿Entonces dónde? ¿Cuándo? Había baños públicos en el municipio. ¿O había encontrado a las hijas del esclavista y había vuelto para compartir la historia?

Las manos se le movían en silencio a los lados y ella se lamió los labios de nuevo, apartando los ojos de los suyos, estudiando el suelo a sus pies. "No soy un niña." El aire pasó apresurado por sus oídos y ella tardó un momento en notar que había dicho las palabras en voz alta.

"No, no lo eres."

"Y no soy idiota." Ella encontró su mirada con el comienzo de la determinación. "Me ofrecí a vendarte la herida, eso es todo." Su

determinación no fue fuerte. La humedad que le había dejado la boca se acumuló en los ojos y ella parpadeó para eliminar las lágrimas antes de que estas pudieran correr.

"Así es." Él avanzó empujando, pasando junto a ella para que el olor de su piel bailara a su alrededor en los remolinos del aire. Levantó la lámpara y abrió la portezuela para elevar la llama. "Aloes y mirra, miel y sidra, agua de rosas y crema de zorrillo." Volviéndose hacia ella, se levantó la túnica por encima de la cabeza. "Galeno, estoy en sus manos." Él sonrió para que ella casi se olvidara de su miedo, pero sus ojos pálidos eran más oscuros y sostenían los de ella como un premio.

Colocando la cajita de madera con medicinas sobre la cama, se sentó junto a ella, se apoyó sobre los codos y esperó, tenso como un lince de montaña.

Un pequeño ruido escapó de la garganta de Marella donde un gemido de desesperación se encontró con un suspiro de deseo. Sus dedos ansiaban tocarlo, pero se curvaban en su palma como si temieran el chasquido de una trampa. Se estiraban y curvaban, amontonando y levántandole inconscientemente el vestido, deseando que se le subiera por los muslos y la liberara para arrodillarse en la cama, empujarle hacia atrás, permitirle a sus labios tocar los suyos.

Podía sentir esos ojos sobre ella mientras él leía cada pensamiento, descartaba sus negaciones y sonreía con silenciosa certeza ante su anhelo. Pero no había una sonrisa en esa boca. Él tenía la mandíbula demasiado tensa, los labios entornados por la profunda respiración y los ojos eran oscuros espejos. Cuando ella se obligó a doblar las rodillas y a avanzar, lo hizo hacia una sombra de su propio y tenso deseo. Él igualaba su anhelo ondulando en cada firme músculo de su pecho y estómago.

"No voy a necesitar *acetum*." Sus palabras fueron demasiado roncadas y ella se aclaró la garganta, el dolor le surcaba las cejas mientras ella estudiaba la imposibilidad de su situación. No había forma de calmar el temblor en los dedos cuando alargó la mano para liberar el extremo del vendaje y comenzar a desenrollarlo. La forma en que él estaba acostado la obligaba a levantarse la túnica y a apoyarse en

una rodilla a su lado. Su cabello caía hacia adelante en un velo sedoso y sus pechos se tensaban en la tela transparente de su vestido. Le dolían los pezones y la rodilla le temblaba bajo el peso.

"No puedo." Ella dio un paso atrás. "No lo hagas. Lo sé. Esto no es. Eres tú." Se pasó el cabello suelto detrás de las orejas con una enojada mano y se apartó de él mientras se sentaba. La risa estaba aumentando en esos ojos y labios suaves sonreían enmarcando dientes perfectos.

"Nada de esto tenía sentido. Inténtalo de nuevo, despacio."

"He dicho que pares. Sabes a lo que me refiero. Si quieres ungüentos, están ahí mismo. Hazlo tú mismo."

"Está bien." Soltó una risita y levantó una mano en señal de rendición. "Pero te ofreciste tú."

La exasperación se unió a los temblores en sus manos y rodillas. "Vosotros sois todos iguales."

"¿Quiénes?" Él levantó la vista de la caja de medicinas, la misma sonrisa exasperante que le hacía querer reír con él se encendió hacia ella como un rayo de luz. "¿Hombres, soldados o romanos? ¿Celtas? ¿Caledonios?"

Se frotó una línea de ungüento de grasienta crema de yegua por del corte, colocó un vendaje limpio sobre este y se puso de pie, indicándole con los ojos que envolviera el vendaje.

"Sabes a lo que me refiero." Ella dio un paso adelante, atando rápidamente tiras de lino limpio en su sitio. "Ya te pareces al gato se comió la sardina. ¿Has estado prostituyéndote con las chicas di Sicoris?"

"Eso es fuerte. Un hombre más noble podría negarse a responder a eso. Un hombre que posee, usa o desprecia a las mujeres. Pero yo solo soy un campesino." Se tocó la frente y agachó la cabeza, riendo. "No. Yo esperaba que pensaras que soy más inteligente."

"Hmmm," metió el vendaje con fuerza y lo miró a la cara. "No consigo verte de ese modo. De este modo." Señaló la cama donde

habían estado. No había lugar para él en su futuro. Él merecía algo mejor. La forma en que la hacía sentir no podía importar. Se sujetó la túnica ante la cálida tensión del pecho de él. "Listo. Vete. Duerme. Emborráchate. Buenas noches."

Él le atrapó la mano dentro de la suave tela de su túnica y la llevó hacia sí mismo. Gentiles dedos se enredaron en su cabello, y el penetrante azul de sus ojos se encontró con los de ella. "Soy al que le gusta el buen vino, ¿recuerdas?. Bebe," él le tocó los labios con los suyos y el aliento que ella había retenido gimió por estos, "y saborea."

Marc dejó caer las manos a los costados y se giró hacia la puerta. Por encima del hombro, dijo: "Si decides que aún quieres pagarme en carne, estoy listo para irme." Su sonrisa le rerorció a Marella el corazón y la hizo sonreír con un labio mordido. "Sin testigos, sin escándalo. Solo mantén un ojo en el momento." Le guiñó un ojo y salió a la noche sin luna.

Sus manos se cerraron como guardianes sobre el montículo de calambres de su vientre. Junto a ella, en la caja de medicinas, los frascos de *silphium* y genciana esperaban el día en que llegaran a *Numancia*. Oscura en su envoltura de musgo, estaba la raíz de *alkanet* que ella pelaría y usaría como un pesario abortivo.

Sus anhelos habían despertado al hijo y llenado el útero con un lento calor pesado. El bebé estaba chillando por su vida. Chillando para recordarle que era humana, una mujer, una futura madre. Marella se apresuró a bajar de golpe la tapa de la caja como si ocultar los viales le ocultara tal intención a su hijo.

Tendría que abortar al infante. No había otra cosa que pudiera hacer. Lo que ella quisiera no importaba. Si podía huir del escándalo para vivir en *Valentia*, el templo era su único refugio. Pero no si llevaba a un niño en el pecho.

Estaba sola. Otra vez. Sola con elecciones que le iban a romper el corazón. Silenciando la lámpara, atrancó la puerta y se acostó sobre el duro jergón, pensando en su campesino de oro. Y en la espantosa premura del tiempo.

Capítulo 10

Marella estaba distante, atrapada en temas complejos que no entendía y de los que no quería saber. Sus códigos y honores confundían y enfurecían a Marc. Diez minutos, decidió en silencio para sí mismo, diez minutos tardaría su padre en explicar las simples verdades por las que ellos habían vivido.

Ella pretendía morir por los prejuicios de los hombres que la veían como un premio o una amenaza. Aunque sobreviviera, ella ocultaría toda esa suave belleza en una áspera sotana de lana y empaparía esos ojos ardientes con el amargo vino de altar.

Diez minutos. Pero él no tenía la elocuencia de su padre.

Los carros se estaban acercando a la orilla del río Jalón para una pausa al mediodía cuando ambos salieron de sus cavilaciones. Jinetes galopaban a lo amplio sobre los bordes de hierba. Había seis montados en los grises de pecho profundo de Taran. Llevaban los mismos chalecos, cota de malla y mallas azul oscuro que los *equites* que había visto en *Caesaraugusta*, los mismos torques dorados al cuello. Los seis llevaban espadas anchas en la espalda y dagas doradas les brillaban en la correa de la pantorrilla de las botas. Redujeron la velocidad, lanzando miradas medio interesadas por encima de la caravana, luego tomaron el camino despejado que tenían delante y estiraron los caballos hasta atrás a plena marcha.

"¿Equites?" preguntó él al aire, sin necesidad de una respuesta.

"Sí."

Los caballos habían corrido mucho. Sacudiendo la cabeza para aclarar los números, Marc calculó su viaje. Deben de haber salido anoche de *Caesaraugusta*, o esta mañana temprano. Miró a Marella, incierto sobre si plañir en voz alta el duelo por su cuñada. "No pueden llevar esos caballos mucho más lejos. Si pueden sacarles a las monturas otra hora, ganarán *Nertobriga*. Eso está fuera del control de tu hermano, por lo que tendrán que descansar esta noche y seguir adelante por la mañana. No pueden transmitir el mensaje

sin nuevos jinetes."

"Está bien," susurró ella. "¿Qué van a hacer?"

"No lo sé. Si tuviera a mi hermano aquí, él te daría una buena suposición. Por eso él estaba al mando y no yo. Yo no supongo, solo decido lo que haremos."

Ella volvió sus ojos oscuros, colmados de miedo y necesidad, hacia él. El corazón de Marc se le apretó en el pecho. Había demasiadas formas en las que esto podía resultar. Demasiados incalculables. Demasiadas formas en las que ellos podrían fracasar.

Hay un guardia allá arriba que conducirá el carro por mí. Yo cabalgaré. Tú tienes que refamiliarizarte con las damas." Mientras él hablaba, frenaron hasta detenerse en la exuberante hierba verde de la orilla del río. "Estarás lo bastante segura viajando con ellos, más seguro que aquí, al menos. Si las tropas regresan en busca de una pareja, es posible que pasen revisando el tiempo suficiente para que podamos pasarles."

"¿Tropas? ¿Tropas romanas?"

"Sí," respondió. "Si es que hay alguno aún sobrio. Si podemos llegar a *Nertobriga*, podemos cambiar de caravanas, cambiar de carro, cambiar de dirección si quieres. Pero tenemos que pasar este primer control."

Ella escudriñó su rostro; la sonrisita en ella que le frecuentaba las comisuras de la boca se movía con incertidumbre, como si ella estuviera usando su confianza como propia.

"Si desaparezco por un tiempo, no entres en pánico. Volvere. Pero si algo sale mal, quédate en silencio y mantente a cubierto, ¿entiendes? Tú quédate con esas chicas hasta *Okilis* si es necesario. Puedes volver corriendo a *Numancia* con la multitud después de las celebraciones de Samhain. ¿Lo captas?"

Ella asintió, tragando, y él anheló abrazarla. Los moretones en el cuello y pecho, donde la piel suave de sus senos desaparecía en el rosa rosa de su túnica, solo sirvieron para subrayar el coraje en ella.

Marc saltó a la hierba y levantó una mano para ayudarla a bajar. Cuando ella quedó a su lado, mantuvo la mano entre las suyas, mirando con silenciosa desesperación. "Tienes razón. Si me quedo con estas chicas, si averiguo a quién pagar para que conduzca la carra, puedo llegar por mi cuenta." Ella levantó la otra mano para sostener la de él y él se llevó sus dedos libres a los labios.

"No querrás volver a pasar por todo eso, ¿verdad? Además, nunca antes había trabajado para la verdadera nobleza. Nunca más lo haré."

"Esto no es un juego," siseó ella, con esos ojos oscuros buscando los de él, llenos de frustración. "Si te quedas aquí, los romanos te matarán. Huye, mientras puedas."

"No quiero huir." Antiguas presiones en él estaban aumentando en la garganta y el fuerte agarre de ella en sus dedos, la suave profundidad de sus ojos, avivó el fuego en su piel.

"Huiste de tu tribuno antes. Huye de nuevo ahora," suplicó ella.

"Aquello fue diferente. Yo no huía de él."

"¿En qué fue diferente pues? Estás poniendo excusas."

"No. Entonces no quería matarlo. Eso limitaba mis opciones. Yo no estaba jugando."

Él sonrió cuando la resignación suavizó la expresión de Marella y ella negó con la cabeza. "Eres demasiado terco. Vive. Muere. ¿Quién soy yo para decirlo? Eso es elección tuya."

Cuando la caravana reanudó la marcha, Marc cabalgó separado detrás. Se encontrarían con la caballería que regresara en la próxima hora. Si se enviaba infantería, no hasta otras dos, tal vez tres horas.

El valle en sí era implacable, contrafuertes firmes, llanura aluvial y solo algunas zonas muy ocasionales de densa floresta se agrupaban contra las colinas. Era la única cobertura que podía esperar y era demasiado escasa para ser fiable.

Pero el río se inclinaba y se curvaba sobre sí mismo, extendiendo el camino hacia una larga cinta que corría hacia la izquierda, y eso le daba a Marc una vista previa de los jinetes que se acercaban. Atrapando un siseo entre los dientes, se alejó a medio galope manteniendo la mayor parte de los vehículos entre él y los romanos montados.

No había más que un pequeño matorral como cobertura, pero él desmontó allí, agazapado entre espinas y ramitas mientras la caravana reducía la velocidad y se comenzaba una búsqueda vehículo a vehículo. Durante más de una hora, los legionarios se movieron de un lado a otro, avanzando y retrocediendo, volviendo sobre sus pasos deliberadamente. Cuales fuese que habían sido sus órdenes, la razón que se les había dado para el registro, se estaban asegurando condenadamente bien de que él no se les escapara.

Se secó el sudor de los ojos y murmuró una súplica, si no a un dios, a la propia Marella para que ella mantuviera la calma y dejara pasar a los buscadores. Cuando lo hicieron y la caravana retomó su pesado curso, Marc respiró aliviado, encontró un trozo de tierra libre de espinas y se recostó en la arena a esperar. Si los jinetes no regresaban en una hora, él cabalgaría, se aferraría a las colinas donde pudiera y alcanzaría la caravana en las puertas de *Nertobriga*.

Una vez que la caravana estuvo libre para continuar, Marella aceptó un frasco de vino, envolviendo la mano con el faldón transparente de su palla para ocultar su temblor. Los buscadores habían pasado entre las chicas que hacían comentarios groseros y obscenas ofertas a los romanos. Puede que eso le hubiera salvado el pellejo al final, pero hizo que a Marella se le revolviera el estómago.

Marc, como había predicho, había desaparecido.

Su *carpentum* de cortinas brillantes la protegía del sol, pero bloqueaba las brisas refrescantes y su vista de la carretera. Echándose un largo y dulce trago de vino en la boca, ella susurró oraciones a la diosa y a la loba para que lo mantuvieran a salvo.

Las horas hasta *Nertobriga* y el frío manto de la oscuridad parecían interminables.

Una vez dentro de las murallas de la ciudad, la caravana se abrió paso por los niveles inferiores, evitando los espacios reducidos de la plaza del mercado. Sin rumbo fijo, el conductor de la carreta de las chicas se desvió, llevando a las mulas por calles estrechas hasta una posada desconocida, y Marella luchó contra los fantasmas del aislamiento y la exposición. Había hecho lo que Marc le había dicho y, cuando bajó al patio que se oscurecía, se sintió aliviada al ver que la guardia elegido de Marc la había seguido con su propio carro.

Agarró el brazo de un criado mientras este se apresuraba a llevar las comodidades de su señora a sus habitaciones. Sosteniendo una bolsita de monedas, ella dijo: "Llévale esto al hombre de ese carro. Dale las gracias, su trabajo ha terminado." Antes de que el asustado mozo pudiera correr, ella le dijo: "Hay otra bolsa para la persona que cuide de mis mulas y vigile mis posesiones esta noche." Los ojos del mozo se iluminaron antes de correr en dirección al carro de Marella.

Siguiendo a las chicas, Marella organizó una habitación para ella con una bañera grande y luego se unió a ellas para la fiesta en curso.

Marc miró la puerta mientras la noche se asentaba a su alrededor. Los rezagados seguían entrando en la ciudad, y la mayoría no recibía más que una mirada superficial de los guardias apostados en la muralla. Cuando vio lo que necesitaba, trotó desde las sombras para ponerse detrás de un grupito de jinetes.

Dentro de las murallas de la ciudad, siguió el flujo general de tráfico hacia el recinto del mercado, seleccionó un decrepito puesto que lucía su procedencia con orgullo y preguntó cómo llegar a la posada que se decía que usaba la familia di Sicoris.

En la abarrotada oscuridad de la ciudad, las instrucciones no eran fáciles de seguir. Las calles terminaban en terrazas, siguiendo un patrón antiguo que no había sido renovado con el amor romano por las cuadrículas, pero por fin encontró el edificio. Aferrándose a las sombras alrededor de la pared exterior, revisando a través de las ventanas enrejadas y sin contraventanas, encontrando eventualmente la habitación.

Cruzó los brazos sobre el ancho alféizar de piedra y observó durante unos momentos antes de decidir hablar. Ella era hermosa. Su cabello estaba recogido en un mechón suelto que ella derramaba en finos mechones para rizarlos y pegarlos a la suave piel color crema de los hombros. Incluso los moretones, tan crueles en contraste, solo podían subrayar las líneas sublimemente elegantes de su cuerpo. "Deberías cerrar las contraventanas cuando te bañes," dijo él en voz baja.

La conmoción salió salpicando de la bañera cuando Marella se dejó caer de rodillas y lanzó una mirada horrorizada a la ventana abierta. "¿Qué estás haciendo ahí?" chilló con estridencia, buscando urgentemente algo que pudiera usar para taparse el cuerpo. La toalla de baño y ropa yacían sobre un taburete en un rincón cercano. Pero no lo bastante cercano.

"Observartw." Parte de él, la parte que aún escuchaba la voz de su madre, la parte que le advertía cuando había bebido lo suficiente, la parte que decía «retrocede y deja que se vista», le gritaba en el fondo de la mente. Pero como siempre, la ignoró. "No tengo prisa, por si quieres terminar lo que estás haciendo."

Una parte de él, la parte física, masculina y sola, no necesitaba palabras. Esta le gemía dolorosamente desde la carne, ardiendo desde la boca del estómago hasta la ingle y debajo de las costillas, por lo que él se esforzaba por respirar.

"Marc, para de hacer eso. Ya te lo dije. ¿Dónde has estado? Estaba preocupada." Hubo suficiente honesta preocupación en esas palabras y eso le hizo sonreír.

"Acércate hasta aquí y dime cuánto me has echado de menos," sonrió él. «Deja que te vea de pie. Gira despacio en círculo para que vea cada parte de ti». Como un hombre que sale del árido sol de un desierto, él anhelaba empaparse de esa suavidad y saciar una sed dolorosa. El calor subió entre sus omóplatos, ardiendo en la garganta hasta que él dejó caer la frente sobre los brazos y dejó que un gemidito se le escapara por la nariz.

"Marc, por favor. Si no das la vuelta y entras por la puerta, voy a empezar a chillar." Los ojos de ella no compartían su diversión.

"Ah, Marella, eres una mujer peligrosa. Si chillas, ambos estamos muertos. Pero podría valer la pena el precio si te pones de pie." Él se rió entre dientes ante las maldiciones de ella mientras rodeaba andando el lateral de la posada, pasando por los establos dispuestos en filas escalonadas al frente del edificio.

Pasando por el pasillo entre alas, contó las puertas y llamó. Cuando se abrió, no hubo más diversión en ella que la que había estado allí hace un momento. "Entra aquí," espetó ella. "¿Dónde estabas? No sabía dónde estabas ni qué hacer." Había miedo y alivio en esos ojos oscuros, las arqueadas cejas se apilaban ceñudas por la agitación.

"Sí, lo sabías. Te dije lo que debías hacer. Quedarte con estas chicas." Él entró y se sentó en el borde de la cama, disfrutando de la oportunidad de verla caminar. Su linaje la había convertido en una bailarina, sus sencillos movimientos eran elegantes y fascinantes. "Anoche averigüé dónde se alojarían, aquí y en *Bibilis*. Si no te hubiera alcanzado para entonces, estarías sola ahora."

Ella había arrastrado una túnica de lino fino sin blanquear sobre la piel húmeda y la tela se deslizaba en zonas de húmeda transparencia. El deforme cambio de ropa le dejaba que los pechos posados más abajo, y la sombra oscura de sus pezones permanecía en el borde de la visión de Marc mientras él trataba de fijar la mirada en el rostro.

"¿Hay comida?" preguntó él.

Marella gruñó y se peinó hacia atrás el brillo rizado de su cabello con los dedos. "En la puerta de al lado. Allí tienen bufé completo." Pasó junto a él y el dulce olor a flores de cítricos en esa piel provocó los labios de Marc. "Tendré que vestirme de nuevo y volver a entrar." La perspectiva no le agradó y sacó una pesada palla de su baúl.

"Está bien." Él sonrió. "Puedo ir yo. Me gustaría dar las gracias a las chicas el mantenerte a salvo."

Su mirada lo derritió en el acto. "Iré yo," dijo claramente. "Tú toma un baño. Puedo pedir agua limpia."

Atrapando la mano que ella se pasaba por el cabello, él atrajo esta hacia sí y le besó el dorso de los dedos. Estaban fríos en los labios, fríos y fragantes, y el tacto hizo rodar el estómago y le empujó el aire fuera del pecho. Él podría haberla atraído más, acercado y enterrado el rostro en ese estómago. "Preferiría el agua que has dejado."

El sonido en la garganta de Marella fue un gruñido, con la intención de intimidarlo para que se callara, pero él hizo una mueca como si ella le hubiera lamido el sudor del pecho y sonrió cuando ella retiró su mano. "Eres exasperante. Ojalá pudiera recordar las palabras, yo..." Ella se volvió hacia la puerta, luego giró y fijó una acalorada mirada en él. "Si te metes en esa bañera, asegúrate de haber terminado para cuando yo regrese."

Marc se tocó la frente con la mano y sonrió. Los dolores y las tensiones del viaje se habían grabado profundamente en su espalda y hombros, y el agua aún estaba lo bastante caliente como para insistir en que él se remojará. La bañera tenía la espalda más alta y era lo bastante larga para meter gran parte de las piernas. Era una oportunidad que no podía desperdiciar.

Marella cerró las contraventanas y salió.

"Demasiado tarde." Se rió él y cerró la puerta, pero no colgó la barra. Arrastró el taburete al alcance de la bañera, recogió del suelo la toalla de baño húmeda y soltó los broches del cinturón para que la pesada falda cayera al suelo. Apilando la túnica, la falda y la toalla sobre el taburete, se quitó el vendaje y estudió el progreso de su herida.

La mayor parte de su longitud era rosada con piel nueva, los finos y pulcros labios del corte ya se encontraban sanos. El lugar donde le subía a las costillas, juzgó él, probablemente habría necesitado puntos. Los bordes estaban rojos y crudos, separados por el músculo que se movía debajo, pero no había oscuridad ni olor que indicaran putrefacción.

Se metió en el agua dulce, se recostó y cerró los ojos. Esta nueva vida no estaban tan mal. Lo había pasado peor.

Marella llevó una botella de vino y condujo a una joven sirvienta a la entrada de la habitación. Ella fue a llamar a la puerta, pero la puerta se abrió con su toque. Agua lechosa alrededor de las caderas era lo más cercano a la decencia que Marc podía clamar y él yacía con la cabeza hacia atrás sobre el borde de la bañera, con los ojos cerrados.

"Pon eso ahí." Ella hizo un abrupto gesto para que la sirvienta colocara la bandeja de comida encima del jergón y esperó con impaciencia a que esta saliera de la habitación.

"¿Por qué sigues ahí dentro?"

"Deja que me remoje un rato. Prometo no hacer ningún movimiento brusco." Ni siquiera había abierto los ojos, y Marella descubrió una sonrisa curvándosele en los labios cuando él arrastró el fuerte acento en las palabras. Ella estaba molesta. Y aliviada.

Se revisó el cabello y se alisó el abrigo para evitar el miedo de verse tan desaliñada como se sentía, llevó la bandeja de comida donde él pudiera llegar. "¿Comida, mi señor?"

Él sonrió ante la desdeñosa burla que ella había puesto en las palabras, pero permaneció donde estaba. "Cada vez mejor. ¿Haces afeitado, zagala?"

"No, no lo hago."

Él giró la cabeza y abrió un ojo para guiñárselo. "Ah, bueno. Ya decía yo que era demasiado bueno para ser cierto." Cobrando vida, tomó la bandeja y la equilibró entre el pecho y muslos. Gotas atrapaban la luz de la lámpara como joyas en su piel dorada, brillando y rodando por los duros contornos del pecho. Mientras él comía, ella sirvió una copa de vino y se la entregó a la bañera.

"¿Oíste algo de nuestros amigos romanos durante el registro?" preguntó él.

Marella movió la creciente ola de calor nervioso en su vientre hasta el borde de la cama detrás de él y tomó asiento con cuidado. Las puntas del cabello de Marc estaban húmedas y curvadas en rizos,

donde una fina lluvia de pecas cruzaba esos anchos hombros. Una pequeña cicatriz formaba hoyuelos en la piel por encima de un omóplato, y ella se pasó el pulgar por las yemas de los dedos que anhelaban trazar ese suave arco y conocer su historia.

"No." Marella apartó los ojos de aquella espalda y se estudió los propios dedos. "Las chicas no dejaban de hacer ofertas groseras. Los ruidos que hacían los soldados no tenían nada que ver con las órdenes. Pero te estaban buscando. Ni siquiera me mencionaron a mí. O a ninguna otra mujer. Eras tú a quien querían."

Las líneas azules de su tatuaje trazaban intrincados triángulos, entrelazados, cerrados y continuos, y el músculo de la parte superior de la espalda realizaba pequeños movimientos bajo la piel, sinuosos y sensuales como un gato.

"Ajá." Él asintió para sí mismo y ella supo que sus labios carnosos se habían juntado en un puchero de indiferencia, a pesar de no poder verle el rostro. "¿Viste sus colores? ¿La insignia de sus uniformes?"

"No sé a qué te refieres." Ella se levantó, se acercó para su estudio de las líneas azules de esa piel, y una ola de calor se extendió desde su estómago hasta sus muslos, se acumuló en sus rodillas y corrió hacia los tobillos debilitados.

"En sus escudos, tal vez en sus monturas. ¿Viste un animal? ¿Alguna forma de identificar la legión a la que estaban destinados? Si son locales, fueron muy minuciosos. No quiero encontrar que hay una compañía de la XX buscándome por todas las colonias."

"No vi ninguna insignia. Yo estaba apiñada en la parte trasera del *carpentum*, rezando para que no me llamaran a salir. Pero ellos no tenían un acento que yo pudiera distinguir. Yo diría que eran locales."

Marella movió un dedo para trazar una línea en el centro del hombro de Marc y en el antebrazo. Este se deslizaba sobre la piel húmeda, resbalaba sobre los bultos y crestas donde las líneas azules se unían y cruzaban el centro.

El olor de ese cabello mojado se elevaba como un perfume,

mezclado y endulzado por la fragancia de las sales de baño. Inundaba el cuerpo de Marella con un calor concentrado en la parte baja del estómago, y en sus extremidades, como la debilidad de la satisfacción o el puro terror. Hacía que le temblaran las manos y le cortaba la respiración.

Él apoyó la cabeza en el borde de la bañera y la miró. "¿Querías cambiar de tema?"

Muchas respuestas se formaron con bastante facilidad en la mente de Marella, pero ninguna consiguió llegar hasta la boca. Ella sacudió la cabeza. Un cálido anhelo le crecía en las entrañas, extendiéndose desde la inocente vida que ella llevaba, desafiándola a tocar de nuevo, a sentir la dura perfección de aquel cuerpo. "¿Les viste registrar?"

"Sí."

"Entonces ya sabes con qué cuidado atravesaron esa caravana. Sabías que eras tú a quienes querían los romanos. Ya sabes a lo que te vas a enfrentar si te encuentran."

"Sí." Giró la cabeza para seguirla mientras ella rodeaba despacio la bañera.

"Pero ¿aun así regresaste? ¿Aún viniste a buscarme?"

"Sí."

Era la respuesta simple que ella esperaba. Quiso preguntarle por qué se arriesgaba tanto por ella, pero ya había probado antes esa ruta con él. Dejando caer al suelo la pila de ropa de Marc, acercó el taburete y giró para sentarse donde pudiera verle el rostro.

"Yo no sabía si te habían encontrado. Si ibas a volver. Si estabas muerto," dijo ella en voz baja. "Y no te lo he contado todo." Algo de vello destellaba en cobre y oro en esa barbilla. Él había querido regresar. Ella le había temido, le había insultado, lo había usado de muchas maneras y, sin embargo, él había regresado. Por ella.

"No creo que lo hicieras. Eso no me importa mucho." El azul de sus ojos era tan claro como un cielo de verano. "No dejas de mirarme y

preguntarme de dónde vengo y por qué estoy aquí. De atarlo todo en nudos como si eso fuese el acertijo del universo. Pero en realidad es muy simple."

"No lo es," dijo ella frotándose la boca con las yemas de los dedos para evitar que la lengua saliera a lamer el calor en ellos. "No puede ser simple. Es tu vida la que estás arriesgando. Por una extraña."

"Pero eso es simple." Él sonrió y el corazón en Marella hizo que la sangre le sonrojara la cara. Quería rogarle que se callara y que escuchara lo que tenía que ella decir antes de perder el valor de hablar. Llegó demasiado tarde. "Mi padre diría: «es mejor morir por algo que vivir por nada. Y es mejor vivir por algo que morir por nada». No sé por qué terminaste en mi puerta. Pero lo hiciste. Esa es razón suficiente."

Marella gruñó. No podía adivinar qué significaría para él el conocimiento de su embarazo ni cómo reaccionaría. ¿Cómo podía adivinar él el peso sobre las elecciones de ella? ¿Cómo podría él elegir si no conocía la historia completa? Pero si los atrapaban, si ambos morían mañana, ¿acaso importaría eso?

Si mañana él siguiera su propio camino, ¿acaso importaría eso?

La firme mirada que arañaba sus delirios y dejaba ante él sus verdades desnudas secó sus preguntas hasta una bola ardiente en la garganta. ¿Importaría acaso si él se marchaba?" ¿Esa es razón suficiente? ¿Aún? ¿Lo es?" Era demasiado difícil encontrar su mirada.

El asintió. Antes de que ella apartara la bandeja, él arrebató la copa de vino. "¿Puedo tomar otra?"

"No sabes lo que estás pidiendo."

"Estoy pidiendo vino," dijo con el rostro tan recto como una máscara mortuoria y, por primera vez esa noche, ella dio una carcajada. El sonido estalló en su pecho como burbujas y la sonrisa se desvaneció.

"No tengo ningún lugar seguro al que ir, Marc. Aún estoy buscando soluciones desesperadas."

Él movió los dedos por el agua lechosa y los estudió como un oráculo que lee las ondas. "No se me puede comprar soluciones. Yo no tengo nada que darte. Ni siquiera promesas. No tengo mañanas." Esa era la predicción.

Él sostuvo el frasco lo más firme que pudo y le sirvió vino en la copa, luego le observó sorber el líquido rojo oscuro sobre los labios. "Aún te tengo miedo," dijo ella en voz baja. Sus ojos estaban puestos en ella, podía sentirlos mientras estudiaba cada pelillo en la barba en la esquina de la boca.

"Puedo entenderlo." La miró atento. "Estás en una habitación lejos de todos los que conoces, junto a un hombre desnudo que piensa que eres exquisita, danzando alrededor de ofertas que no puedes retirar. Tienes todas las razones para tener miedo."

Una risa desesperada tartamudeó en su boca. "¿Debería reírme del miedo? ¿Debería beber y reír y morir mañana, contenta?"

"Ese es un sentimiento noble, milady. El tipo de cosas que diría un oficial. No olvides mi linaje." Cuando habló, no había rastro de humor en sus palabras y su voz profunda era suave y relajante. Era su última advertencia.

"No lo haré." Ella sonrió. "Me olvidaré de la mía."

Dando un paso tan valiente como pudo más allá del punto sin retorno, Marella se movió para bajar la luz de la lámpara. Con dedos temblorosos, deslizó la puertecita para cerrar la superficie del aceite. Pero antes de que esta se deslizara por completo, lo pensó mejor y la recolocó en el estante, dejando que arrojara una luz tenue por la habitación. Ella era como era, magulladuras y daños y todo. Y él era hermoso. Bien o mal, lo que ella quería hacer lo quería recordar, en cada detalle, mientras viviera.

Encarando la pared para cubrir el dolor en los ojos de aquel penetrante escrutinio, ella le preguntó: "¿Moriremos mañana?"

Él se rió suavemente y ella lo oyó ponerse en pie. Cascadas caían a su alrededor como el estallido de un cristal al romperse, demasiado fuerte en los hipersensibles oídos. El propio aliento de Marella entraba y salía como un fuelle y ella dejó caer la cara, clavándose las uñas en las palmas de las manos para evitar reír o llorar.

"Pueden pasar cosas peores." Él colocó detrás de ella, lo bastante cerca para que ella sintiera el calor de su pecho sobre los hombros. Él le rozó con la yema de un dedo la piel del brazo y un fuego de codicia y terror estalló en sus nervios.

Ella giró y lo miró a la cara. "Eso es de lo que tengo miedo."

Él le deslizó los dedos por las mejillas, peinando el cabello y atrayendo los labios hacia los suyos. Su beso fue ligero, el tacto de la incertidumbre, del sentimiento entre preguntas de sueños y realidad y ella respondió con tanta seguridad como pudo encontrar.

Marella dio un paso adelante, extendiendo la mano para tocar el calor húmedo de su pecho, deslizando las yemas de los dedos por su vientre y hacia afuera para rodearlo y tirar de él hacia ella. La carne de él estaba ardiendo, dura y húmeda y a Marella le dolieron los senos mientras estos se apretaban en él. Ella se estiró, arqueando la espalda mientras se ponía de puntillas para llegar hasta esa boca. Sabía a vino con miel; estaba caliente y dorado como el sol y ella se derritió en aquella lengua como un copo de nieve.

Todos los miedos e incertidumbres que había amurallado en reglas, todos los aciertos y errores que había mantenido entre estas, parecían insustanciales y muy lejanos. Él era cálido y gentil, la rodeaba con una fuerza tranquila y ella se sentía más segura envuelta en su abrazo de lo que nunca se había sentido detrás de los altos muros de piedra de su familia.

Cuando él dio un paso atrás, ella lo siguió. Cerrando los ojos entre el ardor de las lágrimas, dejó que él la llevara a la cama. El temblor debilitó sus brazos y piernas, pero era un terror delicioso que solo su toque podía calmar. Donde sus cuerpos se tocaban, su piel ardía como lava rompiendo el manto. Parte de su mente susurraba severas advertencias, pero a su corazón y a su cuerpo ya no le importaban.

Ni el mañana.

Ni la muerte.

Ella tenía toda la vida que necesitaba mientras la carne le despertaba bajo aquel tacto. La tela húmeda del vestido resbaló por la piel al caer y los labios de él siguieron esos dedos sobre sus hombros. Ella gimió de preciosa agonía cuando la palma de le tomó el pecho desnudo. El suave toque de su pulgar contra su dolorido pezón forzó un gemido, pero cuando él lo chupó entre el cálido terciopelo de la boca, haciéndolo rodar en el resbaladizo golpe de su lengua, envió temblores extáticos desde el calor de su útero.

Los sueños de una niña no podían pintar tanta ternura. Marella cerró los ojos y atrajo su gentil fuerza hacia sí misma. Ella alimentó a su alma con el dulce sabor de él, y dejó que las texturas sedosas de su piel acariciaran y calmaran cada parte dolorida de su cuerpo y su corazón.

Había aprendido que su papel como mujer era dar placer a su amante, dejarle tomar. Y en las pesadillas, el druida le había arrancado su aborrecible gratificación de su carne.

Pero esto no era nada que ella hubiera conocido.

Sin preocuparse por el privilegio de rango o posición, Marc la llevaba a los reinos de la divinidad, adorándole el cuerpo con el suyo. Rozándola y acariciándola hasta alcanzar un éxtasis que ella nunca había imaginado. Esa boca le susurraba al oído en un aliento caliente que subía el fuego de su piel y erigía lánguidas sonrisas de sus labios. Esa misma boca que provocaba oleadas de feroz placer, oleadas que brotaban del ardor de un beso íntimo allí donde la lengua la acariciaba hasta un clímax explosivo.

Ella le tocó los labios con los suyos, estudiando el movimiento de sus rasgos mientras se acomodaba lentamente sobre él, dejando que el calor urgente de su erección la llenara. Rítmicamente, le rodeó profundamente los músculos con la pelvis y extrajo gemidos de placer de él mientras le lamía el brote de sudor del cuello.

Marella no sintió la necesidad de apresurarse. Había memorizado

cada línea de su tatuaje mientras buscaba en la piel de su pecho. Ella le chupó los pezones y aprendió el sabor de cada parte de él. Podrían prolongar una eternidad en placer o tortura y no notar la diferencia. No necesitaba mañana, ni siquiera ayer. Estaba felizmente segura y cálida entre los brazos de Marc y no necesitaba saber nada más.

Hicieron el amor. Y durmieron.

Cuántas veces se despertaron y la piel rozó la piel o los labios se movieron lentamente sobre la carne, ella no podía decirlo. Se tornaba al instante adicta al olor, al sabor y a la sensación de él. Cuando despertaban, cuando se tocaban, hacían el amor una vez más. Y otra. Hasta que nada menor que un trueno pudiera esperar despertarlos.

El trueno llegó al amanecer.

El aporreo la impactó lo suficiente como para hacerla extender la mano, pero hasta que sintió el espacio vacío a su lado, mantuvo los ojos cerrados. Esforzándose para obligarlos a abrirse, miró por a penumbra de la temprana mañana.

Marc se estaba vistiendo.

Cuando notó su movimiento, él regresó a la cama y se estiró para yacer a su lado. "Buenos días, noble dama." A la luz de la mañana, los moretones de Marella alrededor del cuello, costillas y abdomen gritaban desde su piel pálida. Él cerró los ojos y hundió el rostro en la unión de su cuello y hombro.

"¿Será un buen día? ¿Qué es todo ese ruido?" Anudó los dedos en el cabello de Marc, en la base del cráneo, masajeando distraídamente.

"La mayor parte son truenos. Otra cosa está pasando ahí fuera. No sé lo que es aún." Era un problema, una especie de discusión.

"¿Un registro?"

El se encogió de hombros. Se podía sacar información a golpes de hombres reacios, pero no tenía sentido preocuparla con especulaciones. Nadie de la caravana y nadie de la posada sabían

que él estaba allí. Tensiones urgentes se apoderaron de la carne de Marellav ante la idea. Él pudo sentir el temblor en las yemas de los dedos y las respiraciones rápidas y superficiales que ella hacía.

"Quiero salir y echar un vistazo," dijo él.

"Quédate aquí," susurró ella. "¿No podemos quedarnos aquí y olvidarnos de todo lo demás?"

"¿Quedarnos aquí y esperar a que entren?" preguntó él.

El miedo había dado paso a la desesperanza en los ojos oscuros de Marella. Él había visto esa misma mirada en los ojos de hombres exhaustos por el miedo. Cuando las tensiones de la batalla continuaban día tras día, sin interrupción, y las posibilidades de éxito parecían demasiado pequeñas y demasiado lejanas.

Ella no respondió.

Había esperanza, siempre había esperanza. Solo tenía que encontrarla para ella. "No, no podemos." El cabello de Marella se extendió sobre la almohada, sus ojos eran profundos charcos, cálidos, oscuros y suplicantes. Había demasiado espíritu, demasiada brillantez para rendirse. "No está tan mal," dijo él. "Sabemos tanto sobre dónde están como ellos sobre nosotros. Es posible que solo necesitemos cambiar de caravanas. Si podemos dejarlos atrás aquí, tendrán que hacer suposiciones. Ahora hay demasiada gente en las carreteras para registrar a todo el mundo."

"¿Y ir adónde?" preguntó ella con voz quebrada. Las lágrimas inundaban y le corrían en ininterrumpidas líneas desde las esquinas de los ojos, de nuevo para brillar en su cabello.

Numancia, pensó él. Más que agotamiento en ella le llenaba los hermosos contornos del rostro. Más que miedo, más que desesperanza. Había desesperación devenida en desesperación. "Está bien. ¿Qué ha cambiado?"

Solo había una cosa que había cambiado y era que ella estaba desnuda junto a él. Lo que había cambiado era su actitud hacia él; ya no era un terrible desprecio. Su dedicación a sus votos de

celibato había flaqueado y, sinceramente, a él realmente no le importaba si eso no era más que una noche de vino y un temor a la mañana.

"Nada ha cambiado." La voz en ella fue plana; las palabras se escaparon como si su corazón se hubiera desgarrado. "Pero no puedo soportar ninguna de las opciones que tengo. Solo hay muerte, o algo peor que la muerte, y ya no puedo enfrentar esa elección."

"¿La idea de regresar al templo es ahora peor que la muerte?" Él sonrió. "Escucha, si es por lo de anoche, puedo acercarme al templo y cada vez que quieras usarme tan cruelmente de nuevo, solo saluda. Estaré allí."

Ella no sonrió. Una pálida expresión de náuseas se extendió sobre ella, como si las palabras que iba a decir le hubieran revuelto el estómago incluso antes de haberse obligado a pronunciarlas. "Quise decírtelo anoche. Pero no lo hice. No tengo excusa."

Su miedo era contagioso. Esta mujer encantadora, irascible, apasionada e inteligente era tan valiente como los hombres con los que él había vivido y luchado, y lo que ella tenía que decir le había robado el valor y la había dejado vacía. Él encontró su mirada y la mantuvo, esperando.

"Estoy embarazada," dijo. "Si llego a *Numancia* y Sarnicio me envía de regreso al templo, puedo sobrevivir. Pero solo si aborto al bebé."

Bien podría ella haberle golpeado directamente con un ariete. La fuerza de sus palabras le sacó a Marc el aire del pecho y lo levantó para cruzar la habitación. El dolor del golpe lo aplastó hasta dejarlo en cuclillas, lastando esos hombros con fuerza contra la esquina de la habitación, con él apretándose los ojos con las palmas.

Ella aún estaba hablando. Algunas de sus palabras cruzaban el vacío que extendía y tensaba y desgarraba a Marc músculo y tendón dentro del pecho. Viejas agonías manabas a través de él como sangre negra e impotencia.

"¿Marc? No pretendía convertirlo en problema tuyo. Quería decírtelo. Antes." Él se abrazó con fuerza las roturas y se obligó a

respirar. Sacudía la cabeza. A ella, o a sus soluciones, o para negar la impotencia y frustración del pasado.

Cuando levantó la mirada, ella estaba sentada agarrándose las rodillas con fuerza. Se había envuelto con las sábanas como una suave armadura; las lágrimas le corrían por las mejillas y un terror absoluto le brillaba en los ojos. Cuando ella captó su mirada, lo intentó de nuevo. "Mi familia cree que estaría mejor muerta. Piensan que ningún hijo debería nacer con tanta vergüenza. Yo les creí."

Despacio, él enderezó las piernas, pasó los hombros por el áspero yeso de la pared y tragó bilis que ardía como ácido. Sentía los dedos gruesos y entumecidos, las manos le parecían garrotes e inútiles.

Una vez más, él se concentró en las palabras de Marella: "Eres la primera persona que oigo decir que soy más importante que el honor familiar. Dijiste que yo no tenía que compartir sus culpas. Y dijiste que ellos estaban equivocados. Para mí y para mi hijo. Dijiste que no estábamos mejor muertos."

La vergüenza y todos los códigos de honor de su familia le daban náuseas a Marella. Él forzó las palabras a través de la cruda quemadura de la garganta. "No lo hagas."

"¿Qué otra cosa puedo hacer?" Ella se secó los ojos, suplicando una respuesta. "Ningún hombre me aceptará jamás."

Todo el ceñudo dolor del pasado le raspó la garganta cuando preguntó: "¿Qué puedes hacer? ¿Cuántas opciones necesitas? Por todos los inútiles dioses, tienes dinero. Tenías acceso a guardias, a caravanas más cómodas que las que usan los zoquetes de los vecinos, inteligencia, coraje y apariencia. Podrías haber salido por la puerta en cualquier dirección y haber creado una nueva vida para ti y para el bebé."

"Pero..." La conmoción de las realidades que ella nunca había vislumbrado ardía en sus ojos.

"Pero ¿qué?" Él bajó la voz y niveló el tono para que reflejara amenazas que ella no podría haber imaginado. "Una cosa es jugar

con esas ridículas reglas y adoptar poses trágicas y correr de un peligro a otro por el honor de la familia. Otra es matar a un bebé solo para poder permanecer en el juego. Respecto a qué hombre. Mírate en un espejo. Cualquier hombre en cualquier calle te aceptaría. No, lo siento, tienes razón. Estarías en un barrio marginal y eso nunca funcionaría, ¿verdad?"

Antes de que ella pudiera hablar de nuevo, él dio media vuelta para abrir la puerta y salir furioso de la habitación.

Capítulo 11

Marella se maquilló los ojos con *kohl* y trató desesperadamente de pintarse un poco de color en la cara. Sabía que el aire no era muy frío, pero necesitaba el suave calor de una palla de lana a su alrededor. El frío la llenaba desde lo más profundo. Le enfriaba la piel y enviaba escalofríos a sus dientes mientras ella se obligaba a empacar sus pertenencias.

Los frenéticos golpes del criado la llevaron a la puerta. Detrás de él, el pasillo estaba oscuro; nubes pesadas y borrascas de lluvia atenuaban lo mejor de la mañana. El mozo se agachó y miró a su alrededor mientras un trueno le retumbaba. Temblaba de puro terror. "Señora, el hombre vino y se llevó el caballo de silla. Dijo que podía. No pude detenerlo."

"Tranquilo." Ella se inclinó a su altura. "¿Qué se llevó? ¿Dijo si iba a volver?"

"No," gimió el mozo. "Sacó cosas del carro. El cinturón con la espada, cuchillos y un talego. No sé qué había en él. No dijo si iba a volver."

Ella forzó una tensa mueca que debería haber sido una sonrisa. "Necesito a alguien que ponga las riendas a las mulas y las conduzca para mí." Su voz croó y ella se aclaró la garganta. "Y para meter mis cosas en la *carra*. Hablaré con tu señora al respecto, pero ¿puedes encontrar a un hombre que lo haga?"

"Las mulas están en el carro. Él hizo eso también antes de irse."

Marella asintió y volvió a entrar en la habitación mientras contaba monedas. Mientras se las entregó al mozo, dijo: "Esto es para ti. Si necesitas pagarle a alguien para que conduzca, ven y dímelo."

Cuando el mozo salió corriendo a la lluvia, ella se sentó en la cama y se acunó el vientre con dedos temblorosos. Tenía hasta *Bilbilis* para decidir qué podía hacer. Si Marc no había reaparecido para entonces... Su corazón se hundió y las lágrimas le ardieron en los

ojos. Marella respiró hondo y tosió para eliminar el grosor de la garganta. Si Mark no había reaparecido para entonces, vendería discretamente todo lo que pudiera vender y contrataría a un conductor para que la llevara, no al Oeste hasta *Numancia*, sino al Sur, hasta el centro del país.

Iría a la costa y luego a *Britania*.

Solo había un lugar en el imperio donde podía esperar. Si alguna vez volvía a *Hispania*, iría a *Toletum*. Era un lugar tan bueno como cualquier otro para intentar aprender a vivir otro tipo de vida. El coraje fingido se sentó en su pecho como un bloque de hielo.

Cerrando los ojos con fuerza para evitar nuevas lágrimas, gimió una oración a la diosa. Él había desaparecido antes y volvería con ella. Quizá al llegar a *Bilbilis*, él estuviera de vuelta.

Marc observó cómo la caravana comenzaba su lenta marcha hacia la carretera suroeste hacia *Bilbilis*. Sus nudillos se mantuvieron blancos en las riendas, y cuando se movió para llevar al caballo colina abajo hacia la puerta, la pateó más fuerte de lo que pretendía, así que ella saltó y patinó sobre los mojados adoquines redondeados de la carretera.

Trató de respirar calma en su pecho. Su frente palpitaba con la tensión de su ceño fruncido, dolorido por la implacable presión de frustración y culpa que se acumulaba detrás de sus ojos. Para cuando hicieran una pausa para almorzar, él estaría lo bastante calmado para enfrentarla. Para entonces, puede que hubiera encontrado las palabras que necesitaba para disculparse.

Ella no tenía nada que ver con su vida pasada. Y las decisiones de ella no le correspondía a él ni hacerlas ni juzgarlas. Si alguna vez hubiera conocido a Neria, alguna vez la hubiera visto brillar a la luz del sol, podría ella entender el dolor que él sentía. Tres veces había ella perdido a los bebés que tanto había deseado. Y por fin, cuando su hijo debería haber nacido, ella y el bebé habían muerto.

Aun así, no tenía derecho a golpear a Marella con los insensibles

puños de su propio dolor y frustración. Las elecciones eran de ella.

Ajustándose la capa sobre los hombros, se bajó la capucha para taparse la cara y el pelo, y caminó lentamente con la yegua cruzando las puertas de *Nertobriga*. Era solo uno de los muchos viajeros que se dirigían hacia *Okilis* para despedirse de los espíritus de sus muertos.

Leucetius cepilló las migas de la tela oscura de su túnica. Disfrutaba del desayuno, era lo único bueno de la mañana. El sol ya estaba alto y otro vino o dos aliviarían el estrés del viaje.

En lugar de pasar un día entero en lento tránsito, prefirió posponer su partida hasta el final de la mañana, montar a galope constante durante tres o cuatro horas y luego descansar de nuevo en el destino del día. Le había funcionado muy bien hasta ahora y no tenía intención de romper con la rutina para el viaje fuera de *Bilbilis*.

Ese era el último centro de la civilización antes de que ganara su ciudad natal de *Okilis*. Las carreteras estaban cada vez más atestadas de viajeros a medida que se acercaba a la ciudad del templo, y las horas que quedaban en *Bilbilis* serían su última oportunidad de disfrutar de cualquier lujo durante otros cuatro días.

Tres noches después sería el Samhain y él se frotó las manos. Durante el festival de los meses oscuros, los vivos pagaban bien por el paso seguro de sus seres queridos. Él rió. Los tontos supersticiosos eran mucho más fáciles de convencer que los pensadores.

La llamada a la puerta, cuando llegó, fue demasiado urgente para ignorarla.

Tenía corazonadas en momentos como este y ahora estaba vibrándole en la nuca mientras veía al novicio abrir la puerta. Algo importante estaba sucediendo. Algo que hizo que se le erizara el pelo y que un calor palpitante se extendiera por sus entrañas.

"Señor." Los jinetes de élite del *dux* estaban jadeando, los hombres

en forma trabajaban a tono. La noticia era importante. "Dama Marella ha sido identificada positivamente en una caravana que se dirigía hacia esta salida de *Nertobriga* esta mañana. Se ha visto al romano viajando con ella, pero los soldados de caballería enviados ayer tras él no encontraron ni rastro de este."

Leucetius sintió que se le hinchaba la ingle al pensar en encontrar a Dama Marella. La encantadora sacerdotisa, Marella. Su jugosa putita, Marella. "¿Está el romano con ella hoy?"

"No lo sabemos, señor." El *equite* conseguía darle un matiz de asco al título cada vez que respondía y eso le irritaba. Pero por ahora, Leucetius tenía más interés en su puta. "La caravana no se había marchado cuando nos marchamos. Los romanos le buscan a él más que a la Dama. Ahora tenemos un informe que identifica positivamente a la caravana, rastrearán los vehículos hoy y tratarán de encontrarlo de esa manera, señor."

"Bueno." Leucetius se secó la fina seda que formaba su bigote, recordando el olor de ella, el sabor de ella en sus labios. Regresarás con nosotros ahora. ¿Cuándo podemos interceptar la caravana?"

El *equite* dudó. "Nuestros caballos han corrido mucho durante dos horas, señor. Necesitan descansar."

"Volverán a correr dos horas, oficial. O correrás tú su lugar." Se encontró con el odio frío en los ojos del soldado y dejó que una pequeña sonrisa de reptil le decorara la boca. "Estaremos camino a *Nertobriga* en media hora."

La caravana se movía constantemente hacia el Suroeste, ni más rápido ni más lento de lo que Marc esperaba, pero él presionó una mano bajo su cabello en la base de su cráneo, secándose el sudor nervioso. Cabalgó bastante atrás entre una colección moteada de peregrinos que viajaban a pie o montados, manteniéndolo a la vista.

Su cuello estaba rígido, sus hombros se apretaban repetidamente como si quisieran hacer caso omiso de un objetivo fijado a su espalda. Se volvió de nuevo, mirando hacia atrás a lo largo de la

concurrida carretera hacia la oscura sombra de lluvia sobre *Nertobriga*.

Habían despejado los truenos y los relámpagos, pero la tensión se quedó con él y su caballo ladeó la cabeza, saltando de lado ante los peligros que imaginaba para ambos. Excepto que no fue imaginación. Había nombrado a este tipo de intuición aterradora profética hace muchos años y campañas difíciles, y confiaba demasiado en ella como para descartar las crecientes preocupaciones.

Pero había pasado el momento de actuar con decisión.

Desde el momento en que escuchó las discusiones fuera de su taberna temprano en la mañana, su instinto le había advertido que debían correr a refugiarse. Deberían haber trazado una nueva línea, esperado y colocado a sí mismos en una nueva caravana, o incluso arriesgarse a perder un día para viajar al Norte, solo para romper la previsibilidad de su viaje.

Se había permitido acercarse demasiado a un problema que no le correspondía resolver. Su reacción había sido instintiva. Ninguna lógica tranquilizadora ni consideración cuidadosa podrían haberlo cambiado, pero su ira iba a costarle. Podía oler las amenazas que había encendido. Podía saborearlas.

La única forma de escapar era correr delante del fuego. Y eso significaba ahora.

Usó los nudillos para quitarse el sudor de los labios; en algún lugar en medio de todo eso tenía que haber alguna esperanza. A su alrededor, el paisaje árido no ofrecía inspiración. Zonas de arbustos cubiertos de maleza y amplias llanuras aluviales grises se horneaban bajo el sol como huesos blanqueadores. No había cobertura. No había adónde correr.

Tenían la avalancha de lugareños que convergían en la ciudad templo de *Okilis* para el festival, y ofrecía poca protección. Pero si el *dux*, el sacerdote o los romanos aún tenían el ojo puesto en esta caravana en particular, ninguna multitud o confusión iba a ser suficiente.

Cuando se volvió para comprobar de nuevo la carretera, su instinto le gritó que corriera, ahora, hasta el *carpentum* de los di Sicoris, suba a Marella al caballo con él y cabalgue. Quizá incluso volver atrás. Pero esa ya no era una opción.

Sus temores habían aumentado hasta el punto en que el sudor frío le picaba en el labio y le rodaba pesadamente en el estómago. La indecisión lo paralizó y se frotó de nuevo el cuello, donde sintió el aliento caliente de la fatalidad acechando inexorablemente sobre ellos desde atrás.

Marella no podía montar.

Ella podía tomar sus propias decisiones, podía actuar sobre su propia conciencia cuando se trataba del bebé, pero él no arriesgaría voluntariamente al mismo de esa manera. El zarandeo era la forma recomendada de inducir un aborto espontáneo al principio del embarazo, especialmente en sacudidas por la acción de los animales. Debía evitarse a toda costa que las mujeres embarazadas cabalgaran prolongadamente.

Marella no podía montar y él no podía dejarla en manos de los honorables hombres de su familia. Entre los dos extremos imposibles había decisiones difíciles. ¿Qué había dicho Marella, muerte o peor que la muerte?

A su lado, las familias avanzaban tenazmente hacia las distantes festividades, ajenas al peligro que acechaba a su sombra. Cuando le llegó el sonido de los caballos al galope, rápidamente lanzó una pierna hacia adelante y se deslizó al suelo. Caminando a su lado, una mujer y dos niños pequeños lo miraron sorprendidos y él sonrió, levantando primero a uno y luego al segundo niño encima de la silla. No había ningún lugar adonde huir, no había forma de irse. Caminando podría mezclarse mejor con la multitud, pero eso lo colocaba en terreno peligroso y a otras dos vidas inocentes como consecuencia de sus elecciones.

Cada elección valía la pena, de una forma u otra, y no había forma de saber cómo resultaría al final.

Las tropas solo lo buscaban a él. No tenían ningún interés en

Marella o la familia del Dux di Lusone y sus escándalos. Los buscadores habían sido demasiado minuciosos cuando encontraron la caravana el día anterior. Se movieron como hombres en una misión, peinaron y peinaron de nuevo como si la orden de encontrarlo hubiera venido de arriba.

Los caballos se acercaban y el tiempo para tomar decisiones se escapaba como el agua. ¿Podía oír ocho o diez? Él sonrió. Esos no iban a correr riesgos..

Al pasar, mantuvieron firmes a los caballos y escudriñaron los rostros que pasaban con descuido. *Hispania* había estado en paz demasiado tiempo. Pero ellos tenían un objetivo a la vista y el ritmo comenzó a disminuir a medida que se acercaban a la distante fila de vehículos.

La inevitabilidad del desastre rodaba por la mitad de su espalda en gotas de sudor frío. Ayer habían pasado por delante de Marella; era poco probable que lo volvieran a hacer. El lento paso de los peregrinos lo hizo avanzar como un latido pesado. Ya la distancia se estaba acortando. La caravana se había detenido.

Marella sintió que los carros se estaban deteniendo. No había ningún indicio de alarma, ninguna señal de que hubiera ocurrido algo inusual, y no había una buena razón para el pánico que le helaba la piel. Faltaba al menos otra hora hasta el descanso del mediodía, y ella trató de calmar el latido de su corazón y el frío en su estómago. Pero el sonido de los caballos que soplaban con fuerza y piafiaban, marcando el tiempo fuera de las acortinadas paredes del *carpentum*, detuvo su corazón en el pecho. Sin atreverse a respirar, se aplastó, plegando las piernas, haciéndose más pequeña mientras el carro se tambaleaba y se detenía.

Los soldados romanos retiraban las cortinas, ignorando los rostros sorprendidos de sus compañeros de viaje mientras buscaban y encontraban a Marella. Sin respecto a su rango y a su género, el oficial dijo bruscamente: "Sal de ahí."

Ella pegó su odio nativo a la noble dignidad y las plasmó en palabras. "No. ¿Por qué? ¿De quién crees que tienes autoridad?"

La expresión del romano no cambió. "Tú puedes quedarte ahí. Dime dónde está el británico y podrás seguir tu camino."

Marella lo miró en silencio y él continuó con el mismo tono de aburrida irritación. "¿No? Bien, pues saliendo, que es gerundio. "

Ella consideró brevemente desafiarle. Sería una corta resistencia. Desde donde estaba sentada podía ver a cinco hombres y podía oír más. Nada en aquellos hombres sugería que fueran caballeros. Marella se recogió las faldas con cuidado, se inclinó hacia adelante y se levantó del sofá, extendiendo una mano para exigir el apoyo del oficial mientras bajaba del *carpentum*.

En el suelo, mantuvo los dedos en los del soldado mientras este la conducía apartándola del lateral del carro. "Ahora," dijo. "Te destacas ahí donde él pueda verte y me dices ya, ahora mismo, ¿envío la caravana sin ti y te llevo conmigo a *Nertobriga*? ¿O me dices dónde está para que pueda dejarte ir a conocer tu propio destino?"

Marella enfrentó su ira con una mirada fría criada en ella desde generaciones anteriores. "Soy la hermana del Dux di Lusone," comenzó.

"Sé quién eres. Tus opciones no han cambiado. Solo el tiempo se acaba. ¿Dónde está?"

Ella se recompuso de nuevo, mientras el latido del pulso en la sien se volvía ensordecedor. No tenía sentido negar ningún conocimiento de Marc. Ella intentó la verdad. "Se fue temprano esta mañana. Ahora que tengo a estas mujeres con las que viajar, ha marchado por donde vino."

Hubo suficiente pausa en la respuesta del romano para darle esperanza a Marella. Si habían estado buscando a Marc desde que la salida de *Nertobriga* y no lo habían encontrado, es posible que hubieran creído que era cierto. Quizá era cierto.

El oficial recibió su mirada con aire de fría evaluación. Llevándola más cerca del jinete más cercano, rápidamente cambió su agarre a su cintura. Él la levantó con facilidad y ella aterrizó de nuevo en el

pomo curvo de la silla y agarró el brazo del jinete para mantener el equilibrio. "Bueno. Puedes volver con nosotros." Volviéndose para lanzarse sobre su propio caballo, hizo una señal a los conductores de la caravana con la cabeza y llamó a sus propios hombres: "Rodeadla."

Marc bajó a los niños, murmurando disculpas que ellos no podían entender y se subió de nuevo a la silla. Demasiado predecible, demasiado inevitable. Si se quedaba cerca, estaba observando y ellos lo sabían. Era un cebo más fácil que horas de búsqueda infructuosa y a ninguno de los hombres de ese destacamento le importaba un bledo quién era ella.

No estaba dispuesto a ponerla en un caballo para salvarle la vida; no había forma de que la hiciera cabalgar para salvar la suya.

Tiró con fuerza la cabeza de su caballo hacia la derecha y atravesó la línea de peatones, pasó por encima de la zanja y llegó al borde blando de la carretera. Estaba cansado de esconderse. Cansado de batallas que ningún hombre podía esperar ganar. Cansado de mirar por encima del hombro. Y estaba más preparado que nunca para afrontar las consecuencias de su pasado.

Si Cilo había dado órdenes para su arresto, los hombres que había enviado no estaban buscando un cadáver. Querían al hombre adecuado. Eso significaba que lo querían vivo. Eso significaba que Cilo quería ver el resultado final de su persecución. Había esperanza en ello, por mínima que fuera.

No había lugar para huir desde aquí y no había oportunidad de luchar para salir.

Respiró hondo, llenando sus pulmones hasta que sintió que iban a estallar, y lo sostuvo mientras extendía una mano hacia el hilo dorado en su garganta. Su expresión se enredó, atrapada entre un ceño fruncido y una sonrisa mientras dejaba escapar el aliento lentamente y giraba a la yegua, empujándola a trotar hacia las tropas que se acercaban.

Extendiendo la mano por encima del hombro, desenvainó la espada de hoja ancha y probó la familiaridad de su empuñadura en la

mano. Nunca le había gustado el peso de una espada, siempre había preferido hojas más pequeñas, y dejó el arma sobre su regazo mientras cerraba el hueco.

Habría sido un momento para rezar si alguna vez hubiera encontrado un dios que escuchara. Con sus nombres celtas y sus nombres romanos y griegos antes, Marc se preguntó cuántos dioses respondían a la devoción de Marella. No muchos. Se encogió de hombros, no era nada que supusiera ninguna diferencia al final.

Enarcó las cejas y observó a los soldados mientras recorría los últimos metros hasta donde esperaban. Llevaban el hierro con bandas de lorica segmentata, y las mejillas de sus cascos se curvaban hacia abajo para proteger sus gargantas. Ni siquiera había una posibilidad fácil con un cuchillo arrojado, no en un caballo en movimiento con un objetivo en movimiento.

Los soldados se detuvieron en seco, como si esperaran una emboscada. Parecía demasiado fácil. "Baja la espada," gritó el oficial con aprensión. Sus ojos se movían sobre los viajeros a la deriva.

"Suéltala," exclamó Marc. "Tan pronto como ella regrese a esa *carra*, estoy listo para entregarme." Levantó la hoja ancha y la sostuvo hacia un lado, listo para dejar que cayera de punta en el pedregal de la carretera.

El romano frunció el ceño, examinó el matorral polvoriento y se volvió hacia Marc, pero no dio ninguna orden de decepcionar a Marella. "Te vienes con nosotros. Vivo si podemos."

Marc asintió, apretando la mandíbula por el impulso de gritar. "Puede que lo estés." Estudió al hombre de delante mientras las tropas se colocaban a su alrededor. Más de unos pocos habían desenvainado espadas, inquietos por su aparente rendición. "Suéltala y lo discutiremos."

"No estás en posición de dar órdenes, amigo mío. No vivirás para discutir." El oficial se acercó más y Marc lo miró a los ojos.

"No soy tu amigo. No buscáis un cadáver y no la buscas a ella. Deja que se vaya."

El oficial asintió en silencio, y cuando ella cayó al suelo, Marc miró a Marella por primera vez. "Vamos. Sabes adónde ir y qué hacer. Vete ya."

Marella se congeló cuando gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas. Demasiadas esperanzas se estaban rompiendo en su corazón. Una vez más, él había pagado por su vida con la suya y ella no podía soportarlo. Ella tenía una vida, de nuevo. Le había comprado otra oportunidad y le había dado otras opciones además de la muerte o algo peor.

La mirada de Marc atravesó esos terrores. Como si pudiera leer sus pensamientos, dijo: "No pierdas esta oportunidad. Vete. Ya."

Ella se obligó a girar y a sus piernas a llevarla por la polvorienta grava. No podía mirar atrás, sus ojos estaban cerrados por frenéticas oraciones a cualquier dios que lo mantuviera a salvo.

El oficial romano la miró atentamente, como si fuera el detonante del desastre. "Suelta el arma," dijo de nuevo, y Marc movió los dedos rítmicamente sobre la empuñadura de la espada. Su peso estaba arrastrando las tensiones en su cuello y ansiaba levantarlo y sacar incluso una de las caras engréidas que lo rodeaban.

"Una cosa más." Fijó sus ojos en la luz que brillaba en el filo de la hoja. "Me buscáis vivo. ¿Por qué? ¿De qué se me acusa? Vosotros, muchachos, habéis cabalgado por toda la provincia buscándome. Me habéis encontrado. Me lleváis al calabozo. ¿Cuáles son los cargos?"

Marella alcanzó la *carra* y se subió, atreviéndose a mirar atrás solo una vez antes de meterse entre las cortinas.

"Sin cargos. Solo una orden judicial. Y de Roma." El romano sonrió pero no fue convincente. Marc lo hacía sentirse incómodo y él comenzó a ser más claro respecto al porqué. "Nadie sabe quién eres ni qué has hecho. Nos lo puedes contar de camino a la ciudad. Ahora, suelta la espada. No me hagas matarte para que seas más seguro de transportar."

Marc le devolvió la sonrisa, más fría y segura. "Sí, tendrás que

hacerlo," dijo, y dejó caer la hoja.

Cerrando los ojos, Marella mantuvo sus fervientes oraciones a los dioses que le aseguraban que Marc estaba más seguro de lo que parecía. Si no había ningún dios que lo cuidara, entonces lo había visto hacer milagros por sí mismo. Y por ella.

Cada vez que ella creía que la situación era desesperada, él le daba la vuelta a todo lo que ella sabía y creaba una nueva realidad. O bien su diosa loba lo amaba o él era un dios. O un dios que ninguno de los dos conocía valoraba su vida. Mantuvo esa esperanza en su pecho como un vendaje, pero eso no impidió que la fría oscuridad del dolor se extendiera por ella. No podía pensar en el tiempo ni en el azar.

El hecho de que él había sabido y aceptado la oportunidad que él podría tener de enfrentarse a su pasado al irse no hacía que fuera más fácil vivir con este ahora. Y ella no quería mirar el futuro que él le había dado. La caravana la llevaba hacia ese futuro, con sus nuevas amigas arrullando a su alrededor y acariciándole el cabello con ofrecimientos de vino y olvido. Para cuando reducían la velocidad para la parada del almuerzo, el dolor de Marella se había convertido en un duro bloque de náuseas.

Cuando Leucetius apartó la cortina y saludó a las hijas de di Sicoris, la respiración de Marella se detuvo y su mundo se llenó de una oscuridad más espesa que la sangre.

"Marella." Él arrastró el nombre por la lengua, por lo que ella sintió su punta húmeda deslizarse por la garganta. "Me alegro tanto de encontrarte sola."

Ella no estaba sola. El *carpentum* estaba atestado de mujeres jóvenes. Solo que Marc no estaba presente. Los estremecimientos de puro horror la recorrieron en oleadas, desde el inquieto interior hasta la nuca y los tobillos. Sin él, nadie se interponía entre ella y el mal que la miraba de reojo.

"Señoras, no demoraremos su viaje." Las palabras se deslizaron

como babosas cuando él se acercó a la sombra de su *carra*. "Las élites del *dux* las acompañarán y seguiremos hasta aquí como si nada hubiera interrumpido el viaje." Levantó la mano de la hermana mayor y le besó los dedos ligeramente, y Marella sintió que se le revolvió el estómago y se le llenaba la boca de bilis. "Espero que no le importe si comparto su hospitalidad."

Ella echó la cabeza hacia atrás y gimió, cada movimiento era atormentado por una tensión exagerada, mientras Jura Torres, el oficial de más alto rango de su hermano, se acercaba a la cortina y la abría del todo.

Su primera atención no se centró en Leucetius sino en la propia Marella. Él asintió, asegurándose de su presencia como si no estuviera dispuesto a confiar en el juicio del sacerdote. "Señora," espetó, luego volvió su atención al druida. "Señor, no podemos reanudar el viaje a *Bilbilis*. El *dux* estará en *Nertobriga* esta noche. Mis órdenes son llevar a Dama Marella, si es encontrada, hasta el mismísimo Taran. Señor."

Marella cerró los ojos en un silencio sombrío y agradeció a la diosa por esta pequeña piedad. Los hombres y su honor, por los hombres y por el liderazgo y por sus luchas de poder. Mientras los *equites* tuvieran suficiente autoridad de Taran, ella estaría bajo la custodia de su hermano. Por más desesperante que haya sido, al menos por el momento estaba fuera de las manos de su violador.

Leucetius se puso escarlata. El olor de él en el estrecho espacio del *carpentum* de las chicas le devolvió a Marella la sensación de náusea en la garganta y ella se llevó las manos a la cabeza. Su mente se llenó de imágenes de su rostro, retorcido en la mueca de descarga violenta. Su carne se apartaba arrastrándose del recuerdo de su tacto y ella se presionó los con los pulgares para aplastar la visión de su lengua rosada y húmeda deslizándose sobre su piel.

Las hermanas no hicieron más que quejarse por las molestias y mirar desde las cortinas el físico de los jinetes a sus lados. Con minuciosa precisión, los conductores que formaban el séquito de las chicas hicieron girar a sus equipos y rehicieron una línea, retrocediendo entre la multitud hacia los truenos y la lluvia sobre *Nertobriga*.

Suelta se levantó del sofá lo suficiente para abrir la cortina y mirar el cielo, antes de volver a bajar lentamente a la suavidad de sus cojines. Detrás de las masas de densas nubes que drenaban, el cielo se oscurecía hacia la noche, y eso significaba que *Nertobriga* debía estar cerca.

Vertió un generoso cinturón de decocción de opio en la copa de vino y trató de sorber. A pesar de los altos niveles de droga en su sangre, las hendiduras hinchadas dentro de sus labios aún le picaban lo suficiente como para sacarle lágrimas de los ojos. Su muñeca estaba fuertemente atada con una cataplasma para la hinchazón, y la apoyaba con cuidado sobre las costillas más doloridas. Si cerraba los ojos, podría dormir las últimas horas hasta que relajarse en una cama que no se moviera.

Era la crueldad, la pura sangre fría lo que hacía que Taran insistiera en que se uniera a él en el viaje a *Okilis*. No tenía interés en celebrar la fiesta de los muertos y su médico había prohibido explícitamente cualquier tipo de viaje.

Y ahora no había esperanzas para Marella. Con sus propias acciones, había confirmado todas las peores acusaciones de Taran. El campesino romano era su amante. La encontrarían, si aún no lo habían hecho, y la matarían.

Tal vez Taran había planeado que su esposa viera la ejecución, solo para enfatizar su mensaje. Nunca más podría desafiarlo así. Ese era su mensaje, y este se removía por dentro como una furia ardiente.

Ese era su mensaje.

Taran masticaba bilis.

Numancia y Sarnicio. Su hermana tenía una piel como el cuero. Sinvergüenza. Incluso se habría llevado al amante romano con ella.

El hecho de que el druida hubiera sido sincero desde el principio le

irritaba. Taran no apreciaba a esa serpiente de hombre, pero él había sido útil antes. Lo iba a ser de nuevo. Y Taran estaría menos inclinado a dudar de él en el futuro. Si una historia tan fantástica como esta, Marella con un romano, hubiera resultado cierta, Leucetius podría decir que el cielo estaba verde y los caballos volaban y habría que creerlo. La historia había sido conveniente; él nunca había pensado que pudiera ser verdad.

Se apretó la capa de cuero sobre los hombros en un vano intento de mantenerse seco.

La ciudad estaba a no más de una hora de distancia, luego un baño caliente mientras sus hombres salían a recuperar la información que les habían dejado los jinetes que había enviado antes. Sus manos apretaron sus riendas y escupió, carraspeando para aflojar el ardor en su garganta. Esa noche sabría si habían encontrado a Marella. Y al campesino romano.

Clovus Fenius, *Tribuni Augusticlavius* al mando de las unidades en *Nertobriga*, releyó el despacho que tenía y miró a su centurión. "¿Cuánto tiempo?"

"En esta época del año." Sopló pensativo sobre su labio. "Con el paso de los Pirineos aún abierto..." Dio unos golpecitos con la mano en la mesa. "Unas treinta horas allí, señor. Catorce mensajeros de relevos, fácilmente. Ida y vuelta."

"Bien, envíe el mensaje de inmediato. No sé por qué, así que no pregunte."

El centurión se dio una palmada en el pecho en respuesta a la orden, pero la expresión de su rostro decía mucho sobre el deber más allá de la llamada. Habían sido amigos durante demasiado tiempo para soportar demasiado las convenciones, especialmente en esta época del año.

Un prisionero. Sin cargos. Que Roma quisiera que lo retuvieran era algo importante. De todos modos, terminaría muerto tarde o temprano. Sería más fácil matarlo y el asunto estaría terminado.

Pero alguien en lo alto tenía ojos para este hombre que se extendían por toda la provincia norteña de *Hispania*, y no lo querían muerto. La noticia de su avistamiento se había transmitido a *Augusta Auscorum* en *Gallia Aquitania* ayer, según lo solicitado. Ahora otro iba a salir a decir que estaba detenido.

Era tentador enviar al prisionero a *Caesaraugusta* y fuera de su vista. Pero eso pondría a Clovus en conflicto directo con el Dux Taran di Lusone. Este chico tenía algún vínculo con la hermana del *dux*, y una discusión que se reducía a quién tenía la autoridad para retenerlo se volvería pegajosa. Quizá incluso sangrienta.

Si un noble romano de *Gallia Aquitania* quería que lo detuvieran, tendría que quedarse en *Nertobriga*, fuera de temporada o no.

Clovus se trasladó al balcón y se sentó, levantando los pies hasta la barandilla, mirando la lluvia convertir las calles de abajo en torrentes de cascada.

El romano que quería que lo retuvieran era un candidato al Senado. Había enviado directivas a todas las guarniciones de *Hispania Tarraconensis* y no se alegraría de saber que habían retenido a su prisionero, pero lo entregaron al caudillo celtíbero local.

Aun así, el aspirante a senador podría tardar un mes en viajar desde allí hasta aquí, y di Lusone podría tener la ciudad sitiada para entonces. Más de un prisionero. Seguramente no valía la pena.

Con la noble hermana involucrada, se garantizaba que di Lusone estaría pidiendo sangre a gritos en cuanto supiera de la captura. Y dado que el aviso que los había conducido hasta él había llegado a través de los hombres de di Lusone, lo sabría pronto.

Si Clovus perdía a un prisionero romano, incluso ante alguien con la autoridad de di Lusone, estaría en juego su cuello.

Se frotó la barba canosa de la barbilla. Estaba atrapado entre sus superiores romanos y un noble hispano agraviado con un temperamento violento. Lo que necesitaba era una influencia para liberarse del torno.

¿Cuáles eran las probabilidades de que el *princep* en *Numancia* quisiera un informe completo sobre este drama? ¿A qué demagogo le gustaba quedarse al margen cuando parecía que sangre noble iba a salpicar las paredes del palacio?

Dio un gran sorbo a su cerveza y eructó ruidosamente en el aire fresco de la noche.

La política local le hacía llorar de aburrimiento. Mientras los celtas jugaran entre ellos, no le causaban molestia. Pero esta vez, podría ser el seguro que necesitaba para involucrar a Sarnicio di Arevaci, el señor de la guerra número uno, el *Princep* del distrito autónomo de Celtíberos.

"Sí." Asintió y se rascó. Si el propio *princep* solicitaba la custodia, nadie podía responsabilizar a Clovus ni a sus hombres. Otro despacho, enviado a *Numancia*, podría darle una excusa para quitarse de encima al prisionero. Y adiós y muy buenas.

Capítulo 12

Marella paseaba por la habitación. Era cómoda, pero en realidad no era más que la celda de una prisión.

Taran nunca hacía las cosas a medias, y esta villa era un buen ejemplo. En un momento en que la mitad de la población se dirigía a *Okilis* para celebrar el Samhain y cada habitación vacía había sido alquilada a los viajeros, Taran había alquilado una villa entera con vistas al río Jalón.

Torres había llevado todas sus pertenencias del carro a la habitación, con la excepción de sus medicinas. Él no tenía ninguna intención de permitir que ella se hiciera daño. O aliviar su dolor.

La lluvia había amainado durante el día y el aire se había calentado, pero el frío en sus huesos persistía. Marella se envolvió los hombros con la mantita de Marc y puso las manos sobre su hijo. Este se había vuelto real. Un bebé. Su hijo. Ya no solo una prueba de su vergüenza.

No tenía lágrimas para ella misma. Cada vez que comenzaba a sentirse débil o enferma, hundía el rostro en la suave tela de la manta. El olor de él estaba tejido en los hilos y le renovaba a Marella la determinación de sobrevivir. Tenía algo por lo que vivir mientras esta diminuta vida creciera dentro de ella. No podía haber lugar para la desesperanza, no mientras este hijo dependiera de ella.

No había sabido nada de su hermano desde que la habían encarcelado. Y con la bendición de la diosa, no había sabido nada del druida. Pero estar sola dejaba la espada de Damocles colgando sobre ella, y cada ruido la sobresaltaba. Cuando la puerta finalmente se crujió hacia adentro, ella gimió a pesar de su determinación de mantenerse fuerte.

No hubo llamada en la madera y la voz de Suelta era delicada, movimientos lentos y llenos de dolor. No probó ni una sonrisa ni un beso de bienvenida, sino que se contentó con abrazar a Marella y ahorrar a su boca rota más dolor. "¿Qué has hecho, Marella?" Suelta

arrastró las palabras.

Quebrados sollozos le tartamudeaban en el pecho cuando Marella abrazó a su cuñada. "Lo siento mucho, Suelta. Lo siento mucho. ¿Estás bien?" La pregunta era una tontería nacida del horror y la culpa. Marella había sabido el precio que su amiga iba a pagar cuando Taran descubriera que ella los había ayudado a esconderse y, sin embargo, sabía que le había dolido más el corazón por la decisión de Marc de rechazarla. Ahora, si él aún estaba vivo, se enfrentaba a la misma pregunta una vez más. Si alguna vez lo volvía a ver, ¿la perdonaría y la abrazaría o se marcharía? Independientemente de lo que eligiera, era demasiado tarde para preguntarle a Suelta si iba a sobrevivir a su participación en la fuga. La respuesta era obvia.

"Todo esto es tan terrible, Marella. Yo no debería estar aquí, pero Taran está en la ciudad con el sacerdote, discutiendo con el tribuno sobre este romano de baja alcurnia.

Marella se sintió desfallecer, su visión se desvaneció en un torrente cada vez más oscuro de esperanza y miseria. "¿Tienen a Marc aquí? ¿Sigue vivo? Su alma murmuró oraciones de agradecimiento a ese dios anónimo, mientras se estabilizaba en el borde de una mesa y se obligaba a seguir respirando.

"Sí. Los romanos también han invitado a Sarnicio a la discusión. Ese ya está viajando. Como todos los demás en el mundo, va camino de *Okilis*."

Sarnicio. Marella giró entre risas y lágrimas. Le ardían los ojos, pero estos permanecían secos. Él le había parecido su única esperanza, pero no era de ayuda ahora. Lo mejor que podía ofrecer condenaba a muerte a su hijo. Él era solo un hombre noble más que agregaba peso a una balanza inclinada contra ella. "Se ocuparán de nosotras rápido entonces, al menos," se escuchó decir. "Seis días hasta la fiesta y cinco días de viaje. Todos querrán llegar a la ciudad antes de que comience el Samhain, especialmente el sacerdote."

Cuando abrió los ojos, el dolor en el rostro de Suelta hizo que el corazón de Marella se tambaleara. Se movió tan lentamente hacia el sofá que Marella comenzó a creer que estaba desgarrada por dentro.

El dolor parecía apuñalarla desde dentro, agudizando el aire helado a su alrededor.

"Taran te quiere muerta, ¿sabes? Y también quiere muerto a tu amante romano. El sacerdote te busca, dice que para juzgarte, pero babea cuando habla de ti. Aunque Sarnicio ha prohibido que cualquiera te haga daño hasta que él haya hablado con todos los involucrados. Esa es la única razón por la que aún estás aquí ahora. Y el campesino."

"Sí." Marella se acercó al sofá. Taran la quería a ella y a Marc muertos, como había querido desde el principio. Ahora ella le había dado toda la justificación que necesitaba y no había nada que pudiera hacer al respecto. Al menos, mientras estuviera aquí, estaba a salvo del sacerdote. Pero los romanos tenían a Marc y Taran lo buscaba. ¿Cuánto tiempo podría darles eso? "¿Dónde está, lo sabes? ¿Se te permire verle?"

"Déjale en paz, Marella." Suelta respiró lentamente dos veces y continuó: "Los romanos quieren su propia revancha. Ahora no es de nuestra incumbencia."

"Tengo que ayudarle, Suelta. Él no ha hecho nada malo. Nada. Otra vez te lo digo: todo lo que dijo Leucetius es mentira. Hasta que Marc me rescató, yo no me había dado cuenta de ello."

"Ya no importa qué es verdad y qué no. Nadie te va a creer. Tú no puedes ayudarle. Quiero saber qué puedo hacer por ti. Tienes que esperar que Sarnicio se ponga de tu lado y te envíe al templo. Dime que has destruido el feto al menos, o no habrá esperanza siquiera."

Marella estudió los moretones y la piel cortada en el rostro de su hermana. Suelta tenía razón; todos estos hombres iban a creer lo que más les convenía. Todos ellos tenían secretos y vergüenzas que trataban de ocultar, y esperaban que ella asumiera el coste por todos ellas.

La matarían a ella, a Marc y a su hijo inocente, todo en nombre del honor. Estaba horrorizada de una forma que nunca antes había sentido. No había nada caballeroso o varonil en el daño hecho a su hermana. Ni en el daño que le pretendían. "Por supuesto que sí,"

mintió con calma. "¿Qué otra cosa puedo hacer?"

Suelta asintió dolorosamente. "Eso es lo mejor." Luchó por ponerse de pie. "No puedo arriesgarme a quedarme mucho más tiempo. Si Taran regresa, se enojará. Dime qué puedo hacer para ayudarte. ¿Hay algo que necesites?"

"Nada." Marella se acercó y se arrodilló sobre el frío que flaqueaba a los pies de su amiga. "No puedes ayudarme, pero puedes hacer que se transmita un mensaje a la familia de Marc en *Toletum*. Eso es lo único que tengo. Son ricos, puede que haya algo que ellos puedan hacer para ayudarlo. Con eso habré hecho todo lo posible para devolverle su ayuda al menos. Entre estos hombres y sus mentiras, no puedo imaginar ninguna forma de sobrevivir a esto, pero él no ha hecho nada malo."

"¿Su familia es rica?" Los ojos de Suelta se iluminaron como un destello de interés, y Marella sintió que se le tensaba la frente y que las insistentes náuseas en el estómago le hervían. "¿Cómo de rica?"

"Mucho. Tienen grandes propiedades a lo largo del *Tagum*." Las lesiones de Suelta eran repugnantes. Su rostro era de alabastro manchado de sangre y sus ojos brillaban con la fiebre del dolor y los opiáceos. Aun así, ella logró enderezarse como si se hubiera encontrado de repente en buena compañía. Las mentiras llegaron más fácilmente a la lengua de Marella. Ella no sentía reparos, ya no tenía cuestiones sobre el bien y el mal. "Son nobles. Como ya te he dicho, él no es un campesino. Y no es romano."

La mujer herida gimió ante una decisión peligrosa. "Marella, no. Esto se pondrá aún más feo. Haremos que el escándalo se extienda por todo el país y otra buena familia estará clamando por derramar tu sangre."

"Mi sangre ya está derramada, Suelta. Solo Sarnicio tiene alguna esperanza de detener al druida y no creo que mis posibilidades sean muy buenas. Todos tienen demasiado que ocultar. Pero si Marc acaba entregado a los romanos por nada más que ayudarme, es la sangre de Taran la que su familia querrá."

Apenas podía respirar, apenas tenía esperanzas. Su útero era una

roca, pesando mucho en la boca de su estómago, juntando todas sus opciones en una masa cálida y coherente. Y cada respiración entrecortada, cada latido que resonaba en sus entrañas, era una oración por su campesino dorado. No había lugar para la desesperanza.

"Envía un mensaje, Suelta. Hazlo por mí. Le debo eso al menos. Sarnicio puede usar su autoridad para apartarlo de los romanos. Y ellos deben cumplir. Pero una vez que él tenga a Marc, una vez que Sarnicio haya dictado su decisión, nada evitará que Taran lo mate. Tienes que avisar a su familia. Tienes que darles la oportunidad de liberarlo de este lío."

Suelta se puso de pie, todo su cuerpo temblaba presa de la debilidad y la indecisión. "¿Estás segura de que son nobles? Él no se parece a ningún noble que yo haya visto nunca. Y habla como un romano."

Marella respiró hondo y se llenó de tranquila convicción. "Son de *Britania*. Su hermano era comandante. Por eso Roma lo está buscando." Con cuidado, reunió los trozos de esa historia que podría utilizar. "Hubo un problema de honor familiar en el que ellos rehusaron luchar por Roma. Ahora el oficial romano al que insultó tiene una venganza contra él. No podemos entregarlo en sus manos. Así no. No cuando no hizo nada malo y su familia tiene los medios para liberarlo."

Su calma se disolvió en súplicas y veía a su hermana inclinarse hacia el lado de cualquier hombre que se opusiera a Roma. Al lado de cualquier hombre rico.

Suelta se hubiera frotado las manos, pero sus heridas lo impidieron. En cambio, se frotó las ataduras de su muñeca hinchada y se obligó a apartarse de la cerca. "Dame el nombre, Marella. Puede que ellos no puedan hacer nada, pero al menos se les debe informar. ¿Con quién me comunico?" Las palabras fueron tan frágiles como sus esperanzas, pero Marella extrajo un poco de fuerza de ellas.

La luz del amanecer apenas había tocado el cielo cuando Torres le dio a Marella la orden de vestirse y entrar en un *carpentum* que la

esperaba. Había pasado otra noche sin dormir y sus ojos estaban secos y pesados. Si no salían de *Nertobriga* hoy, no podían esperar hacer el viaje a *Okilis* a tiempo para el festival.

Un ceño fruncido le dolía en la cara y el horror del aislamiento, de no saber, latía en su pecho. La decisión tenía que tomarse hoy. Sarnicio tenía que estar listo para emitir un juicio, o la peregrinación a *Okilis* se retrasaría.

Pero fue la repulsión física lo que la abrumó cuando olió a su compañero de viaje.

Leucetius se sentaba como una vil mantis en el acortinado interior, con las largas extremidades dobladas, listo para alimentarse. Mientras la carreta rodaba lentamente hacia la calle, presionó las pálidas puntas de su bigote en su boca, succionando los recuerdos del fino cabello. "Apesta a miedo, mi dulce sacerdotisa," siseó. "Qué olor tan delicioso."

Las contracciones involuntarias obligaron a Marella a ponerse en cuclillas y apartarse de esos ojos.

"No seas descortés, querida. Tengo la oportunidad de hablar con tu romano. Pensé que te gustaría venir a dar el paseo." Sus oscuros ojillos brillaban, como en las ratas, pero no había nada tan inocuo como las alimañas en él. Apesta a maldad dura, a una crueldad más allá de la imaginación, y estar tan cerca de él hacía que todos los pelos del cuerpo de Marella se erizaran.

Alrededor del *carpentum*, los *equites* de Taran cabalgaban en formación cerrada. Fue su sola presencia lo que impidió a Marella lanzarse por la cortina hacia la carretera. Por el momento, nada parecía más vital que alejarse de su mirada lasciva.

"No será una charla larga, ¿entiendes?," Él continuó conversando. "Todos tenemos que estar de camino a *Okilis* a media mañana. Sarnicio nos ha pedido a todos que nos encontremos allí. Parece que no quería pasar el inconveniente de viajar por los remansos de la provincia. No puedo culparlo." Le sonrió con dientes blancos y afilados y ella se atragantó, sus arcadas lo divirtieron aún más.

Debían viajar a *Okilis*. Cinco días. Si el *princep* se reservaba su juicio hasta haber oído a todas las partes, les acababa de entregar los cinco días que tardarían en llegar allí.

“Estos romanos quieren quedarse con tu Adonis. Por mí como si quieren matarlo, pero ellos quieren retenerlo aquí.” Levantó las manos con fingida exasperación y ella se obligó a mirarlo. “Tendremos que asegurarnos de que él no regrese de nuestra entrevista, ¿no es así?”

¿Los romanos no lo querían muerto? Aún no.

Si Taran quería tomar custodia, si Sarnicio lo ordenaba, el tribuno romano no tendría autoridad para retenerlo. Si el tribuno aún no lo había ejecutado, aún tenían tiempo de su lado. No mucho. Pero era otro pequeño hilo de esperanza.

Mientras ella cruzaba las cortinas hacia el amanecer, Marella vio a su hermano de pie con dos centinelas romanos. Los hombres se levantaron rígidamente en armas, sin mostrar ninguna deferencia aparente hacia el Dux de Lusones.

"Taran." La voz de Marella fue tensa y ella se apresuró a levantarse las faldas lo suficiente como para apresurarse en su dirección. Él no daba señales de haberla oído dándose la vuelta cuando Leucetius la agarró del brazo y tiró de ella hacia lejos de la puerta vigilada.

En el oscuro pasillo de este frío edificio de piedra aparentemente vacío, dos de las élites de Taran montaban guardia en una segunda puerta en sombras. En el interior, un sacerdote encapuchado sostenía sobre el pecho un garrote del tamaño y la forma del antebrazo de un hombre, pero Marella apenas veía al hombre.

Marc estaba de pie junto al sacerdote, con las manos atadas con una pesada cuerda de cuero y echada con fuerza sobre la cabeza hasta una argolla de grilletes en el techo. Sangre oscura se le había secado alrededor de la nariz y le había salpicado el pecho desnudo y la gamuza de los pantalones. Pesados verdugones del color ciruela escarlata de las magulladuras sin forma cruzaban su abdomen y pecho. Tenía los ojos cerrados.

Leucetius puso las manos sobre los hombros de Marella y ella se agachó más tratando de encogerse ante el toque. "A tu hermano le gustaría una confesión, pero tu amigo aquí presente es reacio a hablar." Se acercó a Marc, inclinando la cabeza hacia adelante como si estuviera estudiando una nueva extraña criatura. "Para mí, Marella, quisiera una retractación de tu calumnia. Vamos a hablar con Sarnicio y no quiero que tus mentiras manchen mi reputación con el *princep*."

"Tu hermano está esperando afuera, convenciendo a los guardias de que él cuidará bien de su prisionero si lo llevamos con nosotros ante Sarnicio en *Okilis*."

Marella concentró en Marc el valor que pudo encontrar. Cada nervio de su cuerpo se tensaba hacia él, anhelando correr hacia él y envolver su dolor. Intentó encontrar el único consuelo que podía ofrecer. "*Toletum* no está demasiado lejos," dijo temblorosa. "Sesenta leguas, ¿verdad?"

Él abrió los ojos y atravesó el terror en ella con un azul claro, mientras Leucetius asentía una vez y el sacerdote encapuchado golpeó con el garrote los riñones de Marc.

Marella gritó y Leucetius la agarró por la cintura, sujetándola con facilidad. Él chasqueó la lengua con decepción y se deslizó más cerca detrás de ella de modo que la dura longitud de su cuerpo se presionara a su espalda. "Él no va a llegar a *Toletum*. Y tú tampoco, querida."

Sus manos se deslizaron lentamente por la suave tela de su túnica, moviéndose por las costillas en lánguidos movimientos. "Si ella se mueve," dijo sonriendo, "golpea de nuevo."

Su aliento era caliente y movió la boca sobre su hombro, succionando y mordiendo la piel suave mientras sus largos dedos se extendían sobre sus pechos, ahuecando y luego apretando dolorosamente la piel sensible. Ella gimió, ahogándose con un pequeño sollozo y él tomó su pezón dolorido con los dedos y lo pellizcó. "Te gusta eso, ¿verdad?" preguntó, frotando su hinchada ingle contra la redondeada suavidad de su trasero. Bilis caliente subió por la garganta de Marella en sollozos, y el horror llenó su

cabeza con una corriente de aire negro.

Marc volvió a abrir los ojos, apretó la mandíbula y Marella apartó la mirada rápidamente antes de que él pudiera ver su vergüenza, antes de que él pudiera leer los recuerdos que la atormentaban. Su movimiento fue suficiente activación y el garrote batió con fuerza el estómago de Marc. El aire salió de este con un gruñido y él dobló las rodillas. Las cuerdas se mantuvieron firmes y sus hombros se hincharon y crujieron bajo la torsión.

"Levántate," espetó Leucetius clavando sus dedos en la ternura de sus pechos, y Marc lentamente obligó a sus rodillas a enderezarse.

"Ahora, Marella. Ves como funciona el juego. Tarde o temprano te retractarás. Luego podemos llevarlo con nosotros a *Okilis*, solo para asegurarnos de que no vuelvas a cambiar tu historia."

"No." Fue todo lo que Marc pudo decir antes de que otro aplastante golpe se estrellara en su espalda y él cayera pendido de las cuerdas de nuevo.

"Ambos estamos muertos de todos modos. No tengo ningún orgullo que proteger y ellos no tienen ningún interés en la verdad." Marella trató de contener las lágrimas, pero el miedo y la frustración le quemaban las pestañas. Unos pocos días más. Si lo llevaban a *Okilis*, el hermano de Marc tardaría cinco días en llegar. "Dime lo que quieres que diga." Volviéndose hacia el sacerdote, ella le escuchó en la cara y él se rió.

Él dejó caer las manos a sus caderas mientras la atraía con más fuerza sobre sí mismo y juntaba los pliegues de su falda más arriba, exponiendo sus muslos. Él la obligó a separar las piernas con una rodilla y le pasó los dedos para palpar las cálidas sombras de su cuerpo. "Puefr que esa decisión te salve la vida, querida. Déjame ver qué puedo hacer."

Taran estaba de pie junto al *carpentum*, con las piernas bien separadas y apretando los puños con furia. Leucetius empujó adelante a Marella, más allá del guardia, y ella quedó de pie ante la ira de su hermano. "Dígaselo, Dama Marella."

Marella quedó en silencio, mirando con incredulidad la frialdad de Taran, sus ojos acusaban y suplicaban al mismo tiempo. Las palabras llegaron despacio, cada sonido rompiéndole el pecho. "El hombre que estás reteniendo," comenzó ella.

"No se moleste con él, señora. Sabemos quién es. Háblele al Señor Dux sobre mí."

Ella cerró los ojos y se recompuso de nuevo para hablar. "Lo único que dije sobre el Sumo Sacerdote fue mentira. Él no me hizo ningún daño."

Taran la ignoró.

Reuniendo disgusto en la boca, ella escupió a su hermano. No en el rostro donde él podría borrar ese juicio sin dejar rastro, sino en el pecho, en su corazón, por lo que la saliva oscureció y manchó el lino de la túnica. "¿Qué te dijo, Taran? ¿Te devoró saber que el *princep* había manchado tu honor y que no había nada que pudieras hacer al respecto? Eso debe de haber quemado. ¿Cómo dormías sabiendo que no tenías el coraje para enfrentarte a Sarnicio? ¿Es más fácil ahora? Si matas a un hombre inocente, ¿te sentirás como un guerrero? ¿Como un hombre de honor?"

Él no dio ninguna indicación de que reconociera que su hermana estaba frente a él. Sin una palabra, dio media vuelta y caminó hacia su caballo.

Leucetius se rió en voz baja y Marella flaqueó, agarrándose a la viga vertical del *carpentum* para evitar caer. El druida volvió a llamar a Torres, donde él y su segundo al mando estaban ahora en el lugar de los guardias romanos, "Matadlo. Diles a los romanos que trató de escapar." Y empujó a Marella al interior del acortinado *carpentum*.

Torres cortó las cuerdas y Marc cayó de rodillas. La aguda estática de alfileres y agujas se precipitó desde las muñecas hasta los hombros y se fundió con el latido de los moretones. El *equite* le agarró pelo de la coronilla y echó la cara hacia atrás. "No hagas nada para que te mate, ¿entiendes? Yo no sigo las órdenes del

druida, y la muerte es demasiado definitiva para un hombre tanto buscado por los romanos como por mi comandante."

Sus palabras tenían un fuerte acento, pero hablaba latín. Independientemente de lo que él pretendía, era lo bastante importante como para asegurarse de que Marc no se equivocara. Este trató de concentrarse en las palabras, más allá de los gritos de agonía en su cuerpo.

"¿Así que, qué hacemos?" preguntó Torres retóricamente. "Nos deshacemos de ti. Tienes que desaparecer, pero tenemos que ponerte en algún lugar donde podamos recuperarte si alguien parece perder la cabeza por ti."

Caminó de un lado a otro y Marc se concentró en mover el pecho lo suficiente para que el aire entrara en sus pulmones. El dolor se extendió por su columna y alrededor de sus costillas en largos dedos de metal fundido. Rechinaba como huesos rotos con cada respiración. Líquido se espesó en sus pulmones, pero no podría haber tosido para salvar su propia vida.

"El truco," continuó Torres, para su propio beneficio o para su segundo al mando, "va a ser llevarte a *Okilis*. El tribuno va a remover las piedras buscándote. Y si yo te doy un palmo, huirás."

Retrocedió y levantó la cara de Marc de nuevo, manteniéndola quieta hasta que él abrió los ojos. "¿Te han dado los dioses suficiente sentido común para mantenerte con vida?"

Marc luchó por asentir, pero no convenció al comandante de la caballería de élite de Taran. "Es un viaje de cinco días a *Okilis* en la caravana. Yo te necesito en pie en dos, cabalgando en tres."

Gruñendo de dolor, Marc empujó las manos atadas contra un muslo y forzó la otra pierna debajo de él, luego logró ponerse de pie, encorvado. Las estrellas estallaron en su cabeza y el mundo se inclinó violentamente hacia la derecha. Un dolor tan extremo que subió en bilis caliente estalló en su pecho. Si hubiera comido en los últimos dos días, habría vomitado. En cambio, bajó la cabeza y esperó a que Jura Torres continuara.

"Bien, me estás siguiendo entonces. Así que escucha una cosa más. No cometas el error de pensar que te amo a ti o a tu elegante dama. Como mires de reojo siquiera, te mataré. No voy a perder a uno de mis hombres solo porque Leucetius quiere que mueras. No eres más para mí que un seguro. ¿Estoy siendo claro?"

Marc asintió de nuevo.

"Si los romanos te buscan, pueden tenerte. Taran te necesita en *Okilis* cuando tenga que enfrentarse a los Arevaci, te tiene a ti. A mí no me importa de un modo u otro. ¿Entiendes? Bien. Mantén la calma y compórtate y obtendrás comida y agua. Si me das algún problema, te morirás de hambre."

Él lo tenía. Lo tenía todo muy claro.

Cuando el comandante se volvió para salir de la habitación, Marc lo observó retirarse por un largo túnel oscuro. Todo el dolor de su pecho se apretó contra la imagen de la humillación silenciosa de Marella y trató de gruñir. Entonces las luces se apagaron.

Cuando despertó, la habitación tenía ese frío peculiar que proviene de estar bajo tierra. El colchón de paja debajo de él era demasiado delgado para evitar el frío del suelo de piedra alejado del denso dolor de los moretones y las articulaciones dañadas. Pero el aire era fresco, ni húmedo ni demasiado seco, y llevaba el dulce perfume de las flores de los cítricos.

Era de noche, no entraba luz a través de las rejillas metálicas de los altos conductos de ventilación. Una lámparita ardía en un estante a mitad de camino de la pared opuesta. Había un balde de hojalata. El colchón. Y un frasco de agua.

La sed lo condujo, ignorando del dolor en el brazo y el pecho, y él tomó lentamente el frasco. Así no podía. Para beber tenía que sentarse y necesitaba todas sus fuerzas para levantarse.

Encima de él, en el rincón más alejado del techo, se abría la puerta de un sótano y un montón de trapos bajaban los escalones arrastrando los pies. Lenta pero segura, esta adoptó la forma de una anciana, de apenas metro y medio de altura y casi igual de redonda,

encorvada y envuelta bajo capas de ropa. Chasqueando la lengua, murmuró en voz baja, sosteniendo un plato de estofado. Mientras él apoyaba los hombros en la pared, ella chasqueó más y sacó un trapo sucio de la manga, escupió en él y le limpió la sangre seca de la cara.

Dedos gruesos y castaños palparon cuidadosamente los cortes y ella se quejó amargamente de algo mientras palpaba las profundidades de su ropa en busca de una cuchara. Marc miró a la vieja. No era mucho un guardián, pero para el estado en el que se encontraba, ella era más que suficiente. Tendría que cabalgar en tres días. Si era de noche, ya había dormido uno.

Si tenía que viajar a *Okilis* en tres días, bien podía tragar un vaso ahora. Miró la preocupación en el rostro de la anciana y soltó una risa rápida.

Por otro lado, aún estaba vivo. Con cuidado, se llevó la cuchara a la boca y comenzó a comer. Y el druida estaba demasiado cerca de Marella. Esa era razón suficiente para seguir con vida. Marella, seguro como el Hades que no tenía la intención de que él viajara a *Toletum*, por lo que ella había querido decir que alguien podría venir de allí. Astuta, chica astuta.

Dependiendo de la rapidez con la que Luc recibiera el mensaje y la rapidez con la que los *equites* esperaban que él cubriera la distancia hasta *Okilis*, ambos podrían llegar casi al mismo tiempo. Si es que podía llegar allí.

Pasó la comida por el gástrico y bebió tanta agua como pudo. Lo que sabía del idioma nativo, lo intentó. Sosteniendo el plato, preguntó: "¿Más?" Y sonriendo, intentó, "¿Vino?"

La anciana pareció complacida, no tanto como cualquier guardia que él hubiera conocido. Le mantuvo el rostro quieto mientras cacareaba y le limpiaba de nuevo las heridas, diciéndole, al parecer, que estaba en mal estado. Eso no eran nuevas noticias. No necesitaba un espejo. Tomando el plato vacío, le pasó suavemente los dedos por el pelo, murmurando ánimos mientras se alejaba arrastrando los pies hacia los escalones.

El pecho de Marc era un gran hematoma. Solo cambiaron los matices y colores de la lesión. Era más fácil respirar estando tumbado, pero quería moverse, sentir la magnitud del daño. Necesitaba despejar tanto los pulmones como la cabeza.

No por primera vez estudió él las razones por las que había esperado a que los guardias romanos lo arrestaran. No eran razones, era singular. Una razón.

Marella.

En algún momento de los últimos seis días, ella había pasado de ser un catalizador a ser el cambio, una simple razón para moverse, la razón por la que él se había detenido. Y quedado quieto. Y esperado a que las elecciones de su pasado lo alcanzaran.

Las mismas elecciones que lo habían llevado de regreso al ejército romano lo habían vuelto a sacar de sus manos. Al parecer, ni siquiera Roma era rival para sus nobles. Ahora la familia de Marella lo tenía a él, y la tenían a ella, y el druida estaba entre ellos.

Cambió de posición despacio, tratando de encontrar un modo de sostenerse que no le doliera. Todo esto podría haberse evitado si hubiera escuchado sus instintos en lugar de sus recuerdos. Debería haber sabido que no debía haber permitido que la situación de Marella borrara la línea divisoria entre su vida y la de ella. Pero la idea de ella había llegado como un bálsamo, un pozo de curación que se elevaba dentro de él. Las decisiones de ella le importaban más de lo que deberían porque él quería que le importaran.

Suspiró hacia las sombras y se frotó cuidadosamente la barbilla. Ella era tan perfectamente femenina. Tan maravillosamente redondeada, seductora y cálida. Tan dolorosamente hermosa. Se apretó los ojos con los pulgares y negó con la cabeza. ¿Era el sexo? Sonrió para sí mismo. ¿Se había vendido a sí mismo en sus manos por una noche de alivio?

Recordando la primera cara que le vino a la mente, consideró a las hermanas di Sicoris. Una, luego las cuatro. Altas, delgadas, dispuestas. Jóvenes. Pero tan pronto como le vino una imagen de Marella, dejó caer las demás como un trapo sucio.

Mirarse las propias hinchazones moteadas le recordaba los moretones en el cuerpo de Marella. El olor de la flor de los cítricos llenaba las imágenes en su cabeza. Si cerraba los ojos, podía imaginarse que ella estaba de pie en la habitación. Si vagaba con los recuerdos, podía sentir el calor de su piel en los labios y saborear la dulce convicción en sus besos. Si al principio ella no había estado segura de su decisión, había encontrado la certeza muy rápidamente.

Cuando ella ofrecía una taza, no se contenía, y él se había bebido hasta las posos. Ella estaba en su sangre, tan seguro como el mejor vino. Y como el buen vino, él casi podía recordarle a la lengua su sabor. Casi. Podía verle claramente la boca, levantada en la más mínima sonrisa. Burlándose, desafiante, necesitando ser besada. Él sonrió e hizo una mueca cuando los músculos se contrajeron y sufrieron incómodos espasmos. Lo único que él necesitaba era otro sorbo. Y otro.

Reuniendo su determinación, se apoyó contra la pared y se puso de pie. Podía girar los hombros, las articulaciones no estaban dañadas, aunque no le gustaría tener que depender del brazo de la espada. Girándolo hacia los lados, primero en un sentido, luego en el otro, no sintió ningún chirrido ni pinchazo de hueso roto. Aún no estaba muerto.

En tres días estaría listo para cabalgar.

Capítulo 13

Okilis era una polvorienta colmena beige. Una amplia franja verde oscuro de bosque remanente a lo largo de un lado de la muralla de la ciudad le daba su único color. Las masas del enjambre le daban vida.

Ninguna parte de la ciudad estaba vacía. La carretera estaba atascada e incluso la caravana ducal se había visto obligada a reducir la velocidad durante la mayor parte del viaje.

Leucetius había cabalgado con una furia silenciosa, irritado por volver a sus deberes sacerdotales lo antes posible.

Taran cabalgaba en lívido silencio por la ondulación gris del paisaje, hablando sólo con sus hombres, agarrando la empuñadura de la espada en su cadera como si el derramamiento de sangre fuese la única respuesta a su rabia.

Suelta seguía su propio consejo, evitando toda acción que pudiera molestar a su esposo o hacer que se acercara a su *carra* más de lo necesario.

Marella cabalgaba en silenciosa desesperación. Estaba acurrucada en un sofá, con las manos apretadas con fuerza sobre la promesa de plenitud en su vientre, rezando. Lo último que sabía de Marc había sido ver a Jura Torres girar sobre los talones para responder a la orden de matar. Ni Torres ni su segundo se habían unido a la caravana, pero eso no significaba sino que Taran les había dado otras órdenes.

Nada le daba motivos para esperar que él aún estuviera vivo.

Nada más que la convicción de que aún podía sentir su tacto. Si cerraba los ojos podía ver su sonrisa. Podía sentir ese aliento en el hombro donde él había dormido y el calor de su mano en el vientre. Cuando ella le envolvía con fuerza los hombros, podía olerlo en su manta. Tenía que estar vivo, porque ella no podía imaginarse viviendo en un mundo que él no compartiera.

Hasta que ella supiera lo contrario, iba a creer que él había sobrevivido. Se les había ordenado retenerlo hasta que Sarnicio dictara sentencia y eso significaba llevarlo a *Okilis*. Pero ella había imaginado que eso implicaba que viajaría con el grupo ducal. No había ni rastro ni mención de él desde que habían dejado *Nertobriga*.

El viaje había sido una pesadilla de contención y aislamiento. No había visto a Suelta en cinco días, y el guardia de Taran había mantenido al druida alejado de ella. El silencio era ensordecedor, haciéndola querer gritar de frustración. Pero había mantenido la paz. Había hecho en silencio todo lo que se le pedía que hiciera y pasaba el tiempo durmiendo o rezando. No podía hacer nada más.

La caravana se movía de manera constante entre la multitud, bordeando los mercados centrales de la ciudad del templo y continuando hacia donde la ciudad trepaba por colinas bajas, serpenteando carreteras arriba color arena, pasando edificios color arena, hacia alturas color arena.

La villa daba a la ciudad por un lado y cruzaba un río de paja y techos de tejas de terracota hasta la finca de Sarnicio en la ladera adyacente. Eso era demasiado cerca. La única ventanita de Marella mostraba su césped artificialmente verde y salpicaduras de geranio rojo brillante, reluciendo como una celebración en medio de tanto gris.

El polvo le había llegado hasta el pelo, la ropa y la piel. Mientras se empapaba tanto en una bañera caliente, sintió más arena opaca en los ojos, en la garganta y secándose en la sangre.

Esta noche habría color y vida en la ciudad. Durante tres días, a partir de esta noche, el Samhain, se suspenderían todas las leyes naturales y la celebración de la vida y la muerte daría rienda suelta a la población entera.

Cernunnos, el dios cornudo, descendería al inframundo y con él los seres queridos que habían muerto durante el año. Su muerte sería sostenida con comida y bebida, lo mejor de la cosecha, y su prodigiosa virilidad sería celebrada por cualquiera que pudiera encontrar pareja. O parejas.

A Marella no le interesaba la celebración. Al anochecer se extinguirían todos los fuegos del hogar del país, y era esa fría oscuridad la que resonaba en ella. Ceniza, fría y seca.

La puerta se abrió lentamente y, aunque el movimiento la asustó, este pasó en el instante en que supo que por fin Suelta había podido venir a su habitación.

"¿Marella?" El sonido seguía siendo tan seco y quebradizo como un pergamino. Cuando descorrió la cortina, su rostro estaba pálido como la muerte. Solo la oscuridad de sus abrasiones y los moteados moretones que se extendían debajo de la piel le daban algo de color.

"¿Estás bien?" Marella hizo la pregunta, pero no necesitaba una respuesta. Ningún ser vivo tenía los labios tan secos y blancos. Suelta llevaba una copa de agua, sorbiendo constantemente para aliviar una sequedad interminable.

"No." Suelta se arrastró hasta un taburete y se sentó rígida y en evidente agonía. "Pero yo quise venir. Taran ha estado en una conferencia con Sarnicio desde que llegamos. Se fue directamente a su villa y acaba de regresar."

Marella se acurrucó en las rodillas, mirando fijamente el vapor que se elevaba desde la superficie del agua, preparándose para oír lo peor. "¿Que te dijo?"

"¿A mí? No me dijo nada." Suelta intentó reír, pero la muerte estaba demasiado cerca para dejar escapar el sonido. Cerró los ojos y recogió fuerzas. "Les dijo a sus hombres que te acompañarían hoy a la villa de Sarnicio. Nadie quiere perderse las celebraciones de esta noche, ¿comprendes?" De nuevo intentó sonreír.

"Hay cosas que quiero decirte, mi querida amiga. No estoy segura de tener otra oportunidad, así que te lo diré ahora. Envié un mensajero de relevo a la familia de tu salvador. Solo pude decirles que Taran lo retenía en *Okilis*. Eso es lo único que sabía en ese momento."

Marella tosió un pequeño sollozo de alivio. Marc estaba vivo. La

rigidez desapareció de su columna y se hundió en el calor del agua. Pero el hecho de que se hubiera convertido en su salvador y no en «ese campesino romano» dejó un mal sabor de boca a Marella. El dinero podía comprarte honor, sin importar las circunstancias.

"En este momento, Leucetius cree que está muerto, pero Taran lo quiere vivo. Una vez que se conozca el caso, continuarán con él hasta *Caracca*."

"¿*Caracca*?" Eso no tenía sentido, ¿por qué Taran iba a llevar a Marc a alguna parte? Seguramente una vez que terminara su juicio, él no tenía ningún valor. Excepto como esclavo. Se enderezó abruptamente, su temblor hizo ondas apretadas a través de la superficie. "¿Lo van a vender?" Su voz se tensó más. "¿Esclavitud?"

Suelta negó con la cabeza y levantó una mano temblorosa para beber. "El Coliseo de *Caracca*. Los juegos. Con su constitución y su colorido y su experiencia como luchador, les dará un buen dinero. Lo venderán como gladiador. Podría ser peor. Desde allí, su familia puede comprarlo para sacarlo de sus cadenas."

La boca de Marella se abrió entre gritos silenciosos, pero su hermana levantó los dedos para pedir silencio. "Déjame terminar. Hoy," respiró lentamente varias veces, "Sarnicio te verá. Solo. Ya ha hablado con Taran y el druida, pero quiere verte a solas. Tienes que recordar que tu héroe aún no está aquí. Sarnicio no lo ha visto. Ningún anciano quiere ser comparado con alguien que se parece a Marc, Marella. Tienes que convencerlo antes de que tenga la oportunidad de verle, ¿entiendes?"

Marella asintió.

"Cae a sus pies, querida mía. Él no querrá enviarte al templo, la vergüenza ya es demasiado grande. Así que, si aún quieres vivir, suplícale. Miénteles tan fácilmente como me has mentado a mí."

"Pero yo..."

Suelta cerró los ojos y volvió la cabeza. "Yo he tenido cuatro bebés, Marella. Mírate. ¿Crees que no puedo ver los cambios en ti?" Bebió un sorbo y agitó una mano. "Eso no me importa ahora. Tú eres

quien tiene que vivir con tus elecciones, no yo. Una última cosa. Este hombre que has encontrado tiene un noble romano buscándolo. Por eso estuvo retenido en *Nertobriga*. Por eso registraron nuestra caravana antes de irnos. Solo el reclamo de Sarnicio sobre él nos permitió seguir viajando a *Okilis*."

La cuestión del honor familiar, pensó Marella. Su tribuno.

"También está de camino desde *Gallia Aquitania*. Es un largo camino si al noble le gusta viajar con estilo y comodidad. Espero que su familia lo encuentre primero."

¿Y si es soldado? Pensó Marella. ¿Si puede cabalgar? ¿Y si odia perder? ¿Y si quiere a Marc muerto lo suficiente?

"Eso es todo, querida. Eso es todo lo que sé. Espero que te ayude." Metió la mano en los pliegues de su estola, mirando con tristeza la botellita que sostenía, luego se puso de pie y se la ofreció a Marella.

Marella extendió la mano y tomó el frasco, mirando inquisitivamente a su amiga.

"Belladonna," dijo. "Úsala, Marella. ¿Qué es una vida sin honor?"

Las manos de Marc estaban atadas, pero lo bastante separadas para ayudar a mantener el equilibrio. Había estado bien alimentado, tenía espacio para moverse y un galeno le había revisado las heridas y le había proporcionado medicinas. Los días en el sótano del huerto habían sido lo más fáciles posibles, teniendo en cuenta la paliza que había recibido.

Ahora, las hierbas aliviaban el dolor más agudo.

Mantener un galope constante era soportable, lo justo. Pero cabalgar hasta el tercer día, deseó al menos que le quitaran la capucha de la cara. La gruesa arpillera y el uso intensivo de analgésicos lo dejaban desorientado. Toda la concentración que podía reunir se centraba en llevar aire al pecho y mantener el equilibrio.

Torres le dio una palmada en el hombro, sacándole un gruñido de dolor, y preguntó: "Casi ahí. ¿vas a lograrlo?" Se rió y Marc echó los hombros hacia atrás lo suficiente para respirar de nuevo.

"Quita la capucha."

"Podría hacer eso pronto. Estamos a solo media hora de la ciudad y no quiero que llames demasiado la atención al entrar." Continuaron cabalgando en silencio hasta que la llamada se hizo más lenta y los caballos volvieron a caminar. "Es la gran celebración de esta noche. Multitudes por todas partes. No quisiera que cometieras el error de pensar que tendrás cobertura si intentas correr."

Marc apoyó el peso en las manos por un momento, ignorando la afirmación. Tenía las manos atadas a la silla lo suficiente como para dejarle caer al suelo. Si lo hacía, sería arrastrado. Los dos hombres que lo acompañaban llevaban espadas y dagas, y un bastón grueso que habían usado de vez en cuando en el viaje, solo para recordarle que debía comportarse.

No iba a huir. Aún no. Sus anfitriones habían prestado especial atención a su salud. Demasiada. Eso le recordó las historias de niños cebados para comérselos y hombres engordados para el sacrificio.

Cuando por fin Torres quitó la capucha de la cara de Marc, no fue amable, pero eso significaba que Marc podía dejar por fin que un profundo y doloroso aliento le ayudara a aclararse la cabeza. Cabalgaron a través de laderas grises sin rasgos distintivos, donde pendientes bajas y pastos secos se extendían por todos lados sin esperanza de cobertura.

"Cuando llegemos a la ciudad, te llevaré a una villa. Se aplica el mismo trato." Era la forma que tenía el comandante de Taran de evitar los problemas y Marc estaba feliz de seguir estas reglas. Torres le dijo lo que harían y cómo. Su parte del trato era quedarse callado y hacer lo que le decían. De esa manera nadie lo lastimaría demasiado. Él no tenía mucho que decir en esos términos; en su estado actual, la resistencia era inútil de todos modos. No tenía más remedio que esperar.

"Vas a entrar en una habitación de aquí hasta que Taran te llame."

Comida, agua, medicinas." Zanahorias para mantenerte en el buen camino. Una vez que Taran llamara, tal vez antes, el trato iba a terminar. Entonces, ¿por qué toda la comida?

Estaban cuidando de su mercancía. Quizá Taran ni siquiera sabía que seguía vivo. Si Torres quería obtener ganancias con un hombre muerto, Taran nunca lo sabría. Los esclavistas eran notoriamente discretos. No, si fuera así de simple, podrían haberlo vendido en *Bilbilis*. Además, sus captores estaban nerviosos por llegar a *Okilis* a tiempo para el Samhain y la ceremonia de los muertos.

Marc intentó tantear en busca de pistas. "Quiero ir a la ceremonia esta noche," dijo. ¿Dónde está su punto débil, comandante?

Torres se rió. "¿No me has oído? He dicho que vas a esperar en una habitación de la villa."

"Los muertos salen esta noche, comandante. Mis muertos. Sus muerte. Quiero ir a la ceremonia." Se volvió para mirar al soldado a su lado. Había pocos ateos en la línea del frente y nadie mataba para ganarse la vida sin soñar con los rostros de los asesinados. "No estoy en condiciones de luchar. Estoy desarmado. Puede permitirme mostrar respeto por los muertos. Señor."

Torres encontró su mirada llana y la igualó. Se rió de nuevo, pero primero desvió la mirada. "Yo me despediré de mis muertos. Tú estarás encerrado en tu habitación."

"Su Dama Marella fue consagrada a Diana," dijo Marc. "La Virgen Cazadora también estará suelta esta noche."

Dejó que los hombres lo consideraran. El segundo al mando de Torres se había acercado más, en silencio, pero el brillo de la superstición desenfrenada le nublaban los ojos. Cuando Torres hubo cabalgado demasiado tiempo en silencio y se hubo frotado las manos con demasiada frecuencia, Marc preguntó: "¿Cuán romanizada es vuestro templo? Cernunnos, el Gran Cazador, el Dios Cornudo. Y Diana, la Virgen Cazadora, paseando por las calles entre nosotros. Bendiciendo o maldiciendo." Sonrió al segundo al mando. "Me pregunto si la diosa mirará con mucha amabilidad a los enemigos de Marella esta noche."

El segundo al mando de Torres era un hombre bajo y fornido con dos viejas cicatrices en la cara. Tenía las manos gruesas y llenas de callosidades. Parecía que salía a estrangular osos por diversión y, sin embargo, la idea de enfurecer a los dioses y a los muertos lo dejó obviamente helado de terror supersticioso.

Ecrus Reye García Sarnicio di Arevaci extendió las manos en bienvenida cuando Marella corrió hacia él. Él parecía mayor, o su visión de él era menos indulgente de lo que había sido antes.

"Marella. Te ves tan divina como siempre. Estoy encantado de verte de nuevo." La bienvenida desapareció de su tono tan repentinamente como una roca caliente. "Ojalá las circunstancias fueran mejores."

"Mi señor." Ella se arrodilló a sus pies y presionó sus manos con la frente. "Cualquier circunstancia que me permita estar cerca de vos de nuevo vale la pena."

Una vez, ella había dicho estas palabras y las había dicho en serio. Una vez, ella se había sentado a sus pies y llorado, rogándole que no la enviara lejos. Entonces no eran los pensamientos de vergüenza lo que la aterrorizaba, sino el conocimiento de que el hombre al que amaba la iba a descartar.

"Gracias, mi Señor, por recibirme. Sé que debe ser difícil para vos tener que lidiar con todo esto. Pero sabía que si podía encontrar una manera de obligarlos a que lo presentaran ante vos, yo obtendría una audiencia justa."

"Mi querida hija." La ayudó a ponerse de pie, deslizando un brazo protector alrededor de su cintura. "¿Qué hay que escuchar? Escogiste a un amante romano, trataste de escapar cuando te descubrieron, y ahora ambos están aquí para avergonzar a toda nuestra familia."

Era inútil. La fría luz de su mirada le decía que hacía mucho que él había tomado una decisión. Como había dicho Suelta, no importaba la verdad, solo lo que pensara la gente. Dándose la vuelta en su

abrazo, se apretó suavemente contra él, apoyando la cabeza en su pecho como una niña llorando. "Sabéis que eso no es cierto. Yo no estaba tratando de escapar. Venía aquí a por vos. No importa lo que os hayan dicho, sabéis que sois el único hombre al que he amado." Ella volvió su mirada hacia él. "Sé que me creéis. Sé que me escucharéis. De lo contrario, ¿por qué me habríais dado audiencia? Mi Señor, me conocéis. Sabéis que elegí el templo sobre cualquier otro hombre. Vos lo sabéis."

La frialdad en sus ojos se había calentado. Incluso la piel de su cuello donde ella presionaba su mejilla se había calentado bajo su toque. Suavemente, él le volvió el rostro hacia el suyo y la besó, deslizando el firme eje de su lengua en su boca. Su aliento silbaba y resollaba en sus oídos, y ella se inclinó más hacia su abrazo. Dejó que sus dedos agarraran su túnica, para agarrarlo y tirar de él hacia ella como si él fuera su vida.

Cuando él la apartó, esos ojos se suavizaron ante los recuerdos de las lecciones que ella había aprendido en sus manos, y suspiró como si no pudiera soportar dejarla ir. "Oh, Marella. Eres sin duda la mujer más deseable de *Hispania*." Asintió para sí mismo y Marella evitó apretar los labios.

Él le deslizó suavemente una mano por la mejilla y le tomó la barbilla. "Te creo. Por supuesto que te creo."

Dejándola, subió los dos amplios escalones hasta donde se había colocado su silla de conferencias con forma de trono. Girándose lentamente, llevando el peso de cada uno de sus sesenta y tres años, se sentó frente a ella. "Pero ¿qué haría yo al respecto, mi dulce niña? Seguro que no quieres vivir sabiendo que has traído tanta vergüenza a todos en toda la familia."

"¿Qué he hecho yo?" Sintió que el terreno que había ganado se le escapaba. "Si me creéis, ¿por qué me hacéis responsable de los crímenes de Leucetius?"

Nada de la calidez permaneció en sus ojos. Estaban tan fríos y decididos como lo habían estado el día en que él había rehusado sus súplicas hacía un año. "Tú no hiciste nada malo. Y el romano que atraparon contigo, no hizo nada malo. Voy a hablar con él mañana.

Aún así, ¿dónde me deja eso? ¿Dónde te deja a ti, Marella?"

Él levantó la mano, una señal a alguien invisible, y las puertas detrás de ella se abrieron. "No puedes llevar tu cuerpo sucio al templo. Virginidad perpetua, eso le prometiste a la diosa. Esto es una broma ahora, ¿no? Muerte. O matrimonio. Podrías haber considerado el matrimonio una vez antes, Marella, pero insultaste a mi pobre sobrino. ¿Recuerdas? ¿Te parece ahora mejor la oferta de matrimonio?"

Ella guardó silencio. Los guardias, que vestían túnicas ajustadas de color gris oscuro y largas faldas de cuero segmentadas a la moda romana, se movieron para pararse a su lado.

"Quizá te interese saber que se me ha planteado la idea del matrimonio. Podría decir que no en tu nombre, sabiendo que nunca podrías amar a ningún hombre más que a mí."

El rostro de Marella había caído en un frío desprecio, no había lugar para juegos y mentiras. Solo le había dado una audiencia para divertirse con su humillación.

"¿Qué crees que debería hacer, Marella? ¿Qué harías tú en mi lugar, eh? ¿Debería ver al romano por la mañana y decidir si debería quedarse contigo? ¿Podrías soportar eso, querida? Tu sangre y toda tu exquisita belleza en las toscas manos de la soldadesca. Y un cobarde, además, un desertor, un hombre sin integridad. ¿Debería estar de acuerdo en entregarte a cualquier alma triste que quiera aceptarte, solo para apartarte de mi vista? Aún podría conseguirte un mejor matrimonio que ese bajo romano. Incluso como puta. ¿Debería llamar a tu hermano y darle mi bendición para que te corte el cuello? Eso es lo que le gustaría hacer. Así que, dime, ¿cuál? ¿Qué crees que debería hacer?"

"Deberíais hacer lo honorable. Mi Señor," espetó ella. Cada insulto le traía la imagen de Marc con más claridad a su mente. Este hombre no tenía por qué hablar de honor, coraje o integridad. No sabía qué eran. "A vuestra edad es importante poder dormir por la noche. Ya habéis tenido más años que la mayoría. Más de lo que os merecéis."

Sarnicio se echó a reír con genuina diversión. "Te he echado de menos." Siguió sonriendo, señalando a uno de los guardias y señalando a Marella, indicando la calidad de su broma. "No voy a decidir qué hacer contigo aún. Se les han dicho que te mantengan cómoda. No quiero que te encierren en un sótano o que te nieguen la comida y el agua. Y no querrás perderte la ceremonia de los muertos esta noche. No querrás estar sola en una villa fría y oscura una vez que se apaguen todos los fuegos. Veré cómo te sientes mañana."

Él había hecho su pronunciamiento y volvió a levantar la mano para señalar. "Así, voy a hablar con tu romana. Todos podemos tomar la decisión juntos. Tú y tu romano, Taran y el Druida. Y yo. Eso es justo."

Cuando ella dio media vuelta para irse, una niña entró corriendo en la habitación. La moza parecía estar en la adolescencia, posiblemente en edad de casarse, con pechos pequeños y prolijos y caderas estrechas. Estaba ricamente maquillada y su cabello estaba adornado con cuentas. Corrió al lado de Sarnicio mientras los guardias sacaban a Marella de la habitación.

Seis muchachos se esforzaban sobre el camino de grava seca mientras llevaban el *carpentum* de Marella colina arriba hacia la villa ducal. Cuatro guardias del personal de Sarnicio lo habían seguido, caminando en las esquinas de la litera y los dos *equites* de Taran iban detrás, manteniendo el insulto del *princep*. ¿Una chica herida necesitaba seis hombres? Eso era un flagrante insulto contra Taran y sus mejores soldados.

Torres tampoco estaba ciego al significado cuando colocó su caballo detrás de los jinetes que lo seguían. "¿Qué están haciendo esos ahí?" siseó señalando a los hombres vestidos de gris.

"Órdenes de Sarnicio, señor. Están con la Dama hasta mañana, cuando él la vuelva a ver." El hombre que habló era un veterano de más batallas que las que Sarnicio recordaría. Carraspeó y escupió, mostrando a su comandante la profundidad de su desprecio.

Jura Torres avanzó junto a los soldados de infantería, burlándose de su desdén hacia los dos más cercanos al pasar. "Cuatro de vosotros para una chica," dijo claramente, moviéndose el pulgar por la nariz en un gesto de burla. Los guardias de Sarnicio se pusieron rígidos, golpeando la carretera con los talones de sus picas a cada paso, negándose a encontrar su mirada.

Marc estabilizó su respiración y apretó la mandíbula ante el rigor que se asentaba en sus articulaciones mientras cabalgaba junto al *carpentum*. El dolor le dejaba trazos de colores dentro de los párpados y él saboreaba la sangre en cada respiración. Tan firmemente como pudo, inclinó el peso hacia adelante sobre las manos en el pomo. "Marella," llamó suavemente.

El bastón crujió en la mitad de su hombro y él maldijo entre dientes.

La cortina de ella se retiró y cuatro guardias tropezaron con los niños esclavos y entre ellos para atraparla antes de que ella pudiera saltar y cubrir la distancia hasta los caballos. "Marc," gritó Marella mientras se formaba una fila para bloquear su escapada. Agarrando la viga vertical, ella se inclinó por la cortina, inclinando toda su litera hacia los lados. Los guardias de Sarnicio se agacharon y se inclinaron para agarrar el peso de la litera antes de que cayera sobre el lugar donde estaban.

El segundo al mando de Torres golpeó con el bastón la baja espalda de Marc y Torres se giró con la espada desenvainada. Marc fijó su mirada en el segundo al mando y dijo claramente: "Recuérdale, Marella. Recuérdale esta noche."

El comandante de Taran no necesitaba su espada. El dolor recorrió la cabeza de Marc en oleadas de oscuridad. El aire aullaba en sus oídos y el sabor crudo de la sangre le atravesó la lengua seca. Había luchado todo lo que había podido por el momento. Él no llegaría a ninguna parte yendo rápido.

Detrás de él, mientras su caballo era empujado a un galope hacia la villa, los *equites* de Taran desmontaron y trataron de ayudar a los cuatro guardias de Sarnicio a empujar a una chica herida hacia dentro del *carpentum*.

La puesta de sol tocaba columnas de humo mientras las muchas hogueras que se desarrollaban alrededor de la ciudad crepitaban, se elevaban y estallaban arriba. Desde su pórtico elevado, Marella podía ver algunas tempranas hogueras individuales, pero el fuego principal en el templo estaba oculto por la distancia.

Dentro de la villa, y en cada hogar y aldea celta, se apagaba el fuego de la chimenea y de todas las lámparas. Cada hogar sería frío y oscuro, poco acogedor para los espíritus de los muertos en esta noche cuando se movieran entre los vivos.

Los guardias no le dieron tiempo para disfrutar de la vista.

Le habían dicho que se vistiera para las celebraciones, y cuando el día y el año viejo se acercaban a su fin, la llevaron a toda prisa por la villa y la metieron en su litera. Taran cabalgaba con sus hombres, pero no hizo ningún movimiento para reconocer su presencia. Suelta no estaba en el grupo mientras avanzaban lentamente por el camino de grava hacia el templo, las heridas en ella la dejaban más cerca de los muertos que de los vivos.

Escudriñando por la cortina, Marella examinó las torres y las dependencias en busca de algún movimiento o señal que pudiera indicarle dónde tenían a Marc. Suelta había dicho que Taran lo retendría hasta que Sarnicio lo viera. Estaba en algún lugar cercano y el conocimiento se arrastró bajo su piel como una línea de hormigas. Ella podía sentirlo. Su espíritu clamaba por él. Le dolía el corazón, atravesando el espacio entre ellos para tocarlo.

El druida lo había llamado Adonis. A su campesino de oro. Él estaba en algún lugar cercano y su luz la calentaba.

Mientras salían por las puertas de la villa y bajaban por el camino hacia la ciudad, descorrió las cortinas para ver el comienzo de la noche de celebración. La gente en todas partes vestía disfraces o cascos de ramitas y astas. Los hombres llevaban vestidos finos y pelucas de seda, con rostros blanqueados, coloreados con tintas y *kohl*. Por todos lados había color, el comienzo de la música y jubiloso movimiento.

Cerca del pie de la colina, donde las densas hileras de casas de bloques de piedra se apiñaban contra la carretera, un grupo de jinetes llamó su atención por su quietud. Se agrupaban muy juntos, viendo al grupo de Taran avanzar hacia ellos con una actitud de sombría concentración. Con capas de color marrón opaco envueltas firmemente alrededor de cada uno de ellos.

A medida que se acercaban, Marella avanzó trepando de rodillas, aferrándose a la viga vertical del dosel. Aun cuando el aire se oscurecía constantemente, podía ver que el jinete del medio tenía el pelo rubio. Era más corto y más gordo, pero cuando pudo distinguir las facciones del jinete, no tuvo ninguna duda de que estaba mirando al hermano de Marc.

Él se encorbaba hacia delante, encrespado por la ira y un ceño fruncido le oscurecía la frente. Parecía una fuerza elemental, como una violencia apenas contenida. Donde el rostro de Marc era abierto, con líneas de presta risa cerca de la boca y los ojos, de un azul claro y brillante, este hombre miraba ceñudo con ojos grises que brillaban desde las sombras.

Su estudio llamó la atención del extraño y, al pasar, él la observó tan de cerca como ella lo miraba a él. Su mente se quedó en blanco. No podría haber recordado su nombre si su vida dependiera de ello. Ni siquiera si la vida de Marc dependiera de ello. Arrodiándose en el *carpentum*, a solo unos metros del jinete, ella logró decir "Marc."

Cuando su litera siguió la pista de Taran al doblar una esquina, entre los altos muros de piedra de las casas, vio por última vez a los jinetes dividiéndose. Dos permanecieron en el camino que bajaba de la villa. Cuatro, encabezados por el rubio enojado, se colocaron silenciosamente detrás de ella.

Golpeándole con el bastón en el estómago, el guardia de élite de Taran preparó a Marc para el viaje a la ciudad. Si el miedo es la madre de la violencia, este hombre era un hijo obediente. Aterrado por lo que no sabía y furioso porque se había convertido en un blanco de influencias oscuras, Marc esperaba pacientemente el sonido del aire, roncando por la agonía. Cuando comenzó el jadeo,

el guardia volvió a golpearle con el bastón, esta vez por encima del hombro. Marc ya estaba de rodillas. No podía levantar la cabeza. Probablemente había tenido suficiente para quedar tan dócil como un cordero, pero la irritación del soldado aún no se había saciado.

De nuevo, él esperó. Lo último que quería era que el bastardo se desmayara. Lo necesitaba erguido y montado a caballo. Y necesitaba que Dama Marella pensara que se veía lo bastante bien como para contener cualquier maldición que ella pudiera haber invocado. Había dejado atrás a demasiados muertos para arriesgarse a ser maldecido en una noche como esta.

"¿Estás listo para viajar?" preguntó entre dientes.

Marc no respondió. Un dolor candente gritaba por cada nervio de su cuerpo. Un pulso subió desde la base de su cráneo como si fuera a reventarle la parte superior de la cabeza. El guardia le aporreó con el bastón en la mano y el silbido y la bofetada hicieron que Marc se estremeciera.

"Eso será suficiente por ahora." El soldado sonrió.

Moviéndose para quedar a su lado, ató un lazo corto alrededor del cuello de Marc y dejó el extremo suelto, colgando sobre la espalda. "Levántate. Tienes que montar a caballo."

Iba a salir fuera.

Se dirigía a la ciudad abarrotada.

Tendría un único guardia.

Si alguno de los dioses de Marella estuviera escuchando, Luc estaría en algún lugar entre la multitud. Estas eran las únicas cosas que obligaron a sus piernas a sostenerle mientras Marc luchaba lentamente por ponerse de pie. Logró abrir los ojos cuando el guardia abrió la puerta y Marc arrastró los pies lentamente hacia los establos.

Se subió a las balas de heno para montar, se montó a la silla y esperó en silencio mientras el guardia tomaba sus manos detrás de él y las ataba a la soga que le colgaba de los hombros. Ahora, si

movía sus doloridos brazos, apretaría más el lazo del cuello. Si perdía el equilibrio, se ahogaría.

El guardia montó a su lado, deslizando el bastón en una funda en su silla y desenvainando la fina y larga hoja de su daga. "Asegúrate de que ella te vea hacer una ofrenda," dijo. "No puedo matarte, hay demasiados que te quieren vivo. Pero puedo hacerte desear estar muerto."

Marc encontró la fuerza para asentir. Este idiota incluso iba a buscar a Marella por él. Tenía que permanecer consciente, ahora.

El ancho lomo de la yegua gris que montaba hacía que el equilibrio fuera mucho más fácil, y esta mantenía los pies con tanta suavidad que el dolor de cabeza comenzó a disminuir. El guardia agarraba las riendas al frente y Marc abrió los ojos mientras se acercaban al pie de la colina.

Había jinetes en la oscuridad a un lado de la carretera. Quietos y silenciosos.

Su guardia tenía la intención de asegurarse de que Marella lo viera, por lo que Marc solo vestía una túnica sin mangas sobre los leotardos, y la tinta azul de la yerba pastel brillaba para él como un faro. Quiso reír, pero sentía demasiado dolor en el estómago para ello. Se acercaron a los silenciosos observadores y el alivio se apoderó de su sangre al reconocer los rostros. Echó la cabeza atrás, mirando hacia el cielo cada vez más oscuro. La gruesa cuerda de cuero en su cuello sería bastante fácil de ver, y ellos sabrían, por la forma en que sus brazos tiraban desde la espalda, cómo estaba atado.

Serpenteando a través de la apretada multitud, oía el sonido de los cascos sobre los adoquines detrás de él mientras los jinetes se unían silenciosamente para seguirlo.

El progreso era lento, incluso para el grupo ducal, ya que los festeros llenaban las calles. La gente seguía la luz mientras la noche se apoderaba de sus viviendas, dejando las hogueras de la ciudad

como única iluminación.

Cruzando el rico centro de negocios donde se agrupaban los almacenes de los mercaderes y atravesando el cuadrado del mercado, llegaron a la plaza abierta que daba al templo. Allí, la hoguera arrojaba luz bajo el techo del templo y el calor retenía a la gente junto a las paredes de los edificios circundantes. Ppr encima del fuego, el altar se podía ver sobre los escalones del templo, ancho y grande.

Las fuentes de oro y plata vestían la libación con esplendor sacramental, y las canastas estaban a rebosar con pirámides de granadas maduras, sobre y frente al altar. Otras cestas se alineaban en los escalones del templo, y una vez que la fogata se hubiera reducido lo suficiente como para comenzar la ceremonia, la multitud se serviría los frutos sagrados.

Los dioses eran sabios. Si bien la celebración y la pulpa de la granada alentarían la procreación, muchas mujeres usarían la pulpa molida de la piel para mantener la procreación bajo control.

En total desacuerdo con la presa de personas con trajes coloridos y diversos grados de celo religioso o embriaguez, los soldados romanos estaban en armas alrededor de la plaza. De uniforme completo, con escudos y picas, miraban a Marella aburridos o amargados. La mayoría deseaba no estar allí o que la celebración les diera una excusa para mojar las espadas.

Taran se había marchado con sus jinetes cuando la guardia de Sarnicio la llamó de su *carpentum*. Ella no tenía vino ni disfraz. La apretada presión de los guardias mientras formaban delante, detrás y al lado de ella, la movió con firmeza y determinación a través de la multitud y hacia el fuego abierto cerca de los escalones del templo.

El dolor se retorció debajo de las costillas y los empujones le pincharon los moretones mientras ella caminaba. Ignorando el dolor cuando podía, se volvía, estiraba el cuello más allá de la retaguardia, buscando entre la multitud una señal de sus seguidores.

Más cerca del fuego, el calor se apoderó de su garganta. La irritación se alimentaba de su malestar. Era difícil respirar y observar. Cada dos pasos tropezaba con las sandalias del guardia de delante.

"Alto," dijo ella tan claramente como pudo. Los guardias se movían como si ella no hubiera hablado, y ella se trabó las rodillas, se estancó entre la multitud y dijo de nuevo, más alto: "He dicho, alto."

Esta vez sí que dejaron de caminar y ella pudo volverse para mirar atrás por donde habían venido. "Necesito una bebida. Hace demasiado calor tan cerca del fuego. Quiero vino antes de que me caiga al suelo." En ninguna parte del mar hirviente de rostros que había detrás había ningún rastro de los jinetes que había visto.

Los guardias que Sarnicio le había puesto no eran hombres jóvenes. Ninguno de ellos mostraba dulzura o compasión en sus rasgos, cada uno parecía decidido a cumplir con un deber establecido, y su consuelo o angustia era tan intrascendente para ellos como la multitud.

"Sigue moviéndote." El guardia que estaba a su lado llevaba un torque dorado intrincadamente tallado sobre el carbón de la túnica. Los otros llevaban dorados, pero los suyos carecían del detalle del hombre que hablaba. "Hace más fresco cerca de los escalones. Una vez que estés en tu sitio, pediré vino."

"¿En mi sitio?" Las palabras de Marella fueron ignoradas y la sólida presión desde atrás la impulsó de regreso a su curso predestinado.

Los miembros de la multitud más valientes o más borrachos ya se habían acercado al fuego. Impulsados por el dolor o el miedo, tenían pequeños muñecos hechos de juncos y sauces. Vestidos, adornados y rociados con la sangre del ciervo del sacrificio, los preciosos personajes de mimbre eran arrojados al fuego, llevando hacia las llamas esperanzas y bendiciones para los muertos para completar el ciclo.

Por encima del grupo de Marella mientras avanzaban, figuras se movían desde los oscuros recovecos del templo hacia el alcance de la luz. Encapuchado con ásperas sotanas hiladas de color marrón

oscuro, el sacerdocio se movía en filas tranquilas para caer detrás del altar. Marella tropezó de nuevo al verlos moverse, olvidándose de sincronizar sus pasos con el guardia.

Aún así, las filas avanzaban. Marella nunca había visto tantos Druidas juntos en un solo lugar. Montañas de ellos.

Al pie de los escalones, una apretada presión de espectadores había formado una cuña. A lo largo de los escalones del templo y de regreso al alto muro del edificio vecino, los comerciantes y los ciudadanos ricamente vestidos se habían reunido para obtener el mejor lugar con la mejor compañía.

Junto a ellos, un centurión romano miraba fijamente a media distancia, aparentemente sin notar las personas que estaba destinado a proteger. Su mirada no vacilaba ni cuando comenzó un pesado tambor que exigía silencio.

Lenta, reverente, tan convincente como un latido, la vibración esencial de la vida misma estaba tomando forma.

En el silencio entre latidos, los sacerdotes reunidos comenzaron un murmurado encantamiento. Vibraciones multitonales subían y bajaban uniendo los latidos de la vida en un sinuoso canto, retorciéndose y elevándose como espirales de humo, llevando el sonido hacia el creciente calor de la hoguera.

Embelesada su atención, la multitud se levantó con el sonido. Este creció, girando en espiral más alto hacia la noche, sacando oraciones susurradas de los labios de los que miraban. Las sombras bullían desde espíritus inquietos a medida que el ritmo ganaba ímpetu, acelerando los latidos del corazón en alas invisibles, y el canto fúnebre susurrado por los sacerdotes se convirtió en una espesa disonancia. Las amusicales armonías de la multitud aumentaron cada vez más hasta que el sonido chocó contra los oídos y el ritmo del tambor resonó en todos los pechos.

Entonces se detuvo.

El silencio fue instantáneamente una bendición y un tormento. En el vacío dejado por el paso del sonido, Marella trató de reprimir el

latido que le ahogaba la garganta. El latido de su corazón había seguido al tambor, cada vez más rápido, su respiración estaba agotada y ella se encorvó sobre sus moretones.

A su lado apareció un odre de vino, sobresaltándola con la mirada fija al escenario. El guardia detrás de ella se sacudió, agarrando la muñeca que sostenía la bota de vino, avergonzado de haber sido sorprendido desprevenido. El campesino que sostenía el vino retrocedió con las palmas abiertas, desconcertado por el enfado del guardia.

Marella miró al guardia, tomó con cuidado el odre y se lo llevó a los labios para beber mientras los cuatro miembros de la élite de Sarnicio evaluaban al hombre y lo consideraban inofensivo. Temblando al pensar que podría caerse, Marella volvió a beber y giró para devolverle el odre de cuero. El hombre había desaparecido, su sencilla capa marrón se mezclaba con la multitud como un fantasma. Pero ellos sabían dónde estaba ella.

Sonó un tambor y Marella saltó de nuevo.

Una figura solitaria entró en el silencioso claro del escenario. Una espectacular curva de cuernos de íbice en la cabeza le hacía parecer tener tres metros de altura. Levantándose desde la ingle hasta los hombros a través de la parte delantera abierta de su túnica, un masivo falo plateado se erguía desvergonzado, provocando gemidos de asombro de la multitud cautivada.

Los sacerdotes dieron un paso adelante, levantaron la túnica negra de los hombros de su Señor y abrieron sus pieles opalescentes hacia la intensa luz del fuego.

Marella quedó boquiabierta. Aunque él estaba perfectamente quieto, la luz del fuego sobre su piel pintada le hacía parecer ondular y cambiar ante sus ojos. Una larga barba postiza se enrebaba hasta la cintura, pero estando desnudo, no podía ocultar sus rasgos lo bastante bien como para confundirla.

Leucetius se deleitaba con el asombro de la multitud, bebiendo del poder, de la esencia del mismo Dios Cornudo. Levantando los brazos por encima de la cabeza, comenzó su propio encantamiento,

llamando a los espíritus de los muertos, atrayéndolos para que lo siguieran al inframundo.

Su voz sonaba tan claramente como el pedernal sobre el cristal y todos los ojos estaban sobre él. Marella se apretó el escote de la túnica contra el cuello y luchó contra las náuseas y las ganas de huir. Podía ser un disfraz, exagerado para una exhibición ceremonial, pero la vista de su violador, desnudo excepto por su poderoso falo, la redujo a una masa temblorosa, cercana a la histeria.

Sus rodillas se habían doblado; su estómago se agitaba, caliente de terror.

Frenéticamente, apartó la mirada de él, buscando entre la multitud a los jinetes, en busca de rescate. "Ayúdame," las palabras subieron a su garganta, pero su lengua estaba demasiado seca. No tenía aliento para gritar. Tanteando, extendió la mano para empujar dedos y manos entre los guardias, tratando de forzar un espacio a través del cual pudiera escapar.

El comandante la tomó de la muñeca y la miró a los ojos.

"Ayúdame," rogó ella en un seco siseo. "Por favor."

Los ojos del soldado retuvieron su respuesta. Comenzó a sonreír cuando el hombre detrás de ella avanzó, empujándola más cerca del escenario. Más cerca de donde estaban, la fila de sacerdotes se curvaba hacia adelante para formar un largo callejón. Los guardias de Sarnicio la empujaban, tropezando contra sus rodillas bloqueadas y mortificados, subiendo un escalón, dos escalones, hacia las anhelantes manos del sacerdocio de Leucetius.

Marc. Quiso ella gritar, suplicar por su única seguridad. Su rostro y su nombre llenaron su conciencia y necesitó gritar por él. Él la rescataría de nuevo. Pero él estaba herido. Y estaba demasiado lejos.

Capítulo 14

Marc se estabilizó contando respiraciones para evitar hundirse más profundamente en la ardiente oscuridad a sus pies. El calor del fuego era demasiado intenso. Estaba deshidratado, débil con náuseas y de pie solo por la fuerza de la voluntad. Marella estaba en alguna parte de la ciudad, pero no tenía idea dónde. Y Luc. Con un poco de suerte, Luc también estaba aquí en alguna parte.

De pie justo detrás y al lado de él, su guardia sujetaba la soga en su cuello como una correa y se acertó a empujones en la multitud para hablar con confianza. "No tendremos que quedarnos aquí mucho tiempo," dijo. Sudor, que brotaba de algo más que el calor del fuego, le cubría las cejas y los labios. el hombre estaba genuinamente aterrorizado.

Bien, pensó Marc, y contó lentamente una, dos, tres respiraciones.

En el escenario, un sacerdote había acaparado el espectáculo con un impresionante miembro de plata y una canción dulce y penetrante, pero Marc no tenía interés en ver o escuchar el acto. Cada vez que la multitud se agitaba, las rodillas amenazaban con ceder. El guardia los había llevado a empujones hacia adelante, los había expuesto a lo peor del calor del fuego para poder ver el escenario con claridad. Ahora estaba esperando y Marc había perdido la confianza que tenía de sobrevivir a esta noche.

La cuerda le tiró del cuello y Marc abrió los ojos.

"Esta parte," siseó su captor. A pesar de su miedo, parecía divertido por lo que esperaba a punto de ver. "Mírala. Asegúrate de que pueda verte y de que sepa que te he traído aquí. ¿Entendido?"

Marc no entendía. Marella no estaba a la vista.

En el otro extremo del escenario, comenzó una especie de jaleo y los sacerdotes se rompieron filas detrás del altar hacia el escalón. Estaban subiendo a alguien a rastras mientras el reluciente sacerdote en el medio comenzó a moverse en su dirección por el

escenario.

A Marc le dio un vuelco el corazón. Fijó su borrosa furia en Marella mientras los druidas formaban un cordón alrededor de ella y la movían con paso firme hacia el centro del escenario para encontrarse con el sacerdote de plata.

"Ahí," dijo su captor. "Cuando ella mire en esta dirección, asegúrate."

Dejó de hablar abruptamente, tiró una vez de la soga y se quedó en silencio junto a su prisionero.

"Marc," Lucius le habló directamente al oído, usando su lengua celta nativa para tener privacidad. "Venga. Vamonos."

Marc se giró. Los ojos de su captor permanecían abiertos y su expresión era de vaga sorpresa, pero estaba hundido entre dos hombres como un ufano borracho. La multitud no vio el agudo puñetazo en la nuca mientras estudiaba el espectacular desarrollo en el escenario. Un pequeño cincel había seccionado al guardia en un instante el tronco cerebral y este se había hundido en el abrazo de sus asesinos.

Luc pasó a cuchillo las ataduras de su hermano y le liberó del lazo. Se había quitado la capa de los hombros y tapó a Marc con ella mientras le tiraba de la túnica, urgiéndole a seguirlo.

Otra capa tapaba el uniforme del guardia y los hombres de Luc ya estaban moviendo su carga contra la corriente de espectadores, alejándose del escenario.

Marc miró atrás hacia el escenario. No podía hablar, tenía la boca ampollada y en carne viva. Arrastraba un pie mientras trataba de girar. No había nada que pudiera hacer para salvarla en este momento. Agarrando una copa de un espectador sorprendido, apuró la bebida en un trago y se apoyó en el hombro de Luc. "Está en el escenario. Sube ahí," logró decir. Deja que te vea."

"Está bien, en un minuto. ¿Puedes andar?"

Marc le lanzó una mirada que decía todo lo que no podía. Sí. No,

quizá. Apoyándose en su hermano, se abrió paso entre la multitud hacia donde las sombras mantenían a raya el feroz calor del fuego.

Taran observaba luchar a su hermana. Ella estaba demasiado conmocionada y demasiado presentar lucha, y él la miró desapasionadamente. Bien podría ella haber sido una hormiga atrapada en un poso de miel en lo que a él respectaba. Hubiera preferido que estuviera muerta, pero si Sarnicio hubiera decidido dársela al druida, poco podía él hacer al respecto.

El Dios Cornudo podía elegir a las mujeres esa noche, y su elección había sido fácil. Taran observó cómo el druida disfrazado se posaba bajo el resplandor del fuego y rió. "Bueno, ahora putita," murmuró en voz baja, "esa debería satisfacerte." Se rió de nuevo y tomó una copa de vino de la bandeja sostenida junto a su codo. Por ahora estaba hecho. Esta noche podría relajarse y beber con sus compañeros soldados y disfrutar de los abundantes placeres que ya se ofrecían. Miró a la multitud con aprecio.

Le dio un codazo en las costillas a Jura Torres, inclinando la cabeza para indicar a una moza de grandes pechos entre la multitud. Putas mentirosas, todas. El pensamiento le robó el disfrute de la noche por un momento. Pero solo por un momento.

Marella permaneció donde la habían puesto. El horror la dejaba rígida, petrificada. La peor de sus pesadillas no podría haber sondeado estas profundidades.

Delante de ella, un océano de rostros celebraba su selección, animando al Gran Cazador a llevarse su premio. Si las piernas de Marella la hubieran llevado, podría haberse arrojado a las profundidades de la hoguera y dejar que su puro calor limpiara la suciedad de aquel toque en su piel y su carne y sus huesos, dejar que lo limpiara de su alma.

Los pies de Leucetius parecían apenas tocar la piedra. Navegaba con júbilo. Más de una vez, Marella vio estremecimientos arrítmicos recorriendo el abdomen del sacerdote, enderezando su espalda y apretando sus nalgas en éxtasis. Y así la ceremonia continuó.

Cuando se acercó, ella pudo olerlo, el vil olor dulce y enfermizo del

sudor y la lujuria. En esa mano él tenía un amplio cáliz dorado lleno de granada color rubí. El zumo le manchaba los dedos y goteaba desde la base del grial.

Él acercó el labio al de ella y ella cerró la boca con fuerza, mirándolo con frío odio. Ella no iba a aceptar nada de él, jamás, sin luchar. Su resistencia llegaba superaba la delirante beatitud del sacerdote y él rió. Tomando un pellizco de pepitas rojas entre los dedos, él las empujó entre las mandíbulas apretadas de ella.

Marella sacó la barbilla de esa mano y le escupió las semillas en la cara. La multitud rugió y el druida gruñó, su respiración era un jadeo entrecortado de éxtasis. Una vez más, él le obligó a aceptar las pepitas sagradas entre los labios apretados. Le anudó el cabello en un puño y la atrajo con fuerza junto a su boca y la besó hasta que sus labios sangraron zumo.

"Lúchame, querida mía," jadeó él en su cabello. "Es mucho más divertido cuando luchas conmigo." Sujetándole el cabello en una mano, mantuvo el cuerpo cerca para que el frío metal de su falo llegara desde su vientre hasta encajar entre sus pechos.

La multitud estalló cuando las filas de sacerdotes bajaron los escalones y salieron en medio de ellos, repartiendo frutos sagrados y despejando el camino para la despedida final del Dios Cornudo y su novia elegida. Con él, todos los difuntos del año irían alegremente al otro mundo para comer, beber y fornicar.

Era la hora para que los que quedaban atrás hicieran lo mismo.

Marella apartó la mirada del rostro de torturador, fulminando con una mirada de asco a la multitud que lo animaba.

De pie aparte, congelado entre correr hacia ella y reconocer las imposibles probabilidades de tal intento, el jinete rubio mantuvo a Leucetius una mirada de inmitigable desprecio. Un ceño tan negro como la ruina dejó sus ojos grises brillando a la luz del fuego reflejada. Señaló al sacerdote con un dedo y se volvió para abrirse paso rápidamente entre la multitud.

Leucetius agarró a Marella por la muñeca y la arrastró hacia la

cubierta del templo. Con una mirada, el hermano de Marc había logrado quitarle algo de la brutal seguridad en sí mismo. Pero había alimentado su rabia hasta el punto de la locura. Empujándola ante él por los escalones que conducían a la oscuridad absoluta, aulló exasperado: "Ahora eres mía. Mía." Como si ella no lo hubiera oído, la giró de golpe para que ella le encarara y le gritó a la cara: "¡Mía!"

La oscuridad que la rodeaba era demasiado densa para verlo, pero Marella lo oía despotricar y pisotear con agitados movimientos torpes por la rabia.

Los grandes cuernos de Ibex estaban montados en un marco de metal que se amoldaba detrás de la cabeza y alrededor del cuello. El peso se repartía sobre los hombros y la espalda. Quitar el aparato era un trabajo para dos hombres, pero él dejó caer la muñeca, gruñó de dolor mientras se liberaba de aquel lastre y dejó caer el precioso icono sobre la piedra.

Marella, tanteando en la negrura, moviendo las manos detrás de las caderas, se apartó del jadeo del sacerdote, conteniendo la respiración para evitar que este le resoplara en los oídos. Lentamente, con el coraje aprendido en las pesadillas, ella se internó en el negro vacío.

El sonido de metal sobre piedra le provocó un sarpullido en la piel cuando el sacerdote dejó caer al suelo el falo de plata. Aún estaba jadeando, su respiración rugía en la oscuridad como una tormenta. "Buena chica," susurró. "Jugaremos. Tú te escondes."

Gemidos le ardían en la boca, pero Marella se obligó a callar y se mordió el magullado labio. No podía permitirse el lujo de tropezar, pero tampoco podía permanecer demasiado cerca. Él podía barrer el espacio con los brazos y encontrarla en cualquier momento. Él conocía este lugar. Ella no. Marella se puso en cuclillas, se subió la túnica para evitar tropezar y buscó el camino por donde habían entrado. Si podía encontrar las escaleras, podría llegar hasta la luz.

Todos los fuegos, todas las lámparas y velas de la ciudad, se habían apagado. Ni una sola luz ardía en el enorme complejo del templo. Ninguna podía encenderse hasta la puesta de la luna y solo entonces con una llama tomada de la hoguera sagrada. Marella se abrió paso

a tientas hasta un rincón, pasó los dedos por las dos paredes donde se unían y giró para apoyarse contra la fría piedra.

¿Qué haría Marc? Su hermano era el comandante, ¿dónde estaba ahora? Estaban en alguna parte y sabían que ella estaba en el templo. Pero ella no podía imaginar el estado de Marc, y parecía imposible de que tan pocos hombres pudieran atravesar la legión de sacerdotes que asistían al templo para el festival.

Arrugó la tela del vestido en un paño hasta la boca y dejó que su aliento caliente entrara y saliera, amortiguado por la tela.

Un tropiezo en la oscuridad la sobresaltó, y Leucetius maldijo y rió de nuevo, gritando: "Marella. Ven a jugar." Él se estaba alejando de ella, su voz resonaba en la oscuridad.

Por encima de ella, justo sobre la cabeza, el sonido de pasos deslizándose sobre las baldosas desapareció rápidamente en el silencio y ella miró hacia arriba sin ver. La puerta estaba encima de ella. Ella tenía que estar al lado de las escaleras. Empujándose con cuidado hasta la posición vertical, estiró un brazo arriba hacia la pared. Mordiéndose el labio de nuevo, sus dedos temblaron sobre la piedra, moviéndose hacia los lados hasta encontrar un borde y una cornisa plana. Había encontrado las escaleras.

Leucetius la llamaba. Se estaba acercando a ella de nuevo y el terror ardió caliente y agudo en la piel de Marella. ¿Debería agacharse? ¿Debería esperar a que él comenzara a alejarse de nuevo y luego intentar subir corriendo las escaleras y alejarse? ¿Debería saltarle encima ahora y sorprenderlo?

Le temblaban las rodillas. Sentía debilidad en todo el cuerpo por el agotamiento del estrés. No estaba segura de que sus piernas pudieran llevarla escaleras arriba, pero tenía que intentarlo. Cerró los ojos y se dejó resbalar de nuevo por la pared hasta el suelo, esperando mientras él escudriñaba la noche en busca del calor de su cuerpo.

Marc se bajó hasta el suelo dejando que los hombros se deslizaran

por la fría piedra de una pared. "Tienes que volver al templo y encontrarla."

Miró a su hermano, frunciendo el ceño mientras Luc negaba con la cabeza. "No puedo," dijo pasándose los dedos por la incipiente barba. "Hay al menos un centenar de druidas allá arriba, una centuria en la plaza, probablemente una cohorte entera en el área de la ciudad, y quinientos civiles borrachos, todos vitoreando al dios. No voy a regresar a ese templo y tú no puedes andar a ningún lado."

"¿Y qué quieres hacer? ¿Sentarte aquí a esperar?"

A su lado, un hombre se puso en cuclillas y le tendió un frasco de vino. Cuando Marc lo tomó para beber, el hombre le levantó la parte delantera de la túnica y silbó entre los dientes. "¿Con qué te golpearon?" La pregunta no necesitaba respuesta. Hasta hacía un año, Marc había vivido y trabajado con los cinco hombres que acompañaban a su hermano. Estos eran el personal de Luc, todos exsoldados. "¿Dónde podemos conseguirle medicinas? ¿Hay un galeno?"

Marc miró a su hermano un momento antes de responder. Se hundió en las sombras, con las manos en las caderas y de espaldas al grupo de hombres. Estaba pensando.

"La villa," respondió finalmente. "No queda nadie allí arriba. El dux, Taran di Lusone, está en alguna parte de esa multitud. Su esposa lleva más medicinas que cualquier galeno de la compañía. Estará allí sola, si no está muerta."

La necesidad de apresurar los pensamientos de su hermano ardía en el pecho de Marc. Se llevó el frasco a la boca, gimiendo por el esfuerzo. Puede que la guardia de Taran le hubiese alimentado bien, pero no habían corrido riesgos de que escapara. Estaba casi inútil. Cuando Marc se acabó todo el vino, al menos pudo volver a respirar. Si se movía lentamente, podía mover el torso. Cuando estuvo seguro de que no iba a caer, se levantó.

"¿Quién es ella?" Luc se acercó más, con el ceño fruncido por la intriga.

"La hermana del dux, Marella."

"¿Él no se apresura a ayudarla?"

"Él la puso allí. Es un trato a tres bandas entre el caudillo Arevaci, di Lusone y el druida."

Luc no preguntó cómo encajaba Marc en eso y Marc no explicó las complejidades del problema. Ya le pedirían información si era necesaria.

"¿Puede ella cabalgar?"

"No."

"¿Puedes tú?"

"No. Ni una distancia."

"Tendremos que ir al terreno," decidió Luc.

"¿Has visto el campo por aquí? No hay un árbol. No hay cobertura. Toda granja en la región está llena."

"No lo estás poniendo fácil."

"Yo no he planado nada de esto." Marc rió, luego se arrepintió.

"Entonces, nos quedaremos en la ciudad. ¿Cuántos hombres tiene Di Lusone con él?"

"Una docena. Élites de caballería. Veteranos todos ellos."

"Once." Luc sonrió y asintió hacia el cadáver del segundo al mando de Torres, su ceño se iluminó por un momento.

"Sarnicio di Arevaci también tiene cuatro guardias especiales con Marella. A los hombres de Di Lusone eso no les gusta. Están en algún lugar entre la multitud."

"Bueno. Tú tienes que montar a caballo y volver a la villa. Drogarte un poco." Luc retrocedió un paso para buscar en el cielo una vista clara de la luna nueva. "No tendrán luces hasta después de la puesta

de la luna. Regresaremos y trataremos de encontrar una manera de sacarla."

"No puedo," dijo Marc con calma.

Marella permació en cuclillas. Quería correr, todos los músculos de su cuerpo querían correr, pero ninguno se movía.

El druida ya no hacía bromas ni tontadas sobre el juego. Cuando hablaba, su voz era gélida y peligrosa. Estaba harto de perseguir a su presa. El silencio lo enfurecía, no poder encontrarla lo frustraba. "No hay lugar al que puedas ir, Marella. Esta noche perteneces a los dioses. Tú lo sabes. Yo te he elegido. La multitud no te dejará marchar, eso pondría en riesgo todas sus bendiciones para el año."

Él estaba en lo cierto. Todos en la multitud la estarían vigilando esta noche. Ella había honrada por la elección del dios. Aunque ella saliera de la sala, nunca saldría del templo. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Era inútil.

Acurrucada en la oscuridad, cerró los ojos y mantuvo el recuerdo de haber encontrado esperanza en la calidez del abrazo de Marc. Deliberadamente, se envolvió fuerte con los brazos, como si él estuviera allí para abrazarla y fortalecerla. Bajando el rostro, puso la boca sobre el brazo y recordó el cálido sabor a miel de sus besos.

Él había estado tan enojado. Muy enojado. Pero él era su única luz, su única esperanza, y él no dejaría que ella se sintiera desesperada. Él le diría que luchara.

Leucetius se alejó de nuevo para peinar otra vez el otro lado de la sala. A ella el terror le dejaba el estómago caliente y pesado. Sentía alfileres y agujas en las piernas, las rodillas y tobillos entumecidos. Tuvo que contener la respiración de nuevo.

Luc observaba la plaza.

Los uniformados que habían hecho guardia alrededor de Marella se habían dispersado.

Los druidas subían y bajaban las escaleras del templo, repartiendo granadas y extendiendo la sangre del sacrificio para empapar a los muñecos de mimbre.

El centurión de la guardia romana estaba en su puesto más cercano al escalón. Había apostado hombres a intervalos regulares por toda la plaza, pero eran casi la mitad de su fuerza, tal vez treinta y cinco o cuarenta hombres. Hombres aburridos. Hombres que disfrutarían de una excusa para la sangre.

Luc había enviado a dos de sus hombres para que prepararan los caballos, pero aún no había hecho ningún plan. Estaban tocando de oído en una situación que parecía imposible. La intuición estaba evolucionando hacia un curso de acción mientras evaluaba en silencio las opciones que tenían ante ellos. Solo había una forma de entrar al templo. Solo la hueste de druidas podía entrar y salir libremente. Se tomó un momento para observar el flujo y reflujo de la multitud, luego levantó tres dedos hacia sus hombres, señaló un callejón entre el templo y la pared del patio y comenzó a moverse casualmente hacia las sombras del callejón.

Trabajando con tranquila competencia, los hombres de Luc aislaron y condujeron a tres confiados y condenados druidas al callejón y a la muerte. Luc se puso por los brazos las mangas de la sotana de sacerdote y vio cómo Marc se echaba la tercera sotana sobrante por encima del hombro debajo de la túnica robada que llevaba. Luego, juntos, los dos hermanos subieron tranquilamente las escaleras hacia el templo oscuro como sacerdotes.

Las puertas conducían desde la antecámara, y un pasillo vacío se extendía hacia las entrañas del edificio. Luc caminó directamente hacia el pasillo, señalando a su izquierda y Marc se trasladó a las puertas oscuras allí. El silencio se aferraba a la piedra lisa. El único sonido en el edificio era el roce de sus propios pies sobre el enlosado.

Aquello era imposible. Ya habían perdido demasiado tiempo. Si se abrieran paso a tientas por todas las habitaciones, aún estarían

buscando por la mañana. A la escasa luz de la entrada, Luc se encogió de hombros.

Marc se llevó un dedo a los labios y volvió a señalar el pasillo principal. Se tocó una oreja y ambos hombres se movieron silenciosamente hacia la sugerencia de un sonido. El sonido se repitió y Marc se permitió sonreír. No había humor en ello.

Mientras avanzaban por el pasillo, dejaron lo último de la luz, pero Leucetius seguía hablando, y eso era todo lo que ellos necesitaban.

"Déjame decirte lo que te voy a hacerte, mi amor."

Marc apretó los dientes mientras el druida articulaba lentamente sus deseos. La voz venía de abajo. Habían bajado un tramo de escaleras, pero no podían saber más que eso. El deseo urgente de apartar las manos de Leucetius de la piel de Marella le ponía de los nervios mientras se obligaba en silencio andar a tientas el camino hacia la puerta.

"No te escondas, Marella. Vas a tener que aprender a hacer lo que te digo." Rió, pero no estaba feliz. "Cuando seas mi esposa, no tendrás ningún lugar donde esconderte. Serás mía. Todos los días. Todas las noches. Te tendré siempre que te quiera." Él no la tenía. Si Marella estaba en la oscuridad con el druida, ella se estaba escondiendo y él no podía encontrarla.

Anticipando una apuesta que Marc nunca hubiera hecho, Luc exclamó a través de la oscura entrada: "Marella."

Él tenía razón. Tenían que saber dónde estaba ella. Si el druida la atrapaba, ellos sabrían dónde estaban los dos y él no sería capaz de luchar. Pero la idea de entregársela hacía que a Marc se le revolviera el estómago.

"Marc." La esperanza, el miedo y el alivio en la voz de Marella le desgarraron el corazón a Marc, mientras Luc saltaba escaleras abajo delante de él. Tenían que llegar hasta el druida antes de que este pudiera pedir ayuda.

Marella gimió, su sollozo envió pura adrenalina por el sistema de

Marc, reafirmando los cansados músculos y adormeciendo su consciencia del dolor. Él no se iba a arriesgar a saltar, pero los pies encontraron las escaleras y Marc corrió hacia la habitación oscura. Oyó gruñidos a su derecha, una pelea. "Sin sangre," advirtió, y se volvió al sonido de un movimiento detrás de él. "¿Marella?"

Ella sollozó y él sintió unos dedos buscándole en la oscuridad. El alivio se apoderó de él y Marc la atrajo hacia su pecho y la rodeó con los brazos. "¿Estás herida?"

No hubo respuesta cuando ella se apretó contra él, temblando y sollozando suavemente.

Marella no podía hablar. En un silencio desesperado, se aferraba a la áspera tela de la túnica que él llevaba, dejando que su calidez y fuerza y el olor curativo de él la llenaran y cubrieran todos los expuestos nervios del cuerpo.

Gritos histéricos le resonaban en la cabeza y sollozos ardían en su garganta, pero había seguridad en los brazos de Marc y, de alguna manera, ella encontró el coraje para contener el clamor por dentro y confiar en que él mantendría los terrores lo bastante lejos.

Los ruidos a los lados habían cesado, el sacerdote no había tenido la oportunidad de suplicar por su vida. Marc gruñó y se estremeció cuando Luc le dio una palmada en la espalda. "Dale la túnica y vámonos."

Suelta se cubrió la cara con las mantas y Marella entró en la habitación delante de los hombres, ansiosa por tranquilizar a su amiga antes de que el miedo la dominara.

"Todo está bien," dijo rápidamente. "Están conmigo." Marella se volvió y los apartó del dormitorio. Palpando la oscuridad, levantó de la mesa junto a la cama el pesado baúl de medicinas y se lo entregó a Luc.

Suelta estaba aturdida, los ojos amoratados se cerraban lentamente mientras se llevaba una mano lívida al corazón. "Ni siquiera te

preguntaré qué has hecho, esta vez." Las palabras fueron ásperas y vaporosas, pero ella logró esbozar una pequeña sonrisa triste. Su tono decía que la situación se había deteriorado más allá de las lágrimas. Ahora solo sería suficiente la risa.

"Es peor de lo que te imaginas, Suelta. Ahora no veo ninguna salida. Leucetius está muerto. Yo no puedo huir a ninguna parte, simplemente no puedo. Y Marc no está en condiciones de cabalgar. Han vuelto aquí por las drogas, pero Taran volverá tarde o temprano. Los van a encontrar. Encontrarán a Leucetius." Los acontecimientos de la noche habían atrapado a Marella en una creciente ola de pánico y desesperanza. Cada vez que creía que no podían empeorar, lo hacían. Cada vez que creía que la habían llevado a un lugar seguro, surgían problemas.

Sin luz ni sirvientes, la cómoda villa parecía expuesta y peligrosa. Por la ventana abierta, la luna nueva rehusaba más que el más mínimo consuelo, pero encontraba los planos cadavéricos del rostro de Suelta y los devolvía como un presagio. "Ayúdame a levantarme, Marella. No se ha decidido nada aún."

Marella hizo lo que pudo para sostenerla mientras su hermana se esforzaba por caminar hacia la habitación exterior, y los hombres allí se hicieron respetuosamente a un lado mientras ella se dirigía a un sofá.

"Traeré lumbre." Luc habló en las sombras y Suelta juntó los jirones de su fuerza.

"No lo harás. No traigas luz a esta casa. No esta noche." Resoplando en la oscuridad, Suelta bebió un sorbo de una copa y dijo: "Cuéntamelo todo. ¿Quién está muerto? ¿Quién sabe que estás aquí?"

Marc respondió: "El segundo al mando de Torres está muerto, tres druidas y el Sumo Sacerdote. Nadie sabe que estamos aquí. Taran y su grupo aún están en el templo. No encontrarán a Leucetius hasta la puesta de la luna, como muy pronto. Si nadie va a buscarlo, tal vez no hasta la mañana. Los guardias de Sarnicio seguirán pensando que Marella está con el Dios Cornudo. Que yo sepa, nadie sabía que el guardia me iba a llevar a la ciudad. Nadie salvo tú sabía que Luc

iba a venir." Su lengua ya sonaba más espesa y las palabras se desvanecían a medida que él se quedaba sin aliento.

Obligándose a abrir los párpados para captar cada mota de luz, Marella siguió su corazón a través de la habitación hasta donde él estaba sentado. Se obligó a mantenerse un poco apartada, pero estiró el brazo en la oscuridad para pasarle los dedos sobre el hombro.

"Bueno, entonces no hay problema." Suelta dejó que su suspiro se perdiera en el silencio. "No he estado ciega y sorda durante veinte años."

Nadie habló.

Marella respiró hondo como si fuera a cuestionar la afirmación, pero al final no dijo nada y finalmente Suelta volvió a hablar, lenta y dolorosamente. "Taran no volverá a casa hasta la mañana. Marella estará en casa conmigo cuando lo haga. Su invitado estará encerrado en su habitación y su enviado familiar llegará mañana para solicitar su liberación. Hay un protocolo para estas cosas y, con Sarnicio aquí, esos protocolos se seguirán al pie de la letra. Si los guardias de Arevaci no pueden seguir la pista de una mujer joven, eso es vergüenza de ellos. Si el hombre de Taran y algunos sacerdotes murieron durante las celebraciones, ¿qué tiene eso que ver con nosotros? En cuanto a ese vil druida, estaba vivo y durmiendo cuando Marella lo dejó para irse a casa sola. Pueden que duden de eso, pero dejad que demuestren que ella lo mató."

Luc interrumpió, "Tiene el cuello roto."

"Bien." La voz de Suelta se estaba apagando. Cada palabra tenía un coste, pero ella sorbía y perseveraba. "Mañana, cuando Taran acuda a Sarnicio, estará más decidido que nunca a matar a Marella. Pero no se atreverá a actuar en consecuencia hasta que el *princep* dé su bendición. Eso nos hará ganar tiempo y se pueden lograr muchas cosas en muy pocos minutos."

"Yo iré con ellos." La forma en que ella articuló la última oración sugirió que creía que eso podía suponer una diferencia. Pero Marella sabía que ella también había creído que humillarse iba a

cambiar la opinión de Sarnicio. Ambas se habían equivocado en ese aspecto.

"Hay una cosa más. Los romanos. Entiendo, por lo que me dice Marella, que los odiáis tanto como nosotros, pero Sarnicio los complacerá." Si esperaba que Luc confirmara o negara su afirmación, ese momento se perdió. "Tendréis que iros antes de que llegue el noble romano. Puede que esté a un mes de distancia, pero no se puede saber cómo viajar ni cuándo llega."

Luc miró a Marc. Marc miró a Marella. "Tu tribuno está de camino desde *Gallia Aquitania*," dijo esta. "Él es la razón por la que los romanos te retuvieron en *Nertobriga*. Taran y Leucetius te denunciaron como desertor en *Saragosa*, y parece que él ya te estaba buscando."

Marc asintió.

Luc se acercó a su lado, le agarró a Marc la mano y le dijo: "Regresaremos a la ciudad esta noche y veremos qué podemos descubrir. Si ya está aquí, lo encontraremos." Se giró. "Señoras." Si asintió, eso se perdió en las sombras.

Luc se marchó con sus hombres.

Capítulo 15

Marella siguió rutas abiertas hasta la habitación donde debía esperar Marc.

Lejos de los edificios principales de la villa, los aposentos de los sirvientes estaban formados a partir de piedra desnuda y se fusionaban orgánicamente en los establos y los silos de almacenamiento. Incluso con la puerta abierta a la luz de la luna, el espacio parecía demasiado pequeño. Cuando él giró, la distancia entre ambos fue incómoda. Demasiado cerca para una conversación cortés, demasiado alejados para abrazarse sin dar un paso intencional.

La oscuridad le ocultaba a Marc los rasgos, los sentimientos.

Marella estaba demasiado perdida para el orgullo. Demasiadas veces ella lo había insultado, lo había deshonrado. Él había estado muy enojado. Él merecía más que silencio y duda.

Los latidos de su corazón eran ensordecedores. Las brisas frescas llevaban el alboroto festivo desde el valle abajo, pero estas no retiraban el calor en su piel. Mechones de cabello le cosquilleaban sobre los hombros y le erizaba la piel. El miedo se le había instalado en las rodillas y dedos; se asentaba pesadamente en el estómago y a Marella le temblaron los labios mientras trataba de mirar a Marc a los ojos.

Marc avanzó un paso y levantó una mano para apartarle gentilmente el cabello suelto de la cara, y ella giró la mejilla hacia esa palma y la besó.

Ella necesitaba palabras, un modo de explicarse. Él pensaría que ella quería usar el cuerpo como moneda de cambio. Incluso como pago. Y como ella había carecido de valor de hablarle sobre el bebé, ahora él pensaría que ella tenía la intención de obligarle a asumir la responsabilidad de sus decisiones.

Él habría tenido razón en todos los casos, pero por las razones

equivocadas. Se había enojado tanto. Y ella había tenido tanto miedo.

"No sé qué decir, Marc," dijo al fin. Había demasiadas preguntas, demasiadas respuestas que necesitaba oír y su pulso latía tan fuerte que todo su cuerpo palpitaba con él. "Quiero preguntarte si estás bien y si puedo ayudarte. Y quiero decirte que lo siento y que estaba muy asustada de que estuvieras muerto. Muy asustada. Quiero rogarte que no te enojés conmigo."

"No estoy enojado," dijo él y retrocedió un paso hacia la pequeña habitación. Oscuras salpicaduras marcaban el yeso blanco. Era sangre. La sangre de Marc.

"Deberías estarlo." Ella dejó caer al suelo el odre que llevaba y se movió para tocar con las yemas de los dedos las marcas en la pared. "¿Por qué no iba a estarlo? En *Nertobriga*..." hizo una tímida pausa. "En *Nertobriga*, todas las verdades que yo había conocido, todas las esperanzas que había tenido, se habían convertido en cenizas o florecían en una luz dorada." Siguió deprisa diciendo: "Debería habértelo dicho. No hay excusa, lo sé. Pero no fue porque tratara de atraparte o de obligarte a cuidar de mí."

Marc había usado la pared como apoyo cuando se había arrodillado sobre el jergón de paja y, cuando ella se apresuró a marcharse, la agarró del brazo. "¿En qué mundo vives?"

Tirando de su muñeca para que su rostro quedara a su nivel, Marc dijo: "Si querías atrapar u obligar a alguien a hacer algo, estabas llamando a la puerta equivocada conmigo. Yo no pensé que quisieras eso. No acepté más de lo que me ofreciste libremente y estoy seguro de que no me has quitado nada que no me alegrara dar."

La soltó y ella dio un paso atrás, frotándose la muñeca.

Gruñendo, Marc se agachó para tumbarse sobre la dura paja. "Si hubiera pensado que estábamos regateando, primero habría verificado los detalles."

Marella bajó la cara hacia donde él yacía. Él había cruzado los

brazos sobre los ojos y su boca era una línea sombría. Esta noche no tenía paciencia. Ni sonrisa.

Era difícil saber qué dolía más. Pensar que él creía que ella había querido usarlo así, o saber que no le importaba. "¿No fue nada para ti, entonces?"

Él mostró las palmas y abrió los ojos con genuina sorpresa. "Ahora has pasado de un extremo al otro." Se movió para incorporarse sobre los codos, pero cambió de opinión. "Ven aquí donde pueda verte. ¿Tenemos que discutir esto ahora?"

Ella se arrodilló y se sentó a su lado. "Sí. No sé qué va a pasar mañana. Necesito entenderlo. Tú sabías que quería que te quedaras... "

La interrumpió. "No, yo rezaba para que quisieras que me quedara, simplemente me quedé hasta que estuve seguro." Él sonrió y ella se relajó lo suficiente como para respirar.

"Entonces," continuó ella, "cuando te hablé del bebé... estuviste muy enojado."

Frunció el ceño profundamente y extendió la mano para tocarle el brazo. "Torres me encerró en un sótano en un huerto en alguna partr cerca de *Nertobriga*, y me quedé allí toda la noche pensando en cómo podía disculparme por eso. Bueno, cuando no me preguntaba si viviría para verte de nuevo. Yo estaba equivocado. No tenía derecho a decir nada. Tus elecciones no son de mi incumbencia. Lo siento."

Marella miró fijamente a la oscuridad. Él estaba hablando otro idioma y este no tenía nada que ver con el latín. Ella le acarició los largos dedos, pasándole las mano por la piel y rodeando la curva de las uñas. Tocarle le enviaba escalofríos por el brazo y se acumulaban como un caliente aliento en la espalda. Ella deseaba extender la mano, tocarle la mejilla y dibujar la fuerte línea de la mandíbula, pero él la confundía. Ella necesitaba certeza. Habían ocurrido demasiadas cosas. Había demasiadas fisuras en su comprensión del mundo.

"No lo entiendo," dijo ella. La confusión que él causaba la asustaba más que no saber lo que le depararía el mañana. "Yo hice que fuese de tu incumbencia. Por eso estabas enojado. ¿No es así?"

Ella había entendido lo que él había dicho, estaba segura de eso.

Ella lo había dejado claro como el agua, estaba segura de eso.

Solo había visto dos opciones, podía abortar al niño y regresar al templo o podía encontrar un hombre que la cuidara a ella y al niño.

Ella había intentado decirle que sabía que sus opciones eran sombrías.

Había tratado de decirle que no le había hecho el amor para obligarlo.

Quería decirle que nunca había considerado la posibilidad de que ella pudiera tener una vida para ella sola, pero él nunca le daba una oportunidad. "¿No pensabas que yo había tratado de hacerte responsable de mí? ¿Pensé que creías que me había acostado contigo para que te sintieras obligado a cuidar de nosotros?" Ella se detuvo para mirar esa mirada de horror. "¿Qué pensabas que estaba yo haciendo?"

Él soltó una risa afilada y cortante. "Yo pensaba que tenías miedo de despertarte muerta. Es asombroso cómo ese tipo de miedo puede hacerte necesitar sentir una piel cálida a tu lado."

"¿Es eso? ¿Y ha ti te parecía bien eso? ¿No hiciste ningún juicio sobre mí?"

Él negó con la cabeza y ella le dejó caer la mano. "¿Tienes algún estándar que sea lo bastante importante como para mantenerlo sin importar qué, o la anarquía es tu único principio?"

Él quedó en silencio durante largo tiempo, el tiempo suficiente para que ella comenzara a formar respuestas por él. Ella tuvo tiempo para considerar la primera vez que lo vio, todos los días desde que lo conoció, cada legua que habían cruzado juntos y cada vez que ella lo había insultado.

Cuando él respondió, fue como si no hubiera oído esa última pregunta. Se giró lentamente y se incorporó para sentarse apoyado contra la pared y tomar un largo sorbo del odre. "¿Qué juicio debería haber hecho?" preguntó con voz baja por la emoción. "Me negué a acostarme contigo cuando pensabas que esa era la única forma en que yo te ayudaría, pero yo nunca rechazaría a una puta. Eso no debería sorprenderte, lo dijiste tú misma."

"Marc, yo," ella no tuvo la oportunidad de disculparse.

"Tengo algunos principios. Como te dije, preferiría vivir o morir por algo importante. No creo que necesite que me paguen por hacer lo correcto. Si tengo que luchar, prefiero luchar con alguien que pueda luchar." Tomó otro trago largo de vino, dejando que el rico flujo rojo le bajara por el cuello.

"Me enojé porque te oí decir que ningún hombre te iba a querer, y que tendrías que esconder tu rostro en vergüenza. Que tenías que abortar a tu bebé y vivir en la miseria en el templo, dijiste, porque esa era la única forma en que la gente de tu mundo te aceptaría. Bueno, ese es otro de mis principios, ahí mismo. Yo no mataría a un bebé solo para salvar mi posición social. No cuando tienes otras opciones."

Marella se atragantó con sus palabras, "No pensé que yo tuviera otras opciones. No pude ver ninguna forma de evitarlo. Tú ves el mundo de un modo diferente al mío. Has tenido más práctica en esto." Se palmeó el muslo. "Eso es lo que he estado intentando decirte."

"No," dijo él. "No me hables de lo que yo hago o en qué no encajo. Háblame de ti. Dime qué era lo que querías cuando decidiste que, después de todo, yo era lo bastante bueno para compartir la cama contigo. No querías atraparme y no fue por algo tan imperdonablemente humano como el miedo, ¿entonces qué?"

Ella no necesitaba ver el hielo en sus ojos, podía oír el temblor de su respiración y sentir la tensión en el aire entre ellos. Quería abrazarlo, sentir su calor presionado contra ella. Quería sujetarle el rostro entre las manos y llevarse el dolor que ella le había causado. Otra vez.

Pero ni siquiera había un modo seguro de abrazarlo. Sus propios dolores y magulladuras eran como rasguños comparados con lo que él había visto, y ella no tenía idea de lo graves que eran ahora las heridas bajo esa túnica. Tenía sangre esparcida por la pared.

Tensiones gemían en el fondo de la garganta, frustraciones tallaban la expresión. Aún no había un lugar fácil por donde empezar y el enojo de Marc hacía que ella quisiera salir corriendo, aunque no había ningún lugar adonde ir. Ella no podía compartir la fe de Suelta de que ambos sobrevivirían hasta la mañana, y lo único que le importaba estaba en esta habitación, ahora. No tenía sentido tratar de encontrar otro lugar donde esconderse.

"Te quería a ti," se apresuró a soltar. "Eres mi única esperanza. No porque necesite que me rescates, sino porque ves las cosas de otra manera." La frustración le hizo golpearse la rodilla de nuevo. ¿Cómo podía describir toda su vida y el terror de darle la espalda a todo lo que había creído?

"Creo que hay reglas, estructuras y estándares. Todos tienen un lugar, un rol y expectativas. Cuando naces en una familia noble, sí tienes más que los demás, pero se espera mucho más de ti. Las acciones de una persona afectan la posición de toda la familia. Los hombres luchan, beben y se van con prostitutas. Las mujeres crían a sus familias y mantienen los hogares y son discretas. Así son las cosas. Eso no cambia. Todos saben lo que hay que hacer."

Imploró a Marc con los ojos entre las sombras. Más que nada, necesitaba que él viera más allá de sus propias ideas preconcebidas. Toda su vida él lo había cuestionado todo. ¿Cómo podrá explicarle ella lo que era vivir sin cuestionar las reglas que gobernaban su vida?

"Mi vergüenza es la vergüenza de la familia entera. Es mejor que una persona muera que desprestigiarlos a todos. Así es como siempre he vivido. Es con lo que siempre he crecido. Tú eres la primera persona que ha sugerido que eso no tenía por qué ser así. Marc, por favor intenta entenderlo. No te estoy pidiendo que estés de acuerdo, solo que entiendas que nunca he cuestionado cómo han sido siempre las cosas para nosotros."

"¿Nunca pensaste que era injusto ser un chivo expiatorio cuando no hiciste nada malo y los hombres que sí lo hicieron quedaban libres?" El tono de Marc se había suavizado, pero la fría ira aún temblaba en su voz.

"No se trata de lo justo, por supuesto que es injusto. Se trata de reputación, discreción y escándalo. Es injusto, frustrante y desgarrador, y si hubiera podido encontrar una solución honorable, la habría aceptado. Traté de encontrar una, tú lo sabes. Tú estabas ahí. Y yo no estuve libre de culpa. Debería haber rechazado a Sarnicio. Lo sabía, pero era una niña y aún creía en los hombres que amaban apasionadamente y en las mujeres adoradas y las personas que vivían felices para siempre."

"¿Sarnicio fue el hombre que pagó por tu consagración?"

"Sí." Enderezó la espalda, aceptando su propia medida de culpa. Y necesidad. Reconocer su vergüenza era la única forma en que podía explicarle sus decisiones. Ya no había nada que esconder.

"¿Te enamoraste del *princep* y, cuando él terminó con la relación, te ocultaron por la vergüenza?"

"No. Él arregló un buen matrimonio con su sobrino. Aunque yo lo no acepté. Pensé que si me negaba y amenazaba con unirme al templo, él se daría cuenta de cuánto lo amaba y se casaría conmigo."

A través de la oscuridad, Marc rió en voz baja. Aunque ella estuviese luchando por explicar cómo le afectaba, sabía que él había comenzado a comprender las limitaciones a las que ella se había enfrentado. "¿Cuál es la desventaja para los hombres en esta sociedad," preguntó él. "No se me ocurre ninguna hasta ahora. Yo mismo debería venir a vivir a un palacio en *Caesaraugusta*."

Ella se encogió de hombros. Esa parte él podía entenderla. "Deber," dijo ella simplemente. "Los hombres luchan. Protegen nuestros hogares y nuestras tierras y nuestra riqueza y nuestro pueblo. Toda nuestra sociedad se basa en nuestras élites nobles, nuestros caudillos. Siempre ha sido así. Hombres como Taran tienen el deber de proteger sus tierras y los hombres que luchan con él son

devotos soldados. Tienen el deber de protegerlo o morir en el intento."

Marc negó con la cabeza y volvió a beber del odre. "Toda sociedad tiene sus guerreros, Marella. Cada lugar del imperio. Cada lugar antes del imperio y fuera del imperio. No todas las mujeres aceptan el tipo de tratamiento que tú aceptas. Tu hermana se está muriendo, ¿lo sabías? Está sangrando por dentro, tiene los labios demasiado pálidos, bebe constantemente. Y su noble hermano le hizo eso a su propia esposa."

"Sí." Ella no pudo decir nada más en defensa de Taran. Ella le entendía. Ya no podía perdonarle.

Él quedó con la cabeza hacia atrás apoyada en la pared, mirando hacia el techo a algún punto ahí arriba. Él nunca podría aceptarlo. Pero eso no era lo que ella necesitaba de él.

"Entiendes lo que estoy tratando de decirte, ¿verdad? ¿Sobre vivir en un mundo en el que no cuestionas los estándares del bien y del mal? ¿Donde la muerte es mejor que la vergüenza?"

"Sí."

"Entonces trata de entender cómo fue para mí conocerte y hacerte decir que yo merezco vivir. Que no tengo que ir a ningún lado ni hacer nada que no quiera hacer. No era mi intención decirte que quería abortar al bebé. Estaba tratando de decir que no podía enfrentar un mundo que convertía eso en mi única opción. Que yo no tenía esperanza. Que el mundo entero era solo un oscuro pozo de desesperación. Que todas mis elecciones eran horribles. Que la muerte no parecía algo tan malo. Tú me diste esperanza. Eres como una luz en la oscuridad. Me hiciste ver las cosas de un modo completamente diferente. Pero estoy aprendiendo. No puedo hacer eso aún. Aún es muy difícil romper las reglas."

Si él no estuviera sosteniendo el odre de vino, apoyando las muñecas en las rodillas, ella podría haber creído que se había quedado dormido. Estaba completamente quieto y silencioso. Ni siquiera el sonido de su respiración llegaba hacia ella.

La habitación se estaba oscureciendo mientras se ponía la luna. Ella tenía que terminar. "En *Nertobriga* tuve miedo. Miedo de morir y de todas las cosas que eran peores que la muerte. Y miedo de ti."

Eso lo conmovió. No era más que una sombra en el aire más oscuro, pero levantó la cabeza. Aunque no le podía ver los ojos, ella podía sentirlos estudiándola. Ella era tan invisible para él como él para ella, pero se sentía desnuda ante él.

La idea le arrebató el aliento y hacía latirle el corazón en las costillas. Una vez más, anhelaba estirar los brazos y tocarlo, sentir la cálida realidad de su carne. Ella se agarró las manos y dejó que un aliento seco tartamudeara en su lengua, antes de cerrar la boca y los ojos con fuerza.

Le había explicado todo lo que podía explicar. Ahora solo podía abrirle su corazón desnudo.

"¿Aún me tienes miedo?"

"Más que nunca," susurró ella. Antes de que su miedo pudiera nublar sus ojos con lágrimas o forzar su garganta a cerrarse, ella dijo: "En *Nertobriga* pensé que nos atraparían. Ya fuese muertos o algo peor, al final supe que tenías razón. Que nada de eso importaba. Si eras el único hombre en el mundo que era gentil, cálido y le preocupaba que yo estaba viva o no, entonces al final no importaba quién eras. Y si yo pudiera esperar que un hombre tan decente y honorable como tú me quisiera, aunque fuese por un tiempo, al final no importaría si no habría un mañana."

Se detuvo para aclararse la garganta, deseando poder verle la cara, o que él hablara, que le dijera lo que estaba pensando. Pero él permanecía en perfecta quietud.

Tomando un último respiro tembloroso, terminó, "Pero eso era lo que más me asustaba. Porque eso me importaba. Más de lo que me permitía creer. Importaba más de lo que me había atrevido a esperar."

La noche se acercaba y solo el sonido lejano de la celebración de la ciudad movía el aire. Los nervios tiraban de los músculos de la

mejilla y le temblaba el labio. Mientras pudiera soportarlo, ella esperaría.

"No puedo verte la cara," dijo ella en voz baja. "Dime qué piensas. Dime que me crees."

"Te creo." Su voz fue débil, tensa de una forma que ella nunca había oído antes. Las palabras fueron quedas, tranquilas como siempre, pero ella no pudo oír su certeza. "Te dije que no podía ofrecerte ninguna solución. No sé cómo me siento. Hay un lugar dentro que me hace sufrir y que no tiene nada que ver con los golpes. Estar cerca de ti alivia ese dolor. Incluso pensar en ti ayuda. Pero desde que te conocí ha sido difícil pensar con más de un día de anticipación. No hemos tenido un futuro muy brillante que considerar."

Él había sonreído; ella podía oírlo y avanzó gateando para apoyar las manos en sus rodillas. "Aún no es brillante," dijo ella. "Pero no es desesperado. No si yo sé que estás ahí para mí." El calor la recorrió y su pecho se tensaba entre respiraciones. Vacilante, moviéndose lentamente en la oscuridad, ella se inclinó hacia adelante y acercó los labios a los suyos. El calor sonrojó bajo la piel, subió por la garganta hasta las mejillas.

El beso de él fue suave y el sabor de su boca avivó el ardor. Ella descansó la mejilla en la suya. "No quiero dejarte aquí," murmuró ella. "Déjame quedarme contigo esta noche."

Gruñendo suavemente, él se movió para besarla en la mandíbula y en el hueco del cuello debajo de la oreja. Los labios tocaron esa piel como un beso de fuego. Sus manos eran cálidas en los brazos de Marella, ella quedó sin aliento cuando él le acarició con los dedos la piel desnuda del hombro. Una vez más, un pequeño gemido sin aire escapó de su garganta. "Es por la oscuridad," dijo él, "Debe de serlo. Acabas de ofrecerte a dormir en el suelo de las dependencias de los sirvientes."

"No." Marella se humedeció los labios. "No me importa, aunque Taran vuelva a casa. Si vamos a morir de todos modos, prefiero estar contigo esta noche. No quiero volver a la villa."

"Tienes que hacerlo." Con cuidado, él le empujó los hombros hacia atrás hasta que su rostro estuvo frente al suyo. "No estamos muertos aún. Pero las nuestras no son las únicas vidas en juego ahora. Si Luc ve alguna posibilidad en la idea de tu hermana, o si cree que puede usar la influencia de Cilo para sacarnos de esto, confiaré en él. A menos que yo oiga algo diferente, él espera que tú estés en la casa y que yo esté justo aquí."

"¿Es esa la única razón?" Una vez más la estaba enviando lejos de él. Lágrimas calientes brotaron, pero no cayeron. Ella había cerrado los ojos por temor a lo que él diría.

"¿Aparte del hecho de que no puedo respirar y no puedo moverme?"

"Eso no importa. Solo quiero saber que estás cerca de mí cuando duerma." Ella le pasó los dedos por los labios.

"Y aparte del hecho de que no te prometeré nada."

Él le besó las yemas de los dedos y ella sonrió con tristeza. "Eso tampoco importa. ¿No sabes que esta noche es la noche para despedir a tus seres queridos?"

"Ella se irá cuando esté lista, creo."

"Esperaré."

"¿Aún? A pesar de que has visto cómo se viste Luc, y él es el rico. Nosotros no somos nobles, nunca lo seremos. Este suelo es el mejor que puedo ofrecerle."

Ella tenía que esperar si había tiempo para que él tomara una decisión. "No me importa. Prefiero estar en el suelo esperándote que en un palacio sin ti."

"Entonces está dicho. Ellos son la razón. Tienes que volver a la villa y esperar. Y tienes que cerrar esta puerta al salir."

Marella tragó la presa del miedo. "No." Negó con la cabeza con urgencia. "No puedo. ¿Y si necesitas salir?"

"Entonces vendrán a buscarme. Soy mercancía valiosa."

"¿Lo sabes?"

"Puedo imaginarlo."

"¿No estás enojado? ¿No te insulta que te traten así? ¿Que solo planean venderte?"

"Se compra y se vende gente todos los días. Por ahora eso no es sino una buena razón para mantenerme con vida. No tiene sentido desperdiciar energía con la ira. Hay gran diferencia entre lo que pretenden hacer y lo que realmente va a ocurrir."

Avanzando para que ambas frentes se tocaran, ella dijo: "Ojalá pudiera hacer eso. Ver más allá del miedo o la ira."

"O la lujuria."

Ella sonrió con tristeza y dijo: "No quiero irme," pero se puso de rodillas y se volvió a levantar.

Cuando la puerta se cerró y la barra cayó por el exterior, Marc tragó tanto vino como pudo verter con un trago. Cuando recuperó el aliento, hizo lo mismo hasta que la bota de vino quedó flácida y casi vacía.

El jergón era duro y las magulladuras parecían como piedras debajo de la espalda. El techo estaba demasiado alto para ser otra cosa que una oscuridad perfecta, pero ninguna cantidad de fatiga podía obligar a sus ojos a apartar la vista. El futuro era igualmente difícil de ver y lo que él podía imaginar era desolador.

Marella era incomparable. Era el mejor vino añejo y su tacto era curativo. Pero ella no tenía idea del mundo fuera de su casa. Solo la desesperación hacía que sus sueños parecieran posibles. Estos eran solo esperanzas, y las esperanzas podían romperte el corazón. Pero la esperanza era lo único que había. Sin esta, no tenía sentido continuar.

Subió los dedos para tocar la trenza en el cuello. Esta había desaparecido.

Girándose levemente, torciéndose para cambiar los bultos a una

posición más cómoda, cruzó los brazos sobre los ojos y siguió mirando la nada, tratando de respirar entre el dolor y contando respiraciones hasta que al fin se durmiera.

Capítulo 16

Marella pasó un paño frío sobre la frente de su hermano.

El sol de la mañana brillaba en el cielo y pronto habría que emprender el viaje a la villa vecina. Aceite de lavanda y hierbabuena llenaba el aire de vapores calmantes y ella le ofreció una jarra de vino.

"¿Te sientes mejor?" preguntó él estirando la mano propietaria alrededor de su cintura sin abrir los ojos.

"Mis golpes no son tan fuertes esta mañana," respondió ella con calma, y los pesados párpados de Taran se abrieron de par en par, luego él entornó los ojos para evitar la luz.

"¿Qué estás haciendo aquí? Deberías estar con Leucetius." Tenía los ojos llenos de bolsas y tan rojos como el vino que él le arrebató de la mano.

"Terminó conmigo anoche. Vine a atenderte porque Suelta está demasiado enferma para hacerlo y hay que ir a reunirse con Sarnicio." Ella dio un paso atrás. "¿Quieres comer?"

"Él no ha terminado contigo. Serás entregada cuando Sarnicio hable hoy." Bebió un sorbo de vino y escupió instantáneamente un rociado que le manchó brazos y barbilla. "¿Qué hay aquí dentro?"

"Artemisa. Para el estómago." Marella mantuvo el rostro inmóvil, obligando a sus rasgos a mostrar una calma inexpresiva.

"Veneno, más bien. Está amarga. Tira eso y tráeme agua."

"Por supuesto que es amarga. Es Ajenjo. Te habría aliviado el estómago, pero ¿quién soy yo para que me importe? ¿Quieres comer?" repitió.

"No. Quiero llegar a esa reunión. Tampoco es que Sarnicio se sienta mejor que nosotros." Se rió al recordar las celebraciones de anoche

y se estiró para ponerse de pie. Aparentemente, no tenía razón para creer que la noche no había sido sino un banquete bacanal.

"Y puedes dejar la habitación," continuó él con una mueca de desprecio. "No quiero verte. Si el *princep* quiere verte a ti y a tu amante antes de emitir un juicio, que así sea. Hasta entonces, no puedo soportar mirarte."

Marella asintió y se alejó de su hermano. El exceso lo convertía en un sapo. Amplio y corpulento, su piel aceitunada estaba bronceada por el sol y sus ojos eran pequeños y porcinos. Parecía y olía a sudor. Ni siquiera el hedor agrio del viejo alcohol podía disfrazar la malignidad que sangraba y perlaba en aquella piel. "Hasta entonces," dijo ella. Salió de la habitación para ayudar a su cuñada a prepararse para el corto viaje.

Jura Torres no parecía mejor, pero cuando le llevó el guiso a Marc, se sentó contra la pared comiendo de su propio plato como si fueran camaradas. "Está bueno." Se encogió de hombros. "Considerando que hoy no hay personal de cocina."

Marc ignoró la charla, comiendo en silencio, mirando al comandante de Taran por encima del plato.

"Te perdiste una gran ceremonia anoche. El Dios Cornudo eligió a Dama Marella como su esposa para el festival. Deberías haberlo visto. Tenía un miembro de plata gigante. Justo lo que ella necesita. Aunque ella no estaba tan contenta." Levantó la vista de la comida; una risa retumbó profundamente en el pecho. "Aún así, él sabía como lidiar con una chica estridente. Estoy seguro de que ella nos hizo sentir orgullosos a todos. Honrado a los muertos en su fallecimiento."

Los dos se estudiaron en silencio durante unos momentos y Marc sopesó los comentarios. Había algunas cosas que le hubiera gustado decirle al soldado, pero estaba decidido a evitar una paliza esta mañana. La quijada de Torres parecía todo un desafío.

Él comandante debía de saber que le faltaba un hombre. Marc no podía imaginar si sabía que estaba muerto, pero Torres estaba buscando pistas sobre lo que Marc sabía sobre la desaparición del

hombre. Deja que cotilé. Había más cosas que no sabía sobre los eventos de anoche y ninguna de ellas iba a complacerlo.

Estos eran los hombres dedicados a la protección de Taran. Marc dejó que la comisura de su boca se curvara. Torres no tenía idea de que Marella estaba dentro de la villa, ninguna, y a Marc le hubiera gustado ser quien diera la noticia. Marella estaba allí con su señor. Fácilmente podría haber sido Luc. Su segundo yacía en un callejón de la ciudad y él no había encajado las piezas.

Quizá los dioses de Marella estaban despiertos después de todo.

Los *equites* habían luchado en algún momento en el pasado, la mayoría tenían muchas cicatrices y estaban entrenados y en buena forma. Pero ninguna cantidad de entrenamiento igualaba la dura experiencia del combate regular. Ellos cometían errores. Demasiados errores.

"No tenemos personal aquí," dijo Torres. "¿Quién pensó en traerte ese vino?"

Marc miró el odre vacío y lo levantó del plato. "Aquí sólo hay soldados," dijo sin rodeos. "¿Quién crees que lo trajo? ¿Quieres ver los nuevos moretones que tu hombre dejó en mi espalda? Tendrás que hablar con él sobre lo de marcar los bienes."

Torres no llevaba su bastón ni la hoja ancha que solía llevar al hombro. Solo la empuñadura de oro de su daga brillaba en la correa de la pantorrilla, pero esta sería suficiente si tenían algún motivo para discutir. Él rió. "Sí. Lo molestaste."

"¿Por qué estás aquí?" Preguntó Marc. "Incluso los sirvientes más bajos tienen el día libre para el festival."

"Bueno, hay dos respuestas a eso. La primera, el porqué estoy en esta sala tiene que ver contigo. Una vez que hayamos asistido a una reunión esta mañana, habrás cumplido tu parte con nosotros. Querremos llevarte un pequeño trecho por el camino. Quiero que estés en forma para montar. El segundo, el porqué no nos han echado para el festival no lo entenderías. Eres un desertor. Si fueses uno de los nuestros te ensartarían en una estaca. La verdad es que si

fueses uno de los nuestros te habrías caído sobre tu propia espada, pero los romanos no saben nada sobre el honor."

"No." Marc sonrió, pero sus ojos fueron fríos. "Ya me han dicho eso antes."

"Nosotros hacemos un juramento de devoción a nuestro comandante que es más profundo y más vinculante que cualquier acto de esclavitud. Una *devotio*. Es más que simplemente registrarse para cumplir veinticinco años de servicio. Es un vínculo de por vida. Lo protegemos contra todas las amenazas, para siempre."

"¿Y si él no vale tu sangre?"

"Lo vale. Taran es un hombre severo. Un soldado. El hijo de su padre. La mayoría de los hombres que lo acompañaban estaban vinculados a su padre, pero Taran nos hizo jurarle a sí mismo."

"¿Así que compró vuestras vidas por vosotros, os salvó de caer sobre vuestra espada por su padre?" Y las generaciones anteriores a él también, supuso Marc. Las guerras de independencia habían terminado con el sitio de *Numancia* hace doscientos años. Todo el honor y toda la gloria de guerra que llevaban hombres como Taran procedían de antepasados olvidados hacía mucho tiempo. ¿Qué les sucedió a generaciones de hombres que necesitaban gloria cuando tenían demasiada paz y estabilidad? No es de extrañar que odiaran Roma. La Pax Romana los estaba volviendo locos a todos.

Torres asintió bruscamente, confiado en su superioridad moral. Le sonrió con la misma frialdad. "Luchaste por los mentirosos y los ladrones, un grupo innato de insensatos. No exigen respeto y ninguno de vosotros tiene que considerar cuestiones de honor y devoción. Imperio." Se rió de nuevo y escupió.

Marc alzó las cejas y asintió. "Sí. Pero luchamos. Esta provincia es romana y pacífica desde hace doscientos años. ¿Cuándo decidiste que tu maestro era tan duro? ¿Sofocó un motín en la aldea? ¿Se volvieron locos algunos vagabundos en *Caesaraugusta*? ¿O te quedaste a su lado mientras mataba a golpes a su esposa?"

Esquivó el plato volador y se preparó para las patadas que pensó

que vendrían.

Pero Torres se contuvo, espetando: "Me dicen que Marella estará en esta audiencia hoy. Tampoco es que tengas la oportunidad de despedirte. Si tienes suerte, podrás ver a su nuevo esposo pasarle las manos por todas partes de nuevo. Te gustará, espero. "

Marc movió la comida por el plato unos momentos después de que el comandante se marchara, luego terminó de comer en silencio. Había un hombre preocupado. Tenía preparado todo un discurso lleno de justificaciones que oír cada vez que las cosas se pusieran difíciles.

En tanto, era media mañana y no tenía nuevos moretones. Las cosas estaban mejorando.

Luc encontraría a Cilo si este estaba en la ciudad, pero eso no respondería ninguna de las preguntas que importaban. Ni siquiera un tribuno tenía poder para retener a un prisionero buscado por el *princep*. Y Cilo solo estaría aquí, ahora, si su mandato como tribuno había terminado. Lo más probable era que ya hubiera sido licenciado del ejército, y eso no le otorgaba ninguna autoridad real excepto el debido respeto de otros oficiales romanos.

Para la jerarquía celtíbera, no era más que un noble romano molestando. A menos que tuviera la autorización del oficial de rango aquí en *Okilis*. Y para eso, necesitaba cargos formales.

Parecía que Cilo le quería retenido, no que lo ejecutaran. Esto era demasiado personal para entregarlo al ejército. Pero no había forma de especular. Solo podía esperar y ver cómo querían jugar este jueguito.

Sacar a Marella del peligro era la cuestión más difícil. Una vez más, él regresó a la verdad inamovible. Ella no podía huir. Cualquier cosa que ellos hicieran en el nombre de ella, tenía que ser hecho aquí. Él tenía que salir libre de la prisión del *princep* o moriría en sus manos.

Sintió de nuevo el ardor de la impotencia en el pecho. Incluso con Luc y sus hombres a su lado, no era probable que ganaran ninguna

lucha, pero ellos eran su única esperanza. Sus únicos aliados. Ellos y una noble inválida que pensaba que era mejor morir que vivir en la deshonra.

Marella cabalgaba con Suelta. Le habían manchado los labios y puesto *kohl* en los ojos y las cejas para que la muerte no la mantuviera tan cerca, pero ella estaba débil y cada paso que daban los mozos la sacudía más. Bebió un sorbo de su medicina y llevó un tarro de miel para endulzar el vino caliente para aliviar el encuentro.

Cuando llegaron al pie de la colina y el enviado se volvió para subir por la carretera que llevaba a la villa de Sarnicio, Taran apartó la cortina y gritó: "¿Qué está pasando aquí arriba?." Su tono acusaba a Marella. Algo había sucedido que le convertía de un amargo desdén en un absoluto odio.

Pasando junto a él para mirar hacia la carretera, Marella se quedó sin aliento.

Cuatro de los hombres de Sarnicio colgaban por los pies de una improvisada polea cerca de la puerta de entrada a la villa. A medida que se acercaban, los detalles de sus muertes se tornaban más claros. Manos atadas a la espalda con una soga a la misma guisa que el usado con Marella. Ella no podría haberlos identificado con certeza, aunque el frío pavor en su estómago le daba pistas. Habían sido destripados, y la sangre de su destripamiento cubría la parte superior del cuerpo y ocultaba sus rasgos.

Taran tiró de su caballo en círculos cerrados cuando la vista a través de la puerta se abrió y su rabia pasó del lívido silencio a una oscura congestión. Ocho guardias romanos estaban en posición de firmes, acordonando el pórtico de entrada. Los caballos estaban a un lado, algunos eran de caballería, otros no. Uno mostraba los colores del *Praefectus Castrorum* de *Hispania Tarraconensis*.

Marella miró horrorizada, luego saltó hacia atrás para arañar las cortinas traseras del *carpentum*. El tribuno estaba aquí, después de todo. Todas las amenazas del pasado de Marc se habían juntado en

la villa de Sarnicio.

Los *equites* de Taran se estaban formando alrededor de su líder. Detrás de ellos, Marc cabalgaba en silencio.

Más adelante, dos de los guardias de Sarnicio y un centurión se adelantaron para saludar al enviado. Un escuadrón de infantería romana se acercó para llevar a los caballos mientras los hombres de Taran se preparaban para desmontar.

Dentro de la villa, una sensación de silencio tenso espesaba el aire.

Suelta agarró la mano de Marella y cerró los ojos mientras luchaba por la fuerza para continuar. Levantó una mano fantasmal hacia uno de los hombres de Taran. "Vino. Tráeme un poco de vino caliente. Ahora. Tráelo al pasillo en cuanto tengas una jarra preparada."

El grupo de Taran fue conducido de inmediato a la sala de conferencias. A Suelta y Marella se les hizo llevar a unos taburetes y se les convenció para que se sentaran. Taran estaba de pie cerca de ellas en el centro del espacio abierto, y detrás de él estaban los once *equites* restantes y Marc.

Sarnicio se sentaba en el estrado elevado en su silla de conferencias, ocupando la aparente posición de autoridad. A su lado derecho y debajo de él, Luc estaba sentado solo, sus hombres en una línea cerrada detrás de él. A su izquierda estaba sentado el prefecto romano de *Tarraconensis* y un segundo oficial que vestía una armadura ricamente ornamentada. Pero era el hombre que estaba a su lado lo que llamó la atención de Marella. No podía apartar la mirada de él.

Una masa de rizos negro azabache le caía sobre los hombros. Su ancha espalda estaba cubierta por una coraza de cuero negro, con hojas de parra y un águila extendida recortada en oro.

El hombre era asombroso. Sus rasgos eran como los atribuidos a los dioses en los cuentos y leyendas épicas. La perfecta simetría de su rostro cautivó a Marella. Su piel estaba profundamente bronceada. Cuando sonrió a los hombres a su lado, sus dientes estaban

perfectamente blancos y uniformes, sus labios gruesos, su nariz larga y recta. Se rió y el sonido llegó como música a través del salón de mármol abierto.

Su arrogancia se mostraba abiertamente junto con su nobleza. Colgaban de sus hombros con un paño suelto: su capa blanca llevaba en el borde la ancha franja púrpura oscuro del rango senatorial. Sin palabras, decía claramente que, a los ojos de Roma, él superaba en rango a todos en la sala, incluido el prefecto y el propio *princep*.

Marella apartó la mirada de él y se volvió para buscar a Marc.

Sarnicio bramó el nombre de ella y todas las partes acudieron para escuchar sus palabras. “Marella. El druida dijo que eras más problemática de lo que valías, querida mía,” espetó. “Fui lo bastante tonto como para replicarle. Debería haber dejado que tu hermano acabara contigo y con tu amante.”

El hermoso romano encontró eso divertido. Señaló discretamente a Marc con un dedo y le guiñó un ojo, sonriendo.

Sarnicio cerró los ojos. Tenía que ceder ante los romanos y ese hecho obviamente lo irritaba más allá de la resistencia. Taran apretó su espada, moliendo metal en la vaina para denotar su voluntad de ejecutar la sentencia de muerte tardía, y todos los espadachines de todos lados reaccionaron de la misma manera. El pasillo resonó con el rechinar de la amenaza de violencia.

Nuevamente, el romano dio una carcajada.

Marella sintió que el hielo del terror le subía desde debajo de la piel. Miró por toda la habitación, buscando un elemento de esperanza en medio de tanto caos finamente equilibrado.

El prefecto romano era un hombre mayor y diplomático. No le divertían ni le molestaban los mezquinos antagonismos. Mantenía una mirada de respeto fija en Sarnicio, esperando pacientemente sus deliberaciones.

Luc escondía una sonrisa detrás de la mano. Sus largas piernas iban

cruzadas a la altura de los tobillos. Un brazo le tapaba el pecho, el otro sostenía la barbilla. Ellos no sabían del peligro. Nadie, ni siquiera un loco, se reiría del tipo de poder ejercido en esta provincia por los hombres de la sala.

Ella giró hacia Marc. Él no sonreía. La miró, se encogió de hombros y volvió a mirar hacia el estrado. Tenía las manos atadas frente a él, pero se mantenía en pie con facilidad, encorvado sobre una cadera, casi relajado.

"Taran," Sarnicio decidió que podía continuar. "Leucetius fue encontrado muerto en el templo esta mañana. Sabes que tu hermana estuvo con él durante la celebración, pero no cuando lo encontraron. Veo que volvió a casa por su propia voluntad." Él volvió su mirada hacia ella. "Eso es una suerte. En cambio, los hombres que envié para protegerla están escoltando al druida al inframundo en su lugar. Marella debía haber ido al sacerdote. Ella ya no tiene esa opción ya que sospechamos de su asesinato."

Nuevamente el noble romano lo interrumpió. "Murió de un cuello roto. Esta mujer debe de ser más fuerte de lo que parece." Sonrió a Sarnicio, devolviéndole en su medida el desprecio del patriarca provincial.

"Tuvo problemas para lidiar con una estridente chica después de todo," siseó Marc de soslayo hacia Torres y gruñó al recibir un afilado codazo en las costillas.

El *princep* reanudó su resumen en sílabas recortadas. "Ahora, Taran, tú y yo podríamos haber visto que esto terminara, pero estos caballeros tienen interés." Movié su mano casi con desdén hacia los contingentes de visita. "Su familia," señaló a Luc, "está dispuesta a ofrecer un rescate por la liberación en sus manos de tu prisionero. También comprarán a Marella con un vínculo de esclava si estás de acuerdo. Y tenemos aquí a la nobleza romana de visita que cree que tiene un previo derecho sobre tu prisionero. No tienen ningún interés en pagar por él. Exigen que se les devuelva e insistirán en que sea llevado por la fuerza si no podemos llegar a un acuerdo diplomático. El prefecto aquí representa a Roma y su interés en la estabilidad política de nuestra provincia. Como sabes, mantengo a estos prisioneros bajo mi custodia como es mi derecho, pero no

tenemos autoridades civiles durante la duración del festival. Debemos confiar en Roma si existe riesgo de conflicto, y Roma ha dejado claro que no tienen fe en nuestra capacidad para mantener la paz. No confían en nosotros para ocuparnos de nuestros propios asuntos, como tampoco nosotros aceptamos la posibilidad de que Roma haga justicia según nuestras expectativas. Y así, parece que sólo tenemos que decidir si; o bien dejar que Roma se quede con nuestros prisioneros y lidie con su propio sistema judicial y, al hacerlo, entregar a Roma las demandas de este joven noble; o dejar que su familia se los lleve bajo coste y que se ocupe de la nobleza romana. Así que esto se reduce a solo un problema sobre cuánto dinero aceptaremos como compensación por nuestra injuria."

El *equite* enviado a buscar vino se deslizó silenciosamente detrás de su señora, sosteniendo una bandeja para ella. Marella giró la cucharada de miel en su tarro y sirvió una pesada cucharada en la jarra, la removió, sirvió una copa para Suelta y se la entregó temblorosa. Cerrando los ojos en mudo agradecimiento, Suelta dio un sorbo a la bebida caliente y se sentó rígidamente en su taburete.

Haciendo acopio de fuerzas, Suelta se puso de pie, agarrando la mano de Marella para apoyarse. Logró abrir los ojos el tiempo suficiente para dirigirse a Sarnicio con respeto, pero su voz era débil. "Si pudiera hablar, mi Señor. Tengo una manera de encontrar un camino a través de esto."

Sarnicio espetó su respuesta: "¿Qué? Habla."

Suelta volvió a tomar un sorbo de vino. "Necesito un momento," susurró. "¿Se puede hacer salir a los perros de la sala mientras considera mi idea?" Aferrándose a la mano de Marella, giró la cabeza para mirar a los romanos, acumulando tanto puro odio como pudo lanzar en su expresión.

Luc alzó una ceja y consideró a la mujer por un momento. Se volvió hacia Marc, frunciendo el ceño mientras pasaban comunicaciones silenciosas entre ellos, luego se puso de pie y se preparó para salir de la habitación. "Quiero hablar con los romanos en privado, yo mismo, señor," le dijo Luc a Sarnicio. "Podemos tomarnos un momento en del pasillo. Seguro que esta mujer no necesita mucho tiempo."

El *princep* agitó una mano con irritación, despidiéndolos.

Tan pronto como se fueron, Suelta apretó la mano de Marella y señaló a Marc. "Ve allá. Ponte de pie con él."

Sarnicio y Taran miraron fríamente a la chica mientras Marella se movía para hacer lo que ordenaba su cuñada, y Marc miró con cautela a Suelta. Él no podía leer su propósito. Con Luc y los romanos fuera de la sala, ella había eliminado la única protección que tenía Marella. Pero la había apartado del alcance de Taran y del peligro inmediato que representaba su hermano. Puede que eso fuese suficiente.

Agarrando lo último de sus fuerzas, Suelta le pidió al *equite* que le sirviera más vino, luego le indicó que llevara la jarra al *princep*. Ella observó el avance de la jarra, sorbiendo como si fuera fuerza, mientras Taran y Sarnicio recibían copas de dulce vino tibio.

Cuando la bandeja volvió al taburete junto a ella, Suelta sonrió, respiró hondo y dijo: "Señor. Todos queremos muerte a Marella. Su vergüenza es demasiado grande para que cualquier alma la soporte. Su vergüenza ha desprestigiado a nuestras familias. Como sabe, ella ha acusado no solo al sacerdote, sino también a usted, de tener un romance con ella desde hace mucho tiempo."

A Sarnicio le atragantó que la calumnia se llevara a debate tan abiertamente y frente a sus hombres de armas. Se bebió el vino y el *equite* se apresuró a rellenar la copa. Si Suelta se conmovió en absoluto por su furia, lo ocultó bien.

Marella miró a Marc con ojos oscuros llenos de dolorosas revelaciones. Nada de lo que había visto en el salón le había dado motivos de esperanza, y ahora las palabras de Suelta estaban preparadas para sellar sus destinos. "Lo siento," susurró Marella a Marc. Intentó esbozar una pequeña sonrisa, pero las lágrimas inundaban sus ojos y corrían por sus pálidas mejillas.

Suelta se tomó su tiempo. Era lo único que podía hacer para mantenerse erguida, y su esposo, tranquilizado por sus palabras, dio un paso adelante para tomarla del codo. Mirando a Marella por encima del hombro, él también bebió el vino dulce, sonrió a Marc

con frialdad.

Marc le devolvió la sonrisa, el ceño tenso de su confusión se iluminó al encontrarse con el desprecio de Taran. Marella lo miró, sacudiendo la cabeza y mirando a su alrededor la situación sin humor en la sala.

"Taran tiene derecho a sacar una buena ganancia del campesino," continuó Suelta débilmente, dejando que sus palabras divagaran sobre las ideas, dando tiempo a sus oyentes para pensar en todo lo que tenía que decir. "Si aceptamos dinero de su familia por él, ¿qué nos importa si los romanos se lo llevan o no? Si estos nobles fracasan en su intento de volver a capturarlo, ¿qué nos importa a nosotros? Tendremos el dinero que habríamos ganado con él en los puestos de esclavos. Su final no es nada para nosotros."

Volvió a señalar con la cabeza la jarra de vino caliente, haciendo un gesto a Taran para que se la volviera a llenar, tal vez la de Taran también, mientras esperaba recuperar el aliento.

"Así, para Marella. Si Roma quiere asegurar una resolución pacífica, seguramente no tendrán ninguna objeción a que celebremos nuestra propia ejecución, en su presencia. Solo tenemos que demostrarles que ella mató al sacerdote. Queremos tramitar nuestro propio honor. ¿Cómo podríamos considerar aceptar dinero por la libertad de la chica cuando una audiencia pública oficial sobre su caso demostraría nuestra inocencia?."

Marella miró a Marc. Él fruncía el ceño, pero, por lo demás, las palabras no tenían ningún impacto en él. Su hermana estaba haciendo tratos con el *princep* para ejecutarla y eso no tenía ninguna consecuencia para él.

Torres se acercó a su señor. Estaba sonriendo. Marc lo miró, luego a Marella, moviendo la cabeza ligeramente en confusión. Suelta no solo había agitado a Marella, había agitado a todos los invitados.

Suelta se agarró el estómago, se tambaleó y luego se enderezó. Se llevó la mano a la frente, murmurando, apenas audible. "Eso es todo. Eso es lo que quería decir." Renqueando hacia atrás, luchó con ayuda de Taran para encontrar el taburete. Atrapada por una

necesidad urgente, dijo claramente: "Que se llame a los demás. Rápido."

Sarnicio la miró como si se hubiera vuelto loca. "¿Y tu idea es que deberíamos vender al campesino a su familia y ejecutar a Marella aquí, frente a los romanos?"

Ella asintió, mostrando una sonrisa seca.

"¿Te has tomado todo este tiempo para decirme... nada? Yo mismo podría haber tomado esta decisión sin tu ayuda. Y no necesitamos ninguna audiencia pública; esto no tiene nada que ver con Roma. ¿Por qué le iba a dar a Marella la oportunidad de difundir sus mentiras a un público más amplio? Mujer estúpida." Terminó el vino en su mano y saludó a sus hombres. "Llámalos, que entren."

Cuando Luc y los romanos volvieron a entrar, Luc se detuvo ante la más mínima inclinación de cabeza de Marc, y tomó una posición cerca de donde estaban él y Marella. Mientras Marc observaba a los otros hombres entrar, se dio cuenta de que Suelta había eliminado a todos los que podrían haberse unido a un brindis por su destino.

Marc se inclinó con cuidado hacia Marella. "Quédate detrás de nosotros," susurró.

Torres intentó dar un paso adelante para forzar distancia entre ellos. "Cállate," advirtió, pero dos del grupo de Luc ahora se interponían entre él y su prisionero.

Sarnicio agitó una mano para llamar la atención hacia el estrado, pero parecía desorientado. Se pasó una mano temblorosa por los ojos.

Taran dio un paso adelante olisqueando la taza que sostenía, una mirada de horror se extendió cuando descubrió lenta y dolorosamente la verdad. En la bandeja junto a la jarra de vino, el tarro de miel de Suelta se enfocaba y desenfocaba. Taran rugió y golpeó con el codo la cara de su esposa, haciéndola caer de su taburete entre un chorro de sangre. "Veneno," gritó a sus hombres. "Nos ha dado veneno."

Luc dio un paso adelante al lado de Marc, desenvainando su ancha espada al hombro y empujando al guardia *equite* un paso atrás. Sus hombres se acercaron a él con las espadas desenvainadas.

El prefecto maldijo obscenamente, gritando órdenes mientras treinta de sus hombres regresaban al centro de la sala.

Sarnicio gritó una urgente invocación, llevando a su guardia a su lado en el estrado, armada. No había un enemigo claro, pero estaban los romanos. Sus prisioneros ahora estaban al otro lado del pasillo, separados de su custodia por la doble línea de infantería romana y el pequeño grupo de veteranos de Luc. El *princep* se tambaleó, frotándose los ojos con los dedos mientras daba confusas órdenes para atacar, luego se dobló para apoyarse en la silla de conferencias.

Taran se mantuvo de pie, agarrándose el pecho mientras su rostro se oscurecía de furia. En su estómago crudo y vacío, la dulce y melosa Belladonna tejía su mortal maldición. El dolor le creaba visiones cambiantes en los ojos y la debilidad le inundaba los músculos.

Señaló furiosamente a Marella, gorgoteando una orden de matar. Sus once guardias de élite permanecían de pie con las espadas desenvainadas, pero no tenían forma de moverse según sus órdenes. La infantería romana mantenía una línea en el centro de la sala.

Marella se atragantaba entre sollozó. Dio un paso hacia Suelta, pero una mano fuerte la agarró y la retuvo. La mujer ya estaba muerta. Si le quedaban más de un aliento o dos, ni ella misma era consciente de ello.

Marc se giró para desenfundar la daga en la cadera de su hermano. Le tendió el acero a Marella levantando las muñecas atadas para que ella las liberara. "Ahora empieza la diversión." Le guiñó un ojo.

Cuando las cuerdas calleron sueltas, Marc le quitó a Marella el cuchillo y lo giró para sujetarlo por la hoja.

"Guardad las armas," gritó claramente el prefecto, haciendo gestos de calma, tanto a los hombres armados de todos los bandos como a

sus perplejos líderes. "Solo tenía que lidiar aquí con la muerte de un druida. Se suponía que iba a ser una simple entrega de prisioneros. No tornéis esto en un incidente diplomático que comience de nuevo las guerras de independencia. Guardad las armas, todos, y llamaré a los galenos."

Mientras el prefecto discutía apasionadamente, tratando de restablecer la calma, el noble romano se acercó a Marc. La mano descansaba casualmente en la empuñadura de la espada. Uno de los hombres de Luc tomó a Marella del brazo para arrastrarla entre tropiezos detrás de la cobertura de sus cuerpos.

"Marcus," dijo Cilo.

"Cilo," respondió Marc.

Marella miraba por encima del hombro de Marc al rostro de Cilo. Sus ojos eran de un verde penetrante, como la inflexa transparencia del vidrio. Y como el vidrio, eran fríos. Si los ojos eran las ventanas del alma, este hombre no tenía ninguna.

Cilo se volvió hacia Luc y anunció con confianza: "Roma se llevará a estos prisioneros ahora."

"¿Ahora hablas por toda Roma?" Luc le sonrió oscuramente, moviendo los dedos sobre la empuñadura de la espada. "Roma no quiere a la chica." Miró detrás de Cilo hacia donde estaba el prefecto con sus filas. "Y nunca fue Roma la que quiso a Marc."

Taran parpadeó rápidamente y se secó el sudor abrasador de los ojos. "No son vuestros prisioneros," dijo. "Marchaos y deja que esos dos respondan por esto."

En el estrado, Sarnicio sufría dolorosas convulsiones.

"Dejen que llame a los galenos," volvió a exclamar el prefecto con urgencia. "Que busque ayuda para él y para usted mismo, antes de que sea demasiado tarde." Se enfrentó a Taran desde menos del alcance de un brazo y exigió que este entrara en razón. "Su esposa, una mujer noble de la familia Lusone, acaba de envenenar al caudillo Arevaci. Pida ayuda ahora o va a sumergir a su pueblo en

una guerra civil."

Taran espetó: "Entrégame a mi hermana y al campesino, luego puedes irte al Hades y llevarte a tu galeno contigo." Apoyó un brazo en la cintura y se dobló, gimiendo de rabia o agonía.

"Marella." Luc le habló y a ella casi se le doblaron las rodillas. "Vamos. Ahora. Sal del pasillo. Lleva la litera de vuelta a la villa. Vamos."

Ella examinó a los hombres de pie detrás de su hermano. Implicaciones más amplias estaban comenzando a calar y un temblor se apoderó de ella al ver la aceptación de la muerte inevitable llenando todos aquellos ojos.

El Dux di Lusone y Sarnicio di Arevaci, *princep* de todas las provincias del Valle de *Iberus*, eran hombres muertos. Los hijos adolescentes de Suelta estarían en peligro en *Saragosa* mientras los miembros restantes de la familia lucharan por el poder. *Numancia* sería un baño de sangre en cuanto la noticia de la muerte de Sarnicio llegara a la capital celtíbera.

"¿Marella?" apremió Luc de nuevo y ella asintió, demasiado sorprendida para hacer otra cosa. Dio unos pasos entre trompicones y su movimiento interrumpió las tablas. Cuando los hombres de Luc se separaron para dejarla pasar hacia la puerta, Taran gritó: "¡Marella! No puedes irte de aquí. Detenedla," y ella huyó hacia la puerta cuando el primer golpe de acero resonó en sus oídos como una afilada vara de hierro.

Un joven soldado romano abrió la puerta y la atravesó detrás de ella. Mientras ella se avanzaba tambaleante hacia el *carpentum*, él subió de un salto a una silla y giró su montura para bajar a pleno galope la colina y reunir apoyo.

Taran no tenía esperanzas de salir con vida de la villa de Sarnicio, y cuando las familias nobles se enteraran de la traición de Suelta, la sangre se derramaría de un extremo a otro de la provincia mientras se levantaban espadas en nombre del poder. Marella luchó por entrar en la litera, tartamudeando entre sollozos instrucciones a los mozos esclavos.

La avalancha de problemas estaba aumentando de nuevo, y Marc estaba dentro del salón donde las espadas devoraban carne.

Capítulo 17

Luc le apretaba la mano a Cilo y apartó la cara cuando el cirujano le roció el antebrazo con *acetum* y comenzó a coserle la herida. El agarre se blanqueó y Marc hizo una mueca de dolor al ver cómo la aguja perforaba la piel a lo largo de la línea del corte de la espada.

"Marcus," dijo Cilo sonriendo fríamente. "Ahora que las molestias han desaparecido, podemos volver a discutir nuestro problema. Como yo lo veo, deberías estar clavado en la cruz al atardecer."

Marc le devolvió la sonrisa. "Ambos lo vemos de manera diferente entonces. Sé que estos chicos son todos de la *Legio VII Gemina*. Ni siquiera viaja con una escolta. Estás fuera de servicio, tanto con capa elegante como sin ella. No has ascendido al senado. Estás faroleando." Tomó un odre ofrecido y bebió, se lo pasó a Luc y se secó la boca.

"¿Me vas a entregar a esos?" Marc asintió al grupo donde estaban el prefecto y sus centuriones. "Justo en este momento no están interesados. Están hasta las orejas de inestabilidad cultural, en medio de un festival cuando la ciudad está repleta. Y esto es demasiado personal para que te marches sin más y se lo dejes a ellos."

"Sobreestimas tu propia importancia, Marc." Cilo le dio una palmada a Luc en el hombro y este le soltó la mano, dejando que el cirujano vendara la herida sellada. "Simplemente me gustaría saber que te estás pudriendo."

Luc los miró con el ceño fruncido, con el rostro gris de dolor. "Acabas de perder toda la base de tu argumento. Ahí dentro tenías treinta hombres contigo. Ahora estáis solo tú y ese Cupido de ahí. No has presentado cargos formales. Si lo hubieras acusado de desertión, ya estaría muerto en el suelo. Y aún tienes que pasar por mí para llegar hasta él."

Desde que Marc conocía a Cilo, este había sido el mejor amigo de Luc. Desde que se alistaron a los quince. Y aún a los veinte cuando

Cilo había ganado su raya púrpura, tras el primero de dos mandatos de cinco años como *Tribuno Laticlavius* de Agrícola, y Luc había sido nombrado comandante de la Auxiliaría Alae. Ningún otro que lo conociera se plantaría delante de este hombre y le lanzaría tal desafío. Cualquier otro estaría muerto.

En los cuatro años desde que Marcus o Lucius habían visto a su tribuno, este no había ganado nada de las gracias sociales y no había perdido nada de su desapasionado desprecio por la humanidad en general. Parecía tan frío y desalmado como siempre. Sonreía como un áspid y podía atacar con la misma rapidez.

Pero algo había cambiado. Para cualquiera que lo viera, él siempre había sido ilegible, frío, pero capaz de encender y apagar al instante un torrente de encanto. Y cuatro años atrás, si hubiera querido muerto a Marc, lo habrían arrestado en el instante en que este hubiera mostrado el rostro. Se habrían formulado cargos y se habría ejecutado la sentencia en *Nertobriga*. O Cilo simplemente lo habría apuñalado allí mismo. Algo había cambiado, pero era difícil ver qué y por qué.

Marc miró al oficial que estaba junto a Cilo en el pasillo. Era de complexión sólida, guapo, con los mismos ojos oscuros y abiertos que Marella. Venía de dinero, incluso sus dedos estaban bien cuidados. Ecuestre, probablemente. Desarmado junto a su amante, supuso Marc. Capaz. Cilo no toleraba idiotas en ninguna capacidad.

"Decídetes. Ahora o nunca." Marc se acercó al hombre al que siempre había considerado uno de los mejores soldados de Roma, mirándolo cara a cara y pecho con pecho. "Necesito volver a la villa de Taran y ya no quiero tener que mirar por encima del hombro."

"Los ultimátums no son lo que mejor te conviene. Si de verdad quieres tomar una posición, saca una espada." Los claros ojos verdes de Cilo brillaron con el desafío. Incluso podrían haber mostrado verdadera diversión.

"Siempre preferí las hojas más pequeñas." Marc sonrió y empujó la daga que tenía en la mano hacia el cinturón de cuero a la cintura de Cilo. Girando la hoja, cambió el ángulo de su estocada para que la punta afilada se extendiera por debajo del duro borde de la coraza y

tocara la suave piel del estómago. Marc se inclinó hacia él, sonrió y repitió: "Necesito volver a la villa ahora, y estoy harto de mirar por encima del hombro. Diles ya que me arresten o que se olviden."

La expresión de Cilo no cambió, el brillo en sus ojos no se atenuó. "No vas a clavar eso y nunca dejarás de mirar por encima del hombro."

Luc puso un brazo entre ellos y el acompañante de Cilo se movió para unirse al tenso círculo.

"Marc." Luc miró atrás por encima del hombro. "¿Puedes montar?"

Marc asintió. La adrenalina aún cubría la peor parte de su dolor y lo hacía sentirse invencible. "¿Montar?" Se encogió de hombros. "Montar estará bien. Solo dame un caballo y una barandilla sobre la que trepar."

"Usa el mio." Luc señaló una bahía cerca de los escalones del pórtico.

"No. Yo sé qué caballo quiero."

Cilo seguía sonriendo. "Esto no ha terminado, Marc. Nunca estará terminado. Cuando tengas frío y estés muerto, te seguiré atormentando en tus pesadillas."

Pasando junto a los supervivientes romanos y sus heridos hacia la confusión de caballos y equipo, Marc examinó la línea de monturas. El caballo que estaba buscando, el alto castaño de Torres, había desaparecido.

Echando un ojo atento a la línea de caballos, consideró la forma estándar del linaje de Taran. Él se volvió. "Luc, faltan caballos." Se necesitaría un minuto para calcular cuántos, contar los *equites*, contar la guardia de Sarnicio. ¿Cuántos había montados? "No muchos. Uno o dos."

Luc se volvió hacia el hombre a su lado; "Haz un recuento de cuerpos. Quiero once de los hombres de di Lusone. Tú," se volvió hacia Marc, "vuelve allí y encuentra a la chica. Señaló al otro lado del valle hacia la villa de Taran. "Estaremos allí tan pronto como

limpiemos esto."

Marella se acurrucaba en el suelo de su dormitorio, contemplando las consecuencias del enfrentamiento de hoy. Al tomar tal acción, Suelta había roto la paz de su mundo.

No había forma de saber qué poderes estaban en juego en *Numancia*.

¿Cuánto tiempo había estado Suelta planeando sus acciones? ¿Podría haber considerado la seguridad de sus hijos antes de salir de *Saragosa*? A Marella se le heló la sangre. La noticia de la muerte de Taran ya estaría galopando hacia su casa. Si Suelta no hubiera preparado a sus hijos para la huida o para luchar por su derecho a herencia, estarían muertos en sus camas en unos días.

Taran y Suelta ciertamente estaban muertos. Sarnicio también. Y Leucetius.

Cada amenaza para ella se había extinguido en una acción valiente y orgullosa. Y, sin embargo, no sentía ninguna sensación de seguridad o alivio mientras permanecía sentada en silencio y sola en la ostentosa villa. Marc estaba en medio de un choque de espadas y egos.

Y su sangre era tan preciosa para ella como la propia.

La habitación estaba fría. Los ciudadanos de la ciudad y sus visitantes aún estaban de celebración. Sin sirvientes para atender los hogares y las lámparas, los inquilinos de la villa, se habían quedado para recordar sus propias comodidades. Aquella mañana, los hombres de Taran habían regresado con tizones encendidos para encender las chimeneas para el Año Nuevo, pero con el frío del invierno por llegar, su habitación se había quedado sin fuego.

Y este frío venía desde muy adentro.

"¿Marella?" La llamada la conmovió como la luz pura y candente de un estallido de estrellas, desvaneciendo los escalofríos en un

instante. Ella se puso en pie para correr antes de que su garganta se aclarara lo suficiente como para responder. Sus sandalias resbalaron escaleras abajo y sobre las baldosas mientras corría hacia el atrio.

Marc le tendió una mano para frenarla y ella paró derrapando, conteniendo las manos que querían por sí solas llegar hasta él. "¿Estás a salvo? ¿Están todos bien?" Preguntó ella examinando a Marc. Él parecía ileso. El sudor le empapaba la línea del cabello y el centro del pecho, pero la sangre que lo salpicaba venía de otra persona.

"Por ahora." Él estaba sonriendo, pero sus ojos eran oscuros por la emoción y él miraba ceñudo. "¿Lo estás tú? ¿Te tocó Taran esta mañana?"

"No." Ella cruzó los tobillos donde estaba de pie, doblando las rodillas bajo la inquietud que pesaba en su interior. Pegó las manos a los lados, a las costillas y su ceño rogaba. "¿Puedo tocarte?"

Él rió, extendiendo los dedos para que ella pudiera ver los temblores que lo recorrían. "Si eres rápida. La euforia se está desvaneciendo rápidamente. Me va a doler todo como una maldición en cualquier momento."

Marella dio un paso adelante rápidamente, sus propios dedos temblaban cuando le tomó el rostro entre las manos. Su corazón se acercó a él y esos ojos buscaron los suyos. "Quiero preguntar qué ha ocurrido, pero lo único que de verdad me importa en este momento es que estés a salvo."

No había palabras para la enormidad de la crisis que la rodeaba. Ayer había grietas en su realidad. Hoy su mundo y todo lo que ella conocía se habían hecho pedazos.

Dando un pequeño paso, Marc tiró del cuerpo de Marella hacia el suyo y ella se estiró para besarle ligeramente los labios, luego le miró el pecho y dejó que aquellos dedos se deslizaran sobre sus hombros. "¿Hay algo que pueda ofrecerte?" Ella bajó la mirada a los pies y dio un paso atrás, forzando deliberadamente un espacio entre ellos. "¿Medicinas? Te ofrecería agua caliente, pero la verdad es que no sé dónde están las teteras ni qué fuego usar. Siempre le he

pedido a un sirviente que me buscara agua."

Ella formó una pequeña sonrisa avergonzada y lo miró a los ojos. Luego apartó la mirada. Lo que quería era involucrarse con él, abrazarlo y sentir la sólida realidad de él presionada sobre su piel. Más incluso que eso, quería que él la abrazara, que la quisiera abrazar, pero apenas se atrevía a tener esperanzas.

"Los demás volverán pronto." Marc dio un paso adelante, cerrando el espacio entre ellos de nuevo y la rodeó con los brazos cuidadosamente. La calidez y la suavidad de ella era un bálsamo para las heridas de la mañana, y su perfume lo calmaba. "Querrán comida y cerveza y supongo que encontrarán toda el agua caliente que necesitan. Son soldados. Están acostumbrados a hacerlo ellos mismos. Tu hermano y su esposa están muertos. También Sarnicio y sus guardias. Luc y sus chicos están bien. Cilo también. Y he traído los caballos. Solo con lo que dejaron en pie, hay suficiente valor para que vivas bien durante un año. Pero falta un caballo."

La sintió tensarse en su abrazo y ella alzó la vista con el miedo iluminando las profundidades de sus ojos oscuros. "¿Quién?"

"El comandante, Torres. Cuando nos dimos cuenta de que su caballo había desaparecido, hicimos un recuento. Su cuerpo no estaba en el pasillo. Se ha ido. Y sabes tan bien como yo que no ha escapado."

"Él vendrá aquí, ¿no?" Ella flaqueó entre sus brazos. Las manos que habían descansado sobre su pecho se deslizaron hacia las caderas como si ella ya no tuviera la fuerza para sostenerlas. "Nunca terminará," dijo con tristeza. "Aunque sepa lo que ha sucedido en *Saragosa*, y haya hecho arreglos para mis muertos, y toda mi vida sea polvo a mis pies, aún así, sus fantasmas seguirán llegando. ¿Es esto lo que ocurre?" Ella buscó su rostro en busca de consuelo. "Cuando rompes todas las reglas y desafías el orden natural, ¿es esto lo que sucede? ¿Todas las paredes se te desploman encima de la cabeza?"

No había acusación en su tono, pero el estrés de los últimos meses la había dejado sin reservas.

"A veces," respondió él. "Pero quiero que me escuches. Tendrás

nueve hombres aquí, hombres que te protegerán. Torres no habrá ido muy lejos. No será difícil lidiar con él, incluso puede que haya resultado herido. Si tomas todo lo que Taran ha dejado aquí, quédate con lo que puedas usar y vende todo lo demás, tendrás suficiente para comenzar una nueva vida en alguna parte. Si quieres. Yo necesito unos días para descansar, pero le pediré a Luc que vuelva al valle del Gallego por mi hijo. Si quieres volver con tu familia en *Caesaraugusta*," su voz murió para que las implicaciones no fueran abrumadoras, "o volver al templo, puedes ir con él."

Marella podía escuchar la distancia que él ponía entre él y sus decisiones. La estaba liberando a ella de su juicio y a sí mismo de la responsabilidad.

La acercó más a su pecho y apoyó la cara en su cabello. "Pronto terminará y podrás hacer tu propia vida. No puedes rendirte ahora. Has pasado por lo peor. Lo único que necesitas hacer ahora es confiar en ti misma."

Ella se permitió descansar entre la seguridad de sus brazos. Había un agujero en sus tranquilizadoras palabras que brillaba como una llamarada, y el calor de su piel no podía tocar el hielo que se reformaba por dentro. Él no le había hecho ninguna promesa y sus palabras se asentaron en su corazón como plomo. Ella le rodeó la cintura con los brazos y lo abrazó tan fuerte como se atrevió, dejando que lágrimas silenciosas empaparan el áspero lino de su túnica.

"Te vas a ir, ¿verdad?" Por favor, lloró su corazón en silencio. Por favor, no te vayas. Las palabras quisieron salir ardiendo. Sus rodillas quisieron dejarla caer al suelo donde ella pudiera suplicar, pero incluso en las ruinas de su vida, con los pilares de su orgullo convertidos en polvo, una nueva sensación de respeto por sí misma la mantuvo erguida y en silencio.

"Sí. En cuanto pueda montar, tomaré un caballo y subiré hacia la costa. Quiero irme a casa." Él no había cambiado de opinión. Si bien las cosas que ella había visto, oído y hecho en los últimos días habían cambiado todo su mundo, la intención de él nunca había cambiado. Se iba a casa. Iba a dejar atrás una vida que se había vuelto demasiado pesada y ella se había convertido en parte de la

carga de la que él quería deshacerse. Sin promesas, había dicho. Sin soluciones, sin mañanas. Aun así, ella había tenido esperanza.

No, gimió su corazón. El eco de sus negaciones sacudía su mente, pero ninguna llegó a sus labios. "¿Esto es por el tribuno?" preguntó ella.

"No." Marc negó con la cabeza lentamente. "No sé lo que él quiere hacer. Está chiflado. Cuando él llegue allí, intentaré averiguar qué está pensando."

"¿Los romanos vienen aquí?" Ella se puso rígida y se inclinó hacia atrás para mirarlo. "No lo dices en serio. De un modo u otro él te ha costado todo lo que es importante para ti y ¿quieres que lo mantenga bajo este techo?"

"No sé lo que él ha hecho. No ha presentado cargos formales. La orden era solo para que me capturasen vivo y me retuvieran. Como dije, está enojado. Espero que esté bien mientras Luc esté aquí." Él quiso sonreír, pero frunció el ceño dolorosamente.

Luc se puso en cuclillas, metió la mano debajo de los estantes de la cocina y sacó otra de las jarras de vino cerradas que habían encontrado. Retirando la cera del sello, la descorchó, olió y sonrió al entregársela a Marc. "Dos más," confirmó, y sacó las dos últimas jarras de su escondite.

En el comedor, Cilo había colocado una enorme fuente en el bufé central y estaba vertiendo vino tinto y botellas de pasta de cítricos. Cuando los hermanos aparecieron con sus jarras, dio un paso atrás para dar paso a sus adiciones a la mezcla.

Marella permanecía sentada en silencio, tan lejos de la chimenea encendida como lo permitía la habitación, observando nerviosamente a los hombres. Marc la miró a los ojos mientras avivaba la sangría a niveles letales de alcohol, y ella logró esbozar una débil sonrisa. Tenía miedo, y ese miedo le oscurecía los ojos y le blanqueaba el rostro. Ella mantenía una palla de seda recortada sobre el cabello a pesar del ridículo calor de la habitación, como si

podiera ocultar su inseguridad junto con sus moretones.

Luc estaba engrasando las ruedas de la distensión a la manera tradicional, y pronto la villa estaría repleta de oficiales y soldados romanos. Incluso saber que habría mujeres en la celebración no hacía nada para aliviar el miedo al pensar en tantos soldados borrachos.

Sin personal de servicio, habían apagado la cocina, dejando todo lo comestible en los bufés y grandes trozos de carne asada en el fuego demasiado alto. Ponche de vino explosivo y poca comida. Los temores de Marella no eran infundados.

Mientras la habitación se llenaba a su alrededor, Luc metió una copa en la tina de sangría y bebió un sorbo, pidiendo: "Empieza por el principio. ¿Quién es ella y qué haces aquí?"

Marc tomó un largo trago y respiró hondo por el sabor crudo del alcohol. Podía contar la historia desde el principio hasta ahora. Pero aún no podía decir quién era Marella ni cómo terminaría la historia. O bien era una noble sacerdotisa, una virgen perpetua dedicada a la diosa Diana, o una chica asustada, sola y asustada.

Contó lo que sabía de la historia.

"Una sacerdotisa embarazada. Otra vez." Luc leyó el remolino de su bebida y lo apuró hacia atrás.

"Otra vez." Marc asintió. "Empiezo a sospechar de un plan divino."

Luc sonrió y, por un momento, las duras líneas de su frente se suavizaron. "Lo siguiente que me estarás diciendo es que estás atrapado en las mareas del destino." Cuando alzó la vista, fue para estudiar a Marella. "Parece que eso es lo único que podrían tener en común. Si me pidieras que eligiera un opuesto exacto de Neria, esa es la chica que elegiría. Su color, su complexión, su actitud. ¿Sonríe alguna vez?"

"Sí, lo hace. La mayoría de las veces, cuando no está asustada. No tiene mucho de qué reírse esta noche." Él no quería mirar su miedo y no necesitaba volverse para saber dónde estaba Marella. Su

presencia vibraba en él como el calor de un fuego o el aliento de un susurro.

Él estaba cansado. Le dolía todo lo que no estaba adormecido por los opiáceos y el vino, y quería sentir la curativa suavidad de ella entre sus brazos. Pero había más que pedirle a su hermano. "No puedo volver al valle. ¿Irás a *Caesaraugusta* y traerás a Nico?"

La atención de Luc aún estaba fija en Marella con una intensidad singular, como si estuviera leyendo su carácter. Miraba por debajo de las cejas fruncidas, su boca una línea apretada de concentración. El asentimiento más simple marcó su afirmación y preguntó: "¿Y Marella?"

"Si ella quiere volver a *Caesaraugusta*, ¿la llevarás contigo?"

"¿Es que desea morir? Ella volvería a un golpe de estado." Hizo una pausa para rellenar la copa y luego continuó: "¿Y si ella no regresa?"

Como si eso respondiera a la pregunta, Marc dijo: "Quiero irme a casa."

Luc dirigió la mirada incisiva de su escrutinio hacia él y Marc vio una docena de preguntas ir y venir sin respuesta. Cuando finalmente habló, Luc preguntó: "¿Lo sabe ella?"

"Sí, lo sabe."

"¿Es tiempo o distancia lo que quieres?" No hubo respuesta que Marc pudiera dar, y Luc se apartó de Marella para mirar a Cilo y a su pareja.

"¿Quién es ese?" Preguntó Marc.

"Decimus Autronius. Es ecuestre, nacido en *Gallia Aquitania*. Parecen hacer buena pareja. Cilo tiene alguien a quien adorar y Decimus tiene aspiraciones políticas. Él no puede llegar al Senado, pero Cilo sí."

"Cilo está chiflado. Si quiere una carrera larga en política, necesitará esposa e hijos. ¿Va a comprar uno?" Estrictamente hablando, tenía esposa. Estaba casado con su hermanastra, la esposa

de Luc. "¿Te preocupa que baje a tu villa mientras estás aquí? ¿Estará Maia a salvo?"

"He dejado de discutir con ella sobre él," dijo Luc. "Es su hermano. Ella no cree que él le vaya a hacer daño jamás." Desvió la mirada, se miró los pies como si estuviera avergonzado. "Ya no sé quién es Cilo. No entiendo lo que te está haciendo. No tiene sentido."

"Lo tendrá. Solo tengo que descubrirlo. Hay método en su locura. Siempre lo hay. Simplemente no puedo verlo aún." Al ver a Cilo, tranquilo y disfrutando del efecto de su carisma en los legionarios reunidos, Marc sintió que se le erizaban los pelos de la nuca. Él era un líder nato. Impresionante, inteligente y loco como una serpiente herida.

Se llevó el vaso a los labios y murmuró dentro de este, como si no quisiera pronunciar las palabras en voz alta. "Cada vez que lo miro, creo que debería haberlo matado cuando tuve la oportunidad."

Luc desvió la mirada, ceñudo. "Hace cuatro años," asintió discretamente.

Durante la noche, Marella observaba a Marc. No podía verle el rostro, pero sus hombros se encorvaban por el dolor y la fatiga que le quemaban los huesos. Los hermanos parecían gemelos, aunque sabía que Marc era dos años mayor.

La habitación estaba llena de uniformes. Solo el pequeño grupo de celtas vestía faldas oscuras, largas y rectas hasta muy por debajo de la rodilla, con pesados pliegues a un lado y un ancho cinturón de cuero a la altura de las caderas. Un gran grupo de mujeres había llegado antes, pero se habían desvanecido en otras habitaciones casi tan pronto como aparecieron. Ella no echaba de menos la compañía de las prostitutas.

Marella sintió la fría punzada del dolor cuando se encontró deseando la mano de Suelta. Una triste sonrisa se dibujó en sus labios cuando se imaginó la reacción de su cuñada ante este comedor lleno de oficiales y tropas romanas. Ya era bastante duro de soportar para ella misma.

Sentada sola, consideró el coraje que se necesitaría para levantarse y caminar la corta distancia que le unía a Marc en el bufé, pero el miedo hizo que sus rodillas se debilitaran y ella decidió entrelazar los dedos con fuerza detrás de la manta de su chal. Aunque no hacían contacto visual, tres de los hombres de Luc estaban en un grupo, hablando y riendo, unos pasos a su derecha. A su izquierda, un invitado con falda yacía en un sofá, hablando con un grupo de soldados romanos.

Sin dirección, ellos habían tomado posiciones a su alrededor. Esta noche no podría ser menos que una pesadilla, pero se habían puesto discretamente a su disposición, y la consideración en ello hacía que las lágrimas se acercaran. Reuniendo los restos de su coraje, se obligó a ponerse de pie y moverse hacia el bufé.

Luc la miró y sonrió mientras ella se acercaba. "Lamento que esto no se pudiera hacer de otra manera," dijo él. "Pero no hay nadie aquí que te vaya a acusar por el asesinato del sacerdote. En realidad, nadie aquí mirará a nadie demasiado de cerca por la muerte de un druida. Sacrílego, lo sé." Se encogió de hombros y miró a su alrededor con indiferencia.

Ella no podía encontrar fuerza para las sonrisas educadas y charlas triviales. "Gracias," dijo en voz baja. "Te conozco, y ellos," asintió levemente hacia Cilo y Decimus, "hicieron mucho para suavizar hoy el desastre. Y tendré que lidiar con estos oficiales en los próximos días para que envíen a casa los restos de mi familia."

Agitó una mano, generalmente tratando de indicar muchas cosas que quería decir, pero que no podía. "Gracias," dijo de nuevo. Una risa estridente estalló a su lado y ella se estremeció acobardada, chocando de lado contra Marc, luego se compuso y se enderezó. "Tengo que ir a mi suite, ahora." Miró a Marc. "¿Me acompañas hasta la puerta de la habitación?"

"¿Has comido?" Él tomó una fuente y la movió para que ella escogiera pan y frutas y algo de cabra asada, pero ella rechazó la oferta de comida. A Luc le dijo: "Yo también voy. Tengo agua caliente y voy a comer. No hagas nada que yo no haría."

Marella tomó un puñado de su faldón con la mano y contuvo el

aliento mientras caminaba rápidamente entre la multitud de hombres hacia las alas del dormitorio. La villa se extendía sobre la cima de la colina, con escalonados pasillos de habitaciones que bajaban la pendiente, y ella se dirigió a la escalera que conducía hacia arriba.

Marc la siguió rígidamente hasta que el sonido de sus pies en la escalera de piedra fue más fuerte que la juerga. En la parte superior, ella giró por un pasillo alfombrado y avanzó hasta la puerta de la suite principal. Marc continuó pasando, entrando en la habitación de al lado y dejando la bandeja de comida antes de regresar a su puerta. "¿Estás segura de que no vas a comer nada?"

"No." Ella negó con la cabeza, frunciendo el ceño. "No puedo comer nada. Estoy cansadq. Y me duele todo. Lo mismo va por ti, supongo."

Él no respondió, pero el dolor le brillaba oscuramente en los ojos y las sombras en sus mejillas parecían más profundas. Bajo el techo de Marella, hombres reían y bebían. La ciudad abajo celebraba el Samhain sin pausa. Al otro lado de la Península Ibérica, a través de la *Galia* hasta *Germania* y sobre el mar en *Britania*, continuaba la fiesta de los meses oscuros. Pero el silencio en el lúgubre pasillo parecía llenar el mundo entero.

La presión de las palabras que él no estaba pronunciando parecía pesar sobre los hombros de Marc y ella ansiaba sujetarle el rostro y cubrir su reticencia con su beso. Tenía que haber una solución mejor que suplicar. Le quedaba algo de orgullo y eso era lo único que la mantenía erguida.

No era el miedo a parecer tonta lo que la detenía, era el aprecio por el respeto que él siempre le había mostrado. Era aprender a aferrarse a ese sentido de valía cuando todo lo demás se estaba convirtiendo en polvo. Él había sido honesto, cálido y gentil, y le había dado esperanza. Que ella hubiera seguido esperando lo imposible era su propia responsabilidad.

Sólo cuando ella se volvió para cruzar la puerta, él habló. "Luc regresará a *Saragosa* en cuanto pueda irse. Tú puedes ir con él."

Una vez más, él le daba permiso para que ella tomara sus propias decisiones sin temor a la ira y al juicio. "Este es un drástico cambio," dijo ella. "Soy yo quien encuentra razones para que vayas tú, ¿recuerdas?. Si vas a hacerlo bien, es aquí donde me ofreces una razón para quedarme."

Él sonrió, pero la oscuridad nunca abandonaba sus ojos, y él extendió las manos para mostrar lo vacías que estaban. "Mis opciones son limitadas y ya me han costado todo lo que una vez amé. No tengo nada que ofrecerte. Ni siquiera tengo derecho a decidir cuáles deberían ser tus opciones, pero si quieres volver, Luc te aceptará."

Marella estudió las líneas tensas alrededor de sus ojos. Este era el coste de dar la espalda a los dioses y al destino. No había nadie más a quien culpar, ni siquiera a un romano vengativo. Él cargaba con el precio de todas sus propias decisiones. No es de extrañar que su vida fuese tan pesada.

De nuevo luchó con el deseo de suplicar. Él nunca le había pedido nada. Se había quedado porque había creído que eso era lo correcto, y eso había sido motivo suficiente. Pero mientras ella luchaba por expresar sus sentimientos con palabras, él se daba la vuelta para alejarse de su puerta.

"Necesito remojarme," dijo él, y caminó dolorosamente hacia su propia suite.

Dejando caer la barra en el interior de su puerta, ella se reclinó contra la madera oscura y cerró los ojos. Todas las palabras que necesitaba las tenía en la lengua, pero eran palabras que solo debían darse como un regalo. Para Marc no podían ser más que una carga. Gruesas lágrimas brotaron silenciosamente de debajo de las pestañas y ella alzó una temblorosa mano para enjugarlas. Al silencio de la habitación abierta, a los fantasmas de su familia y a las cenizas de la vida que había vivido y todo lo que creía, dijo en voz alta: "No quiero volver. Quiero quedarme contigo porque te amo. Y esa es razón suficiente."

La elección estaba hecha. Él ya le había dado más de lo que ella podría devolver jamás. Había puesto sus necesidades en primer

lugar, le había salvado la vida, pero más que eso, le había dado una razón para vivir. Le había mostrado un tipo diferente de coraje, fuerza y honor. La elección estaba hecha y ella tenía que aprender ahora a asumir el precio de esa elección.

En tan pocos días que él le había dado, el tiempo otra vez, todo lo que necesitaba. Él había encontrado formas de satisfacer necesidades que ella ni siquiera sabía que tenía. Y aún así, ella quería gritar y aferrarse a él y decirle: "Te necesito. No me dejes." Pero él ya le había dado más de lo que ella podría devolver jamás.

Él necesitaba irse a casa.

Capítulo 18

Marc apoyó la cabeza en el borde de la bañera, estudiando el interior de sus párpados, respirando el vapor fragante y calculando tiempos y distancias en la cabeza. Con un caballo en forma, Luc cabalgaría de regreso al valle del Gallego en cuatro días, ocho o nueve regresando con el muchacho. Si Marella decidía volver con él, tendrían que viajar en caravana. El tiempo se duplicaría fácilmente.

Abrió los ojos y se miró los moretones en el pecho y los muslos.

Si estaba lo bastante bien para montar, no quería esperar tanto. Y ver al chico de nuevo le daría una razón más para quedarse. No necesitaba más razones.

Primero, necesitaba salir de *Hispania*. Volvió a pensar en Cilo. Había lanzado una línea de órdenes de arresto por la parte superior del país, como una red, sin cargos. Solo una red para mantenerlo quieto hasta que Cilo pudiera llegar hasta él. Había funcionado. No como se pretendía, pero el resultado final era el mismo y eso era lo único que realmente importaba. Y luego Cilo no había tomado ninguna medida contra él.

Había sido una red, una burla. Un gato jugando con un ratón.

Observó cómo se elevaba el vapor y miró hacia el techo. Todo en esta habitación era apto para la nobleza, desde las gruesas alfombras de las baldosas hasta las cortinas rojas y verdes que colgaban de los postes de la cama. Había sido la habitación de Taran, pero Marella se la había dado a él.

Volvió a cerrar los ojos para poder verla moverse. Yaciendo quieto, podía verla caminar, girar o sonreír. Cada pequeño detalle de ella estaba claro en su mente, desde el perfume que usaba hasta el dulce sabor de sus besos y la sal de sus lágrimas.

Ella no podía montar y él no podía permitirse viajar despacio.

Pero aunque pudiera encontrar una manera de llevarla con él, ¿para qué sería? Él podía llevarla a la casa de su padre y ella podría aprender a vivir en una cabaña con techo de paja. Podía aprender una nueva filosofía de vida y rehacerse de todo lo que la convertía en quien era. Y luego podría esperar mientras él sopesaba los riesgos y las responsabilidades y se irritaba por los lazos que le ataban.

Lo que quería era charlar con su padre, trabajar, reír y beber con los hombres; lanzarse contra un enemigo; arriesgarlo todo; luchar y ganar. Había estado demasiado apegado al dolor durante demasiado tiempo. Necesitaba moverse y gritar.

Ese no era un tipo de vida para ofrecerle a Marella, y tal vez no fuese más que una forma de manipularla para que tomara las decisiones que él quería para ella. No podía medir su devoción por sus creencias o por los votos que había hecho. Para él, la idea de regresar al templo era un ridícula desperdicio de vida. El hecho de no entenderlo no lo hacía malo. La elección no era suya.

Ella estaba toda segura, era cálida y suave. Podía ver las profundidades oscuras de sus ojos, la plenitud de sus pechos, las curvas largas y redondeadas de su cuerpo. Sus manos temblaron ante la idea de deslizar su cabello entre sus dedos, de tocar el suave satén de su piel. Sujetarla lo envolvía en dulces velos de flores de cítricos, como un sueño de los Campos Elíseos.

Podía oler su perfume ahora.

La revelación lo despertó de golpe y él miró hacia la puerta que unía la suite de Suelta a la suya.

En el suave resplandor del fuego, ella era una visión.

Su cabello estaba suelto, cayendo hacia adelante sobre un hombro como oscuras cascadas de miel. La túnica pálida que llevaba estaba sujeta con un solo broche en cada hombro, dejando el suave oro de sus brazos abiertos a la cálida luz. Llevaba maquillaje ligero y una sonrisa. Su boca no era del rojo brillante del *alcanet*; parecía que había besado cerezas maduras y dejado que su sangre oscura le manchara los labios.

"No estaba segura de si querías que me quedara," dijo ella en voz baja. "Así que esperaré aquí hasta que lo sepa." Sus ojos se bebían la luz, tan amplios y oscuros como un cielo nocturno.

Él sonrió. "Te veo particularmente hermosa esta noche."

"Yo no te veo tan bien. ¿Tomas algo de vino? ¿Puedo calentar algo o traerte un poco de extracto de amapola?"

"He tomado toda la droga que quiero. El agua tibia sienta bastante bien y esa cama es más suave que cualquier otra cosa que haya visto antes." Él sonrió. "Sobreviviré. Pero, qué campesino soy, ¿dónde están mis modales? Por favor, entra."

"Puedo volver más tarde. Pareces sumido en tus pensamientos."

"En realidad, estaba pensando en ti, así que es una suerte que vinieras cuando lo hiciste."

Ella caminó despacio hacia la bañera, con los pies descalzos en silencio sobre las alfombras profundas. Mientras ella sumergía distraídamente los dedos en el agua a su lado, preguntó: "¿Te estás preguntando por qué estoy aquí?"

Su toque rozaba el lateral de él y los músculos magullados se estremecieron. Marc estudió la suave profundidad en esos ojos y el cuerpo se le reafirmó en respuesta. "No." Él sonrió y levantó los hombros. "Eso me parecería bastante obvio."

"Me refiero a mis razones. Al porqué estoy aquí."

"No." Apartó la mirada y se quedó mirando las pesadas persianas que cerraban la noche. "Piensas demasiado." Un ceño fruncido argumentó que él había pensado tanto como ella, pero él continuó, "Tú y Luc. Lo analizáis todo hasta la muerte. Relájate y acepta lo que venga sin cuestionarlo todo."

Ella asintió, le sonrió con complicidad y dejó que sus dedos dibujaran una línea de fuego en su pecho. Presionando lo suficiente como para tentar a los moretones, ella le limpió las gotas de agua del pezón, y de nuevo, hizo rodar suavemente el tierno nódulo bajo su toque. "Eso es exactamente lo que quiero hacer."

El alivio en Marc se precipitó desde la base de su columna, haciendo cosquillas torpemente en los nervios sobreexcitados. No necesitaba preguntas difíciles ni racionalizaciones profundas. Necesitaba abrazarla. Solo abrazarla y dejar que la cercanía de ella entre sus brazos calmara la peor de sus preocupaciones. No quería tener que pensar.

Su sonrisa se entristeció y ella se encogió de hombros un poco. "En realidad no tengo nada más que perder." Le tocó la barbilla. "Y eres tan hermoso. No tengo una amplia experiencia, pero no sabía que era posible sentir lo que sentí contigo. Cuando hacíamos el amor era como nada que yo hubiera imaginado. Nunca antes me habían tocado así." Sus ojos se fijaron en los de él y la risa brilló en su profunda suavidad. "Marc, te estás sonrojando." Ella se echó a reír y él tomó la mano que se deslizó hacia abajo para trazar las líneas en relieve del tatuaje azul como la yerba pastel. "Eres mi buen vino," dijo ella. "El mejor. Y mientras estés aquí, quiero beber hasta el fondo de la taza."

Él quiso encontrar una respuesta ingeniosa, algo para aliviar la presión que le dificultaba respirar. Pero no confiaba en su voz, por lo que se rió para aclararse la garganta. "¿Entonces no estás aquí para hacer tratos? ¿Sin obligaciones ni compensaciones?"

"Ninguno," ella sonrió.

"¿No hay trampa para doblegarme a tu voluntad? ¿Sin incentivos?"

"No."

"No."

"¿Sin juicios?"

Retiró la mano y se acercó a la cama para sentarse. "Eso no puedo evitarlo. No me parece correcto. Aún no estoy acostumbrada a romper las reglas. Pero lo estoy intentando. Sin juicios. Estaba sentada en mi habitación, sabiendo que tú estabas aquí, sintiéndote aquí. Y me di cuenta de que si no hago esto, después de que te vayas no habrá otra alma viva que sepa ni le importe a lo que renuncié. Sólo yo. Quedaré arrepentida durante el resto de mi vida

por haber perdido la oportunidad."

Marc se envolvió una toalla de baño por las caderas mientras salía de la bañera, sintiéndose demasiado expuesto para estar desnudo frente a esta suave vulnerabilidad. "Y yo. Yo lo sabría."

"Me estás juzgando." Los indicios de miedo reaparecieron en los ojos de Marella. "Lo hiciste antes y lo haces ahora."

"No." Marc caminó para sentarse a su lado, entrelazando los dedos para evitar que se movieran impacientes para quitarle el ligero vestido. Cada palmo de su piel ansiaba presionarse por ella, enterrar todo el dolor y las pérdidas del pasado en su fragante suavidad. "No estoy en posición de juzgar a nadie."

"¿Me vas a pedir que me vaya?"

La voz de su madre lo reprendió, hizo que la enfrentara y mirara en las oscuras profundidades de sus ojos. Pero su sangre estaba caliente. La necesidad hervía bajo su piel, y meses de vacío, días de anhelo silencioso y su perfume en el aire a su alrededor, todo discutía con más pasión. El deseo palpitaba a través de él. No podría haber hecho que su boca le pidiera que se fuera.

"No." Su voz fue ronca, y un calor cercano a las lágrimas ardía detrás de esos ojos. "No podría pedirte que fueras aunque mi vida dependiera de ello. Anoche agoté mi cuota de autocontrol cuando se trata de ti." Él podía leer las profundidades de la necesidad en la oferta de ella, y su visión del futuro brilló en los velos de una ola de calor. Todas las razones por las que no podía quedarse comenzaron a nublarse, a cambiar y a hacerse trizas.

El alivio derritió la fuerte sujeción en su columna y ella se inclinó con urgencia sobre él, empujándolo hacia atrás para que yaciera en la suavidad de la ropa de cama. Si él la hubiera mirado, sabía ella, si le hubiera leído el corazón, él habría sonreído y desafiado la idea de que ella solo había acudido a él para hacer el amor.

Pero ella no le había mentado y parecía que él había creído tanto cuanto ella había dicho. Ella había venido sin trampas, ni concesiones ni tratos. Y negarse a decirle que lo amaba era parte de

esa honestidad. Y porque lo amaba, no quería nada más de él.

Girándose con cuidado para arrodillarse junto a él, ella se mordió el labio para reprimir un gruñido de dolor y él extendió la mano para recorrerle los costados.

La suave tela de su túnica se deslizó bajo sus manos y él ahuecó las manos en esas caderas, tirando de ella hacia adelante para que esos labios bajaran y encontraran con los suyos.

Marella abrió los ojos para ver el deseo oscurecer esos ojos pálidos, luego los cerró para dejar que todo su cuerpo se concentrara en esa boca.

Cada dolor y pérdida y miseria que ella había conocido en los últimos seis años, cada error y cada mala elección y cada consecuencia que había sufrido, se convirtieron en nada. Ella pagaría el precio una y otra vez si era necesario, si tan sólo la diosa la llevara por fin hasta esos brazos. Por un día o diez. Ella no quería pensar en el tiempo.

Ese pecho era un moteado paisaje de contusiones, leves hinchazones donde la piel se separaba sobre el hueso y moretones más oscuros, púrpuras y grises. La herida de espada en esas costillas inferiores se había abierto y sangraba, pero aparte del ennegrecimiento de la antigua sangre en lo profundo de la costra, esa parecía la menor de las heridas.

Ella gruñó y deslizó un dedo por el centro de su pecho. "¿Estás seguro de estar bien?"

Él ignoró la pregunta, dirigiendo su atención a los lazos debajo de su busto, aflojando la túnica para que su tela sedosa rozara su piel como un aliento caliente. Ella se echó hacia atrás, retorciéndose para arrodillarse más arriba de la cama, y palmeó las almohadas. "Muévete aquí arriba," susurró.ella. "Pon los hombros sobre los cojines, son más suaves."

Marc rió de nuevo. "Marella, estoy tan drogado que apenas puedo sentir los dedos de los pies. Si no te deseara tanto en este momento, me habría desmayado." A pesar de sus protestas, él se subió

despacio por la cama. "Tú solo ven aquí donde pueda abrazarte y no hagas ningún movimiento brusco."

Ella sonrió con él, pero se estremecía cada vez que él intentaba moverse. Levantándose las faldas, se movió para sentarse a horcajadas sobre esas caderas, inclinándose hacia adelante y tomando su peso sobre sus propias manos. Torció los broches en los hombros y liberó los pechos para ese tacto, luego deslizó la túnica hacia abajo para reunirla a sus caderas, mientras la boca demandaba la suya.

"¿Cuánto me quieres?" le respiró ella en la mejilla, deslizándole besos por la oreja, por el cuello y de nuevo para encontrar esa boca. Ella movía la pelvis en lentos círculos y estiró la mano para quitarle la toalla de las caderas.

"Mírame." Él sonrió. "Esto podría matarme y yo sin intentar escapar."

Llevando las caderas hacia atrás, Marella estiró los brazos y se le deslizó hacia atrás por los muslos. Lamiendo y besando un rastro desde el cuello hasta el pecho. Ella se estremeció cuando sus doloridos pezones le pasaron sobre las costillas. La tensa resolución en ella que evitaban que se derramaran las lágrimas temblaba en los codos y Marella cerró los ojos, bloqueando la deslumbrante presencia de esas heridas en Marc.

Más que nada, ella quería estirarse sobre él, presionar piel con piel y fusionar ambos cuerpos en uno. Para nunca separarse. Solo pensarlo hizo que nuevas lágrimas ardieran detrás de sus ojos y ella movió el cabello hacia un lado mientras movían los dedos por todo él. Su lengua jugueteó con los pezones y sus dientes pellizcaron suavemente la piel sensible mientras movía su boca hacia su vientre.

Él gruñó de dolor y retrocedió, y Marella se congeló buscando con urgencia sus ojos. "Esta es una mala idea. Mira, puedo abrazarte sin mád. Puedo simplemente dormir entre tus brazos."

Él rió, o gimió, y ella tuvo que reír con él mientras parpadeaba para eliminar las lágrimas. Ella estaba temblando por la compulsión de

sus propias necesidades, sus propios deseos, y estaba aterrorizada de volver a hacerle daño.

"Bueno, yo no podía irme a dormir sin más, así que, créeme. Si me duele algo más, me morderé el brazo antes de hacer un sonido."

Ella se estiró hacia arriba de nuevo para besarle la boca y él la levantó fácilmente para que yaciera a su lado. Apoyándose en el codo sin más que una mueca rápida, le sonrió y le pasó un dedo suavemente desde la sien hasta los labios. "Te diré una cosa," dijo él. "No digas una palabra más. Te hablaré de todo esto por la mañana. ¿Sí?"

Ella asintió y rió. "Sí."

El fuego ardía bajo y el frío del amanecer les picaba la piel cuando Marella sintió a Marc sobresaltarse entre sus brazos. Abriendo los ojos, miró hacia donde él yacía sobre su pecho, luego siguió su mirada hasta un trozo de pared en blanco. "¿Qué?"

Él no respondió, simplemente volvió su rostro hacia ella. Su mirada se enfocaba más allá de ella y profundos surcos le cruzaban la frente. Él estaba oyendo y Marella aguzó el oído para escuchar lo que fuese que le había llamado la atención.

Un agudo siseo de dolor se apoderó de sus dientes mientras se deslizaba a un lado de la cama y se obligaba a estar erguido de pie. Marella no oyó nada, pero él rápidamente se ató la toalla a las caderas, luego retiró un cerrojo en la puerta entre las suites contiguas y comprobó que las contraventanas estuvieran atrancadas.

"Cierra esto," susurró él, mientras tomaba un pequeño cuchillo al lado de la cama y cruzaba la puerta, desapareciendo en las sombras del pasillo.

Marc se pausó a la luz gris de la villa desconocida.

Este no podría estar muy lejos del pasillo. Un cuerpo golpeando una

pared de piedra hacía un sonido muy particular, pero no era un sonido que se transmitiera muy lejos. Y había seguido a este sonido el raspado de una refriega, pero demasiado breve. Si hubiera habido problemas y uno de los muchachos de Luc hubiera prevalecido, ya se habría escuchado un grito. El silencio significaba que el resultado no era bueno.

A un lado estaba la suite vacía de Marella.

La puerta al lado, más allá de la suya, estaba cerrada. En silencio, se movió para pegar el oído en la densa madera. La conversación murmurada no le decía nada. No había forma de saber si la puerta tenía barrotes o cerrojos, y golpearla con el hombro lo dejaría rodando hasta el suelo como una bola. La adrenalina aflojó la rigidez de sus articulaciones mientras presionaba con cuidado los dedos en la madera y sentía que esta comenzaba a abrirse.

Cilo estaba de pie en el centro de la habitación, encarando a un intruso, frío y concentrado, haciendo girar en la mano la empuñadura de una espada.

"Me preguntaba cuándo aparecerías." Marc dejó que el desprecio se arrastrara con las palabras mientras miraba a Jura Torres. "Habitación equivocada."

El comandante de Taran sostuvo su daga dorada bajo las costillas de Decimus. El joven oficial romano estaba de pie con los brazos sueltos, las manos hacia adelante y abiertas para mostrar que no tenía intención de resistirse. Un arañazo le sangraba en la sien.

Torres espetó. "La puta se ha mudado. ¿En la suite principal? Debería haber imaginado que no dejaría que los cuerpos se enfriaran antes de acomodarse en sus camas."

"No puedes salir de aquí." Marc habló tanto para mantener la situación en movimiento como para compartir alguna idea.

"No espero salir de aquí. Tengo la intención de llevarte a ti, a un romano o a Marella conmigo." Hizo una pausa para escupir. "Este servirá para empezar."

"¿Y pierdes tu única oportunidad conmigo?" Preguntó Marc. "Después de todo, podrías haber elegido romanos. La villa está llena de ellos. ¿Por qué has esperado tanto para unirme a la fiesta?"

El pelo del *equite* estaba pegado a una frente húmeda de sudor. El hombre estaba pálido y temblando, escupiendo las náuseas del dolor. Marc le pasó a Cilo un leve asentimiento y dio la vuelta a la pequeña daga que tenía en la mano. El tribuno dio un paso lento en un sentido y Marc en el otro, aumentando la distancia entre ambos, dividiendo la tensa atención del comandante.

"Inmundicia." Dijo entre una tos ahogada y el color desapareció de sus labios mientras sus ojos iban y venían entre los dos hombres.

Marc dio un pequeño paso hacia adelante. "Si lo cortas, te mataré antes de que puedas sacar el cuchillo. Déjalo ahora y prueba conmigo. Solo tú y yo." Volvió a girar el cuchillo y pasó los dedos alrededor de la empuñadura. "Vamos, comandante. Última oportunidad. Uno contra uno."

Marc sabía ahora por qué Torres había tardado tanto en intentar vengarse y por qué le costaba concentrarse, por qué había cometido demasiados errores. Leyó los sudores grises de la pérdida de sangre y la herida contracción de su postura.

Al encontrarse con los ojos de Decimus, Marc alzó las cejas en señal de advertencia, volvió a girar el cuchillo y dijo: "Herida en la tripa."

Decimus se apartó del cuchillo girando, doblando las rodillas y golpeando mientras lo hacía con un codo afilado.

Un lívido instante de dolor se congeló en el rostro de Torres cuando el cuchillo abandonó los dedos de Marc y se alojó en la parte delantera abierta de su túnica. En ese mismo instante, Cilo dio un paso adelante con la espada en alto, pero su acción se detuvo tan repentinamente como había comenzado. El intruso estaba herido de muerte, no había necesidad de ensuciar la espada.

Cuando Torres cayó de rodillas, con la mirada fija en Marc, Cilo cambió la dirección de su estocada y mostró el ornamentado grabado del dorso del gladius, llevando la punta hacia las oscuras

abrasiones del vientre de Marc. "Te pillé." Dijo sonriendo

Decimus dio un paso adelante, limpiando un fino rastro de sangre de su propio vientre. "Déjalo, Cilo. Es demasiado temprano para este tipo de tonterías."

Marc miró los fríos ojos verdes. No había euforia de adrenalina en la mano de Cilo, nada que sugiriera que hubiera reaccionado al ataque del *equite*. Si él aún compartía el mismo mundo, su control sobre la realidad se estaba desvaneciendo.

Decimus se movió entre ellos, apartando hacia abajo la afilada hoja de Cilo con los dedos como si esta no fuese más que un juguete de madera para niños. "Venga. Comamos. Tengo que ir al cuartel y hacer unos informes, y te quiero conmigo cuando me vaya."

Marc reconsideró sus suposiciones. Cilo nunca había estado subordinado a nadie, que Marc hubiera sabido, excepto al propio Agrícola. Este angelical joven oficial no solo estaba aún al servicio de Roma, le decía a Cilo lo que tenía que hacer y él lo hacía. Cómo habían caído los poderosos.

Cilo se giró y Decimus tomó la mano y el antebrazo de Marc. "Gracias." Se limpió de nuevo la mancha de sangre y captó el rastro con las yemas de los dedos antes de que tocara el blanco puro y blanqueado del taparrabos. Hablando como si Cilo ya no estuviera en la habitación, centró su atención en Marc y dijo: "No te quedarás aquí mucho tiempo, ¿verdad? Cilo ha enviado órdenes de arresto para ti por todo el norte del país y a él no le importa si se hace el servicio o no."

Ignorando al propio Cilo, Marc declaró sin rodeos: "Sin cargos. Él solo envía órdenes para arrestarme."

"Algunas." El rostro de Decimus mostraba compasión, pero no disculpa. "Algunas son solo órdenes para arrestarte. Indefinidamente. Hasta que él llegue al lugar donde te retienen. Pero ha incluido cargos al azar. Algunos te acusan de insubordinación, otros de desertión. No puedo concederte ningún indulto, pero puedo redactar un salvoconducto con el nombre de tu hermano. Eso será suficiente para sacarte de *Hispania Tarraconensis*."

"No tiene adónde ir, ¿verdad, Marcus?" Cilo se rió para sí mismo mientras terminaba de vestirse. Se deslizó junto a Decimus y le puso un brazo sobre el hombro. "No hagas caso a mi amigo, Marc. Hasta hace un mes yo lo superaba en rango, así que en realidad, él no sabe lo que he hecho. No he dejado cargos al azar, hay un patrón en ellos. Te he dado la oportunidad de averiguarlo. Y estoy seguro de que eres lo bastante inteligente como para saber que salir de *Hispania* no garantiza tu seguridad. Aunque puedas ver el patrón y averiguar dónde podría haber presentado cargos y dónde estarías a salvo, solo se necesita una transferencia, un centurión que sepa que hay un cargo en tu contra y que te reconozca, y ya puedes esperar el flagelo. O una estaca. No hay soldados como los desertores, ¿verdad?"

"¿Por qué? ¿Por qué tomarse tantas molestias? ¿Por qué te molestarías en armar un lío tan complejo solo para atraparme y aún así dejarme salir por esta puerta esta noche?"

"Deberías estar muerto. Le sacaste un cuchillo a tu oficial al mando. Cualquier oficial, cualquier tribunal militar del imperio, te ejecutaría sin dudar." No había rastro de emoción en ninguna parte del rostro de Cilo. Ni siquiera tenía la humanidad para regodearse.

"Gracias a ti, Luc me quitó todo lo que necesitaba. Se fue y se llevó a mi hermana con él, y no tenía derecho a hacerlo. Deberías haberte mantenido al margen. Esa es una lección en la que puedes pensar ahora mientras vivas. Siempre que puedas seguir un paso por delante de Roma."

"Si realmente me quisieras muerto, ya estaría muerto." Marc tragó cuando la enormidad de la amenaza que enfrentaba se hizo más clara.

"Exactamente. Si te hubiera querido muerto, o a Luc muerto, ambos estaríais muertos ahora. Quiero que sufras. Quiero que te despiertes cada mañana con miedo, y quiero que cierres los ojos todas las noches sabiendo que esa podría ser la última vez que duermas. Quiero que pierdas todo lo que es importante para ti, durante el resto de tu vida. Luc aún tiene a Maia. ¿Son ellos felices?" Bajó la cabeza y se estudió los dedos. "Él tomó lo que no era suyo y tú le

ayudaste a hacerlo. Pero todas las deudas vencen, eventualmente. ¿No es así?" Sonrió con una breve y fría sonrisa.

"Las órdenes de arresto expirarán. Me aburriré de publicarlas. Pero no sabrás cuándo. Dale una carta de salvoconducto, Decimus. Deja que camine a ciegas por las trampas que le dejé en *Britania*."

Marc no tenía nada más que decir, y ningún coraje para decirlo. Incluso su respiración era inestable. Al igual que Marella, no tenía un hogar seguro al que regresar. Pero si bien ella podía huir a otra provincia y comenzar otra vida, sus elecciones, al final, a él lo habían dejado sin ningún lugar seguro. Nunca.

Cuando Marella deslizó la barra de la puerta, él entró y la levantó hacia su boca. Sin hablar, se acercó a la cama. Colocándola debajo de él, se estiró con las piernas entrelazadas con las de ella, manteniendo la mayor cantidad posible de piel sobre piel.

Tragando el nudo ardiente que se levantó de nuevo en su garganta, él se deslizó más abajo. Mientras se llevaba la oscura hinchazón de su pezón a la boca, gemidos bajos reverberaron en su mejilla. La piel de su pecho era traslúcida. Tenues líneas azules describían su embarazo y él cerró los ojos mientras ella entrelazaba sus dedos por su cabello y sostenía su rostro pegado a ella.

Si tenía preguntas, ella tenía también suficiente perspicacia para permanecer en silencio.

Un dolor antiguo y feroz en Marc gritaba bajo el diafragma. Los huesos y los nervios desnudos de su yo esencial estaban en llamas y él trató de envolver ese ardor en un suave consuelo femenino. La respuesta a una necesidad fundamental estaba escrita profundamente en aquella suave piel pálida, y él buscó en ese cuerpo, tocando, buscando en cada palmo de esa piel. Pero aun cuando ella gimió y se estremeció bajo su toque, aun cuando él estalló profundamente dentro de ella, gimiendo en su hombro con la intensidad de su liberación, seguía sin haber fin para la quemadura.

Marc estaba mareado y sentía náuseas con la absoluta realidad del dolor físico que lo atravesaba. Sentía las costillas rotas y cada

respiración ahogada parecía triturar hueso con hueso, apuñalando sus pulmones y prohibiendo el aire que tan desesperadamente necesitaba. El músculo magullado le dolía como si lo hubieran golpeado de nuevo con garrotes y bastones tachonados, pero no había nada que pudiera hacer o decir excepto enterrar los ojos en aquel cuello y abrazarla con fuerza.

Marella yacía despierta mientras lágrimas silenciosas le inundaban los ojos y volvían a la almohada detrás de ella. Una mano enredada en el pelo de Marc, sosteniendo aquel silencio sobre el hombro. La otra le acariciaba la ancha espalda, como una madre consolaría a un niño pequeño.

Ella levantó la pierna, deslizando el metatarso del pie por su muslo y pantorrilla, suavemente para calmarlo. Él estaba temblando.

"Marc." La palabra fue susurrada pero ella lo sintió tensarse en sus brazos. Necesitaba preguntar qué había sucedido, pero ahora no era el momento. "Necesitas opio."

"Pronto." Fue poco más que un gruñido arrastrado sobre la sangre y la grava, pero él levantó la cabeza, moviendo su peso hacia un lado para que ella pudiera verle el rostro.

Ella sentía la contención y tensión en cada respiración de él y sus pupilas se habían tensado con el dolor. "Iré ahora y te lo traeré."

La botella estaba sobre una mesa fuera de su alcance, pero él apretó su agarre, acercándola más a él y dijo: "Sí. Pronto."

Marella se secó los ojos y trató de expulsar los miedos de su sistema. Pasara lo que pasara, por ahora, él necesitaba abrazarla. Moverse hacia un lado le había quitado la presión del pecho y su respiración se estaba relajando. Él había cerrado los ojos y un ceño fruncido le surcaba la frente como una cicatriz. Hablando en voz baja, ella le acarició la mandíbula con las yemas de los dedos y dijo: "Anoche dijiste que podíamos hablar por la mañana. ¿Puedo decirte lo que he decidido hacer?"

"Sí," suspiró como un hombre que espera escuchar el veredicto del verdugo.

"Voy a vender lo que tengo aquí, tanto como pueda, e irme con tu hermano cuando él regrese. Hasta *Toletum*. Es un lugar tan bueno como cualquier otro para intentar comenzar una nueva vida."

Él no abrió los ojos y el ceño se mantuvo firme. "¿Cuándo decidiste eso?"

"En *Nertobriga*, después de que te marcharas." Los miedos con los que ella había estado luchando regresaron a su estómago. Ella había esperado que él se sintiera aliviado al saber que ella no iba a volver al templo ni a la lucha por el poder en *Saragosa*.

"¿Cómo sabes que puedes hacer eso? ¿Quieres criar a un niño sola? ¿Quieres aprender a vivir sin dinero, sirvientes y posición?"

El miedo creció en temblor, pero ella tenía que hacerle saber que no tenía la intención de intentar atarlo. "No lo sé. Aún. Pero es lo que tengo que hacer y encontraré la manera de hacerlo."

"¿Es lo que quieres hacer o es lo que crees que quiero que hagas?"

"No entiendo esto. ¿Por qué parece como si me estuvieras atacando? Ni siquiera levantas la voz y siento que estás gritando."

"No lo estoy. Te digo que tomes tus propias decisiones. Yo no soy capaz de tomar las decisiones correctas por ti. Tienes que afrontar la crianza de un niño que podría parecerse al hombre que odias. Tienes que enfrentarte a la intolerancia de las personas que te rodean cuando no tengas un marido a tu lado. Tienes que aprender a cocinar, a limpiar y a criar hijos, cuando podrías deshacerte del último trozo de *Leucetius* y volver a tus votos y al templo y a todo lo que conoces."

Al escuchar ese nombre, el estómago de Marella dio un vuelco y un gemido involuntario se deslizó entre sus labios. "Es mi elección. No la tuya. No te hago responsable. Puedes irte a casa y hacer lo que tengas que hacer." El temblor había subido a su pecho e hizo que sus palabras temblaran mientras se obligaba a terminar lo que quería decir. "Quiero quedarme contigo, solo hasta que *Luc* regrese. O hasta que te vayas. No te estoy pidiendo más que eso."

Despacio, él se incorporó apoyándose en los codos y la miró con ojos que atravesaban cualquier artificio y dejaban al descubierto su alma. Cuando la miraba así, miraba directamente más allá de cualquier palabra que ella pudiera ofrecer. "Tú no quieres que me quede contigo."

No fue una pregunta ni una declaración de hechos, y no había forma de responder. Ella no podía mentirle y, si decía la verdad, haría una mentira de todo lo que acababa de decir. Ella mentiría sobre todas las promesas que se había hecho a sí misma.

Marella quedó en silencio, mirando aquella mirada gélida hasta que algo se rompió en esos ojos y se oscurecieron de repente. Él sonrió, pero no había luz en él, y asintió. Se apartó de ella, se obligó a ponerse de pie y se enderezó lentamente. Manteniendo su espalda hacia ella, se vistió rápidamente y caminó hacia la mesa para tragar un trago de opiáceo. "Torres está muerto," dijo, y salió de la habitación.

Capítulo 19

Sola en la pequeña casa de campo que habían alquilado al final del Samhain, Marella se sentaba en la barandilla superior de los corrales y observaba a Marc montar. De niña había visto a su hermano mayor entrenar con los otros jóvenes élitos ecuestres. Entonces, poco más que una niña pequeña, había amado a los grandes animales agitados, pero ninguna joven noble quería montar. Los caballos eran parte del mundo exterior habitado por hombres.

En el fondo de su mente, la comprensión de que él estaba lo bastante bien como para irse gemía inaudiblemente. Siempre que la posibilidad se hacía consciente, ella enderezaba la columna. Aun cuando le ardieran los ojos.

Los últimos diez días habían sido los mejores y los peores de su vida. Su corazón había tomado notas, un diario profundamente privado de recuerdos que ella podía abrir cada vez que cerraba los ojos. Ella había rehusado agregar imágenes de angustia.

Luc se llevaría los caballos de Taran a cambio de plata y una casa en la aldea que daba servicio a la villa de este. El romano chiflado había cabalgado hacia el Sur hasta *Toletum*, a la casa de Luc para ver a su hermana, mientras que Luc y uno de sus hombres habían cabalgado hacia el Norte para recoger al hijo de Marc en la granja al valle del Gallego. Volverían en cualquier momento. Cualquier día.

Él aún cojeaba de un lado, ella podía ver la forma en que la incomodidad tiraba a Marc hacia abajo de un hombro, y él mantenía el brazo izquierdo apoyado sobre el estómago la mayor parte del tiempo. Pero su movimiento era más libre, su ceño menos fruncido.

Cuando él volvió a galope hacia donde ella esperaba, la boca de Marella se curvó sin pensar en una sonrisa. Verlo aún la hacía sonreír. Ella no necesitaba llorar.

Todas las mañanas, cuando ella había despertado a su lado, el asombro había burbujeado en su corazón y detenido la respiración en su pecho. Cada vez que habían hecho el amor, ella se había transportado. Su espíritu podía sumergirse bajo aquella piel y mantenerse pegada a su corazón. Y a veces, cuando dormía, él la abrazaba con tanta fuerza que parecía que la necesitaba allí, como un ungüento para una herida. A veces parecía que la necesitaba más de lo que él quería admitir.

"Te veo más relajado," dijo ella tendiéndole la mano.

Él se inclinó en la silla y le sostuvo la mano firme mientras ella bajaba de la barandilla. "Estoy mejor," murmuró a medias para sí mismo. "Aún no sé si me gusta esta yegua o el castaño." Él se sentía atraído por la yegua gris que cabalgaba, aun cuando su mente racional le decía que el semental castaño era la mejor opción. Sus líneas eran magníficas; podía ganar mucho dinero en cualquier lugar al que fueran contratándolo como padre.

"Llévatela," dijo Marella. "Luc puede ponerla sobre diez yeguas y construir un linaje. Si la dejas, solo tendrá un potro cada dos años."

Marc la miró. "¿Por qué estás pensando en lo que es mejor para él?"

Ella sonrió y se volvió hacia la casa. "No lo estoy. Creo que la yegua querrá volver a casa y no creo que a él le importe. Pero no voy a decir eso en voz alta, ¿verdad? Llévate ambos. De todos modos, ya no son míos."

Ninguna de las cosas que ella podía decir en voz alta realmente respondía a las necesidades de su corazón. Si hubiera dicho la verdad, habría sido para llorar a sus pies e intentar retenerlo allí para siempre. "Decide. Luc estará aquí mañana o al día siguiente."

Marella se congeló buscando la brizna de movimiento que había visto en la línea de árboles. Dando dos pequeños pasos laterales, con la razón tratando de calmar el miedo innato, levantó el brazo y señaló hacia el bosque. "Pregúntale a ella," dijo y se movió rápidamente hacia la seguridad de la casa.

Marc escrudivió los árboles.

La loba, al parecer, conocía la granja. Rondaba cada tarde las lindes del terreno despejado, observando a sus nuevos inquilinos. Se había vuelto más agitada a medida que pasaban los días, y durante las últimas dos noches, había llamado a Marc.

Marella había afirmado más de una vez poder sentirla cerca, incluso cuando nadie podía verla. Marc descartaba la afirmación como una tontería supersticiosa, pero no se podía negar la forma en que su sangre se elevaba cuando sus claros aullidos áureos iluminaban las noches. Estaba ansiosa por él, pidiéndole que la siguiera.

Cuando Marc entró en la cocina, Marella se secó los ojos con irritación y se volvió para arrojar troncos al fuego de la chimenea. Las chispas salpicaron las baldosas y ella las molió bajo la sandalia como si fueran pequeñas esperanzas. "¿Entonces? ¿Uno? ¿Ambos? ¿Que has decidido?"

"No he decidido."

Las manos de Marella se aferraban a la túnica, arrugando en nudos el suave lino en los muslos. "Dímelo otra vez," dijo ella a las llamas. "¿Qué vas a hacer?"

Marc observó el pánico en ella, quien se recogió las faldas al apartarse del fuego y acercarse para dejar caer la tetera en su cadena. Hervir agua era su habilidad doméstica más notable y, a veces, ella se esforzaba por hacerlo bien.

Se lo había preguntado antes. La respuesta no iba a cambiar. "Voy a volver a *Britania*. Quiero ver a mi padre. Él tiene una forma de ver la vida que ayuda a dar sentido a las cosas."

"Pero no vas a ir a *Caledonia*, ¿verdad? No hacia donde aún están luchando. ¿Y no al frente en *Germania*?"

"No planeo hacerlo, no."

"Eso no es una respuesta." Ella se movió rígidamente para quedar detrás de él e inclinarse sobre sus hombros. "Irás a donde haya trabajo, ¿no?"

"Sí." Él tiró de ella para encararla y le apoyó la cara en la de ella,

respirando el aroma de su piel.

"No sé cómo lo soportan las esposas de los soldados."

"No tienen esposas. El ejército no lo permite."

"Es cierto. ¿Qué cree Roma que hacen ellos durante veinticinco años?"

"Irse de putas."

Ella le envolvió el cuello con los brazos y apoyó la mejilla en la de él. "Me lo creo. ¿Es eso lo que hiciste mientras estabas alistado?" preguntó ella.

Él rió y se puso de pie, levantándola con él. "Sí. Y tenía cuatro hermanos conmigo. Y Luc aún tiene a esas mismas chicas viviendo por todas sus propiedades."

"No, no las tiene, ¿las tiene?" Ella acomodó las almohadas y se las puso detrás de los hombros, donde él la había acostado en la cama.

"Las tiene. Tendrás que superar tus prejuicios. Serán tus vecinas."

Marella asintió, tanteando cuidadosamente lo que podía decir. Era un tema en el que fácilmente podía decir algo incorrecto sin tener la intención de hacerlo. "¿Y Luc gana dinero con los burdeles?"

Marc rodó sobre su espalda a su lado. "No. Simplemente juega a ser dueño de la propiedad. Cilo y su hermana, la esposa de Luc, tienen más dinero que los dioses. Y la mujer que le dejó a Luc las propiedades era la señora de todo el imperio. No creo que a él le importe lo que ellas hagan mientras lo dejen en paz."

Ella gruñó, sacando mariposas de su estómago. "¿No sabe todo el mundo quiénes son? ¿No habla la gente?"

"Probablemente. Pero dado que las propiedades son casi autosuficientes, también hay agricultores, galenos y comerciantes que viven en las aldeas. ¿Qué importa lo que diga la gente de fuera?"

Ella no podía hablar. La realidad de las decisiones que había tomado aún la golpeaba duramente a veces, y cuando él se marchase, no tendría a nadie que le dijera, con calma, que ninguno de sus temores tenía sustancia. Cuando él se fuera, todos sus miedos serían reales.

Sus miedos ya se acumulaban bajo la piel. Le ardían en las mejillas y los ojos y los labios deseaban decir: «quédate conmigo; por favor, no te vayas.» Pero ella se pasó una mano por la boca y apartó las palabras. Donde su brazo descansaba sobre su abdomen, las burbujas de movimiento le recordaron silenciosamente a su propio hijo. El pequeño podía oír su voz, sabía que estaba cerca, sabía que estaban a salvo. "Dímelo de nuevo," susurró. "¿Adónde vas?"

Marc se limpió el frío de los brazos de antes del amanecer y pisoteó con los pies. El invierno llegaría duro este año, él se alegraba de que Marella se marchase al Sur.

La yegua gris también piafaba, irritada por la atención temprana. "Acostúmbrate, querida," le susurró al oído y ella volvió su mirada brillante e inteligente hacia él. La mirada que ella le dirigió estuvo tan cerca de un despectivo desdén que él tuvo que reír.

Todo estaba listo, todo lo que había preparado la tarde anterior. Se había sacado agua, cortado suficiente leña para una semana, había carne, huevos, queso y harina de maíz en la despensa.

Ensillar el caballo no tomó más de un minuto, y de repente pareció demasiado pronto para irse. Seguramente quedaban cosas por hacer, cosas que ambos deberían haberse dicho. Tenía una muda de ropa, un manto, algo de comida y el odre de vino. Y una decocción de opio. La necesitaría esta noche. Gran parte del dinero que tenía se lo había dejado a Marella. Él podía trabajar por lo que necesitaba.

Ignoró los gemidos y los ansiosos aullidos agudos de la loba mientras esta avanzaba por las barricadas. Manteniendo los árboles siempre entre ellos, corría de un lado a otro a lo largo del claro.

Resistiendo la tentación de mirar alrededor del patio de la casa una vez más, Marc giró la cara de la yegua hacia el Norte y galopó a lo largo de la línea de árboles hacia la carretera.

Marella se sobresaltó, despertó con el ceño fruncido y miró por la habitación con irritación. El sol aún no había salido. Dejando caer la cara sobre la almohada, entre los codos, entrelazó los dedos detrás de la cabeza y cerró los ojos. Descansaría los ojos un momento. Solo un momento de tranquilidad.

Tenía plomo en los párpados y la niebla y la lana suave le llenaban la cabeza. En algún lugar entre el sueño y la vigilia, se aseguró de que se estaba levantando. Hacía calor. Las losas no estaban frías porque las alfombras suavizaban el suelo y los braseros calentaban el aire.

Los criados iban a venir con vino caliente, pan y miel. Sin embargo, ella no tenía hambre, estaba cansada. Y lo que más quería era que se fueran y se llevaran la comida y dejaran de dar golpecitos en la mesa.

No se había dado cuenta de que había dormido hasta que despertó de nuevo. "Sí," dijo a la oscuridad. "Ya voy."

Ahora el aire estaba frío y ella retiró las mantas de mala gana, arrastrando una vieja alfombra alrededor de los hombros mientras apoyaba los pies en el frío suelo. Su cabello se había enredado y se le metieron mechones en la boca cuando bostezó. Utilizando los dedos como peines, se lo pasó por la cabeza y se aplanó los nudos.

Se había dejado una lámpara apenas encendida en la sala principal y ella giró la válvula en la puertecita para abrirla una fracción y subir la luz. Tropezando en la habitación lateral, miró hacia la cuna. Los bebés dormían como querubines, ninguno se había movido.

Levantando la lámpara para iluminar la habitación, miró por encima de cada uno de los pequeños catres. Ambos niños dormían profundamente, metidos en las mantas.

Marella gimió. Sus pies descalzos golpearon el suelo mientras regresaba a su cama. Perros. O borrachos. ¿Quién sabía?

Se dejó caer sobre el colchón y se echó la vieja manta sobre la cama. Demasiados días de lavado le habían quitado el olor, pero ella lo sostenía como un edredón. Era suave y cálida y se sentía más segura cuando dormía bajo esta.

Justo cuando levantó los pies y las sábanas para deslizarse de vuelta a su calor, hubo otra llamada.

Alguien había cambiado de planes.

Marella dejó caer las mantas, se echó la alfombra sobre los hombros y se obligó a apoyar los pies en el suelo de nuevo. "Sí. Sí, ya voy," murmuró. De nuevo intentó alisarse el cabello, pero no esperaba compañía. A esta hora de la noche, o de la mañana, sería una de las chicas con una emergencia y a ellas no les importaba su aspecto. Sabían cómo Marella se sentía.

Caminó hasta la entrada y mantuvo los dedos en el pestillo, lista para abrir la puerta. "¿Sí?" bostezó.

"¿Marella?"

Un peso caliente la golpeó en el estómago y sus rodillas se doblaron. Ella se agarró a la jamba de la puerta, tragó y se pasó una mano temblorosa por la boca.

Para abrir el cerrojo, tendría que soltar la pared que la sostenía, o mover la otra mano y correr el riesgo de liberar los sollozos de la boca. Se aferró a la pared y lentamente abrió el cerrojo para poder tirar de la puerta.

Cuando dio un paso atrás, bloqueó la luz que se filtraba desde la habitación principal, por lo que él parecía poco más que un pedazo de noche que había tomado forma. Pero podía olerlo en el aire y ese olor le detuvo el aliento. Los latidos de su corazón se atascaron en la base de su garganta y le patearon el estómago.

"¿He venido en mal momento?" preguntó él y un sollozo brotó de la boca de ella.

Ella se apretaba con fuerza los muslos con las manos mientras que los dedos quedaban atrapados en una franela suave y arrastraban el dobladillo hacia arriba sobre el suelo.

Ella dio un paso atrás de nuevo. "No." La palabra fue solo aire en movimiento, pero él la siguió al interior de la habitación.

Las palabras la habían abandonado y ella se tapaba la boca con la mano mientras se le inundaban los ojos de lágrimas. Él llevaba el pelo corto. Su bronceado se había desvanecido. Sus ojos estaban oscuros en la poca luz. No sonreía.

Ella sacudió la cabeza y trató de poner su garganta a funcionar, parpadeando para aclararse los ojos, pero aún no podía encontrar las palabras. Por fin, se obligó a decir: "No puedo hablar."

Él sonrió y el pecho en ella se llenó de un dolor tan agudo que pensó que su corazón había estallado o roto. Sosteniendo una mano hacia adelante, con la palma hacia abajo para mostrársela, él dijo en voz baja: "Tal vez debería volver cuando haya salido el sol."

Marella se miró los dedos. Estaban temblando y él los apretaba en un puño.

"No," dijo ella de nuevo. "¿Cuánto hace que has vuelto?"

"Un par de horas. Fui a casa de Luc. Dejé mi equipo allí. Iba a esperar hasta mañana."

"Pero no lo hiciste."

"No." Él colgó los pulgares en el cinturón de la cadera y se apoyó en una pierna. Un ceño fruncido le surcaba la frente. "Necesitaba verte. ¿Puedo entrar o me voy?"

La pregunta la impulsó a actuar. "Entra. Por aquí." Se apresuró delante de él hasta la sala principal de la casa. Agachándose, corrió por la zona para recoger en una cesta los juguetes esparcidos. "Te traeré vino. ¿Ya has comido?" Ella se detuvo y se volvió hacia él. "Por los dioses, Marc. ¿Qué haces aquí?"

"Luc dijo que mi zagal estaba aquí."

Marella miró fijamente. "Sí. Sí lo está. ¿Querías verlo ahora?"

"Sí. No lo despertaré."

La lámpara arrojaba luz desnuda sobre la larga y delgada habitación, iluminando de nuevo a los niños donde dormían. Marc se arrodilló para besar la frente del niño dormido, tiró las mantas para apretarlas más alrededor de su cuello y retrocedió silenciosamente de la cama.

A través de la puerta donde esperaba Marella, levantó dos dedos y señaló la cuna. "¿Tuyo?"

Ella se encogió de hombros. La conmoción se había desvanecido, dejando la esperanza y el terror como una guerra en su estómago, como una masa fría y retorcida de anguilas. "Algo así."

Él se apoyó en la pared, cruzó las manos detrás de las caderas y Marella se mordió suavemente el labio inferior. Eso era lo que él hacía cuando quería mantener las manos quietas. O fuera de los problemas.

"Ven y cuéntame qué ha pasado en el año desde la última vez que te vi." Ella no había querido decir nada con esas palabras, pero la tristeza chispeaba en esos ojos y él desvió la mirada por un momento antes de responder.

La última vez que la había visto, ella dormía tranquilamente con el cabello extendido en sedosos remolinos sobre la almohada. "Hice lo que dije que haría. Trabajé en seguridad privada durante un tiempo. Pasé algún tiempo con mi padre y algún tiempo en *Hibernia*, averiguando cómo es la vida fuera del imperio."

"¿Y estás de regreso aquí durante la temporada baja?"

"No. Decidí volver. Quedarme. Tenía que volver." Hizo una pausa, buscando en la habitación algo importante, pero no encontró nada. Su mirada volvió al rostro de Marella, luego se deslizó tímidamente hasta sus pies. "Nadie me estará buscando aquí abajo ahora, espero."

Cuando ella se movió, él la siguió lentamente hasta la sala principal y se sentó en un taburete junto a la mesa, apoyado en los codos,

entrelazando los dedos. "Tu turno."

La suya era una historia bastante fácil de contar. No tan breve como la de él, pero tampoco complicada. No quería hablar de las dificultades. La vida que había elegido la había desgastado con tanta seguridad como la piedra de afilar sobre carne blanda. Pero había sido su elección, y había sobrevivido, prosperado e incluso llegado a ser feliz. "Cuando llegué aquí, no sabía qué podía hacer para vivir cuando se acabó el dinero, pero esta casa había pertenecido a una familia." Ella asintió hacia la habitación donde dormían los niños. "Y esa habitación tenía todas esas camas. Como dijiste, aquí hay muchas chicas con pequeños y ningún hombre que los mantenga. Así que comencé a cuidar a los bebés mientras sus madres trabajaban o viajaban. El otro niño que está ahí fuera sólo está aquí para dos días. Y Nico se queda aquí cuando sus amigos se quedan." Ella sonrió. "Es un buen chico. Tienes razón en estar orgulloso de él. Me ha ido bien. Me encantan os niños y fue fácil cuando nació Mireia."

"Mireia," él articuló el nombre, luego asintió hacia la guardería. "¿Y el otro pequeño?"

"Una de las madres murió de fiebre y yo heredé a su bebé." Ella se encogió de hombros de nuevo. "Es la vida. Esta vida. Las cosas vienen y se van. Y yo intento recordar que es solo un cambio. Que las cosas cambian y que yo puedo sobrevivir a esos cambios."

Marc observó la forma en que los ojos de Marella atrapaban la luz de la lámpara desnuda o se oscurecían en sombras. Su cabello era salvaje y suave, rizado como un halo oscuro. Eél estudiaba su boca mientras ella hablaba, observando sus labios formar cada palabra. Estaba allí sentada enfrente, con una raída alfombra sobre los hombros y su camisón hecho un fajo en el regazo. "Estás preciosa," dijo él y ella giró la cara como si la hubieran abofeteado.

"Estoy hecha un desastre." Sus dedos volaron hasta su cabello y ella se levantó rápido para traer una botella de vino y tazas de madera de un estante cercano. "No duermo mucho."

Estaba nerviosa, agitada, él podía leerlo claramente en cada movimiento. Pequeños tics jugaban en la piel suave cerca de su

boca. Ella fijó sus ojos en él mientras le entregaba una taza. "¿Tenía tu padre la sabiduría que necesitabas?"

Él tomó el vino y asintió, sonriendo con tristeza. "Sí. El primer día que llegué me dijo todo lo que necesitaba saber, pero me tomó un año darme cuenta de que tenía razón." Un año de espera; esperando la incertidumbre de los planes del romano chiflado. Y de moverse, pero lentamente, como una caminata por arenas movedizas; cada día temeroso de haber esperado demasiado; cada día cortando la distancia en astillas y grados que tomaron una eternidad para traerlo de regreso a este lugar.

"¿Qué te dijo que debías hacer?"

"Dijo que debería hacer lo que era importante. Dijo que debería aferrarme a las cosas que necesito y dejar las cosas que no necesito." Lo había dejado ir. Nunca había un final de batallas que pelear ni sangre que derramar. A cada paso había hombres que se levantaban o caían para defender o tomar alguna tierra o algo de oro o algún sueño. Y todos pagaban para que otros hombres se levantaran o cayeran con ellos. Él había gritado al rostro de la muerte hasta que su garganta había quedado en carne viva y el doloroso nudo en su pecho se había derretido en sudor.

Y había viajado bajo cielos pesados y un sol brillante, y sentado en campos y tabernas, y sabido con certeza que no había nada en un lugar u otro que quisiera o necesitara.

Excepto lo que había aquí.

Se rió de repente y una sonrisa incierta asomó a los labios de Marella. Él se levantó la parte delantera de la túnica para mostrarle manchas azules sobre la piel de las costillas. "Mi madre dijo que necesitaba recordar de dónde vengo. No puedes quedarte quieto demasiado tiempo cerca de ella o te pintará de azul y empezará a clavarte cosas afiladas en la piel."

Marella apartó los ojos del firme músculo de ese estómago y costado y se humedeció los labios secos con un sorbo de bebida. Cuando volvió a dejarla sobre la mesa, ella se sentó sobre las manos, manteniéndolas quietas y ocultando su temblor. Con el pelo

corto, él se parecía mucho más a su hermano. Y el tiempo ausente le había arrugado la frente, por lo que parecía que se había preocupado más. Y reído menos. Su vida no había sido fácil.

Pero el tiempo que él había pasado recordando de dónde venía la había marcado a ella tan claramente como lo había marcado a él. Él venía de un lugar donde las mujeres eran fuertes y capaces; donde nadie suplicaba ni se humillaba. Esas mujeres que sacaban una espada y tomaban lo que querían del mundo. Ella ni había rogado ni tomado lo que necesitaba por la fuerza, y había visto que lo que más deseaba en el mundo la abandonaba para que enfrentase sola todos sus miedos.

"¿Por qué has vendido aquí esta noche?" preguntó ella sin rodeos.

El último año la había dejado con demasiadas decisiones importantes como para permitirse vacilar ante las incertidumbres. La vida la había obligado a decidir rápidamente lo que importaba y lo que no. Había vivido con sus opciones y sobrevivido, pero la vida tampoco había sido fácil para ella.

Necesitaba estar segura. No había lugar en su nuevo mundo para más angustias. No quería apresurarse, necesitaba saber lo que le pasaba a él por la mente y en el corazón. Ella podía tomarse ese tiempo, se aseguró a sí misma, y tener certeza. Certeza.

Si la pregunta lo puso nervioso, no había ni rastro de ello cuando él habló. Su voz, como siempre, la tranquilizaba con su calmada seguridad. Sus ojos estaban oscuros y se encontraban con los de ella constantemente. "Porque te amo," dijo él. "No podía quedarme en *Britania* porque estaba demasiado lejos de todo lo que era importante para mí. Todas las cosas que voy a necesitar están aquí, bajo este techo."

El manojito de franela suave que tenía en las manos ya le había levantado el dobladillo casi hasta las rodillas, por lo que Marella no tuvo dificultad para levantarse las faldas lo suficiente como para pasar por encima de sus rodillas y sentarse sobre él. Con los brazos apretados alrededor de su cuello, él acercó la boca a la de ella y dejó que aquellos labios buscaran los suyos.

En un instante su cuerpo recordó cada parte de él. El sabor, el olor y la sensación de él en sus brazos llenaron sus recuerdos como una vela que la impulsaba con más fuerza hacia él. Ella entrelazó los dedos entre el corto pelo y sintió ese cuerpo responder a su deseo.

Sus manos se deslizaron por sus muslos, levantando el camisón en sus antebrazos mientras su toque subía por la espalda. Manos fuertes y suaves. Esos dedos elevaban en Marella el calor en la piel de los hombros y por los costados, por lo que ella se retorció y gemía en su boca.

Cuando esa palma se deslizó hacia arriba para tomar el peso de su pecho, ella se quedó sin aliento y apartó la boca de la de él. Con sus palabras tartamudeando en su respiración, preguntó: "¿Y si te he odiado y te dijera que te marcharas de nuevo?"

"¿Lo has hecho?" Esa mirada estaba oscura por el anhelo, pero había sinceridad en la pregunta y ella respondió con sinceridad.

"Te odié en algunos momentos. Cuando las cosas estaban realmente difíciles y no sabía qué hacer. Cuando intentaba estar a la altura de tus estándares pero tú no estabas aquí para ayudarme ni abrazarme."

Él desenredó sus manos y le sostuvo el rostro con ternura. Sonrió, pero sus ojos hacían promesas solemnes. Él dijo: "Entonces me caería al suelo a tus pies y te suplicaría que cambiaras de opinión."

"No voy a pedirte que te vayas," susurró ella en esa mejilla. "No quiero que me abandones nunca más." Apoyándose en esos hombros, se deslizó hacia atrás para ponerse de pie y le agarró de la mano. "Ven acá."

Llantos apagados se elevaron rápidamente en un coro antes del amanecer y Marella dejó caer la mano, al parecer, brevemente derrotada. Soltó un suspiro de resignación y señaló la cama mientras estiraba la mano para besarlo en la mejilla. "Espera ahí. No tardaré."

Marc se sentó.

El frío flotaba en el aire a su alrededor hasta que él notó que había estado conteniendo la respiración. Burbujas de apenas contenida risa se iniciaron en su pecho y lágrimas calientes de alivio y alegría se elevaron detrás de los párpados cerrados. Había vuelto a casa, tan seguro como el sol y la luna, tan seguro como las estrellas. Por fin, estaba en casa.

En la suave luz, se apretó los ojos con fuerza con los dedos, se frotó un dolor sordo de las sienes y se encogió de hombros para eliminar algo de la tensión en la espalda y los hombros. Escuchó los sonidos de Marella atendiendo a los bebés. Si hubiera podido elegir, la habría seguido y observado. En cambio, se echó hacia atrás, apoyó la cabeza en sus almohadas y cruzó los tobillos.

Cuando abrió los ojos, Marella sonreía y avanzaba despacio por la cama para descansar la cabeza sobre su brazo. Su suspiro sonaba a agotamiento. Él le apartó el pelo de la cara y la rodeó con los brazos hasta que ella quedó dormida. La calma le llenaba su pecho con cada aliento de su perfume.

Marella despertó con la luz del día brillante, con el estómago gruñendo en respuesta a los olores en el aire.

A un palmo de su oído, una voz bramó: "Está despierta, papa." Nico salió corriendo de la habitación mientras ella se frotaba los ojos y luchaba por sentarse. Hacía calor y la habitación estaba tan luminosa como el mediodía.

"¿Cuánto tiempo he dormido?" preguntó ella mientras se abría paso hacia la mesa.

"Siéntate," respondió él. "Es mediodía. Un poco después."

En la mesa que tenía ante ella había huevos y queso con pan, miel y vino caliente. Se metió una cucharada en la boca y preguntó: "¿Por qué no están llorando los bebés para que los alimenten?"

"Les di papilla. Como te oigan, comenzarán a llorar, así que come. Los chicos están fuera en alguna parte."

"¿Les diste papilla? ¿Y se la comieron?"

"De mala gana. Ya les alimentarás después de que hayas comido."

Marella comió, y cada bocado sabía a ambrosía. Y cuando los bebés fueron alimentados, volvió a dormir.

Ella sentía la casa más segura. Sentía su mundo más seguro que desde hacía muchos meses.

Cuando llegó la noche y la casa por fin quedó en silencio, Marella se sentó junto a la chimenea y se peinó el cabello mientras se este se secaba. El aire cálido estaba perfumado. Marc había llevado a los niños a la villa de Luc para recoger flores de los jardines. Los ramos sobre la mesa habían llenado los bracitos de los chicos y ella se sintió culpable incluso mientras sonreía. Sería un milagro que hubiera quedado una sola flor para los dueños del jardín.

Desde su ventana lateral, podía mirar colina arriba hacia el alto muro de piedra y la villa más allá. Era un complejo enorme que se extendía hasta donde alcanzaba la vista, cubriendo la cima de la colina con sus terrazas y dependencias, todo encalada y fantasmal a la luz de la luna. Era un palacio digno de reyes. Y reinas.

El tiempo no había empañado su consciencia de cómo sería la vida al otro lado de ese muro. En su vida anterior, nunca se había preguntado ni una sola vez por la gente que vivía en las aldeas alrededor de las propiedades de su familia. Ni sobre la gente que vivía en las ciudades, en las casas y en los recintos del mercado. Ahora eran sus vecinos. Ella era ellos.

Se paró frente a las contraventanas abiertas y miró al fantasma de la vida que había dejado atrás. Cuando Marc deslizó sus manos alrededor de su cintura, ella saltó y él rió por la forma en que ella se había sobresaltado.

"¿Quieres subir allí arriba?" le susurró él al oído.

"¿Estás de broma? Sí. ¿Cuándo puedo mudarme?" Ella giró entre sus brazos y le sonrió envolviéndole el cuello con los brazos.

"¿Qué hay en esa colina que no tengas aquí?" Cuando él se enderezó, le levantó los pies del suelo y caminó hacia el dormitorio.

“¿Quieres una lista? Alfombras en el suelo.”

"Cubriré el piso con pétalos para ti." Él sonrió.

"Sí, robados del jardín de otra persona." Estirándose de nuevo en la cama, ella rió cuando la áspera barba de su mentón tocó la piel de su axila y sus labios trazaron suaves besos sobre la tierna carne. "Servicio."

"Yo te serviré, mi dama. Y os besaré los dedos de las manos y de los pies." Él lo hizo y ella volvió a reír. "¿Has estado alguna vez allí arriba?"

"No," respondió ella como si la pregunta fuera increíble. "Cuando llegué por primera vez, Luc me dijo que preguntara si había algo que necesitaba, pero nadie en su posición espera que los campesinos lleguen hasta la puerta."

"Él nunca dice nada que no quiera decir de verdad." Sus besos siguieron lentamente desde su tobillo hasta la pantorrilla y a lo largo de la sensible piel de su muslo. "Te llevaré allí mañana, campesina."

Ella se sentó y le tomó el rostro entre las manos. "No te burles de mí. No lo he hecho tan mal, ¿sabes?"

"No me estoy burlando de ti." Sus besos aún tocaban sus labios con fuego y aceleraban los latidos de su corazón. Cruzando los brazos alrededor de él de nuevo, ella se estiró hacia atrás mientras él se enderezaba y ella se acostaba con los muslos alrededor de esa cintura.

Una vez más, los recuerdos provocaron olas de placer. El corazón en ella estaba demasiado lleno, apresurándose a latir su alegría, y estar cerca de él enviaba un temblor de emoción a través de ella. Si él se hubiera atado las manos a la espalda y se hubiera quedado tan quieto como una piedra, la sangre en ella aún habría latido en sus sienes y el calor aún haría ruborizarse sus mejillas.

Pero él no estaba quieto. Las yemas de sus dedos le acariciaban la piel del muslo y empujaban la túnica hacia arriba sobre el vientre

para que todos sus pulsos latieran. Esa boca le bajaba el calor a lo largo del hombro. Y ella tuvo que hundir las uñas en la tela de la túnica al recoger esta sobre esa espalda.

Cuando él levantó los brazos para dejar que ella le quitara la camiseta, le esquivó los jadeantes labios después del beso y le sonrió burlonamente. "Deberías tener alfombras en el suelo, sirvientes, buena comida y ropa rica," dijo secándose el cabello de la frente.

"Sí, debería. Pero no quiero oír hablar de eso ahora." Moviéndose con impaciencia, agarró la parte inferior de su propia túnica y levantó los hombros para poder arrastrarla debajo de ella. Su necesidad era salvaje y urgente. No tenía deseos de hacer el amor de forma prolongada y hábil. Toda ella ansiaba sentirlo profundamente dentro de ella y mantenerle allí, como si estuvieran compartiendo una piel.

"¿Cuándo querrás oírlo?"

"¿Oír qué?" Ella frunció el ceño mientras se sacaba la prenda y la arrojaba a un lado. "Marc, este no es buen momento para hablar de nada. A menos que quieras decirme cuánto me amas y que nunca volverás a desaparecer. Nunca. Y que sea rápido, aquí, en este oído." Ella se tocó la oreja y él sonrió de nuevo mientras ella estiraba la mano para acercarle los labios a los suyos.

"Hoy recuperé mi antiguo trabajo. Está bien que tu hermano sea dueño de todo."

"¿Ah, sí?" Suspiró ella dramáticamente y entrelazó las manos detrás de la cabeza para escuchar con atención. "¿Y cuál es tu antiguo trabajo?"

"Al otro lado del río hay una segunda finca. Yo solía administrarla. Lo haré de nuevo en poco tiempo."

Las implicaciones empezaron a solidificarse y Marella liberó las manos de debajo de la cabeza mientras toda expresión le desaparecía del rostro. Ella lo miró a través de la tenue luz de la lámpara, viéndolo deleitarse con su sorpresa.

"Tendrás que venir mañana y conocer a la esposa de Luc. Ella irá contigo a la otra villa para averiguar cómo puedes cambiarlo todo."

"¿Por qué?" Fue el único sonido que ella pudo hacer.

"Porque la casa está tal como yo la dejé y no quiero volver a entrar así. Tú puedes redecorarla. Aún hay personal viviendo allí, pero puedes resolver todos esos detalles." Él rió y ella chilló de alegría, apretando los muslos y cruzando los tobillos detrás de él. Un tipo diferente de emoción hormigueó en sus dedos de manos y pies, haciéndola dar risitas como una niña.

"¿Ahora sí que quieres hablar de eso?" él sonrió.

"No," dijo ella, aún medio riendo. "Ven aquí. No quiero hablar de nada. Quiero celebrar." Levantando su rostro hacia él, lo besó profundamente y dejó que sus uñas trazaran líneas por el duro músculo de su espalda. "Te deseo. Aquí. Ahora." Quedó sin aliento mientras esa boca se movía sobre su mejilla y cuello. "Te necesito," jadeó ella, arqueándose para encontrarse con él mientras él deslizaba la atención sobre su pecho. Gemidos bajos robaron sus pensamientos y dejó que las palabras se suspendieran mientras se deleitaba con su toque. Con las manos entrelazadas entre su pelo, ella levantó el rostro hacia él y dijo: "Te amo, y estás aquí, y eso es lo único que importa esta noche. Tenemos un vino muy, muy bueno y quiero bebérmelo todo."

FIN

Glosario (ampliado)

Aba, Abaya: La abaya "manto", a veces también llamado aba, es un simple, suelto prenda, esencialmente un vestido similar a una bata, que usan algunas mujeres en partes del norte África y la Península Arábiga. Los abayat tradicionales son negros y pueden ser ya sea un gran cuadrado de tela que cubre los hombros o un caftán largo. La abaya cubre todo el cuerpo excepto la cara, los pies y las manos.

Ablutium: Baño.

Acetum: Aceto. Vinagre.

Aedicula: Una edícula (plural, ediculae) es un pequeño santuario.

Al siq: al-Siq (traducido: el eje) es la entrada principal a la antigua ciudad de Petra en el sur Jordán. El desfiladero tenue y estrecho (en algunos puntos no más de 3 m de ancho) vientos recorre aproximadamente 1,2 km (aproximadamente una milla) y termina en el punto más elaborada ruina, Al Khazneh (El Tesoro).

Al Uzza: Al-Uzzá fue el diosa principal adorada por los nabateos, quienes (eventualmente) la equipararon con la diosa griega Afrodita Ourania (Venus romana, Caelestis).

Alae: caballería auxiliar romana.

Alkanet: Raíz utilizada en Cosmética romana para una mancha roja brillante en los labios. También se utilizó como abortivo.

Antorchas Blancas: Llevadas al nuevo hogar de la novia para trasladar el espíritu del hogar familiar desde la casa del padre hasta la nueva.

Árab el-Hajaya: Jordania, Área, Zona tribal.

Ares: Dios griego de guerra. Marte romano.

Atrebatii: Tribu celta. Los Atrebates del sur de Gran Bretaña. Habitando una región ahora contenida dentro el condado moderno

de Berkshire, e incluyendo las partes del norte de Wiltshire, Hampshire y Surrey. Su capital tribal estaba situada en Calleva Atrebatum, hoy conocido como Silchester en Hampshire.

Aureus: El aureus (pl. aurei "dorado") era una moneda de oro de la antigua Roma valorada en 25 denarios de plata.

Auspex: capellán/sacerdote del ejército.

Auxiliaria: Tropa no romana reclutada y adjunta a las Legiones.

Bab al-sirr: Tradicional Las casas árabes a veces tienen un "Bab Al-Sirr": una puerta secreta utilizada como una salida de emergencia incorporada en las paredes y oculta con un alféizar de ventana o un librero. El nombre proviene de una de las seis puertas cortadas a través de un antiguo muro en Adén (en el actual Yemen), que se abrió sólo en caso de emergencia de seguridad del estado.

Bean Shidhe: O «mujer de los montículos de hadas» es un espíritu femenino en la mitología escocesa, generalmente visto como un presagio de muerte o un mensajero del Otro Mundo. (también deletreado *bean shìth*). Banshee.

Belladona: Planta tóxica de la familia Solanum, fatal incluso en pequeñas dosis.

Bétyle: Los nabateos veneraba a sus deidades en betyls (losas de piedra anicónicas). El betyl indica la presencia divina de cualquier deidad que se está representando, y no es restringido a Dushara y Al-Uzza.

Bilbilis: Ciudad romana cerca de Calatayud moderna.

Bisht: Un bisht es un manto de los hombres árabes tradicionales. Es esencialmente una capa exterior fluida hecha de lana, usado sobre el thobe. A diferencia del thobe, el bisht es suave y es generalmente de color negro, marrón, beige, crema o gris. Como los inviernos son cálidos, esta región, el bisht generalmente solo se usa por prestigio en ocasiones especiales como bodas o festivales.

Bloques de sebo: Jabón temprano. Fabricado por primera vez en la Galia germánica a principios del primer siglo.

Brecks: pantalones.

Buccina: Una buccina es un instrumento de bronce utilizado en el antiguo ejército romano similar al *Cornu*. Un *aeneador* que soplaba una buccina se llamaba «buccinador» o «bucinador». La buccina se utilizaba para el anuncio de las guardias de noche y varios otros propósitos en el campamento.

Caesaraugusta: Ciudad romana. Capital celtíbera del Área tribal de Lusone. Zaragoza moderna. Construida sobre el río Ebro en la confluencia del Huerva y el Gallego.

Caledonia: Escocia romana.

Caligai: sandalias del ejército romano.

Calleva Atrebatum: Silchester, Hampshire (territorio de los Atrebatí).

Caracca: Ciudad ibérica, Guadalahara moderna

Carpentum: Carreta cubierta con madera o cortinas, usada principalmente por mujeres. Debido a que los vehículos con ruedas eran ilegales en muchas áreas de las ciudades romanas, el más pequeño de estos vehículos podían separarse y transportarse como una parihuela.

Carra: Carro pequeño popular entre los celtas. Pequeño carruaje.

Castrum: La palabra latina *castra*, con su singular *castrum*, era usada por los antiguos romanos para referirse a edificios o parcelas de tierra reservados o construidos para uso como posición defensiva militar.

Cenarium: Pequeño comedor

Centuria: unos 80 hombres.

Cingulum: Cinturón de la espada del ejército romano, hecho de restos de latón y cuero, de dos correas.

Cohorte: unos 480 hombres.

Compluvio: Un espacio sin techar, en el patio de una vivienda romana, a través del cual la lluvia caía en el *impluvium* o cisterna.

Contubernium: Escuadrón u octeto moderno. Ocho hombres.

Curia: Una *curia*, plural *curiae*, es una asamblea, consejo, o tribunal, en el que se discuten asuntos públicos, oficiales o religiosos y se toman decisiones. En la antigua Roma, los concilios se reunían para confirmar la elección de los magistrados, presenciar la instalación de los sacerdotes, la elaboración de testamentos y adopciones. La palabra *curia* también se aplicaba a lugares de encuentro donde se reunían varias asambleas, especialmente en casa de reunión del senado.

Diezma: Una forma de disciplina militar utilizada por los comandantes superiores en el ejército romano para sancionar delitos capitales como motín o desertión. La palabra *diezma* se deriva del latín que significa «eliminación de una décima parte». El procedimiento fue un intento pragmático de equilibrar la necesidad de castigar graves delitos con los aspectos prácticos de tratar con un gran grupo de delincuentes. Una cohorte seleccionada para el castigo por diezma se dividía en grupos de diez, cada grupo echaba suertes (Sorteo), y el soldado sobre quien recaía era ejecutado por sus nueve camaradas, a menudo usando piedras o garrotes. Los soldados restantes a menudo recibían raciones de cebada, en lugar de trigo, durante unos días y tenían que acampar fuera del campamento de marcha. Como el castigo caía por sorteo, todos los soldados del grupo eran elegibles para la diezma, independientemente del grado individual de la falta, del rango y distinción, a menos que se amañara para eliminar a los cabecillas del motín. El liderazgo generalmente se ejecutaba independientemente en una de cada diez muertes entre la tropa y la lanza.

Deva: Chester, Cheshire.

Durocornovium: Dunstable, Bedfordshire.

Dushares: También transcrito como Dusares, una deidad en el antiguo Medio Oriente adorada por los nabateos en Petra y Madain Saleh (de cuya ciudad era el patrón). Fue engendrado por Manat la

diosa del destino. En la época griega, estaba asociado con Zeus porque era el jefe del panteón nabateo, así como con Dioniso. Su santuario en Petra contenía un gran templo en el que una gran piedra cúbica era la pieza central.

Dux: Equivalente latino en este sentido al Duque. Nobleza de alto rango.

Centurión de Primera Lanza: El rango de centurión era un rango de oficial que incluía muchos grados, lo que significaba que los centuriones tenían muy buenas perspectivas para promoción. El centurión más antiguo de una legión era conocido como *primus pilus* (primera fila o lanza), que comandaba directamente la primera centuria de la primera cohorte y mandaba la primera cohorte entera en la batalla. De la segunda a la décima cohortes, el comandante de la primera centuria de cada cohorte era conocido como *pilus prior* y estaba al mando de toda su cohorte respectiva en la batalla. A la antigüedad de los centuriones *pilus prior* les seguían los otros cinco comandantes de centuria de la primera cohorte, que eran conocidos como *primi ordines*.

Flagrum: Una fusta es un látigo o azote, especialmente un tipo multi-cuerda, utilizado para infligir castigos corporales severos o automortificación en la espalda.

Flammeum: Velo rojo de la novia.

Gallego: Río principal del valle del Ebro que fluye desde el Norte en Zaragoza.

Gallia Bélgica: A veces dado como Belgica Prima, era un Provincia romana ubicada en lo que hoy es la parte sur de los Países Bajos, Bélgica, Luxemburgo, noreste de Francia y oeste de Alemania. De acuerdo con Julio César, la frontera entre Gallia y Bélgica estaba formada por los ríos Marne y el Sena, y la de Germania por el Rin. La zona es el histórico corazón de los Países Bajos, una región que corresponde aproximadamente al actual Grupo de estados del Benelux, los Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo, así como el Flandes francés y alguna parte de Renania.

Galia: Francia moderna, Bélgica, Luxemburgo y Alemania

occidental. La provincia más al sur era Gallia Aquitania que limitaba con Hispania a lo largo de los Pirineos.

Gens Togata: Personas u hombres de la toga. La implementación de la toga, con su capacidad de cambio, demuestra rango y el estado y las formas en que los elementos de adorno se pueden utilizar para afirmar, defender y manipular identidades en respuesta a cambios políticos y circunstancias sociales. Como herramienta para mantener el orden demostrando legitimidad, la toga cambiante fue adoptada por Augusto cuando él y cada élite de los miembros de Roma negoció su propio lugar en el mundo romano.

Germania: Tradicionalmente, el área al oeste del Rin, hacia Rusia, en el siglo I el frente activo y volátil estaba más cerca a la frontera moderna de Bélgica y Francia.

Ghutrah: El keffiyeh / kufiya, también conocido como ghutrah, es un tocado árabe tradicional formado a partir de una bufanda cuadrada, generalmente de algodón. Por lo general, lo usaban los hombres árabes. Se encuentra comúnmente en regiones áridas para proporcionar protección contra la exposición directa al sol, así como para proteger la boca y ojos de polvo y arena.

Gladius Gladii: Espada relativamente corta y puntiaguda de la infantería romana. Particularmente efectiva como arma punzante en combate cuerpo a cuerpo donde no se podían blandir espadas más largas.

Glevum: Gloucester, Gloucestershire.

Gnaeus Julius Agricola: (Cneo Julio Agrícola; 13 de junio de 40-23 de agosto de 93) fue un general romano responsable de muchas de las conquistas romanas de Bretaña. Nacido en una destacada familia política, Agrícola comenzó su carrera militar en Bretaña, sirviendo bajo el gobernador Cayo Suetonio Paulinus. Su carrera posterior lo vio servir en una variedad de puestos; fue nombrado *quaestor* (cuéstor) en la provincia de Asia en el 64, luego Tribuno Plebeyo en el 66, y *praetor* en el 68. Apoyó a Vespasiano durante el Año de los Cuatro Emperadores (69), y recibió un mando militar en Bretaña cuando este último se convirtió en emperador. Cuando terminó su mandato en el 73, fue nombrado patricio en

Roma y nombrado gobernador de Gallia Aquitania. Fue nombrado cónsul y gobernador de Britania en el 77. Mientras estuvo allí, conquistó gran parte de lo que ahora es Gales y norte de Inglaterra, y se aventuró brevemente en las tierras bajas de Escocia.

Hera: Hera es esposa y una de tres hermanas de Zeus en el panteón olímpico de la mitología y religión griegas. Su función principal es la de diosa de la mujer y el matrimonio. Su contraparte en la religión de la antigua Roma era Juno. La vaca, el león y el pavo real son sagrados a ella. La madre de Hera es Rea y su padre Cronos. Representada como majestuosa y solemne, a menudo entronizada y coronada con el *polos* (una alta corona cilíndrica usada por varias de las Grandes Diosas), Hera puede llevar la fruta de la granada en la mano, emblema de sangre fértil y muerte y sustituto de la cápsula narcótica de la adormidera. Hera era conocida por sus celos y naturaleza vengativa, sobre todo contra las amantes y la descendencia de Zeus, pero también contra mortales que la traicionaran; como Pelias. Paris la ofendió al elegir a Afrodita como la diosa más hermosa, ganándose el odio de Hera.

Hibernia: nombre en latín de la Isla de Irlanda.

Hierba mora: Belladona.

Hispania Tarraconensis: La más septentrional de las tres provincias en la España del primer siglo, cubriendo el área de los Pirineos, y el Sur en una línea irregular desde Vigo, pasando por Toledo, hasta Almería.

Hookahs: un *hookah* (narguile), también conocido como pipa de agua, es un instrumento para fumar de una o varias varillas en el que el vapor o el humo se pasa a través de un recipiente de agua (a menudo de vidrio) antes de la inhalación. Cuando la pipa de agua se utiliza para producir humo (como es común en los Estados árabes del Golfo Pérsico), generalmente se le conoce como *hookah*, que significa "tarro" en árabe.

Huerva: Río principal del valle del Ebro, que fluye desde el sur en Zaragoza.

Iberia: Nombre griego de España/Portugal. Hispania latina.

Iberus: Río Ebro, en Aragón, España.

Ilerda: Ciudad ibérica. Lleida moderna. Centro de un municipio autónomo separado.

Isis-Al Uzza: Isis como la diosa Al Uzza.

Isis-Mut: Isis como Mutt, la diosa madre de todos.

Jabal Habees: Fortaleza de Al-Habees en Petra.

Jalón: Río principal frente al Ebro, que fluye desde el Sur.

Khameez: Un vestido tradicional usado por mujeres y hombres. Los *shalwar* son pantalones holgados que parecen pijamas. Las piernas son anchas en la parte superior, y estrecho en el tobillo. El *kameez* es una camisa o túnica larga. Las costuras laterales, si se deja abierto por debajo de la línea de la cintura, brinda al usuario una mayor libertad de movimiento.

Khat: Khat (*Catha Edulis*) es una planta con flores nativa al Cuerno de África y la Península Arábiga. Entre las comunidades de estas áreas, masticar *khat* tiene una larga historia como costumbre social que se remonta a miles de años. La *khat* contiene un alcaloide monoamínico llamado catinona, un estimulante similar a la anfetamina, que se dice que causa excitación, pérdida de apetito y euforia.

Ksirakakoli: Nombre latino: *Fritillaria roylai* El bulbo es antiasmático, antirreumático, febrífugo, galactógogo, hemostático, oftálmico y oxicótico. La planta se usa para masajear a pacientes con hinchazón de las articulaciones causadas por la artritis. Reduce la inflamación y las lesiones, alivia y reduce la hinchazón, los hematomas y el dolor en las articulaciones. Refresca la piel, revitaliza circula y estimula la oxigenación.

Lectus: suntuosos asientos o sofás de forma semicircular donde los romanos ricos comían reclinados alrededor de una mesa que tenía la misma forma. El *lectus* fue quizá el elemento más importante del mobiliario de estilo romano que se utilizaban para dormir, sentarse, relajarse o comer. El *lectus* tenía un marco de madera con correas de

cuero que sostenían un colchón relleno con paja o lana o plumas. En un extremo del *lectus* siempre había un brazo aunque muchos de estos sofás también tenían respaldos y dos brazos. El *lectus* se hizo aún más cómodo con la adición de almohadas, cojines y un colcha confeccionada con los mejores tejidos. Las patas del *lectus* eran a menudo caras, decoradas con preciosos metales y marfil. Se hace mención incluso de monturas de plata maciza. La costumbre de reclinarse a la hora de comer se introdujo en las naciones del Este y fue adoptada al principio sólo por los hombres, pero luego se le permitió también a la mujer. Para los pobres, o en las comidas informales, se comía en las mesas y sillas normales.

Legio VII Gemina: La Séptima legión «gemela» fue una legión romana, creada en el 68 d.C. por el recién nombrado emperador Galba en Clunia (Burgos) con el fin de reforzar su escaso ejército en su aventura de golpe de Estado y destitución del emperador Nerón. La legión saqueó Roma, además de llevar a cabo otras operaciones. Tras el asesinato de Galba, la legión se declaró partidaria del emperador Otón, participando junto a él en su enfrentamiento con Vitelio, contra cuyo ejército combatió en la primera batalla de *Bedriacum* (actual Calvatone, Italia), en la que fue vencida.

Esta legión, nacida como *Legio VII Galbiana*, le sirvió para completar los efectivos de la *Legio VI Victrix* y obtener así un ejército que le permitiera a Galba convertirse en emperador. La ciudad de León creció alrededor del lugar donde estaba asentada la *Legión VI Victrix* hasta el 69 d.C, sustituida por la *Legión VII Gemina* en el 74 d.C. procedente de Pannonia (región que comprende actualmente Hungría y parcialmente a Croacia, Serbia, Bosnia-Herzegovina, Eslovenia, Austria y Eslovaquia).

Legio XX Valeria Victrix: (Vigésima Legión Victoriosa de Valeria) fue una legión romana constituida por Augusto en algún momento después del 31 a. C. Sirvió en Hispania, Illyricum y Germania antes de participar en la invasión de Britania en el 43 d.C., donde permaneció y estuvo activa hasta al menos principios del siglo IV. El emblema de la legión era un jabalí.

Locus Consularis: El lugar designado para la persona principal de la compañía.

Londinium: Londres.

Lupae: Prostituta. Uno de los cuarenta nombres para prostitutas, cada uno describe el servicio. Se rumoreaba que estas tenían extraños poderes nocturnos y eran particularmente dotadas en estimulación oral. Las sacerdotisas viajeras de Justicia son una completa ficción, nada típico de las *lupae*. Luc en realidad le señala esto a Maia, pero los lectores me han planteado la pregunta.

Lupercalia: La fiesta de la Lupercalia se celebraba el 15 de febrero, en parte en honor a Lupa, la loba que amamantó a los huérfanos Rómulo y Remo, los fundadores de Roma, explicando así el nombre del festival, Lupercalia o «Festival de la Loba».

Lutetia: París.

Mandvessedum: Mancetter, Warwickshire.

Manumisión: Liberación de un esclavo.

Mediolanum: Whitchurch, Shropshire.

Messalina: Valeria Messalina, a veces deletreada Messallina, (17/20–48) fue la tercera esposa del emperador romano Claudio. También era prima paterna del emperador Nerón, prima segunda del Emperador Calígula y bisnieta del emperador Augusto. Poderosa e influyente mujer con reputación de promiscua, se afirmó que conspiró contra su esposo y fue ejecutada cuando el fue descubierto la conspiración. Su notoria reputación es posiblemente el resultado de políticas parciales. Ha sido perpetuada por obras de arte y literatura en los tiempos modernos. Con su acceso al poder, Messalina entra en la historia con una reputación de despiadada, depredadora y sexualmente insaciable. Su esposo es representado como fácilmente conducido por ella e inconsciente de sus muchos adulterios, hasta informó que había llegado a casarse con su último amante, el senador Cayo Silio en el 48. El Senado romano ordenó entonces que el nombre de Mesalina y todas sus estatuas fueran retirados de todos los lugares públicos o privados (*damnatio memoriae*).

Milites Gregarii: Hombres de armas no nobles. Soldados regulares..

Nafud: El Nafud o Al-Nefud es un desierto en la parte norte de la Península Arábiga que ocupa una gran depresión ovalada. Tiene 290 km de largo y 225 km de ancho, con un área de 103 600 km². El Nafud es una región desértica de dunas de arena con poca o ninguna vegetación. Es conocido por sus repentinos vientos violentos que explican las grandes dunas en forma de media luna. La arena en el Nafud es un color rojizo ladrillo. La lluvia llega una o dos veces al año. En algunas zonas de tierras bajas, es decir, en las cercanas a las montañas de Hejaz, hay oasis donde se cultivan dátiles, verduras, cebada y frutas. El Nefud está conectado al Rub 'al Khali junto al Dahna, un corredor de llanuras de grava y dunas de arena, 800 millas de largo y de 15 a 50 millas de ancho.

Nacione: Soldados extranjeros alistados o reclutados para Roma. Obtenían la ciudadanía por el servicio.

Nertobriga: Ciudad romana cerca de la moderna Almunia, España.

Numancia: Capital celtíbera de las tierras de la tribu Arevaci. Cerca de la moderna Garray.

Nimphaeunum: El *nimphaeunum* era una gran fuente pública a lo largo de la calle Colonnaded de Petra. Solo quedan los cimientos hoy, pero en la antigüedad era un edificio espléndido con una media cúpula interior empotrada.

Okilis: Ciudad celtíbera, ahora Mediacelli.

Ordovices: Tribus en Cambria (Gales).

Palla: Gran chal suelto usado por las mujeres

Pallas Atenea: «¿Detuvo Hera a su propio hijo cuando era Reina del cielo?

No, hizo que Palas Atenea lo detuviera por ella.»

El libro 5 de La Ilíada, líneas 430-910.

Palium: Una pesada capa de lana. Hay muchas opiniones diferentes sobre el origen del *pallium* papal. Algunos lo rastrean hasta una investidura de Constantino I; otros lo consideran una imitación del *Efod* hebreo, la prenda humeral del Sumo Sacerdote. Otros

declararan que su origen se remonta a un manto de San Pedro, que era simbólico de su cargo de pastor supremo. Una cuarta hipótesis encuentra su origen en un manto litúrgico, el cual se afirma que ya fue utilizado por los primeros papas. Una quinta dice que su origen se remonta a la costumbre de doblar el ordinario manto-palium, una prenda exterior en uso en la época imperial.

Pennocrucium: Water Eaton, Staffordshire.

Peplos: Vestido griego a diferencia de la túnica romana, recogido y dividido de hombro a cintura.

Peristilium: Jardín privado o patio (peristilo).

Pilus Prior, Pilus Posterior: El rango de centurión era un rango de oficial que incluía muchos grados, lo que significaba que los centuriones tenían muy buenas perspectivas para promoción. El centurión más antiguo de una legión era conocido como *primus pilus* (primera fila o lanza), que comandaba directamente la primera centuria de la primera cohorte y mandaba la primera cohorte entera en la batalla. De la segunda a la décima cohortes, el comandante de la primera centuria de cada cohorte era conocido como *pilus prior* y estaba al mando de toda su cohorte respectiva en la batalla. A la antigüedad de los centuriones *pilus prior* les seguían los otros cinco comandantes de centuria de la primera cohorte, que eran conocidos como *primi ordines*.

Pompa: Marcha jovial de invitados para acompañar a la nueva pareja de forma segura a su nuevo hogar.

Pompaelo: Ciudad romana, Pamplona moderna.

Pontes: Staines, Surrey.

Portus Itius: Un antiguo nombre romano para un puerto en Picardía, Francia. Probablemente Wissant y Boulogne, más comúnmente llamada *Gesoriacum*.

Praefectus Castrorum: Oficial de mayor rango en un área determinada, investido en ausencia de un oficial de mayor rango.

Princep: Del término latino para «primer ciudadano», raíz y

equivalente moderno, en este sentido, al Príncipe.

Princeps Prior: El *Princeps Prior* era un centurión romano de alto rango. Cada una de las diez cohortes, que componían una Legión, tenían a la cabeza el rango de *primus prior* seguido por el *princeps prior*.

Pronuba: Doncella/matrona de Honor.

Rekeem: El nombre nabateo de Petra.

Rub 'al Khali: El Rub 'al Khali o Barrio Vacío es el desierto de arena más grande del mundo, que abarca la mayor parte del tercio sur de la Península Arábiga, incluida Arabia Saudita y áreas de Omán, Estados de Emiratos Árabes Unidos y Yemen. El desierto cubre unos 650.000 kilómetros cuadrados.

Rutupiae: Richborough, Kent.

Río sabrina: Río Severn.

Samhain: Fiesta celta que se celebra tradicionalmente en la luna llena entre octubre y noviembre. El calendario romano corrompía ocasionalmente tales festivales, por lo que era posible que una festividad basada en la luna cayera en cualquier momento del ciclo lunar.

Saragosa: Zaragoza moderna. Pronunciación corrupta del latín Caesaraugusta.

Schenti: Prenda corta de cuero similar a una falda usada por los hombres egipcios.

Silphium: una planta, se cree que extinta, usada en la antigua Grecia y Roma en cocina y como contraceptivo.

Sottovoce: En tonos suaves, para no ser escuchado; en un tono de fondo.

Stola: Sobretúnica usada por las mujeres casadas. A menudo la parte decorativa de un atuendo.

Tabernas: (también *taberna diversoria*) Posada, albergue de carretera, estación de servicio.

Tabilae Nuptiales: Certificado de matrimonio

Tablinum: En la arquitectura romana, un *tablinum* (o *tabulinum*, de *tabula*, tablero, imagen) era una habitación situada generalmente a un lado del atrio y opuesta a la entrada. Se abría en la parte trasera al peristilo, con una gran ventana o solo una antesala o cortina. Las paredes estaban ricamente decoradas con pinturas al fresco y bustos de la familia dispuestos sobre pedestales a ambos lados de la habitación.

Tagum: Tajo. Río principal en el centro de España.

Tamesis: Río Támesis (Thames).

Thagiyah: Los hombres árabes también usan una cubierta para la cabeza de 3 piezas. La pieza inferior de esta cubierta para la cabeza es una gorra blanca que a veces se llena con agujeros. Este gorro, llamado *Thagiyah*, se usa para sujetar el cabello. en su lugar. Encima del *Thagiyah* hay una cubierta para la cabeza en forma de bufanda que viene en dos tipos: una cubierta blanca clara para la cabeza llamada *Gutrah*. Estas cubiertas para la cabeza protegen la cabeza de la luz solar directa y se puede usar para cubrir la boca y la nariz durante tormentas de arena o clima frío. Encima del *Thagiyah* y el *Gutrah* está el *Agal*, que es una banda que rodea la parte superior de la cabeza para sujetar todo lo demás en su lugar. Cuando los niños varones llegan a la pubertad, se les enseña a llevar la cubrirse la cabeza como una señal de entrada en la edad adulta. Dentro de la casa, la cabeza no necesita cobertura; cuando alguien tiene invitados en casa, lo usa como señal de respeto.

Thoub: Un vestido de una pieza de manga larga para hombre que cubre todo el cuerpo. Esta prenda permite que el aire circule, lo que ayuda a refrescar el cuerpo durante los calurosos días de verano. Durante el verano se suele hacer de algodón blanco para reflejar la luz del sol. En invierno está hecho de más pesado tela como la lana y viene en colores más oscuros.

Toletum: Ciudad romana, Toledo moderna.

Tribuno Augusticlavus: Uno de los cinco oficiales de alto rango en una legión.

Tribuno Laticlavus: Oficial senatorial, segundo al mando de una legión. Más comúnmente los hijos de ricos aristocráticos romanos que hacían un reclutamiento de cinco años antes de ascender al senado.

Triclinio: El comedor mismo se llamaba triclinio, aun cuando contenía varias mesas de comedor. Romanos de distinción en épocas posteriores tenía varias salas de este tipo para diferentes épocas del año. En invierno cenaban en el interior de la casa a la luz de la lámpara, en verano en un cenador anexo a la casa o en la planta superior. Los *lecti*, dispuestas para tres personas cada una, eran espacios amplios y acolchados, más bajos hacia el exterior e inclinados hacia arriba con un soporte lateral; en cada uno de los tres lugares había una almohada sobre la cual los comensales, mientras estaban sentados a la mesa, se apoyaban con el brazo izquierdo y los pies hacia el exterior. La asignación de los nueve lugares se hacía de acuerdo con estrictas reglas de etiqueta. El diván del medio, *lectus medius*, y el de la izquierda, *lectus summus* (el más alto), eran designados para los invitados, el primero para los más invitados distinguidos; que a su derecha, *lectus imus* (el más bajo), era para el anfitrión, su esposa y un niño o un liberto. En el *lectus summus* e *imus*, el lugar de honor (*locus summus*) estaba en el lado izquierdo, en el que estaba el apoyo del sofá y, en consecuencia, el asiento más conveniente. Aunque el lugar designado para la persona principal de la empresa, el *locus consularis*, era en el *lectus medius* (y no a la izquierda, sino a la derecha y sin apoyo lateral), junto al del anfitrión, que ocupaba el primer lugar en el *lectus imus*.

Trirreme: Era un antiguo barco y un tipo de galeón utilizado por las antiguas civilizaciones marítimas del Mediterráneo, especialmente los fenicios, antiguos griegos y romanos. Para navegar tenía tres hileras de remeros.

Turmae: Una turma (latín para "enjambre, escuadrón ", plural *turmae*) era un escuadrón de caballería en el ejército romano de la República y el Imperio.

Tutulus: Complejo peinado favorecido por las novias del primer

siglo.

Tutus Caverna: Sala de una cueva protegida / segura / a salvo.

Valentia: Puerto romano, Valencia moderna.

Verulamium: St Albans, Hertfordshire.

Vía Nova Traiana: Nueva Carretera de Trajano, originalmente «La Autopista del Rey», era una ruta comercial de vital importancia para el antiguo Medio Oriente. Esta comenzaba en Egipto y se extendía por la península del Sinaí hasta Aqaba. Desde allí giraba hacia el Norte a través del Jordán, que conducía a Damasco y al Río Éufrates. La *Vía Traiana Nova* (anteriormente conocida como *Vía Regia*) era un antigua calzada romana construida por el emperador Trajano. Se conocía específicamente como la *Vía Traiana Nova* para distinguirla de la *Vía Traiana* en Italia. Ocasionalmente también se la conocía simplemente como *Vía Nova* o *Vía Nova Traiana* y se completó bajo Adriano.

Vicus: En la Antigua Roma, un vicus (plural *vici*) era un barrio o pequeña aglomeración urbana. Durante la época republicana, las cuatro regiones de la ciudad de Roma se dividían en *vici*. En el siglo I a. C., Augusto reorganizó la ciudad con fines administrativos en 14 regiones, que comprendían 265 *vici*. Cada *vicus* tenía su propio consejo de funcionarios que supervisaban los asuntos locales. Estas divisiones administrativas todavía estaban en vigor al menos hasta mediados del siglo IV.

La palabra latina *vicus* también se aplicaba a la unidad administrativa más pequeña de una ciudad provincial en el Imperio romano y al asentamiento provincial civil que surgía cercano a un lugar romano oficial, como pudiera ser una guarnición militar o una zona minera en operación.

Villa Urbana: Residencia o finca de lujo cerca de la conveniencia de la ciudad.

Vinalia Rústica: La Vinalia Rústica se celebraba el 19 de agosto. Originalmente sagrada para Júpiter, más tarde se llevó a cabo en los templos en honor a Venus. No era una fiesta estimada por las

mujeres. Debido a la intensa bebida y a la pérdida de control resultante, las mujeres de la clase alta romana eran supervisadas durante este festival y, a veces, se les daba bebidas de bajo contenido alcohólico.

Viroconium: (También Uriconium) Wroxeter, Shropshire.

Vitis: Caña de vid llevada por los centuriones. Hecha de una rama de vid.

Wadi Musa: El principal valle del río que atraviesa Petra.